

C. S. FORESTER

HORNBLOWER EN ESPAÑA

UN OFICIAL Y AVENTURERO
EN TIEMPOS DE NELSON



Lectulandia

En 1810, el capitán Horatio Hornblower llegaba frente a la Costa Brava a bordo de la *Sutherland*, un navío cuya proa redonda y perfil holandés le permitían pasar por francés. Aprovechando esta circunstancia, consiguió capturar a la *Amélie* y tomó por asalto la batería del puerto de Llançà, para dirigirse luego a Palamós, donde recabó información acerca de una columna militar que marchaba en dirección a Malgrat.

Hornblower en España es un emocionado homenaje a los hombres que lucharon en nuestras costas no sólo contra los franceses, sino contra unas condiciones de navegación terribles de las que el Cabo de Creus se ha convertido en un símbolo.

Lectulandia

C. S. Forester

Hornblower en España

Hornblower - 07

ePub r1.1

Ronstad 30.06.14

Título original: *A ship of line*
C. S. Forester, 1953
Traducción: Ana Herrera Ferrer

Editor digital: Ronstad
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO 1



El capitán Horatio Hornblower releía una sucia prueba que los impresores acababan de enviarle a la fonda.

¡A todos los Jóvenes Valientes! Marineros, Campesinos y Muchachos de cualquier clase que quieran Romper una Lanza por la Libertad y hacer que el Tirano Corso se arrepienta de haberse atrevido a provocar el Furor de las Islas Británicas. El Buque de Su Majestad *Sutherland*, de dos puentes y setenta y cuatro cañones, se está armando en Plymouth y aún tiene algunos Puestos Libres para completar su Dotación. El Capitán, Horatio Hornblower, que es su comandante, hace poco ha vuelto de un crucero por los Mares del Sur en el transcurso del cual, como Comandante de la fragata *Lydia* de treinta y seis cañones, hizo frente y hundió al buque español *Natividad*, de doble cubierta y de una potencia casi del doble. Es inútil hacer constar que tanto los Oficiales como los Suboficiales y toda la dotación de la *Lydia*, todos han seguido a su Capitán a bordo de la *Sutherland*. ¿Qué corazón valeroso resistirá la llamada y no se unirá a este grupo de héroes para compartir sus nuevos laureles? ¿Quién se negará a enseñar a Monsieur Jean Crapaud que los Mares son británicos y que los Franceses Comerranas harán bien en no presentarse ni dejarse ver? ¿Quién rechazará un sombrero lleno de Luises de Oro por botín? Habrá Músicas y Bailes todas las noches y Comida abundante, la Mejor Carne de Buey, el Mejor Pan y Grog a mediodía todos los Días de la Semana y los Domingos, además, la Paga con la Garantía de Nuestra Graciosa Majestad el Rey Jorge. En la Localidad en donde se fije esta Invitación, se encontrará un oficial de la *Sutherland* dispuesto a alistar a toda Persona de Buena Voluntad y Sedienta de Gloria.

Releyendo estas palabras, el capitán Hornblower se debatía contra su pesimismo. Llamamientos de esa clase los había a docenas en todos los pueblos grandes. Y le parecía poco probable poder atraer reclutas al viejo casco de la *Sutherland*, cuando había muchos capitanes de fragata más famosos que él y que podían alardear de la cantidad de botín que habían recogido en anteriores empresas y ya habían pasado por los condados llevándose a los jóvenes antes de su llegada. Mandar a cuatro tenientes, cada uno con media docena de hombres, por los condados meridionales a recoger a los reclutas que respondiesen a la llamada era un trabajo que le costaría lo poco que había podido ahorrar en el último viaje, y aún no podía decir si eso no habría sido tirar el dinero.

Sin embargo, era necesario hacer algo. La *Lydia* le había proporcionado doscientos marineros (la verdad era que habían sido embarcados por la fuerza en el nuevo bajel, sin que se les permitiese bajar a tierra después de un viaje de dos años);

pero para completar su tripulación necesitaba otros cincuenta marineros y doscientos hombres de a bordo más o menos, hombres y mozos. La oficina de reclutamiento no le había proporcionado ninguno. La imposibilidad de completar su dotación suponía la pérdida de su comandancia, con el consiguiente resultado de encontrarse sin empleo y a medio sueldo (ocho chelines diarios) durante el resto de su vida. No sabía si gozaba de algún favor en el Almirantazgo, y por eso era natural creer que su empleo pasase por unos momentos de peligro.

La angustia y la tensión le hacían soltar imprecaciones mientras golpeaba con el lápiz en la hoja de pruebas; eran locas imprecaciones, cuya insensatez comprendía perfectamente a medida que las iba profiriendo. Instintivamente bajó la voz; María descansaba en la habitación de al lado, detrás de la doble puerta, y él no quería despertarla. Ella, aunque era demasiado pronto para poder estar segura de ello, creía estar encinta, y Hornblower estaba harto de las melifluas ternezas de su mujer. Con sólo recordarlo creció su irritación; él odiaba la tierra firme y la necesidad del reclutamiento y aquel saloncito asfixiante; sentía la falta de aquella libertad de la que había gozado durante tantos meses. Malhumorado, cogió su sombrero y se marchó sin hacer ruido. Ya estaba esperando en el vestíbulo el chico de la imprenta. Hornblower le entregó la prueba, con la orden de imprimir una gruesa de prospectos, e inmediatamente se marchó a lo largo de las bulliciosas calles.

Al ver su uniforme, el recaudador de impuestos que estaba a la entrada del puente, donde cobraba medio penique por peatón, le dejó pasar sin exigirle nada; una docena de barqueros, que estaban desocupados en el muelle, le reconocieron como el capitán de la *Sutherland*, y compitieron para atraer su atención, pues suponía una buena ganancia llevar a su capitán hasta su buque a lo largo del Hamoaze. Hornblower se decidió por un bote de dos remeros y, con cierta satisfacción, se dio el placer de no despegar los labios cuando ellos se separaron del muelle y empezaron a remar por entre el laberinto de las embarcaciones. El segundo remero movía el tabaco de mascar en la boca y estaba dispuesto a charlar con su pasajero, pero al ver aquel aspecto sombrío y aquellas cejas tan fruncidas lo pensó mejor y la primera palabra se convirtió en una tosecilla inocua. Hornblower, consciente de aquel juego aunque no hubiese dirigido ni una vez la vista a la cara del hombre, se sintió casi reconciliado y algo mejor dispuesto hacia la humanidad en general. Veía el esfuerzo de aquellos músculos mientras el remero se entregaba afanoso a su tarea; tenía un brazo tatuado junto a la muñeca y un pendiente de oro brillante en la oreja izquierda. Antes de hacer de barquero debió de ser marino. Hornblower sentía unos enormes deseos de hacerle subir a bordo por la fuerza, en cuanto estuvieran al lado de la *Sutherland*. Si tuviera la suerte de poder echar la mano a una docena de robustos marineros como aquél, su ansiedad desaparecería. Pero aquel individuo seguramente poseía un certificado de exención, porque, de otro modo, jamás hubiese podido desempeñar su oficio en un

puerto en donde una buena parte de la marina inglesa venía a la caza de hombres.

Los almacenes de víveres y los tinglados junto a los que pasaron rebosaban de hombres, todos bien plantados y casi todos marineros del astillero y aparejadores. Hornblower los miró codicioso, como un gato que estuviese viendo a unos pececitos dentro de su pecera. La cordelería y el depósito de los palos, la grúa flotante y el horno de las galletas con su humeante chimenea desfilaron lentamente ante su vista. Y luego, allí estaba la *Sutherland* anclada al otro lado de Bull-Point. Mientras la miraba a través del agua agitada, era consciente de que un cierto disgusto se hallaba mezclado al natural orgullo que sentía por su nuevo mando. Su proa redondeada tenía un aire grotesco, en una época en que todos los buques de línea de construcción inglesa tenían el tajamar esbelto y fino al que Hornblower se había acostumbrado. Aquellas líneas tan desgarradas hablaban del sacrificio (y Hornblower se daba cuenta de ello cada vez que miraba el bajel). Por lo demás, todo en la *Sutherland*, exceptuando los palos de construcción inglesa, revelaba que era de origen holandés y que había sido construida para navegar entre los bancos de cieno y los poco profundos estuarios de las costas de Holanda. En otro tiempo, la *Sutherland* fue el 74 holandés Eentracht, capturado a la altura del Texel y luego armados de nuevo; el más feo y el menos deseable de todos los buques de dos puentes de toda la Marina real. «Que Dios me ayude —pensaba Hornblower mirándola con un disgusto más acentuado aún por el hecho de la falta de hombres con que equiparla— si alguna vez tengo que ir de bolina con una costa a sotavento. Se iría a la deriva como un barquito de papel. Y ante el subsiguiente Consejo de guerra nadie querría escuchar una palabra de explicación sobre los defectos de la *Sutherland*, que la hacían poco capaz de afrontar los vientos».

—¡Espacio! —gritó a los remeros, e instantáneamente los remos dejaron de hacer ruido al rozar con las chumaceras, mientras los hombres hacían una pausa. Con mayor claridad se oyó entonces el chasquido del agua contra los costados del bote.

Mientras se mecían sobre las pequeñas e inquietas olas, Hornblower proseguía con su examen. La nave estaba recién pintada, pero las autoridades del arsenal se habían mostrado de una tacañería increíble. No le habían puesto ni una sola pincelada de blanco y rojo que alegrase el amarillo y negro que la cubría.

Un capitán y un primer oficial adinerados habrían subsanado aquella deficiencia de su propio bolsillo, procurando que en algunos sitios hubiese un poco de pan de oro, pero Hornblower no tenía dinero para emplearlo en comprar pan de oro y sabía muy bien que Bush, que tenía madre y cuatro hermanas a su cargo, se hallaba en iguales condiciones que él, aunque el porvenir de ambos dependiese del buen aspecto de la *Sutherland*.

Otro capitán hubiese conseguido obtener de algún modo un poco más de generosidad por parte de los señores del astillero y, tal vez, hasta el pan de oro,

pensaba Hornblower tristemente, pero él era incapaz de ir con exigencias, y ni todas las brillantes pinturas de este mundo le podrían obligar jamás a darle golpecitos en la espalda a un empleado del astillero, obteniendo lo que deseaba a fuerza de adulaciones y amabilidades. Y no era tanto su conciencia como aquel dichoso amor propio que tenía lo que se lo habría impedido.

Alguien le había visto desde la cubierta. Oyó el sonido de los silbatos; ya se preparaban a recibirle. Que esperasen un poco, que él no tenía ninguna prisa. La *Sutherland*, ahora que se hallaba descargada, enseñaba una ancha banda de cobre. Gracias a Dios, aquel cobre era nuevo. Ante el viento, la vieja y fea barcaza podría alcanzar cierta velocidad. Cuando el viento la hizo girar contra la marea, la embarcación le reveló su racel. Y, mientras la examinaba con la vista, estaba calculando el buen partido que podría sacar de ella. Ahora le ayudaban sus veinte años de experiencia en la navegación marítima. Con el pensamiento formaba un diagrama compuesto por todas las fuerzas que actuarían sobre ella cuando navegase en alta mar: la presión del viento sobre las velas, el timón, que hacía de contrapeso para las velas de proa, las resistencias laterales de la quilla, las fricciones del revestimiento exterior, el choque de las olas contra la proa. Hornblower trazó un plano preliminar para calcular (hasta que en la práctica pudiese estudiar nuevas pruebas) cómo levantaría la arboladura y aparejaría el buque. Pero de pronto recordó con amargura que de momento no tenía suficiente tripulación, y mientras no encontrase a los hombres que necesitaba, todos aquellos proyectos resultaban inútiles.

—¡Remad! —volvió a decirles a los remeros, que volvieron a la faena con entusiasmo.

—¡Despacio, Jake! —le dijo el primer remero al que estaba detrás, mirándole por encima del hombro.

La barca dio la vuelta bajo la popa de la *Sutherland*, aquellos hombres sabían, por supuesto, cómo debía acercarse un bote a un barco de guerra, y Hornblower pudo ver la galería de popa, que, para él, era uno de los lugares más atractivos del buque. Se alegraba de que en los astilleros no lo hubieran suprimido, como habían hecho con muchos otros buques de línea. En aquella galería podría tomar el aire y el sol y ver el mar en una soledad que era imposible conseguir cubierta. Daría sus paseos lejos de las inoportunas miradas de los demás. La galería tenía dieciocho pies de largura, y solamente se abatía un poco bajo las bovedillas, que se inclinaban bastante.

Hornblower sentía una indecible nostalgia por verse en alta mar, lejos de todos los cuidados y molestias que le asaltaban en tierra firme, paseando por la galería de popa en una soledad que a él le parecía su único reposo. Sin embargo, por la falta de dotación, aquella perspectiva se alejaba indefinidamente. Era necesario encontrar hombres a toda costa.

Metió la mano en el bolsillo para sacar el dinero con que pagar a los barqueros y,

aunque por desdicha andaba escaso de fondos, su amor propio le obligó a ser de una exagerada generosidad que él suponía patrimonio de sus colegas, capitanes en otros buques de línea.

—¡Mil gracias, señor! ¡Mil gracias! —le dijo el segundo remero llevándose la mano a la frente en ademán de saludo.

Hornblower subió por la escalerilla y desembarcó en la entrada pintada de un negro sucio, precisamente en donde en tiempo de los holandeses brillaban elegantes dorados. Los silbatos resonaron en una prolongada cadencia. Los infantes de marina presentaron armas; la guardia se puso firme con rigidez. Gray, el oficial de la derrota —los tenientes estaban libres de hacer el cuarto en los puertos—, era el oficial de guardia, y saludó al capitán, que se llevó la mano al sombrero, dirigiéndose hacia el alcázar. Hornblower no condescendió a hablar con él, aunque Gray era uno de sus favoritos. Se lo impedía la rígida guardia que mantenía sobre sí mismo para evitar innecesarias locuacidades. Sin proferir una palabra, miró a su alrededor.

La instalación del aparejo progresaba; las cubiertas estaban llenas de una enmarañada red de cordajes, pero Hornblower veía que, en medio de aquel laberinto, existía un orden y una pauta. Los rollos de cuerdas, los grupos de hombres entregados a diversas labores, el maestro velero y sus ayudantes, que en el castillo de proa cosían una vela de gavia; todo eso podía parecer desorden, pero era un desorden ordenado y disciplinado. Indudablemente, las severas órdenes que Hornblower había dado a sus oficiales daban óptimos frutos. Los tripulantes de la *Lydia*, cuando oyeron decir que serían llevados por orden superior a bordo de la *Sutherland* sin disfrutar ni un solo día de permiso en tierra, estuvieron a punto de amotinarse. Ahora estaban todos muy juiciosos.

—El sargento de marina pregunta si puede venir a verle, capitán —dijo Gray.

—Hágale venir ahora mismo —contestó éste.

El sargento de marina era el oficial responsable del mantenimiento de la disciplina. Era un tal Price, al cual Hornblower no conocía y que, inmediatamente dijo que tenía que exponer algunas quejas y suspiró mientras adoptaba un aire de extremada severidad. Probablemente debía de tratarse de la aplicación de unos azotes, uno de aquellos espectáculos de sangre y sufrimiento que le eran tan odiosos. Pero al principio de una empresa como aquélla, con una dotación reacia, no había que vacilar en recurrir al látigo si era necesario y ver arrancar impasible algún pedazo de piel y a veces hasta de carne de la espalda del ofensor.

Price avanzaba por la pasarela a la cabeza del más extraño cortejo que imaginarse pueda. De dos en dos, detrás de él, llegaba una columna de treinta hombres esposados uno a otro. Sólo los dos del final no estaban unidos por las esposas y cojeaban con un siniestro ruido metálico, que era producido por los grillos que les sujetaban los tobillos. Casi todos llevaban andrajos, pero unos andrajos que no tenían nada de

marinero. La mayoría iban vestidos de estameña; algunos llevaban pana, y Hornblower vio que uno hasta vestía unos vestigios de calzones de piel. Aún había otro que llevaba los andrajos de lo que, en otro tiempo, debió de ser un traje de fino paño negro; a través de un desgarrón en la espalda aparecía la piel blanca.

Todos ellos llevaban descuidadas las barbas: las había castañas, negras, rojas y grises, y los que no eran calvos tenían los cabellos largos y enmarañados. Los dos cabos de los infantes de marina cerraban el singular desfile.

—¡Alto! —mandó Price. Con un estrépito de pisadas se detuvo el cortejo y los hombres quedaron plantados en una torva espera. Algunos clavaban los ojos en el suelo y otros miraban a su alrededor atónitos y con aire de borregos.

—¿Qué diablos significa todo esto? —preguntó bruscamente Hornblower.

—Le traigo algunos hombres nuevos, capitán —le contestó Price con tono satisfecho—. Ya firmé el recibo a los soldados que los han acompañado hasta aquí.

—Pero ¿de dónde los han traído?

—De la cárcel de Exeter, capitán —contestó Price, sacando del bolsillo una lista—. Tenemos cuatro cazadores furtivos. ¡Mire!, aquél de los calzones de piel está acusado de un robo de ovejas. Y aquél, vestido de negro, es culpable de bigamia; parece que era cervecero antes de caer en manos de la justicia. Los demás, casi todos están acusados de hurto, menos aquellos dos de allí, que han pegado fuego a unos graneros, y esos otros dos con los grilletos en los pies, que son culpables de robo.

Hornblower se había quedado mudo. Entretanto los hombres le miraban, unos con esperanza, otros, con odio y los de más allá, con indiferencia. Habían preferido la vida a bordo a tener que subir al patíbulo o sufrir la deportación, o solamente a estar en la cárcel. Su miserable aspecto indicaba los largos meses de reclusión preventiva que llevaban en espera del juicio. Estupenda adquisición, que iba a completar la digna brigada que ya tenía a bordo: amotinados en ciernes, vagos de profesión, labradores medio idiotas... Pero eran hombres, y había que hacer virtud de la necesidad. Entretanto, estaban asustados, acobardados, resentidos. Valía la pena intentar conquistar su afecto. Y después de haber pensado breves instantes, su instinto humanitario le señaló la conducta que convenía seguir.

—¿Por qué están aún maniatados? —preguntó en voz lo bastante fuerte para que todos le oyeran—. ¡Soltadlos inmediatamente!

—Perdón, capitán —intervino Price—. Es que, viniendo de donde vienen y teniendo en cuenta lo que son, no quería hacerlo sin haber recibido las órdenes correspondientes.

—Eso es absurdo —repuso Hornblower—. Ahora están alistados para servir al rey, y yo no quiero hombres maniatados en mi barco, a menos que tenga mis razones para dar la orden de maniar a alguno.

Hornblower había vuelto sus ojos hacia Price, dirigiéndole la recriminación sin

mirar a aquel triste cortejo. Seguramente de ese modo harían más efecto sus palabras, aunque se avergonzaba de tener que recurrir a aquel truco.

—¡Y no quiero ver a los nuevos en manos del sargento de armas! —prosiguió enérgicamente—. Son reclutas de un servicio honroso, que tienen ante sí un honroso porvenir. Le agradeceré que lo tenga presente para otra vez, Price. Y ahora, vaya a buscar a uno de los ayudantes del sobrecargo y vea que todos y cada uno de estos hombres sea vestido decentemente según mis instrucciones.

En tiempo normal, podía resultar perjudicial para la disciplina reñir a un oficial en presencia de sus subordinados, pero, tratándose del sargento de armas, Hornblower sabía que no podía hacer mucho daño. Tarde o temprano los hombres le odiarían. Él disfrutaba de los privilegios de rango y paga para desempeñar el papel de cómitre, visto con malos ojos por todo el mundo. Hornblower, después de eso, podía bajar el tono de voz y dirigirse directamente a los hombres.

—Un hombre que cumpla su obligación lo mejor que pueda nada ha de temer en este barco, y en cambio puede ganar mucho. Quiero ver lo guapos que vais a quedar con vuestros vestidos nuevos, después de haberos limpiado de toda la porquería que habéis cogido en el lugar en donde estabais. Podéis marcharos.

Seguramente había debido de conquistar a alguno de aquellos infelices, pensó. Al verse tratar como hombres y no como bestias por primera vez durante tanto tiempo —si no era por primera vez en su vida—, en alguna de aquellas caras, embrutecidas por la desesperación, ya se podía leer algún atisbo de esperanza.

Hornblower los siguió con la mirada mientras bajaban. ¡Pobres diablos! En su opinión habían hecho un pésimo trueque al cambiar la cárcel por la vida de marinero. Pero, en fin, por lo menos ya tenía tres docenas de los doscientos cincuenta hombres que necesitaba para tirar de los cabos y de los cabrestantes si quería sacar a la vieja *Sutherland* del puerto.

El teniente Bush llegó casi corriendo al alcázar y saludó al capitán. En su severa cara, bronceada por el sol de ambos hemisferios y en la que desentonaban un par de ingenuos ojos azules, se esbozó una sonrisa que también desentonaba con el conjunto. Hornblower sintió un raro desasosiego, como un vago remordimiento de conciencia, ante el espectáculo del evidente contento que experimentaba Bush al verle. No acababa de acostumbrarse a la idea de saberse admirado —casi se podría decir amado— por aquel excelente marino, aquel hombre lleno de disciplina y valentía que podía jactarse de poseer cualidades que Hornblower estaba convencido de no poseer.

—Buenos días, Bush —le dijo—. ¿Ha visto a los recién llegados?

—No, capitán; estaba de guardia y acabo de verme libre. ¿De dónde nos han caído, capitán?

Hornblower le puso al corriente y Bush se frotó las manos de contento.

—¡Treinta! ¡Una rara suerte, de veras! No esperaba más allá de una docena de la Audiencia de Exeter, y eso como máximo. Hoy se abren las sesiones en la Audiencia de Bodmin. ¡Si Dios quiere, buscaremos allí otros tantos!

—Seguramente no serán gavieros los que nos lleguen de la Audiencia de Bodmin —replicó Hornblower, que respiraba aliviado al ver la objetividad con que Bush consideraba la llegada de aquellos presidiarios a bordo de la *Sutherland*.

—No, capitán. Pero el convoy de las Indias Occidentales llegará esta misma semana. Los guardias del puerto echarán mano, por lo menos, de doscientos. Y si nos tratan como corresponde a nuestros derechos, nos entregarán una veintena.

—¡Hum! —se le escapó a Hornblower y se separó un poco azorado. Él no era un capitán lo bastante famoso ni suficientemente intrigante como para contar con el favor del almirante del puerto.

—Tengo que echar un vistazo abajo —añadió.

Esto dio otro giro a la conversación.

—Las mujeres están inquietas —dijo Bush—. Yo también bajaré, capitán, si no se opone a ello.

El puente inferior ofrecía un raro espectáculo, vagamente iluminado por la media docena de portillos abiertos en él. Había allí, poco más o menos, medio centenar de mujeres. Tres o cuatro de ellas, tendidas en las hamacas, miraban a las demás. Algunas, sentadas en el suelo, hablaban animadamente; otras, asomadas a los portillos, regateaban las compras de comestibles que los vendedores ambulantes les ofrecían desde las barcas con que se acercaban al buque. La red colocada allí para impedir la fuga de algún desertor permitía pasar una mano. Dos de aquellas comadres, cada una procedente de distinto grupo, habían empezado a disputar. Hacían un grotesco contraste. Una de ellas era una mujerona de cabello negro, tan alta que debía inclinarse para no darse un coscorrón con el techo bajo, mientras que la otra, pequeña, regordeta y rubia, se erguía como un gallito de pelea frente a su contrincante.

—¡Sí que lo digo! —insistía tercamente—. ¡Lo digo y lo repito! ¡No me da ni pizca de miedo, señora Dawson, como se hace llamar!

—¡Ah! —chilló la morena ante aquel insulto.

Arrojándose sobre ella, cogió por los pelos a la regordeta y le sacudió la cabeza como si quisiese arrancársela. También ella tenía la cara arañada por su enemiga, que a su vez le daba furiosas patadas en las canillas, y ambas se revolvían entre un remolino de faldas, ciegas y sordas a los gritos de las demás.

—¡Dejadlo ya, locas! —dijo al fin una de las espectadoras, que estaba acostada en una hamaca—. ¡Cuidado, que llega el capitán!

Jadeantes y desmelenadas, ambas se separaron de repente. Todos los ojos se volvieron hacia Hornblower, quien, con la cabeza inclinada para no tropezar con las

vigas del techo, se adelantaba en aquella semioscuridad.

—A la primera que vuelva a pelearse aquí, la haré expulsar —sentenció con severidad.

La morenaza se arreglaba el peinado, apartándose los pelos que le caían sobre los ojos, y resoplaba indignada.

—A mí no habrá necesidad de que se moleste en expulsarme, capitán —dijo—. ¡Ya me voy yo! ¡No voy a ganar un cuarto en este buque lleno de pelagatos muertos de hambre!

Era evidente que expresaba la opinión de una gran mayoría de las mujeres, pues a sus palabras siguió un ligero murmullo de aprobación.

—¿Cuándo van a cobrar su paga los hombres? ¿El día del juicio, eh? —chilló la mujer acostada en la hamaca con voz de falsete.

—¡Ya basta! —retumbó de repente el vozarrón de Bush, y éste se adelantó, deseoso de ahorrarse al capitán los insultos a que estaba expuesto por culpa de un gobierno que, a pesar de hacer un mes que estaban en el puerto, aún no había pagado a los hombres—. ¡Eh! ¿Qué estáis haciendo ahí en la hamaca después de dadas las ocho?

Pero aquel intento de contraofensiva fue poco afortunado.

—Bueno; ya me bajo, señor teniente, si lo desea —dijo la mujer, quitándose el cobertor de encima y dejándose deslizar al suelo—. He vendido el corpiño para comprar una salchicha a mi Tom y con las enaguas le he comprado una botella de cerveza. Si quieren que suba al puente en camisa...

Un coro de carcajadas acogió sus palabras.

—Cúbrase al instante y no sea descarada —repuso Bush, que se había puesto colorado hasta la raíz del pelo.

Hornblower hacía coro a las carcajadas, tal vez porque, al estar casado, el espectáculo de una mujer medio desnuda no era para él una cosa escandalosa como le parecía al buen Bush.

—¡De ahora en adelante seré de lo más descarada hasta conseguir que mi Tom reciba su paga! —decía la mujer, y mecía las piernas fuera de la hamaca, envolviéndose con dignidad ofendida en el cobertor.

—Y, cuando la tenga —rezongó la rubia—, ¿qué hará con ella, sin permiso para ir a tierra? ¡Dársela a un bote cantina a cambio de un cuarto!

—Cinco libras esterlinas por veintitrés meses —saltó la otra—. ¡Y yo que ya estoy encinta de un mes!

—¡Silencio! —tronó Bush.

Hornblower se apresuró a emprender la retirada, renunciando, o mejor dicho, olvidándose del fin de su visita. No tenía ánimos para enfrentarse con aquellas mujeres una vez planteada la cuestión de la paga. Los hombres de la tripulación de la

Lydia habían sido tratados de un modo indigno, quedando encarcelados a bordo apenas habían llegado a la vista de las costas inglesas. Sus mujeres tenían mil razones para quejarse. Y la mayoría de ellas eran esposas verdaderas, aunque, según las órdenes del almirante, para ser admitidas a bordo era suficiente una simple declaración verbal.

Nadie, ni siquiera Bush, sabía que las pocas guineas que los hombres habían conseguido cobrar con mucho trabajo representaban una gran parte del sueldo acumulado de Hornblower; era todo lo que pudo restar, después de poner aparte la cantidad que necesitaba más que el comer para poder pagar los gastos de viaje a sus oficiales cuando salieran a reclutar gente.

Su gran imaginación, unida a una absurda sensibilidad, exageraba tal vez los apuros de la gente de la tripulación. Pero era para él una tortura el pensamiento de la promiscuidad en que se desenvolvía la vida en las oscuras entrañas del buque. Allí, un hombre tenía dieciocho pulgadas de espacio para colocar su hamaca, y a su mujer se le había concedido otro tanto a su lado, formando así una larga fila de maridos, mujeres y hombres solos.

Más conmovedor aún era el pensar en aquellas pobres mujeres, obligadas a compartir la repugnante comida de a bordo. Aunque quizás hubiese subestimado los efectos endurecedores de la costumbre.

Salió meditabundo por la escotilla de proa y se dirigió repentinamente a la cubierta principal. Thompson, uno de los capitanes del alcázar, estaba tratando con los recién llegados.

—Es posible que hagamos marineros de vosotros —les decía— y es posible que no lo podamos hacer. Y entonces acabaréis con una carga de plomo atada a los pies, antes de que volvamos a ver tierra. Y habremos malgastado el plomo. ¡Que se adelante hacia la bomba ése que está allí! ¡Que se vea de qué color tenéis la piel, carne de horca! Cuando salte sobre vuestras espaldas el gato, ya veremos de qué color tenéis la sangre...

—¡Basta, Thompson! —rugió Hornblower furibundo. Según había ordenado, todos los que llegaban a bordo debían ser limpiados de la suciedad que llevaban. Estaban reunidos sobre el puente, desnudos y llenos de temor. A dos de ellos les estaban afeitando la cabeza por completo, y una docena de los que ya habían sufrido el mismo tratamiento (y en cuyas facciones resaltaba extrañamente la palidez de la cárcel, dándoles un aspecto enfermizo), eran empujados por Thompson hacia la bomba y allí los recibían un par de marineros con una mueca de burla. Pero era el miedo, más que el frío, lo que hacía estremecer a aquellos infelices. Seguramente no habían tomado un baño en toda su vida. Y, con aquel temor, los comentarios terroríficos de Thompson y el entorno hostil, daban verdadera lástima.

Aquellas cosas exasperaban a Hornblower, que en cierto modo nunca había

olvidado del todo sus dolorosos recuerdos de los primeros años de aprendizaje. Aborrecía los malos tratos, lo mismo que cualquier otra clase de crueldades inútiles y superfluas. En esto no estaba de acuerdo con la mayoría de sus colegas, que recurrían a todos los medios para doblegar el espíritu de los que tenían a su mando. Llegaría un día en que su reputación de comandante y hasta su porvenir dependerían de aquellos mismos infelices, que animosa y alegremente arriesgaban sus vidas —y las sacrificaban, incluso—, y el capitán Hornblower no creía poder exigir tanto a unos hombres desanimados y embrutecidos por los sufrimientos. El rapado radical y el baño de limpieza eran cosas absolutamente indispensables si se quería evitar que las pulgas, los piojos y las chinches les hiciesen la vida imposible a bordo al cabo de poco tiempo, pero eso no era una razón para envilecer a aquellos hombres. Era curioso el hecho de que Hornblower, que jamás llegó a creerse un líder, prefiriese guiar que obligar por la fuerza.

—Vamos; ponedlos bajo la bomba —les dijo a los hombres bondadosamente. Y, como ellos vacilaban, añadió—: Cuando estemos en alta mar, me habréis de ver a mí bajo el chorro de la bomba todas las mañanas al dar las siete. ¿No es cierto?

—Sí, señor —dijeron a coro los que manejaban la bomba. Aquella rara costumbre del capitán hacerse duchar con agua fría todas las mañanas de Dios siempre fue causa de discusión entre los hombres de la *Lydia*.

—Ahora id abajo; tal vez un día lleguéis también vosotros a ser capitanes. ¡Venga, Waites! ¡Demuéstrales a éstos que no tienes miedo!

Era una suerte que Hornblower pudiese no sólo recordar el nombre, sino también reconocer a Waites, el ladrón de ovejas de los calzones de piel, aunque estuviese rapado y en cueros. Los hombres miraban con los ojos desorbitados a aquel capitán, lleno de galones dorados, que era tan campechano y que no creía rebajar su dignidad confesando que tomaba un baño por las mañanas. Resistiéndose al principio, Waites acabó al fin por consentir en ponerse bajo el chorro de agua helada y, conteniendo la respiración, se dio unas vueltas bajo la fría ducha. Uno le entregó un pedazo de piedra pómez para frotarse, mientras los otros se empujaban para adelantarse por turno. Aquellos pobres de espíritu eran como los borregos; bastaba que uno fuese delante para que los demás siguieran en montón. A Hornblower no le pasó por alto una raya carmín en la espalda de uno de ellos. Con un gesto se llevó a Thompson a algunos pasos de allí, donde nadie pudiese oírle.

—Se ha apresurado demasiado a emplear el látigo, Thompson —le dijo.

Éste mostró los dientes en una sonrisa de azoramiento, mientras acariciaba el corto pedazo de cuerda con un nudo en los extremos que era el medio, generosamente empleado por los suboficiales, para estimular la buena voluntad de los hombres a sus órdenes.

—Yo no quiero a bordo de mi buque a un oficial que no sepa cuándo puede

servirse del látigo y cuándo no debe hacer uso de él —dijo Hornblower—. Estos desdichados, de momento, no saben lo que hacen, y golpearlos no sirve para nada. Otro error como éste, Thompson, y le haré degradar. Y se pasará todo el tiempo que dure este viaje limpiando las letrinas de a bordo. Y basta por ahora.

Thompson se retiró abatido ante la cólera que Hornblower había demostrado.

—Bush, me hará el favor de no perderle de vista —añadió Hornblower—. A veces, estos individuos exageran un poco y con su prepotencia acaban por obtener lo contrario de lo que se proponen. Ésas son cosas que prefiero evitar.

—Sí, señor —replicó Bush filosófico.

Hornblower era el único capitán al que había visto preocuparse por el uso y el abuso de los látigos a bordo de su buque. Los látigos eran cosas que formaban parte de la marina, lo mismo que la comida escasa y mala, las dieciocho pulgadas de espacio para colgar la hamaca y los peligros del mar. En su interior, el teniente Bush no comprendía el sistema disciplinario del capitán Hornblower. Se había quedado estupefacto al oír que el capitán reconocía públicamente que él también se bañaba con la bomba en la cubierta. ¿No era una locura que un capitán demostrase a sus hombres que era de la misma carne que ellos? Pero dos años de servicio a las órdenes de Hornblower le habían enseñado que los extraños sistemas de aquel ser original a veces obtenían sorprendentes resultados. Y, en el fondo, siempre estaba dispuesto a obedecerle ciega y fielmente.

CAPÍTULO 2



El chico del Ángel ha traído una carta para los señores —dijo la dueña de la hostería entrando en el saloncito donde se hallaba Hornblower, después de haber dado con los nudillos en la puerta—. Espera contestación.

Con sólo leer el sobre, Hornblower sintió una punzada en el pecho. Había reconocido instantáneamente la caligrafía femenina, aunque ya habían pasado varios meses desde aquél que tan significativo fue para él. Se esforzó por disimular su turbación volviéndose hacia su mujer.

—Está dirigida a ambos, querida —le dijo—. ¿La abro?

—Como quieras —contestó María.

Hornblower rompió la oblea y desplegó el billete.

Hostería del Ángel.

Plymouth, 4 de mayo de 1810.

El Contralmirante sir Percy y lady Bárbara Leighton se verán muy honrados si el capitán Horatio Hornblower y su señora quieren comer en su compañía en esta dirección mañana, día 5 de mayo, a las cuatro de la tarde.

—El contralmirante está en el Ángel y nos invita a comer —dijo Hornblower con toda la indiferencia que los latidos de su corazón le permitieron fingir—. Lady Bárbara está con él. Creo que debemos aceptar, querida.

Le entregó el billete a su mujer.

—No tengo otro vestido que el azul —hizo observar María, levantando la cabeza después de haberlo leído.

El primer pensamiento de una mujer en cuanto recibe una invitación siempre será el de: «¿Qué me pondré?». Hornblower intentó concentrar su pensamiento en el vestido azul, mientras que su corazón cantaba locamente al saber que lady Bárbara se hallaba sólo a doscientas yardas de allí.

—Te sienta muy bien, querida —le dijo a su mujer—. Ya sabes que ese vestido siempre me ha gustado mucho.

Otro vestido mucho más elegante hubiese sido necesario para sentar bien al achaparrado tipo de María. Pero Hornblower sabía que debían —a toda costa debían— aceptar la invitación, y, por su parte, sería un acto de bondad tranquilizar a María. Poco importaba el vestido que se pusiera si estaba convencida de que le sentaba maravillosamente bien.

Contentísima, sonrió al cumplido que le hacía su marido y Hornblower sintió un poco de remordimiento. Su conciencia le acusaba de ser un judas. Al lado de lady Bárbara, María resultaría ordinaria, mal vestida y sosa; pero sabía que mientras él le diese a entender que estaba enamorado de ella, María se sentiría feliz en su ignorancia.

Escribió, pues, un cortés billete aceptando la invitación y llamó para hacerlo entregar al mozo que esperaba.

—Es preciso que vaya a la *Sutherland* —dijo luego, abrochándose la casaca.

Se sintió molesto por la mirada de reprobación que le dirigió su esposa. Sabía muy bien que ella se había alegrado ante la idea de pasar la tarde a su lado y, realmente, no había tenido ningún pensamiento de volver al buque. Aquello no era más que una excusa para hallarse a solas consigo mismo. Se le hacía insoportable la idea de permanecer encerrado en aquel saloncito con María y sus insustancialidades. Quería estar solo para saborear el pensamiento de que lady Bárbara estaba en aquella misma ciudad y que al día siguiente la vería. Y con estas ideas que brotaban en su interior, ¿cómo permanecer sentado sin hacer nada? Hubiese querido dar gritos de alegría mientras se dirigía al muelle a paso ligero, olvidándose voluntariamente del obediente y silencioso consentimiento de María cuando le vio marchar. Claro que ella no ignoraba cuán lleno de quehaceres se hallaba un capitán en los momentos en que estaba preparando su barco...

En sus deseos de hallarse solo cuanto antes, Hornblower azuzó a los remeros hasta que sudaron. Una vez que se vio a bordo, se dirigió hacia el puente de popa y contestó apresuradamente a los saludos de los oficiales de guardia antes de encerrarse en aquel lugar solitario y lleno de paz que tanto había deseado. Había mil cosas que debían de reclamar su atención, pero no pensó en ellas ni por un segundo. Atravesando su camarote, en donde reinaba el desorden de los preparativos, salió de la amplia galería por el balcón de popa y, ya allí, y seguro de no ser observado por ojos indiscretos, pudo por fin apoyarse en la borda y dejar vagar su mirada sobre las aguas.

Crecía la marea y soplaba una leve brisa de nordeste. Desde la galería de popa de la *Sutherland*, la vista descubría hacia poniente una gran extensión del Hamoaze. A la izquierda, veía Hornblower el astillero zumbando con la actividad de una colmena; ante él, las aguas centelleantes hormigueaban de embarcaciones, entre las que había una multitud de chalupas que se movían en todas direcciones. A lo lejos, al otro lado de los almacenes de víveres, se descubría Mount Edgcumbe. La ciudad de Plymouth permanecía oculta tras el recodo del promontorio llamado la Punta del Diablo; por eso le estaba vedada la satisfacción de poder descubrir el techo de la fonda en donde se albergaba lady Bárbara.

Sin embargo, ella estaba allí; dentro de veinticuatro horas ya la habría visto.

Como extasiado, apretó entre sus manos la barandilla hasta hacerse daño. Separándose de ella, se puso a pasear con las manos detrás de la espalda para poderse inclinar más fácilmente al llegar al arco. El sentimiento de dolor que había experimentado tres semanas atrás, cuando oyó hablar del matrimonio de lady Bárbara con el almirante Leighton, ya se había disipado; solamente sentía una gran alegría al pensar que ella no le había olvidado. Tal vez se había trasladado con su marido hasta Plymouth con la esperanza de verle a él, Hornblower... No era imposible, pero Hornblower no podía dejar de pensar que lady Bárbara quizás había obrado así solamente por el deseo de estar durante algunos días más al lado de su marido. Debía de ser ella misma la que indujo a sir Percy a mandar la invitación el mismo día de su llegada. Hornblower prefería no pensar que cualquier almirante ansia la ocasión de hacerse una idea de cómo es un capitán que está a sus órdenes y al que aún no conoce. Tuvo que ser lady Bárbara la que consiguió que su marido pidiese al Almirantazgo que pusieran a sus órdenes al capitán Hornblower. Eso explicaría el hecho de que le hubiesen encomendado el mando de un nuevo buque, sin haber tenido que esperar ni siquiera un mes a medio sueldo. Sí; era a lady Bárbara a quien debía el agradable aumento de diez chelines diarios al sueldo que el comando de un buque de línea llevaba consigo.

Ahora ya había recorrido la cuarta parte de la lista de capitanes. En menos de veinte años —tal vez antes de llegar a los sesenta— adelantando de esa forma, podría ostentar la insignia de almirante. Entonces habría realizado todas sus esperanzas; con el grado de almirante estaría satisfecho. Aun a medio sueldo. Podría vivir en Londres y tal vez hallar un protector que le proporcionase un escaño en el Parlamento. Autoridad, dignidad y seguridad maternal; todas esas cosas serían suyas. Todo eso no era imposible, no... Y lady Bárbara no le había olvidado; ella conservaba un buen recuerdo de él y no desdeñaba volverle a ver de nuevo, a pesar de la forma ridícula en que él se había comportado con ella. Hornblower volvía a sentirse eufórico.

Una gaviota que estaba parada en el aire sacudió las alas de pronto, poniéndose de nuevo a volar con celeridad, y al pasar ante la galería soltó un ronco chillido en la cara de Hornblower. Revoloteaba incansablemente y chillaba a lo largo de la galería y luego, sin ninguna razón, se alejó raudamente. Hornblower la siguió con la mirada; cuando de nuevo volvió a pasear, el hilo de sus pensamientos se había cortado. Pero de pronto le asaltó, más apremiante que nunca, el recuerdo de que le era necesario encontrar hombres. Al día siguiente debería confesar al almirante que seguía necesitando ciento cincuenta, y ésa sería la primera falta de sus obligaciones de capitán. Un hombre podía ser el mejor marino del mundo, podía ser un guerrero intrépido —y Hornblower no se creía ni una cosa ni otra—; pero cualquiera de estas buenas cualidades disminuía si no conseguía equipar su propio barco.

Leighton probablemente habría pedido que le pusieran a sus órdenes; solamente

fue un capricho de la suerte lo que hizo que le asignaran a la escuadra del almirante. Tampoco era imposible que el almirante sospechase que Hornblower había sido el amante de su mujer y, devorado por los celos, no dejaría escapar la ocasión para arruinarle. Le haría desgraciado, le torturaría de tal modo que acabaría enloqueciendo, para terminar liquidándole con una razón cualquiera. Un almirante siempre halla manera de deshacerse de un capitán con sólo desearlo. Tal vez fue la misma lady Bárbara la que le puso a merced de Leighton y tramaba su ruina para vengarse de la vergüenza a que él la expuso. Sí; esta última razón era la más plausible, mucho más que todas las otras suposiciones románticas, pensaba Hornblower, y sintió que una rabia fría le iba ganando poco a poco.

Lady Bárbara se habría figurado cómo era María y había mandado la invitación para tener el placer de comprobar de cerca sus deficiencias. Aquel convite del día siguiente amenazaba con resultar una gran humillación para él. Durante una decena de días, al menos, no podía contar con los honorarios del trimestre próximo; de otro modo, hubiese llevado a María a comprar el vestido más hermoso que pudiese hallar en Plymouth, aunque, pensándolo bien, ¿qué suponía un vestido confeccionado en Plymouth para la hija de un conde acostumbrada a comprar sus vestidos en París? Pero, precisamente en aquellos momentos, y después de haber mandado a Bush, a Gerard, Rayner y Hooker, sus cuatro tenientes, a buscar reclutas a son de tambor, Hornblower no tenía ni veinte libras esterlinas en el bolsillo. Aquellos cuatro oficiales se habían llevado consigo a treinta hombres, los únicos de los que podían fiarse, entre todos los que había a bordo. Por lo tanto, a lo mejor tenían problemas en el castillo de popa, y el malhumor alcanzaría su punto álgido probablemente al día siguiente, mientras el capitán se encontrase comiendo con el almirante.

Los sombríos pronósticos de Hornblower se detuvieron allí momentáneamente. Irritado, levantó la cabeza con gesto violento y se dio un buen coscorrón con una viga del techo. Apretó los puños, soltando maldiciones; pero luego no pudo evitar reírse de sí mismo (si no hubiese sido capaz de reírse de sí mismo, probablemente se hubiese vuelto un poco loco, como otros colegas suyos) y, al fin, con un esfuerzo, dominó sus emociones y se puso a pensar seriamente en el porvenir.

Las órdenes que le obligaban a ponerse a la disposición del almirante Leighton establecían concisamente que estaba destinado a servir en el Mediterráneo Occidental; y ya era una gracia muy especial la que le concedían los lores del Almirantazgo permitiéndole saber tanto. Hornblower sabía de ciertos capitanes que se habían provisionado a sus propias expensas, en espera de ser destinados a las Indias Occidentales, para luego ser enviados a formar parte del convoy del Báltico. El Mediterráneo Occidental quería decir en realidad el bloqueo de Tolón, la protección de Sicilia y fastidiar a las naves genovesas de cabotaje, y, posiblemente, meterse un poco en la guerra de España. Desde luego, era una vida más movida que el bloqueo

de Brest, pero ahora que España era aliada de Inglaterra, había muchas menos probabilidades de conseguir un rico botín.

Dados los conocimientos de español que Hornblower poseía, era probable que tuviese algo que hacer en las costas de Cataluña, de acuerdo con el ejército español. Lord Cochrane se había distinguido allí, pero Cochrane no estaba en el candelero, de momento. El ambiente seguía saturado por los ecos de los Consejos de guerra que se siguieran a la acción en el País Vasco, y Cochrane podría creerse afortunado si llegaba a poder mandar algún otro buque; él representaba el caso típico de locura de un capitán en servicio activo que se había dejado arrastrar por la política. Tal vez, pensaba Hornblower intentando combatir el optimismo y el pesimismo a la par, tal vez estaba él destinado por el Almirantazgo a reemplazar a Cochrane. Si era así, quería decir que su reputación profesional era mucho más importante de lo que él se había atrevido a suponer. Hornblower se vio obligado a reprimir severamente sus propias impresiones ante este pensamiento, y se halló sonriendo mientras que se decía a sí mismo que los excesos de emoción no tenían más resultado que el de hacer que se diera un porrazo contra las vigas del techo.

Aquello le tranquilizó, y se dijo, filosóficamente, que semejantes conjeturas no eran más que un derroche de energías; antes o después lo sabría y todas sus suposiciones no alterarían un ápice su propio destino. Había ciento veinte buques de línea de la Marina de guerra británica en el mar, y casi doscientas fragatas, y en cada uno de aquellos trescientos veinte buques había un capitán que, para su propia dotación, era casi un dios y, en cambio, no era seguramente para el Almirantazgo más de lo que podía ser un empleadillo cualquiera; es decir, un títere. Lo mejor que podía hacer era obrar como hombre de buen sentido; apartar del pensamiento todas aquellas fantasías, marcharse a su casa y pasar una velada tranquila al lado de su mujer, sin preocuparse demasiado del porvenir.

Sin embargo, mientras salía de la galería y daba la orden de preparar su lancha para volver a tierra firme, una nueva oleada de júbilo le invadió por completo al pensar que al día siguiente vería a lady Bárbara.

CAPÍTULO 3



—¿Te parece que estoy bien? —preguntó María apenas hubo acabado de arreglarse. Hornblower, que se estaba abrochando el traje de gala, se retiró unos pasos para observar mejor a su mujer y sonrió con admiración.

—Muy bien, querida —dijo—. Ese vestido realza tu figura mucho más que ninguno de los que has llevado.

La inocente mentira fue pagada con una sonrisa de contento. ¿De qué iba a servir decirle la verdad a la pobre María, haciéndole ver que precisamente aquel tono de azul se daba de bofetadas con el rojo de sus rubicundas mejillas? Pequeña y gruesa, con sus ásperos cabellos negros y el feo color de su piel, María era una de aquellas mujeres que nunca parecen bien vestidas. En el mejor de los casos parecía la mujer de un tendero y, en el peor de ellos, una criada que se había puesto cualquier traje regalado por su señora.

—También tengo mis guantes franceses... —le dijo ella No se le había escapado hacia dónde se dirigían las miradas de su marido. ¡Era una desdicha aquella facilidad que tenía para adivinar sus deseos! Él tenía el poder de herirla horriblemente, y aquella seguridad le desazonaba.

—¡Perfectamente! —dijo él, galante. Se estaba poniendo la casaca nueva ante el espejo.

—¡Qué bien te sienta el traje de gala! —comentaba María llena de admiración.

El primer cuidado de Hornblower al volver a Inglaterra con la *Lydia* fue comprarse nuevos uniformes. No quería que se pudiesen reproducir los humillantes incidentes causados por la pobreza de su guardarropa. Se miró al espejo por última vez. La casaca que llevaba era del mejor paño azul que existía. Las pesadas charreteras que la adornaban eran de oro verdadero, lo mismo que los anchos entorchados de los bordes y los ojales. Relucían botones y gemelos y daba gusto ver en las mangas aquellos anchos galones dorados que distinguían a los capitanes con más de tres años de antigüedad en el puesto. La corbata era de gruesa seda china. También admiró el corte de sus calzones blancos y las medias de seda blanca, las mejores que pudo hallar. No sin ciertos remordimientos, recordó Hornblower que María ocultaba bajo sus faldas unas medias de algodón barato, de cuatro chelines el par. En resumen, él se hallaba vestido de arriba abajo como un verdadero caballero, ni más ni menos. El único punto negro eran los zapatos. Las hebillas eran de similar, y Hornblower temía que el brillo rojizo que despedían contrastase demasiado con el del oro verdadero de los demás adornos. Pero cuando las compró ya empezaba a faltarle el dinero y no se había atrevido a gastar veinte guineas en un par de hebillas de oro.

Durante la reunión iría con mucho tiento para no poner los pies demasiado en evidencia. Era una lástima que aún no le hubiesen entregado la espada de cien guineas que el Fondo Patriótico le debía por su triunfo sobre el Natividad; por eso se veía obligado a llevar la espada de oro de cincuenta guineas que le fuera otorgada ocho años antes, cuando siendo un simple teniente capturó la Castilla.

Cogió el sombrero de tres picos, también galoneado de oro auténtico, y requirió los guantes.

—¿Estás dispuesta, querida? —preguntó.

—Sí, Horatio. —Conocía muy bien el odio que sentía su marido por la falta de puntualidad y ponía mucho cuidado en no caer en ella.

En la calle, el oro de las charreteras brillaba pomposamente bajo el sol de las primeras horas de la tarde. Un oficial del ejército saludó respetuosamente al cruzarse con la pareja. Hornblower notó que la señora a la que aquél daba el brazo miraba a María con más atención que a él, y le pareció leer en aquella mirada una compasión mezclada con ironía. Evidentemente, no era María la mujer que se podía esperar ver del brazo de un oficial tan elegante. Pero de todos modos ella era su mujer, la compañera de su juventud, y ahora era preciso pagar por la indulgencia y bondad de corazón que le indujo a casarse con ella. Los pequeños Horatio y María habían muerto de viruela en la posada de Southsea, y él le debía su devoción, aunque sólo fuera por eso.

Además, María iba a darle un nuevo hijo, o, por lo menos, eso era lo que ella afirmaba. Esto había sido una locura por su parte, pero una locura comprensible en un hombre que tenía el corazón envenenado por los celos al saber que lady Bárbara se había casado. ¿Y qué otra cosa podía hacer él, sino mostrarse aún más cariñoso con su mujer? Todos sus buenos instintos y su innata honradez le obligaban a permanecer fiel a su María, darle a ella todas las satisfacciones y proceder como si fuese el más apasionado de los maridos.

Pero eso no era todo. Su orgullo jamás le permitiría reconocer públicamente que había cometido un error o una equivocación garrafal, como cualquier muchacho. Solamente por esa razón, aunque hubiese tenido el valor de destrozarse el corazón de su mujer, no rompería nunca abiertamente con ella. Hornblower recordaba los comentarios salaces que circulaban en los medios de marina a propósito de los asuntos del matrimonio de Nelson, y luego los de Bower y Samson. A condición de que siguiese unido con su mujer nunca se dirían de él cosas semejantes. El mundo, que toleraba las excentricidades, se reía de las debilidades. En su caso, la gente se podría asombrar de tanta fidelidad, pero nada más. Y mientras se comportase con María como si para él no existiesen más mujeres en el mundo fuera de ella, tal vez las gentes llegasen a creer que tenía un espíritu mucho más sólido de lo que podía suponerse después de un examen superficial.

—¡Horatio! ¿Verdad que es en el Ángel donde estamos invitados? —le preguntó ella interrumpiendo sus meditaciones.

—¿Eh? ¡Ah, sí!

—Acabamos de pasar por delante y cuando te lo he dicho no me has oído.

Volvieron sobre sus pasos y, al llegar, una criada muy jovial, del Devonshire, los acompañó a la sala a través de los pasillos oscuros y frescos del interior de la hospedería. Se hallaban reunidas algunas personas en la habitación forrada de madera de roble, donde les hicieron entrar, mas para Hornblower no existía sino una entre todas ellas. Lady Bárbara vestía un traje de seda azul, de un azul grisáceo, el mismo color de sus ojos. Llevaba al cuello, pendiente de una cadena de oro, un joyel de zafiros, pero los zafiros parecían muertos si se comparaban con el brillo de sus ojos. Hornblower se inclinó y murmuró el nombre de María, presentándola. La estancia entera le parecía envuelta en una niebla en medio de la cual lady Bárbara era el único resplandor. La dorada palidez de las mejillas que Hornblower le había visto antes, ahora había desaparecido; la piel de ella era blanca, como debía ser la de una gran señora.

Hornblower se estremeció; alguien le estaba hablando ya hacía unos segundos.

—Una agradable ocasión ciertamente, capitán Hornblower. ¿Me permite que le presente? La señora Elliot. El capitán Hornblower. La señora Bolton. Mi ayudante, el capitán Elliot de la *Pluto*. Y el capitán Bolton, de la *Calígula*, que me ha dicho que fue compañero suyo a bordo de la *Indefatigable*.

La niebla se aclaraba un poco. Hornblower pudo finalmente balbucear algunas palabras; por suerte el posadero entró anunciando que la comida estaba servida y esto le dio algunos minutos más para acabar de recuperar el aplomo.

Se sentaron a una mesa redonda. Hornblower tenía enfrente el honrado, rubicundo y franco rostro de Bolton, y aún sentía el cordial apretón de su mano y el contacto con la callosa palma. En efecto, Bolton no tenía el aspecto de pertenecer al gran mundo y mucho menos su señora, a la que Hornblower tenía a su derecha, entre él y el almirante. Era una mujer vulgar y, con enorme alivio por su parte, se fijó en que no iba mejor vestida que María.

—Debo felicitarle, capitán, por su nombramiento para la *Sutherland* —le decía lady Bárbara a su izquierda. Por el aire se difundió un efluvio perfumado mientras ella hablaba, y a Hornblower se le subió a la cabeza. Oler su perfume, oír su voz, le hacía el efecto de una droga. Nunca supo qué fue lo que contestó...

—Nuestro buen hostelero —dijo el almirante, volviéndose a sus comensales y metiendo un cucharón en la sopera de plata que tenía delante— me ha jurado que conoce el arte de preparar la sopa de tortuga y por eso me he arriesgado a encargársela. ¡Dios quiera que nos haya dicho la verdad! Y espero que encuentren que el jerez no está mal... ¡George, el sherry!

Sin darse cuenta, Hornblower había tomado una cucharada de sopa hirviente, y la quemadura que sintió al verse obligado a tragarla fue tal que le hizo volver de nuevo a la realidad. Se volvió a mirar a aquel personaje que durante dos o tres años iba a ser su jefe, y que después de un noviazgo que no podía haber durado más de tres semanas había conquistado el corazón y la mano de lady Bárbara. Era alto, macizo, moreno; un buen tipo, en conjunto. La estrella de la Orden de Bath y la cinta roja realzaban su ostentoso uniforme. No tendría más de cuarenta años —uno o dos más que Hornblower—, y si alcanzó tan elevado cargo fue seguramente debido a las influencias familiares. Pero la redondez de su papada, ajuicio de Hornblower, era una señal de indulgencia o de poca inteligencia; o, tal vez, de ambas cosas a la par.

Todo eso lo descubrió Hornblower en una rápida ojeada. Enseguida se vio obligado a pensar en la conversación, aunque entre lady Bárbara y el almirante no le fuese nada fácil razonar con claridad.

—Me parece que la veo llena de salud, lady Bárbara-le dijo. Una ligera reminiscencia del puente de mando daba a su voz un tono demasiado elevado en tanto trataba de hallar el matiz exacto que exigía la complicada situación. No se le ocultó que María, que estaba sentada al lado del capitán Elliot, levantaba levemente las cejas. María, como siempre, estaba dispuesta a percibir las reacciones de su marido.

—¡Oh! Sí, es verdad —contestó lady Bárbara con desparpajo—. ¿Y usted, capitán?

—Nunca vi que Horatio estuviese mejor —intervino María.

—Eso está muy bien, ¿verdad? —dijo lady Bárbara volviéndose hacia ella—. El pobre capitán Elliot aún se resiente a veces de las fiebres que cogió en Flushing.

Menos mal. Allí estaban María, lady Bárbara y el capitán Elliot enfrascados en una conversación en la cual él no podía meter baza. Después de prestar un instante de atención, Hornblower se volvió hacia la señora Bolton, que, según parecía, no era una mujer sociable. «Sí» y «no» era todo lo que sabía decir, y el almirante, a la derecha de Hornblower, estaba ocupado charlando con la señora Elliot animadamente. Hornblower se quedó en melancólico silencio; María y lady Bárbara siguieron la conversación de la que pronto quedó excluido Elliot, y que proseguía a través de su persona con una constancia que ni siquiera la llegada del otro plato logró interrumpir.

—¿Puedo servirle una tajada de este asado de buey, señora Elliot? —preguntaba el almirante—. Hornblower; tenga la bondad de hacer los honores a esos ánades que hay ahí delante. Éstas son lenguas en adobo, Bolton, de una especialidad local, como ya debe de saber. ¿Quiere probarlas? A menos que sus preferencias no se inclinen por el asado. Elliot, ofrezca ese ragú a las señoras. Tal vez prefieran los entremeses. No es un plato de mi gusto. Pero allí veo, en el aparador, un pastel de carne fiambre. El hostelero me ha jurado que es uno de los que han dado más renombre a su casa; y también hay una pierna de carnero como sólo se hallan en Devonshire. ¿Señora

Hornblower? ¿Bárbara, querida?

Hornblower, ocupado en trincar el pato, sintió una punzada en el pecho al oír pronunciar con tanta indiferencia un nombre que para él era sagrado. La impresión que esto le causó fue por un instante un obstáculo para seguir trinchando con habilidad los largos pedazos de pechuga de pato. Haciendo un esfuerzo, terminó su trabajo y, como nadie deseaba ánade asado, llenó su propio plato con todo lo que había trinchado. Gracias a eso pudo ahorrarse el tener que cruzar su mirada con ningún otro comensal.

Lady Bárbara y María seguían hablando. A la excitada imaginación de Hornblower le pareció que lady Bárbara le volvía la espalda de un modo especial. Tal vez ella pensara que amarla había sido un magro cumplido para ella, ahora que conocía a la compañera por él elegida y que podía constatar la tosquedad de sus gustos. Esperaba que María no se mostrase demasiado tonta. De lo que hablaban, poco o nada conseguía oír. No pudo gustar más que a medias aquellos manjares que cubrían la mesa; su apetito, naturalmente moderado, había disminuido aún más. Sin embargo, bebía con avidez el vino de que estaba su copa siempre llena, hasta que al darse cuenta de ello se abstuvo de seguir bebiendo; sentirse embriagado le era aún más odioso que sentirse ahíto. Juguetearo con lo que tenía en el plato, fingía comer. Por suerte, su vecina, la señora Bolton, tenía muy buen apetito y se entretenía en hartarse a más no poder sin decir una palabra; de otro modo, ambos hubiesen hecho un ridículo papel.

Luego desocuparon la mesa de las fuentes y platos para hacer lugar al queso y las frutas.

—Las piñas no son tan deliciosas como aquéllas que tuvimos en Panamá, capitán Hornblower —dijo lady Bárbara volviéndose de pronto hacia él—. Pero tal vez quiera comprobarlo, ¿verdad?

Le había cogido la pregunta tan de improviso que casi no podía cortar la fruta con el cuchillito de plata de puro azoramiento. Con mano insegura sirvió a lady Bárbara. Ahora que ella le honraba con su atención, deseaba hablarle, pero no le salían las palabras. La pregunta que le quemaba la lengua era la de si se sentía feliz y le gustaba la vida de casada, pero, como tenía aún bastante buen sentido para no salir con semejante tontería, no se le ocurría otra cosa que decir.

—El capitán Bolton y el capitán Elliot —proseguía lady Bárbara— me han hecho mil preguntas acerca del combate entre la *Lydia* y el *Natividad*; pero casi todas ellas son de una naturaleza excesivamente técnica para que yo las pueda contestar, puesto que, además, y como ya les he contado, me tuvieron encerrada en el sollado, donde no podía ver nada de lo que pasó en el puente. Pero parece que todo el mundo me envidia por esa aventura.

—¡Su señoría tiene razón! —tronó la voz de Bolton desde el otro extremo de la

mesa. Su vozarrón había seguido ganando en sonoridad desde la época en que Hornblower le conoció, cuando no era más que un tenientillo—. ¡Vamos! ¡Cuéntenos lo sucedido, Hornblower!

Colorado como un tomate, éste se manoseaba el corbatín, sabiéndose blanco de todas las miradas.

—¡Vamos, compañero! ¡Díganoslo de una vez! —insistía Bolton. Poco acostumbrado a la compañía de las señoras que le azoraban, apenas había despegado los labios hasta aquel momento; pero la perspectiva de oír relatar por el propio protagonista la descripción de la batalla le soltaba la lengua.

—Así fue... —empezó Hornblower, disponiéndose a explicar las condiciones en que tuvo que combatir. La atención general estaba pendiente de sus labios, y las preguntas de los hombres, que eran muy oportunas, le ayudaban a seguir adelante casi sin que él se diese cuenta. De ese modo y gradualmente se iba desarrollando su narración; y aquella locuacidad contra la que Hornblower de ordinario procuraba defenderse le volvía, en verdad, elocuente. Y habló, contando la larga lucha sostenida en las soledades del Pacífico; contó las fatigas, la mortandad y la agonía; hasta el instante en que, apoyándose extenuado sobre la baranda del alcázar, se sintió embriagado de triunfo a la vista del enemigo vencido que se hundía en la negrura de la noche y del mar.

Al llegar a este punto se detuvo, azorado, y sintió que una llamarada de vergüenza le había sacado los colores a la cara, pues se daba cuenta de haber cometido un pecado imperdonable al alabarse de sus propios éxitos. Echó una mirada alrededor de la mesa, temeroso de leer en los rostros reticencia o sincera desaprobación, piedad o desprecio. Con enorme estupor pudo comprobar, en cambio, que en ellos se pintaban expresiones que sólo produce la más franca admiración. Bolton, que tenía cinco años de antigüedad más que él y era diez años mayor, le miraba como se mira a un héroe. Elliot, que mandó un buque de línea a las órdenes de Nelson, le hacía gestos de asentimiento con su cabezota, con aires de aprobación. Y el almirante, cuando Hornblower se atrevió a dirigirle una mirada a hurtadillas, parecía meditabundo, pero evidentemente impresionado; no había duda de ello. Tal vez hubiese, además, una sombra de añoranza en sus morenas y regulares facciones; un sentimiento de pesar, pensando que a él no le había ofrecido jamás la vida de marino una ocasión tan buena para cosechar gloria.

Pero la sinceridad que se descubría en la narración de Hornblower le había conquistado y, al fin, se volvió hacia él con los ojos llenos de admiración.

—¡A su salud! —le dijo levantando la copa—. ¡Deseo que el capitán de la *Sutherland* pueda compararse con el de la *Lydia*!

Con un murmullo de aprobación se unieron todos al brindis y bebieron, mientras Hornblower enrojecía y balbuceaba, muy emocionado. La admiración de aquellos

hombres cuya aprobación tanto valoraba le abrumaba, especialmente cuando se daba cuenta de que se la había ganado con engaños. Ahora volvía a recordar la angustia mezclada de náuseas con la que esperaba la descarga del *Natividad*, y revivía el horror por la mutilación, que le obsesionó durante la batalla. No; él no era de la misma madera que Leighton, Bolton y Elliot, hombres que en toda su vida no conocieron el miedo; si les hubiese contado todas sus emociones, lo mismo que hizo con las maniobras y los incidentes del combate, le hubiesen tenido lástima que se experimenta hacia un infeliz enfermo... Y todo el fulgor de la victoria de la *Lydia* se hubiese evaporado por completo.

Lady Bárbara le sacó de su azoramiento, levantándose de la mesa, seguida inmediatamente de las otras señoras.

—No se entretengan demasiado con los licores —dijo mientras los caballeros se levantaban a su vez cortésmente, en espera de que las señoras se marcharan—. El capitán Hornblower es un gran jugador de whist y nos espera una mesa de juego.

CAPÍTULO 4



Apenas hubieron salido del Ángel a la calle, donde ya reinaba la oscuridad, María se colgó del brazo de su marido.

—Una tarde deliciosa —dijo, contentísima—. Y lady Bárbara me ha parecido una señora finísima.

—Me alegro mucho de que te hayas divertido —contestó Hornblower. Sabía muy bien que, en cuanto se veían a solas después de haber ido juntos a algún sitio, María disfrutaba hablando de las personas con las que habían estado, y ya se sentía a disgusto pensando en la crítica de lady Bárbara que iba a oír y que consideraba inevitable.

—Tiene mucha clase —proseguía María, implacablemente—, mucha más de lo que esperaba por lo que tú me habías dicho.

Hurgando en sus recuerdos, Hornblower hubo de reconocer que él no hizo otra cosa que alabar el valor de lady Bárbara y su desenvoltura al hallarse entre los hombres sin sentir ningún temor. Entonces María se figuró a la hija del conde como una especie de marimacho, y ahora en cambio le complacía verla del modo tradicional y admirarla por su buena educación, halagada por la familiaridad con que lady Bárbara se había dignado hablar con ella.

—Es una mujer encantadora, desde luego —dijo él intentando ponerse a tono con el humor de su mujer.

—Me ha preguntado si te acompañaré en el próximo viaje; pero yo le he dicho que, con las esperanzas que acariciamos para dentro de algún tiempo, eso no sería prudente.

—¿Le has dicho eso? —preguntó Hornblower con brusquedad. Milagrosamente, consiguió disimular la angustia que hacía temblar su voz.

—Ella me ha deseado buena suerte, encargándome que te felicite y te dé su... su enhorabuena. —El pensamiento de que María hubiese hablado de su estado con lady Bárbara se le hacía penosísimo. No se atrevía a profundizar demasiado en el porqué. Pero la certeza de que lady Bárbara lo sabía no hacía más que enredar más la enmarañada madeja de sus sentimientos, y el camino que debían recorrer para llegar a su alojamiento era demasiado corto para tener tiempo de desenredarla, aunque sólo fuese un poquitín.

—¡Ay! —exclamó María apenas estuvieron en la alcoba—. ¡Qué estrechos son estos zapatos!

Sentada en la pequeña butaca, se frotaba los pies calzados con las medias de algodón blanco; la llamita de la vela colocada en la mesita de noche proyectaba la

sombra de ella sobre la pared a su espalda.

—Cuelga bien esa casaca, que es la mejor que tienes —continuaba diciendo María mientras se quitaba las horquillas de la cabeza.

—No tengo sueño —dijo Hornblower con el valor de la desesperación. Si hubiese tenido que pagar para poder huir de allí, ningún precio hubiese sido excesivo. Había marchado gustoso a buscar la soledad de su buque. Pero era imposible. A semejantes horas hubiese parecido una rareza y, además, con su uniforme de gala, llamaría demasiado la atención.

—¿Que no tienes sueño?

¡Oh, aquella mala costumbre que ella tenía de repetir siempre sus palabras!

—Es muy extraño después de una velada tan agotadora. ¿Es que has comido mucho asado?

—No.

Era inútil intentar explicar a María las ideas que le andaban por la cabeza y aún más inútil intentar la huida. Eso la heriría en su amor propio y Hornblower sabía por experiencia que no era capaz de hacerlo. Suspirando, se dispuso a dejar la espada.

—No tienes más que echarte en la cama y ya verás cómo te duermes —dijo María, hablando por propia experiencia—. Además, nos quedan pocas noches para estar juntos, querido.

Así era, en efecto; el almirante Leighton había dicho que la *Pluto*, la *Calígula* y la *Sutherland* estaban obligadas a servir de escolta hasta la altura del río Tajo al convoy de las Indias Orientales que se estaba reuniendo. Y esto le recordaba de nuevo la condenada cuestión de la falta de personal...

¿Cómo diablos se arreglaría para completar a tiempo su dotación?, pensaba Hornblower. Bodmin podía mandarle unos cuantos criminales más. Y los oficiales que ya estaban a punto de llegar uno de aquellos días le traerían algunos voluntarios. Pero Hornblower necesitaba por lo menos otros cincuenta gavieros, y a éstos no se los hallaba en las cárceles, ni mucho menos se daban en las plazas de los mercados.

—Es una vida dura —decía su mujer, pensando en la próxima separación.

—Es mejor que la de enseñar a contar por ocho peniques semanales —replicó Hornblower, esforzándose en bromear.

Antes de casarse, María había enseñado en una escuela, en donde los alumnos pagaban cuatro peniques por aprender a leer, seis para aprender a escribir y ocho para las cuentas.

—Claro que sí. Ya sé que te debo muchísimo, Horatio. Aquí está tu camisa de dormir. ¡Los malos ratos que pasé cuando miss Wentworth descubrió que había enseñado a Alice Stone la tabla de multiplicar, aunque sus padres no pagaban más que cuatro peniques! Y luego, cuando a aquella chiquilla ingrata y chismosa se le ocurrió convencer al pequeño Hopper para que soltara un ratón en la clase. Sin

embargo, sé que volvería a empezar de nuevo, ¡cariño!, si con eso pudiese conseguir tenerte a mi lado.

—No puede ser, pues el deber me llama, querida —le dijo su marido poniéndose la camisa de dormir—. Pero ya verás como antes de dos años vuelvo con un saco lleno de guineas como botín. Palabra de honor.

—¡Dos años! —exclamó María, desolada.

Hornblower se abandonó a un prolongado bostezo y María, como él ya había esperado, se tragó el anzuelo.

—¡Y decías que no tenías sueño!

—Me ha venido de repente. Será el vino de Oporto del almirante, que empieza a hacerme efecto y ya no consigo tener los ojos abiertos. Así que, buenas noches, amor mío.

Se acercó a dar un beso a María, que seguía sentada en la butaquita, y enseguida, apresuradamente, se subió a la alta cama y se quedó acostado e inmóvil, en el lado más alejado, hasta que María apagó la vela de un soplo y se acostó a su lado. Su respiración se hacía tranquila y regular. Solamente entonces se relajó, cambió de postura y dejó que sus inquietos pensamientos galoparan a rienda suelta.

Recordaba lo que Bolton le había dicho con un gesto y una mirada significativos, cuando en el transcurso de la reunión se hallaron ambos en un rincón en donde nadie podía oírlos.

—Vale por seis votos para el gobierno —y al decir esto señalaba con la cabeza al almirante. Aunque Bolton era un buen marino, no brillaba por su perspicacia; pero había estado en Londres hacía poco y hallándose presente en una recepción había oído aquello. El pobre rey, como era tan viejo, volvía a perder al cabeza. Era inminente una regencia y, con la regencia, podían caer los Tories y subir al poder los Whigs; y los seis votos de que Leighton podía disponer con su influencia no eran de despreciar. Siendo el marqués de Wellesley secretario de Asuntos Exteriores y Henry Wellesley embajador en España, y sir Arthur Wellesley (¿cuál era su nuevo título?; lord Wellington, eso es) comandante en jefe de los ejércitos en la península Ibérica, no era extraño que lady Bárbara se hubiera casado con sir Percy Leighton, y mucho menos que a este último le diesen un cargo en el Mediterráneo. La virulencia de la oposición aumentaba de día en día, y la historia mundial se hallaba en juego.

Hornblower se agitó inquieto en el lecho ante ese pensamiento y un ligero movimiento que hizo María le obligó a quedarse de nuevo inmóvil. Había un grupo de hombres que aún no había abandonado la decisión de continuar la lucha contra el dominador corso, y de este grupo, no muy nutrido, formaban parte los Wellesley. El más pequeño fracaso en tierra, en el mar o en el parlamento podía hacerles caer de sus eminentes posiciones y poner sus cabezas bajo el hacha del verdugo y tal vez hasta arruinar a Europa entera.

En cierto momento de la reunión, lady Bárbara sirvió el té y Hornblower se encontró solo y a su lado de pie, en espera de que llenase su taza.

—Me he alegrado mucho —le había murmurado ella— al enterarme por mi marido de que le han confiado el mando de la *Sutherland*. Inglaterra necesita en estos momentos el concurso de sus mejores capitanes.

Seguramente quiso expresar algo más de lo que dijeron sus palabras. Era probable que insinuara la necesidad de mantener a Leighton en su puesto de mando. Sin embargo, eso no quería decir que ella hubiese interpuesto su influencia para favorecer a Hornblower. De todas maneras, ya era una satisfacción saber que era por razones ajenas al amor por lo que lady Bárbara se había casado con sir Percy Leighton. Hornblower no podía soportar el pensamiento de que ella sintiese amor por nadie y empezó a recordar cada palabra que ella había dirigido a su marido, cada mirada que le había dedicado. Estaba claro que no parecía una esposa feliz y enamorada. Pero ella era la mujer de Leighton y en aquellos mismos instantes estaría en la cama con él... Y al pensar en esto, Hornblower se retorció entre las angustias de nuevas torturas.

Se rehízo. Apelando a toda su sangre fría, se dijo que solamente podía esperar la miseria moral y la locura si se empeñaba en seguir pensando aquellas cosas, y aferrándose, en consecuencia, a la primera idea que le vino a la mente, se puso a analizar la partida de whist que habían jugado. Si él no hubiese sostenido aquella desgraciada finesse contra la apertura de Elliot, hubiese salvado el rubber. Su juego había sido correcto —las probabilidades eran de tres contra dos—, pero un verdadero jugador no se hubiese detenido allí; hubiese seguido impávidamente hacia delante y, en aquel caso concreto, hubiese obtenido un brillante resultado. Sólo un jugador ocasional podía arriesgar un rey en semejantes condiciones. Hornblower se enorgullecía de la precisión casi científica de su juego. Sin embargo, el resultado de aquella velada le había empobrecido en dos guineas; y la pérdida de dos guineas, tal como estaban las cosas, era un asunto endiabladamente serio.

Antes de levar anclas necesitaba comprar cinco o seis cerdos, unas docenas de pollos y un par de ovejas. También había que pensar en el vino. Más tarde podría comprarlo en buenas condiciones en el Mediterráneo, pero era mejor tener cinco o seis docenas de botellas desde el primer momento. Hubiese hecho muy mal efecto ante los oficiales y la dotación que él no estuviese provisto de todos los lujos convenientes a un capitán que se respetase, porque en el caso de que el viaje se prolongara podía verse en la necesidad de recibir a otros capitanes y tal vez también al almirante; y si él, entonces, se viera obligado, por imprevisión, a obsequiarlos con la comida ordinaria de a bordo, le mirarían de arriba abajo. La lista de las provisiones se hacía cada vez más larga en su imaginación. Oporto, Jerez y Madeira, manzanas, pasas, queso, cigarros. Una docena de camisas. Otros cuatro pares de medias de seda,

porque era probable que hubiese necesidad de bajar a tierra. Una caja de té. Pimienta, clavo y pimentón. Ciruelas e higos secos. Velas de cera. Todas esas cosas eran indispensables para su dignidad de capitán y también para su amor propio, pues sentía pánico ante la idea de que le tomaran por pobre.

Sería necesario gastar en ello toda la paga del próximo trimestre y aun así no podría hacer primores. María se resentiría en los primeros tiempos. Por suerte, estaba acostumbrada a la pobreza y a hacer esperar a sus acreedores. Era duro para ella; pero, si alguna vez llegaba a ser almirante, pagaría su devoción ofreciéndole una vida lujosa. Y también quería comprar libros; no para distraerse, pues tenía un cajón lleno, incluyendo a su viejo amigo Decadencia y caída del Imperio romano, de Gibbon, sino para informarse sobre la campaña en la que iba a tomar parte. En el *Morning Chronicle* del día anterior había un artículo sobre una Crónica de la actual guerra de España, que deseaba procurarse, y también otra media docena de obras. Era necesario que conociese bien la península en cuyas costas iba a combatir y a los jefes de la nación a la que debía ayudar. Pero los libros costaban dinero y él no sabía qué hacer para procurárselo.

Por milésima vez daba vueltas en su pensamiento a la idea de la mala suerte que le había perseguido incansablemente en lo referente al dinero de presa. El Almirantazgo se negó a pagarle ni un solo céntimo por el hundimiento del *Natividad*. Desde que capturó a la Castilla, siendo aún teniente, jamás había vuelto a tener un golpe de suerte, mientras que existían capitanes de fragata que habían hecho dinero a espuestas. Era desesperante, especialmente con las dificultades que atravesaba y ante la imposibilidad de completar la tripulación de la *Sutherland*. Aquella falta de hombres era la más terrible de sus preocupaciones... Ésa y la visión de lady Bárbara en los brazos de Leighton. Los pensamientos de Hornblower habían dado la vuelta y estaban de nuevo en su punto de partida. Ya tenía bastante con ello para permanecer despierto y exasperado durante el resto de la insoportable noche. Tuvo fantásticas ensoñaciones acerca del estado de ánimo de lady Bárbara e hizo astutos proyectos para equipar de hombres a la *Sutherland*.

CAPÍTULO 5



Entre el jaleo de los preparativos de la inminente partida, el capitán Hornblower medía el alcázar con inquietos pasos. Aquellos últimos preparativos le sacaban de quicio; creía que se habían dilatado en exceso, aunque en el fondo ya sabía que siempre había una razón verosímil para que cualquier cosa provocase una tardanza. Dos tercios de los hombres que trabajaban bajo los bastonazos de Harrison y los látigos de los suboficiales eran gente de tierra, que no solamente ponían los pies por primera vez a bordo de un buque, sino que la mayoría de ellos ni siquiera había visto jamás el mar. Ante la orden más sencilla se quedaban perplejos; era necesario llevarlos de acá para allá, como a los niños pequeños, y ponerles las cuerdas entre las manos; y hasta si se trataba de tirar de ellas, servían menos que los marineros, pues no conocían aún el truco de colgarse con todo su peso del cabo al tiempo que tiraban de él. Una vez que ya se habían acostumbrado a tirar, era difícil a los suboficiales recordar que a aquellos infelices gritarles «¡Basta!», o «¡Paren!», era inútil, porque no lo entendían. Más de una vez sucedió que los pocos marineros de oficio que se hallaban entre los novatos perdieron el equilibrio y cayeron sobre los inexpertos, arrastrados por el peso de los cabos. Una vez, un cable que subía por medio de una polea al palo de mesana se desprendió inesperadamente, y sólo la misericordia divina evitó que atravesara de parte a parte el fondo de la lancha amarrada a sotavento.

Hornblower había dado la orden expresa de que el agua no fuese llevada a bordo hasta el último momento, a fin de conseguirla lo más fresca posible, puesto que debería conservarse durante varios meses en los recipientes y, en ese caso, ganar un día podía resultar muy conveniente. En cuanto a aquellas doce toneladas de galleta, el retraso se debía a la acostumbrada desidia de los empleados del almacén de aprovisionamiento, que al parecer no sabían ni leer ni escribir ni hacer números. Y la complicación de tener que descargar al mismo tiempo la chalupa que contenía las provisiones del capitán y hacer pasar el precioso cargamento por la escotilla de popa se debía a la tardanza con que la Fundación Patriótica había mandado la famosa espada de oro de cien guineas. Ningún comerciante o proveedor daba crédito a un capitán que se disponía a zarpar. La espada había llegado el día anterior, con el tiempo justo para empeñarla en casa del proveedor Duddingstone, quien, aunque un poco de mala gana, había consentido en hacer a Hornblower un crédito por todo su valor, y le hizo prometer que la rescataría a la primera ocasión que tuviera.

—Demasiado honor para mí, esta dedicatoria —había declarado Duddingstone, señalando con el nudoso índice la historiada dedicatoria que la Fundación Patriótica

se había tomado el trabajo de hacer grabar, sin reparar en gastos, sobre el azulado acero de la hoja.

Solamente el oro de la empuñadura y de la vaina y las perlitas del pomo tenían un valor intrínseco. A decir verdad, Duddingstone tenía razón al afirmar que aquello apenas valía cuarenta guineas de crédito en su almacén, y aún había que deducir sus utilidades y el riesgo de que pasase mucho tiempo antes de que fuese rescatada. Sin embargo, supo mantener su promesa y mandó las provisiones al amanecer del día siguiente. A lo largo de las pasarelas, Wood, el comisario de a bordo, corría furioso e impaciente.

—¡Que Dios os maldiga a todos, paletos, manazas! —rugía—. ¡Y usted, caballero! ¡Reprima esa sonrisita y tenga más cuidado, o le hago meter en el calabozo y no le suelto hasta que estemos en alta mar! ¡Eh! ¡Vosotros! ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡El ron de a siete guineas el barrilillo no se deja caer como si fuese una barra de hierro!

Wood vigilaba la carga del ron. Los veteranos del buque hacían lo posible para que los nuevos, con su poca habilidad, por lo menos reventasen una barrica para poderse aprovechar de ello, y por su parte los cargadores, desde la chalupa, los ayudaban riendo. Por los rostros enrojecidos y las enormes ganas de reír que tenían algunos, comprendió Hornblower que habían conseguido beber del codiciado ron ante las propias barbas de Wood y de los soldados de marina puestos allí de centinelas, pero no tenía intención alguna de intervenir. Tratar de sorprender a un marinero en el momento en que estaba robando el ron no hubiese servido más que para rebajar la dignidad del capitán, en el caso de que hubiese llegado jamás a conseguirlo.

Desde lo alto del castillo en donde se hallaba, Hornblower tenía la ocasión de ver cómodamente una escena que se desarrollaba en la cubierta principal. Un joven de gigantesca estatura, confundido (debía de ser minero, por sus bíceps), se había vuelto contra Harrison, exasperado por la granizada de órdenes y maldiciones que llovían sobre él. A los cuarenta y cinco años, Harrison había llegado a conseguir su cargo de contramaestre después de centenares de conflictos semejantes, y en sus buenos tiempos podría haber competido con éxito en el ring. Eludiendo el torpe puñetazo del gigante de Cornualles, le mandó un directo a la mandíbula y luego, sin ceremonias, lo cogió por el cogote y de un puntapié lo envió hacia el cabrestante, donde el aturdido muchacho se unió a los compañeros. Hornblower hizo un gesto de aprobación. El gigante de Cornualles, al levantar la mano a un superior, se había hecho reo de «pena de muerte u otros castigos menores», según el Código Militar. Pero no era ocasión de invocar el código, aunque el culpable lo oyó leer la noche anterior después de ser alistado por la fuerza. El guapo Gerard había dado una vuelta por Redruth, Camborne y Saint Yves con la lancha y, cayendo por sorpresa, volvió con medio centenar de cornualleses bien plantados, de los que aún no se podía esperar que supiesen

reconocer la maquinaria administrativa de la que acababan de entrar a formar parte. Tal vez dentro de un mes, cuando todos y cada uno hubiesen llegado a comprender la enormidad de tal falta, se podría reunir un Consejo de guerra y aplicar penas corporales —quizás incluso una sentencia de muerte—; pero de momento no había que emplear más sistema que el de Harrison: un puño bien colocado en la mandíbula y poner de nuevo al trabajo al recalcitrante. Hornblower dedicó unos segundos a dar gracias al Todopoderoso por ser capitán y no tener que meterse nunca en asuntos de aquella índole, pues por su parte cualquier tentativa de colocar puñetazos en las mandíbulas ajenas hubiese resultado un lamentable fracaso.

Apoyándose ya en un pie, ya en el otro, empezaba a sentirse enormemente fatigado. Hacía varias noches que no dormía y los días los pasaba cómodamente entregado a las numerosas y complicadas ocupaciones que requería la preparación de un buque. La tensión nerviosa provocada por sus preocupaciones, lady Bárbara y su mujer, el dinero y la falta de hombres le habían impedido dejar los detalles en manos de Bush o de Gerard, aunque ambos fueran capaces de arreglarse perfectamente sin necesidad de ayuda. Pero la preocupación y el nerviosismo no le dejaban en paz y no hacían más que estimularle al trabajo. Se sentía enfermo, estúpido y agotado. Día tras día, suspiraba por aquel momento en que, hallándose ya lejos de tierra, pudiera abandonarse a la agradable soledad, patrimonio del capitán de un buque, dejando en tierra todas sus preocupaciones y hasta a la propia lady Bárbara.

Era imposible no reconocer lo mucho que le había conmovido el encuentro con ella. Ya había renunciado a resolver el enigma de si debía o no debía su nombramiento como comandante de la *Sutherland* a la influencia de ella, y había apelado a toda su fuerza de voluntad para combatir los devoradores celos que le inspiraba su marido. Al fin se había convencido de que lo que deseaba más apasionadamente era huir; huir lejos de Bárbara, lo mismo que de las fastidiosas ternuras de María y su amable estupidez, y de todas las complejas miserias de la vida en tierra firme. Él suspiraba por el mar, como un náufrago muerto de sed suspira por un vaso de agua. Dos días antes, la perspectiva de hallarse sobre el puente, en medio del desorden producido por la inminente partida, le había parecido maravillosamente deseable. Ahora, angustiado, ya no estaba tan seguro. Separarse así de lady Bárbara era como si le arrancaran un miembro. Y también, extrañamente, se sentía preocupado por María. Estando él en el mar, nacería un niño que cuando él volviera tendría ya un año y habría dado los primeros pasos y balbuceado las primeras palabras. María tendría que soportar todo su embarazo y las consiguientes angustias del parto sin su apoyo moral, y sabía, a pesar del valor con que ella evitaba hablar de aquello, a pesar de la sencillez con que le había dicho adiós, que la pobre mujer sentiría un gran vacío, y eso hacía la separación aún más triste.

A pesar de todo su valor, a María le temblaban los labios y tenía los ojos llenos de

lágrimas cuando volvió la cara hacia él, allá en el saloncito de la hostería. Ya hacía tiempo que habían pensado que era absurdo prolongar la angustia de la separación y que, por eso, se despedirían allí mismo. También entonces, la impaciencia por verse libre había conseguido imponerse sobre toda otra consideración. Hornblower se separó de los brazos de su mujer sin excesiva emoción; pero ahora era diferente. Mentalmente se tachaba de tonto sentimental y dedicaba impacientes ojeadas a la banderola del palo mayor.

No había duda: el viento cambiaba hacia el norte. Si se dirigiese hacia el norte o el noroeste, seguramente el almirante tendría prisa por levar anclas. Casi estaba reunido todo el convoy con la *Pluto* y la *Calígula* en la bahía de Cawsand, y, si el almirante decidía no esperar más tiempo a los que faltaban, se irritaría por la tardanza de la *Sutherland*, aunque ésta fuese debida a causas inevitables.

—¡Diga a los hombres que se den prisa, señor Bush! —gritó Hornblower.

—Sí, señor —contestó Bush pacientemente.

La paciencia que indicaba el tono de voz de su teniente consiguió aumentar la irritación del capitán. Era un tono tal que suponía un leve reproche para Hornblower, un reproche que sólo ellos dos podían percibir. Hornblower sabía que Bush era un trabajador infatigable y que nunca retrocedería cuando se trataba de dar ejemplo a los demás. La observación del capitán sólo había servido para desahogar su impaciencia y Bush lo comprendió. Hornblower se indignó consigo mismo, por faltar a su costumbre habitual de no hacer observaciones inconvenientes a sus oficiales, y bajó a su camarote, cosa que de ningún modo había pensado hacer.

El centinela se separó para dejarle entrar en el camarote situado bajo el puente de popa. El lugar era espacioso y la presencia de un cañón del doce aun dejaba sitio para la litera, el arcón y el escritorio. Polwheal ya lo había ordenado todo y Hornblower pasó a la cabina que estaba al lado de la suya. También era amplia. El holandés que diseñó la *Sutherland* tenía ideas grandiosas acerca de la comodidad de que debía disfrutar un capitán. El camarote se extendía a todo lo ancho de la popa. Las ventanas eran amplias y dejaban entrar la luz a raudales. Las paredes, pintadas de color piedra, daban al saloncito un aspecto alegre y soleado; y hasta la negra mancha de una pieza del doce a cada lado ponía un contraste de color que no desentonaba. Dos marineros ayudaban a Polwheal, que estaba de rodillas colocando las botellas en el armario que luego cerraría con llave. Hornblower le echó una mirada de contrariedad; mientras supiese que podían verle desde las ventanas no podría retirarse a su galería de popa para disfrutar de la soledad.

Se volvió a su camarote y lanzando un suspiro se echó en la litera; pero, en seguida, el nerviosismo le hizo ponerse de pie otra vez para acercarse al escritorio. Sacó de él un documento de grueso papel apergaminado y se sentó para examinarlo de nuevo:

Órdenes al escuadrón de la costa de sir Percy Gilbert Leighton, caballero de la Orden de Bath, contralmirante de la flota del Mediterráneo Occidental.

Nada nuevo en todo ello. Señales nocturnas; señales particulares inglesas, españolas y portuguesas, puntos de referencia en caso de separación; un par de líneas dedicadas a la táctica a seguir en el caso de tener un encuentro, mientras estaban vigilando el convoy, con una escuadra enemiga de cualquier clase. La nave almirante acompañaría al convoy de Lisboa hasta la altura del Tajo (seguramente iba a tomar órdenes). La *Calígula* tenía por misión escoltar a los mercantes *Harriet* y *Nancy* hasta Mahón. La *Sutherland* escoltaría a los buques de la Compañía de las Indias hasta el grado 35 de latitud, antes de dirigirse al estrecho, hacia su destino definitivo de Palamós. Los capitanes de las naves de su majestad británica eran informados de que las costas de Andalucía, con excepción de Cádiz y Tarifa, estaban en manos de los franceses, y asimismo las costas catalanas, desde la frontera hasta Tarragona. Al mismo tiempo, los capitanes que entrasen en cualquier puerto español debían tomar las necesarias precauciones para saber de antemano que no estaba ocupado por los franceses. Las hojas de instrucciones para los contramaestres del convoy iban anejas y no hacían más que repetir la mayor parte de las disposiciones.

Pero a Hornblower, mientras reflexionaba sobre ellas, le narraban una compleja e intrincada historia. Significaba ésta que, a pesar de la victoria de Trafalgar, que ya hacía cinco años que se había ganado, y no obstante el hecho de que Inglaterra mantuviese en los mares la mayor de las flotas que se vio jamás, aún no se había dicho la última palabra. El corso seguía armando escuadras en todos los puertos más importantes de Europa (Hamburgo, Amberes, Brest, Tolón, Venecia, Trieste) y en otros de menor categoría; y ante esos puertos, las escuadras de navíos ingleses, victoriosamente puestas a prueba, se veían obligadas a una continua vigilancia. Ciento veinte buques de línea habrían tenido mucho trabajo, solamente con este bloqueo, sin contar con las demás empresas. Y al mismo tiempo, no había ensenada o pequeño puerto de pescadores donde no se ocultaran naves corsarias, aunque no fuesen más que grandes barcas movidas a remo y llenas de hombres dispuestos a saltar fuera de su escondrijo y caer sobre las indefensas naves mercantes inglesas que se hallaran cercanas. Para protegerse contra aquellos actos de piratería, era necesario ejercer una severa vigilancia en los mares, y ningún barco de su majestad partía a misión alguna sin aprovechar la ocasión de proteger en su camino a algún barco mercante. En esa guerra contra el mundo entero, sólo se podía tener éxito con una sabia y bien calculada distribución de fuerzas; y esta vez, llamando en su auxilio a toda su potencia, Inglaterra tomaba la ofensiva. Sus ejércitos estaban combatiendo en España, y tres navíos de línea sacados de lugares que podían necesitarlos eran enviados a atacar el flanco vulnerable que Bonaparte, incautamente, había dejado

desguarnecido en la Península. La *Sutherland* estaba llamada a ser la lanza que se hundiera en el costado del poder que dominaba a Europa.

Todo eso estaba muy bien, se dijo Hornblower mientras, doblando los pliegos, se ponía a caminar maquinalmente de un extremo al otro con la cabeza inclinada para no tropezar con el techo. El paseo se limitaba a dar cuatro pasos entre la pieza del doce y la puerta. La suya era una posición honrosa y respetable, pero aún le faltaban hombres para completar su tripulación. Para las maniobras que era necesario realizar sobre un navío de su majestad británica se requerían doscientos cincuenta marineros bien adiestrados; por lo menos, ésa era la cantidad necesaria para que las maniobras fuesen realizadas con la celeridad y precisión que podían decidir una victoria y evitar un fracaso. Porque, si todos los marineros había que emplearlos en las maniobras, no quedaría ninguno para el manejo de los cañones. Para el servicio de los cañones, si eran atacados por los dos costados, eran necesarios cuatrocientos cuarenta hombres (doscientos de los cuales, pongamos, podían ser novatos), y otro centenar, más o menos, para el transporte de las municiones y otros quehaceres a bordo.

De la *Lydia* le quedaban ciento noventa hombres veteranos, y ciento noventa más que hasta aquel momento jamás habían puesto el pie en un buque. Durante los preparativos de la *Sutherland* solamente veinte hombres procedentes de la *Lydia* habían desertado, abandonando la paga de dos años y exponiéndose a un castigo de mil azotes. Hornblower había tenido suerte en esto, pues otros capitanes, con una estancia tan prolongada en el puerto, ya hubiesen perdido los dos tercios de la tripulación. Sin embargo, no dejaba de ser una pérdida. Le faltaban ciento setenta hombres, y bien entrenados. Se necesitaban seis semanas para convertir a los hombres de tierra en pasables marineros y artilleros, exceptuando a un porcentaje de idiotas, enfermos, inútiles e incapaces de cualquier tipo, que era lógico esperar entre aquella gente. Pero al cabo de seis semanas, quizás antes de tres, la *Sutherland* podía hallarse en plena acción en las costas de España. Tal vez al día siguiente por la noche tropezasen ya con el enemigo. El viento que empezaba a rolar al este podía empujar una escuadra de buques de línea franceses a aventurarse a la altura de Brest y, evitando a las naves del bloqueo, caer sobre una presa tan envidiable como el convoy de las Indias Orientales. ¿Qué suerte le estaba reservada a la *Sutherland* frente a un navío francés de primer orden, cuando llevaba sólo dos tercios de su tripulación y la mitad fuera de combate por el mareo?

Hornblower apretaba los puños sintiéndose exasperado ante ese solo pensamiento. Porque él sería el responsable de cualquier desastre y él debería soportar la lástima o el desprecio de sus colegas; ambas alternativas eran igualmente horribles. Sentía hambre y sed de hombres con mucha más intensidad que la de un avaro por el oro, o un enamorado por su amada. Ya había desaparecido la última esperanza de poderse los procurar. La correría de Gerard a Saint Yves y a Redruth fue

la última tentativa, y había que agradecer a Dios que hubiesen dado como fruto la llegada de cincuenta hombres. Tampoco había esperanza de poderlos obtener del convoy. Los transportes del gobierno a Lisboa, los transportes de material a Mahón, los buques de la Compañía de las Indias ya sabía Hornblower que no podrían cederle un solo hombre. Y le parecía sentirse aprisionado dentro de una jaula de hierro.

Se acercó de nuevo al escritorio y sacó el rollo de instrucciones personales que tanto a él como a Bush les había costado un montón de fatigosas horas nocturnas redactar. En las actuales condiciones de inferioridad, la buena marcha de los asuntos de a bordo dependía exclusivamente de los turnos de guardia; era necesario saber distribuir cuidadosamente a los veteranos en los puntos estratégicos, con la debida proporción de novatos, a fin de facilitar a éstos la instrucción, sin que fuesen una rémora para el desarrollo del trabajo. Cofa de trinquete, cofa mayor y cofa de mesana; castillo de popa y castillo de proa. Era preciso colocar a cada uno en un lugar determinado, de manera que en cualquier maniobra de las mil que era necesario realizar con buen tiempo o con mal tiempo, de día y de noche, en paz y en guerra, fuese cada uno a su puesto sin dudas ni vacilaciones, sabiendo exactamente lo que tenía que hacer. Debía ocupar su lugar junto a los cañones que le correspondían y ponerse bajo el mando del oficial de su división.

Hornblower volvía de nuevo a doblar el papel. Era todo lo razonable que se podía exigir. Tenía una inmutabilidad de castillo de naipes; es decir, que a primera vista parecía perfectamente bien pensado, pero no soportaba la más mínima mudanza. Solamente con que un hombre faltase a la llamada, o estuviese imposibilitado por cualquier causa, todo se venía abajo. Hornblower tiró rabiosamente la lista de guardias a un lado al recordar que, aunque el viaje se desarrollase a la perfección, cada diez días por lo menos habría una muerte por accidente o por causa natural, y eso sin tener en cuenta la probabilidad de un combate. Afortunadamente, los que solían ponerse enfermos con más facilidad eran aquellos que no estaban acostumbrados a la vida marinera.

Hornblower prestó oído a los rumores que le llegaban de cubierta. Los gritos roncacos, la estridencia de los silbatos y el ruido de numerosas pisadas le indicaba que se estaba izando la lancha a bordo. Un raro gruñido que, desde hacía algún tiempo, le llamaba la atención sin atinar a identificarlo, descubrió de repente que provenía de varias parejas de cerdos jóvenes que habían sido llevados a bordo y formaban parte de las provisiones particulares que él había comprado. También oyó el balido de una oveja y hasta un sonoro quiquiriquí coreado por una salva de carcajadas. Hornblower no recordaba haber mandado comprar un gallo con sus gallinas; debía de ser propiedad de alguno de la cámara o de la camarata de guardiamarinas.

Llamaron a la puerta de su camarote. Hornblower recogió los papeles y se volvió a sentar. Por nada del mundo hubiese querido ser sorprendido de pie y en espera de la

llegada del instante de la partida con evidentes señales de nerviosismo.

—¡Adelante! —gritó con voz estentórea.

Un joven guardiamarina asomó por la puerta una cara asustada. Era Longley, el sobrino de Gerard, que se embarcaba por primera vez.

—El teniente Bush anuncia que se están cargando las últimas provisiones, capitán —dijo temeroso.

En lugar de dedicarle una sonrisa, Hornblower prefirió mirar de arriba abajo con severa impasibilidad al espantado chico.

—¡Muy bien! —gruñó, fingiéndose ocupado en sus papeles.

—Bien, capitán —dijo el muchacho, y después de dudar un momento se dispuso a retirarse.

—¡Señor Longley! —gritó Hornblower.

La cara del infeliz, más asustado que nunca, volvió a aparecer en el marco de la puerta.

—¡Venga aquí, joven! —le dijo Hornblower enfadado—. ¡Entre y póngase firme! ¿Qué es lo que me ha dicho antes de marcharse?

—He dicho que... que el teniente Bush...

—No es eso. ¿Qué ha dicho al final?

El chico arrugó el ceño en su esfuerzo por recordar y luego sus facciones volvieron a tomar su aspecto normal; había comprendido.

—He dicho: «Bien, capitán» —balbuceó.

—¿Y qué tenía que haber dicho?

—Sí, señor.

—Perfectamente. Muy bien.

—Sí, señor.

El muchacho era listo y no se dejaba dominar demasiado por el miedo. Si aprendía pronto a tratar con los hombres, sería un excelente oficial. Hornblower dejó al fin los papeles y cerró con llave el cajón del escritorio. Dio aún algunos pasos por el camarote y al cabo, considerando que ya había pasado un tiempo prudencial para hacer dignamente su aparición, se decidió a subir al alcázar.

—Hagámonos a la vela en cuanto esté dispuesto todo, Bush —le dijo.

—Sí, señor. ¡Cuidado con eso! ¡Eh, los de abajo, a vosotros...!

También el pobre Bush había llegado a aquel momento en que las interjecciones ya no sirven para nada. La nave era una temible confusión; las cubiertas estaban llenas de porquería; la dotación, extenuada. Con las manos a la espalda, Hornblower afectaba una indiferencia olímpica cuando se dio la orden de soltar las velas, y los hombres fueron llevados a sus puntos azuzados por los suboficiales. Savage, el guardiamarina más antiguo, a quien Hornblower había visto crecer y hacerse hombre, gritaba a la guardia de popa para que equiparan las drizas de la gavia. Savage tenía la

cara pálida y los ojos inyectados en sangre; una noche de juerga en cualquier prostíbulo de Plymouth no le había dejado en muy buenas condiciones. Mientras gritaba las órdenes, se apretaba las sienes con las manos; con aquel formidable estrépito debía de sentir que se volvía loco. Hornblower no pudo evitar sonreír al verle; algunos días de vida a bordo y volvería a estar tan fresco como antes.

—¡Capitán de la guardia de popa! —Savage se había quedado ronco a fuerza de gritar—. ¡No veo a sus hombres! ¿A qué están esperando? ¡Más de prisa, idiotas! ¡A las drizas de gavia! ¡Y usted, sargento de marina, mande a los ociosos a popa! ¿Me ha oído?

Casi encima de Hornblower, un segundo del contramaestre encabezó una carrera a las jarcias de mesana seguido por sus compañeros. Hornblower vio al guardiamarina Longley vacilar un instante al mirar a los hombres que le precedían; luego, con un gesto decidido, saltó y subió detrás de los demás. Bravo muchacho, que sabía vencer el temor que le inspiraban las alturas vertiginosas que veía sobre su cabeza y no temía aventurarse allí donde iban los otros.

Bush, con un ojo en el reloj que tenía en la mano, estaba furioso y se volvía hacia el contramaestre:

—¡Han pasado nueve minutos! ¡Por Dios, mírelos! ¡Los soldados son mejores marineros!

Los infantes de marina estaban a popa, con las drizas de la gavia de mesana. Las maderas retumbaban bajo sus pesadas botas. Realizaban su trabajo con una rigidez militar, como si estuvieran haciendo la instrucción. Los marineros, por lo común, se solían reír de ellos, pero no había duda de que en aquel momento eran los soldados los que lo hacían mejor.

Los hombres corrían de las drizas a los brazos. Una descarga de improperios de Harrison que se oyó hacia la proa reveló que se estaban aflojando las amarras, y Hornblower, echando una última mirada a la banderola del palo mayor, vio que el viento había rolado tanto al este que no sería ningún juego de niños doblar la Punta del Diablo. Con las vergas braceadas en cruz, la *Sutherland* viró sobre sí misma y poco a poco fue empezando a moverse. Los gritos de las mujeres y el revoloteo de unos pañuelos que provenían de una pequeña flotilla de barcas que no estaban lejos demostraron a Hornblower que algunas de las mujeres que hacía veinticuatro horas él había expulsado de su buque se habían aventurado hasta allí para despedir a sus hombres. Muy cerca vio a una mujer en la cámara de un bote, sollozando sin pudor alguno, con la boca abierta y las lágrimas fluyendo como ríos de sus ojos. No existía más que una remota posibilidad de que volviera a ver algún día a su hombre.

—¡Eh! ¡Miren lo que hacen! —gritó Harrison, que había sorprendido a dos o tres hombres contestando al saludo de las mujeres. Era indispensable que pusiesen toda su atención en la maniobra.

Hornblower sentía que la nave bailaba bajo sus pies mientras Bush la ponía en su rumbo lo mejor que le permitía el viento; estando tan cercana la Punta del Diablo, y él poco acostumbrado a manejar aquel buque, valía más llevarla todo lo más posible hacia barlovento. Aquel ligero balanceo evocaba en Hornblower una multitud de recuerdos. Solamente cuando estaban todas las velas desplegadas y sentía bajo sus pies el inestable suelo del puente y en los oídos el antiguo y familiar arpegio de las jarcias, sólo entonces los mil detalles de la vida marinera se le hacían vividos y sensibles. Hornblower tenía la boca seca por la emoción.

Ya pasaban casi rozando la Punta del Astillero. Muchos de sus obreros suspendieron su labor y se quedaron mirando con la boca abierta al buque que pasaba, pero ni uno de ellos dio un grito de salutación. En diecisiete años de guerra ya habían visto partir demasiados buques del rey para sentirse conmovidos al ver partir uno más.

Hornblower sabía que debía haber tenido a bordo una banda que tocase himnos y canciones marineras, pero no había nada semejante a bordo de la *Sutherland*. El no tenía medios para ello y en aquel momento hubiese sido ridículo que el violinista irlandés o el gaitero de la Marina real hiciesen oír sus débiles sonidos.

Luego se abrió ante ellos Stonehouse Pool y detrás se veían los tejados de Plymouth. Allí estaba María y tal vez desde algún lugar contemplaba las blancas gaviotas a todo ceñir. También era posible que lady Bárbara viese pasar a la *Sutherland*. Y Hornblower volvió a notar la garganta seca.

Una brisa que se puso a soplar a lo largo de Stonehouse Pool por poco coge al buque desprevenido. Estuvo dando tumbos hasta que el piloto lo pudo dominar con el timón. Hornblower miró a estribor. Estaba peligrosamente cerca de Cremyll; no se había equivocado en sus suposiciones de que la *Sutherland* derivaría mucho. Observó el viento y la marea alrededor del promontorio. Desde la proa no perdía de vista ni un instante la Punta del Diablo; de un momento a otro, tal vez fuese necesario virar de bordada y dirigirse nuevamente hacia el norte antes de afrontar la marea. En el instante preciso en que vio que iban a doblar el cabo, Hornblower observó que Bush levantaba la cabeza disponiéndose a lanzar una orden.

—Manténgala derecha como va, señor —le dijo, y aquella orden, que casi parecía un Consejo, significaba que él se hacía cargo. A Bush no le quedó más remedio que callar.

Pasaron apenas a cincuenta yardas de la boya sin novedad; el agua formaba una estela de blanca espuma a sotavento. Hornblower no había hecho su intervención solamente para demostrar su superioridad de marino y su buen juicio, sino sencillamente porque no sabía estar sin hacer nada y viendo hacer las cosas un poco menos hábilmente de lo que se podían hacer. Cuando se trataba de calcular fríamente alguna cosa era más capaz que su segundo, y su habilidad en el whist lo demostraba.

Por lo demás, Hornblower tenía una completa ignorancia de sus cualidades; en realidad, casi nunca era consciente de haber realizado ninguna cosa de particular. Jamás se le ocurrió que fuese un marino excepcional.

La *Sutherland* se dirigía directamente hacia la Punta del Diablo, que Hornblower no perdía de vista cuando enfilaron el estrecho.

—Timón a babor ahora —dijo Hornblower—. Y que larguen las velas de juanete, señor Bush.

Con el viento por el través entraron en el estrecho; tenían a babor las ásperas cimas de Staddon y a estribor, Mount Edgcumbe. A cada yarda que adelantaban en el mar, el viento soplaba más fresco, arrancando cada vez notas más agudas a las jarcias. La *Sutherland* empezaba a sentir el mar y cada vez cabeceaba más sensiblemente sobre las olas. Con el movimiento, se oían ya los chasquidos de las maderas, y si los que se hallaban sobre cubierta apenas lo notaban, bajo ella era un rumor muy intenso hasta que el oído se acostumbraba a él.

—¡Que el diablo se lleve a esos patanes! —gruñía Bush, observando cómo largaban las velas de juanete.

Dejaron la isla de Drake a barlovento; la *Sutherland* volvió la popa a la isla, en tanto que con el viento a babor bajaba por el estrecho. Antes de que se hubiesen largado las velas de juanete habían dejado atrás la punta de Picklecomb y entraban en la bahía de Cawsand. Allí estaba el convoy: seis bajeles de la Compañía de las Indias, pintados como buques de guerra y enarbolando la bandera rayada de la honorable Compañía, y hasta uno de ellos se pavoneaba con la hermosa insignia de comodoro de su majestad, nada menos. En conjunto eran dos buques mercantes y cuatro transportes destinados a Lisboa. En el mar abierto bailaban ancladas la *Pluto* y la *Calígula*.

—La nave insignia hace señales, capitán —decía Bush mirando con el catalejo—. Vincent, tendría que haberlas interpretado ya hace un minuto por lo menos.

La *Pluto* no había estado a la vista, pero había que reconocer con toda rapidez aquella señal, la primera del almirante.

—Gallardete de la *Sutherland*, señor —decía el infortunado guardia marina aguzando la mirada a través del antejo—. Negativo. Número 7... El número siete es «ancla», señor.

—Recibido —dijo Hornblower con brusquedad—. Señor Bush, largue de nuevo los juanetes y ponga en facha las gavias.

Con el catalejo veía Hornblower trepar a los marineros por las jarcias de ambos buques. En cinco minutos, la *Pluto* y la *Calígula* habían desplegado una nube de velas.

—Se han equipado en el Nore, malditos sean —gruñó Bush.

En el Nore, la entrada del puerto más concurrido del mundo, los buques de su

majestad británica tenían ocasión de completar sus tripulaciones con marineros de primera, procedentes de las naves mercantes que acudían allí y que para llegar por el río hasta Londres no necesitaban más que media docena de hombres. Además, la *Pluto* y la *Calígula* habían tenido ocasión de ejercitar a su gente mientras bajaban por el canal. Ya estaban fuera de la bahía y volvían a hacer señales desde el buque insignia.

—Al convoy, capitán —dijo Vincent—. «Dense prisa. Leven anclas. Suelten todas las velas que permita el viento». ¡Jesús, un cañonazo!

Una detonación estrepitosa y una nubecilla de humo indicaban que el almirante pedía mayor atención a sus señales. Los navíos de la Compañía, con sus tripulaciones numerosas y militarmente disciplinadas, ya se hallaban levando anclas, mientras que los demás, como era de esperar, eran más lentos y estuvieron bailando con indecisión durante un rato que pareció interminable, antes de que, con exasperante lentitud, el último de ellos salió de la bahía.

—Otra señal del almirante, capitán —anunció Vincent leyendo las banderas de señales y luego traduciéndolas rápidamente—: «Tomen posiciones según el orden establecido».

Para la *Sutherland* quería decir a barlovento del convoy, y con el viento en popa que ahora llevaba, a la cola. De aquel modo, los buques de guerra estaban preparados para acudir en socorro de un buque en peligro si otro francés hubiese intentado atacarlos a la vista de los demás. Hornblower sentía la fresca brisa en la cara. La nave almirante desplegab las velas de juanete, y según la miraba vio que largaba también los sobrejuanetes. Él tendría que ajustarse a ello, pero con el viento que aumentaba preveía que no pasaría mucho tiempo sin verse obligado a retirar sus velas de nuevo. Antes de la llegada de la noche sería necesario arrizar las gavias. Sin embargo, dio las órdenes a Bush y se quedó mirando cómo acudía la tripulación a las órdenes de Harrison: «¡Todos los hombres a largar velas!». Vio vacilar a los novatos y era muy natural, pues la verga mayor del sobrejuanete estaba a treinta y cinco metros de altura sobre la cubierta y, ahora que la nave empezaba a cabecear sobre las olas del canal de la Mancha, oscilaba en círculos vertiginosos.

Hornblower volvió su atención hacia el buque almirante y el resto del convoy. Se le hacía insoportable la vista de aquellos desdichados, víctimas del miedo, empujados a latigazos a las obencaduras por los segundos contramaestres. Era necesario; eso lo sabía muy bien. La Marina no podía admitir (no podía por necesidad) los «no puedo» o «tengo miedo». No debía hacerse absolutamente ninguna excepción, y ése era el mejor momento para inculcar en aquellos hombres que hasta entonces jamás supieron lo que era disciplina que las órdenes no se discutían. Si los oficiales se mostrasen indulgentes, siempre tendrían que seguir siéndolo, y la indulgencia, en un servicio que en cualquier momento podía exigir de un hombre el sacrificio voluntario de la

propia vida, solamente se podía emplear con una dotación bien disciplinada, que hubiese tenido tiempo de adquirir ciertas nociones y comprender ciertas cosas. Pero Hornblower conocía y comprendía el miedo atroz que sentía un hombre que, no habiendo subido a una altura mayor que la del tejado de un granero, de pronto se veía obligado a subir al calcés de un navío. Sí, era una vida cruel y despiadada.

—Se habrán firmado las paces antes de que hayamos podido hacer marinos de estos patanes —murmuraba Bush a Crystal, el oficial de derrota.

Una buena parte de los desgraciados patanes había vivido en la paz de sus aldeas, sin soñar jamás en aventuras marítimas, hasta tres días atrás. Ahora se hallaban bajo un cielo gris y sacudidos por un mar alborotado, y soplaba un viento como jamás lo conocieron, y veían sobre su cabeza oscilar la amenazadora longitud de los palos y bajo los pies tenían las quejumbrosas maderas de un buque en movimiento.

Ya estaban en plena mar. El faro de Eddystone se veía muy bien desde cubierta y, con la presión de las velas, la *Sutherland* parecía despertar. Encontró la primera gran ola: irguiéndose y levantándose mucho de proa, dio media vuelta y casi viró sobre sí misma; la dejó pasar bajo la quilla y se zambulló mientras se alejaba por la popa la pequeña montaña de agua. Cuando el fragor se hubo mitigado, se elevó un gran vocerío de desesperación desde el combés.

—¡Fuera de cubierta! ¡Maldición! —rugía Harrison.

Ya empezaba a causar víctimas el mareo, con la impunidad de los hombres cogidos por sorpresa.

Hornblower vio una docena de siluetas pálidas que se tambaleaban y se inclinaban, bamboleantes, sobre las bordas. Dos de ellos hasta se habían dejado caer sentados sobre las tablas y se apretaban la frente con las manos. La nave volvía a levantarse y a girar sobre sí misma y seguía subiendo y bajando sin parar, como si ya no pudiese parar nunca, y los gemidos proseguían a coro. Casi hipnotizado por el ingrato espectáculo, Hornblower miraba a un campesino que vomitaba en los imbornales. El estómago se le contrajo y tuvo que tragar saliva con fuerza. Aunque temblaba de frío, tenía la frente perlada de sudor.

Estaba a punto de marearse. Deseó estar solo para vomitar con toda discreción, lejos de las irónicas miradas de sus oficiales. Pudo dominarse y se esforzó en hablar con indiferencia, pero sus oídos le decían que no lo conseguía y que su tono de voz era falsamente animado.

—Siga así, señor Bush. Llámeme si es necesario.

Su larga permanencia en tierra le había hecho perder la costumbre del mar, y andaba dando tumbos al atravesar el puente. Tuvo que apoyarse con ambas manos en la barandilla de la escala. Tropezando en los últimos escalones, consiguió meterse por la puerta de su camarote.

—¡Váyase! —ordenó jadeante a Polwheal, que estaba colocando la comida en la

mesa—. ¡Váyase!

Polwheal se retiró y Hornblower se dirigió con paso vacilante a la galería de popa y, abalanzándose a la barandilla, pudo al fin inclinarse hacia fuera, sobre la estela espumeante que dejaba tras de sí la nave.

El mareo se le hacía odioso, tanto por su propia fealdad como por la debilidad que revelaba. No le consolaba decirse, desesperadamente agarrado a la barandilla, que también Nelson sufría de él cada vez que empezaba un viaje en el mar. Tampoco era una justificación a sus ojos que un viaje empezara siempre después de haberse extenuado tanto física e intelectualmente que era presa fácil del mareo. Todo eso era cierto, pero no servía de ningún consuelo mientras estaba inclinado allí, gimiendo y con el viento silbando a su alrededor.

Ahora soplaba viento del nordeste y Hornblower temblaba de frío; la pesada casaca estaba en su camarote, pero él sabía que no podría hacer el esfuerzo de ir a buscarla y de ningún modo quería llamar a Polwheal. Y ésta es —se decía con amarga ironía— la tranquila soledad que tanto había deseado en los últimos días pasados en tierra firme. A sus pies, el timón chirriaba y la espuma hervía de un modo incesante bajo la bovedilla. El barómetro había ido bajando desde el día anterior; era evidente que se estaba preparando un temporal del nordeste. Acosado por éste, a lo largo del golfo de Vizcaya no veía alivio para él hasta al cabo de muchos días, y en aquel momento podía dar cualquier cosa por volver a la paz de que disfrutaba en el Hamoaze.

Sus oficiales nunca se mareaban, pensaba con rencor; o si les sucedía alguna que otra vez, era leve y no tenían que sufrir aquella angustia. Y, sobre la cubierta, doscientos desdichados, víctimas del mareo, eran empujados despiadadamente por los segundos contramaestres, que los obligaban a seguir trabajando. A cualquier hombre le sentaba bien que le empujaran al trabajo a pesar de su mareo, siempre que ello no pusiera en peligro la disciplina, como habría sucedido en su caso. Hornblower habría jurado que no había a bordo de su buque nadie más desdichado que él... Gimiendo y maldiciendo, volvió a asomarse a la borda. La experiencia le había enseñado que dentro de tres días habría pasado todo y se sentiría mejor que nunca, pero en aquellos momentos las horas que habían de pasar antes de llegar al tercer día le parecían la eternidad. Y las maderas crujían y el timón chirriaba, el viento silbaba y el mar mugía, contribuyendo a aumentar el formidable fragor, mientras el capitán Hornblower, tembloroso, seguía asomándose a la barandilla.

CAPÍTULO 6



Cuando pasó el primer ataque, Hornblower constató que el viento había refrescado mucho. Era algo borrascoso.

Ráfagas repentinas llevaban rachas de lluvia que mojaban la galería donde él permanecía aún. De repente, le asaltó un gran temor al pensar en lo que podría pasar en el caso de que la *Sutherland* se viese empujada por un ventarrón más fuerte que de costumbre, llevando una tripulación tan deficiente... La perspectiva de perder arboladura, o tal vez una vela, dando un miserable espectáculo a la vista de todo el convoy, bastó para curarle de raíz de su mareo. Maquinalmente se dirigió a su camarote, se puso la chaqueta de tela encerada y subió corriendo al puente. Gerard, que había sustituido a Bush, le saludó.

—La nave insignia está arrizando velas, capitán —le dijo.

—Muy bien. Mantengan el rumbo con los sobrejuanetes. —Y Hornblower le volvió la espalda para mirar con el catalejo.

El convoy estaba haciendo exactamente lo que siempre hacen todos los convoyes del mundo, es decir, dispersarse ante el viento como si fuese perseguido por una nave corsaria. Los buques de la Compañía de Indias seguían agrupados aceptablemente a sotavento, a una milla de distancia, pero los otros seis buques se habían quedado muy atrás y muy diseminados.

—La nave insignia hace señales al convoy, capitán —se apresuró a decir Gerard.

Hornblower estuvo a punto de replicar: «Ya me lo figuraba», pero se detuvo a tiempo, limitándose a soltar un lacónico: «Sí». Y apenas había abierto la boca cuando surgió en la *Pluto* una nueva fila de banderas.

—El gallardete de la *Calígula*: «Ice más velas. Póngase en cabeza del convoy» —interpretó el guardiamarina de señales.

De ese modo, Bolton volvía a colocarse en vanguardia para rehacer el orden que el convoy había olvidado. Hornblower vio que la *Calígula* desplegaba sus velas y corría a ponerse a la caza del convoy sobre las olas plomizas. Sin embargo, debería ponerse al alcance del sonido y disparar algún cañonazo antes de poder conseguir su objetivo. Los comandantes de las naves mercantes invariablemente desdeñaban hacer caso de las señales, aunque sabían interpretarlas. Los buques de la Compañía mantenían también las velas de juanete. Tenían la cómoda costumbre de arrizar el velamen al llegar la noche. Contentos con la posesión del monopolio del comercio con Oriente, no veían la necesidad de molestarse por travesías más o menos lentas, y procuraban contentar a los pasajeros que llevaban a bordo, los cuales, con perfecto derecho, exigían las mayores comodidades y no querían ver perturbado su sueño por

el estrépito de las maniobras sobre cubierta cada vez que cambiaba el tiempo. Pero, a juzgar por las apariencias, parecía que se hubiesen propuesto deliberadamente desperdigar aún más el convoy. Curioso por conocer las intenciones del almirante, Hornblower dirigió su catalejo hacia la *Pluto*.

Como era de suponer, ésta estaba levantando una tras otra una serie de hileras de banderas de señales, agobiando a los buques de la Compañía con un montón de instrucciones.

—Apuesto cualquier cosa a que, si el almirante pudiese hacerlo, los llevaría ante un Consejo de guerra —dijo un guardiamarina a su compañero.

—Esos capitanes ganan cinco mil libras esterlinas por cada viaje de ida y vuelta a la India —fue la respuesta—. ¿Qué les importan a ellos los almirantes? ¡Dios mío! ¿Por qué nos hemos hecho de la Marina de guerra?

Con la llegada de la noche y el aumento de la fuerza del viento, había muchas probabilidades de que el convoy se viese dispersado ya desde el principio de su viaje. Hornblower empezaba a sospechar que el almirante no sabría evitarlo. El convoy debiera mantenerse muy unido; a sus ojos, el servicio no admitía errores y por eso sir Percy, que no se hallaba a la altura de las circunstancias, merecía su condena. ¿Qué hubiera hecho él en el lugar del almirante? Dejó esta pregunta sin contestar, con la vaga explicación de que la disciplina no depende solamente de la capacidad de mandar a alguien ante un Consejo de guerra. Y, pensándolo bien, no creía que él hubiese podido obrar mejor.

—Gallardete de la *Sutherland* —anunció el encargado de la señales, interrumpiendo los pensamientos del capitán—: «Tomen posición para la noche».

—Entendido —dijo Hornblower.

Ésta era una orden fácil de obedecer. La posición para la noche que debía tomar la *Sutherland* era colocarse a un cuarto de milla a barlovento del convoy. Hornblower miró a la *Pluto*, que, siguiendo la estela de la *Calígula*, pasaba a lo largo de las naves de la Compañía. Según todas las apariencias, el almirante había resuelto emplear su propio buque como eslabón para unir las dos mitades del convoy. La noche se echaba encima con rapidez y el viento seguía refrescando.

Para desentumecer los miembros, Hornblower intentó dar algunos paseos por el puente, pero en aquella enervante espera el estómago volvía a fastidiarle otra vez. Desesperadamente se agarró a la baranda, luchando contra la debilidad. Entre todos sus oficiales, el guapo, sarcástico y eficiente Gerard era el último a quien hubiese consentido que le viera vomitar. La fatiga y el marco hacían que la cabeza le diese vueltas. Si hubiese podido acostarse habría dormido un poco, y así habría olvidado su debilidad física. Y la perspectiva de hallarse a cubierto de la intemperie y caliente en su litera cada vez se le hacía más apetecible. Se mantuvo firme hasta que en la semioscuridad vespertina le dijeron sus observaciones visuales que se había

alcanzado la posición exigida.

—Mantenga las velas de juanete, señor Gerard —mandó enseguida.

Cogió la pizarrita y, aunque se sentía extenuado y seguía luchando contra sus vísceras en revolución, escribió para los oficiales de guardia las órdenes más apremiantes que su cerebro pudo concebir en aquel estado referentes a la necesidad de mantenerse a la vista del convoy a barlovento.

—Aquí están las órdenes para usted, señor Gerard —le dijo. La última palabra se le murió en los labios; ni siquiera oyó el respetuoso «Sí, señor», mientras huía a escape a su camarote.

Para su estómago vacío, esta vez el vómito fue una tortura. Insultó a Polwheal, que había asomado la cabeza cuando él entró dando tumbos, y lo despidió con muy malos modos. Apenas estuvo solo en su cabina se dejó caer sobre su coy, y allí se quedó durante veinte largos minutos antes de hallar fuerzas para poderse incorporar y quedar sentado. Solamente entonces pudo quitarse las dos casacas que llevaba y, con la camisa, el chaleco y los calzones puestos, se metió gimiendo entre las sábanas. Sacudida por el viento, la nave cabeceaba espantosamente y todas sus maderas se lamentaban con formidables crujidos. A cada nueva sacudida, Hornblower apretaba los dientes mientras su litera se elevaba a unos veinte pies de altura y, con la sacudida de una nueva ola, caía de golpe. Incapaz de coordinar los propios pensamientos, era presa fácil para el cansancio, y tan exhausto se hallaba y tan vacía sentía su cabeza, que a los pocos minutos se quedó dormido pese al movimiento, el ruido y el mareo.

Durmió tan profundamente que cuando se despertó tuvo que hacer un esfuerzo para darse cuenta del sitio donde estaba. El zarandeo, que fue lo primero que le llamó la atención aunque le era familiar, le pareció una cosa rara. Por la puerta del camarote, que estaba abierta, le llegaba el vago fulgor de una luz grisácea que apenas le permitía percibir la forma de las cosas que había allí. Luego, y simultáneamente con la recuperación de la memoria, el estómago se le volvió a levantar. Se incorporó trabajosamente y de nuevo salió tambaleándose hasta la barandilla de la galería de popa. Sintiendo muy desdichado, se quedó mirando el mar que aparecía lívido a las primeras luces del alba. El viento le abofeteaba. No se veía una sola vela y la aprensión que siguió a esa comprobación le ayudó a recuperarse.

Se volvió a colocar la casaca de paño y encima, la de tela encerada y subió al puente.

Gerard, que aún no había terminado su guardia, seguía en el mismo sitio. Hornblower contestó a su saludo con un gesto de malhumor, y se quedó mirando el mar gris veteado de blanco. El viento arrancaba silbidos estridentes a las jarcias con la fuerza suficiente para que resultase innecesario arrizar las gavias, y venía justo de popa, ululando en los oídos de Hornblower mientras él, de pie, se agarraba a la barandilla labrada. Allá delante y en una fila tortuosa vio cuatro de las naves de la

Compañía; la quinta y la sexta seguían a poco menos de una milla. Pero no había ni rastro de la nave almirante, ni de las de transporte, ni de la *Calígula*.

Hornblower echó mano del altavoz y gritó:

—¡Vigía de la cofa! ¿Qué se ve del buque insignia?

—¡Nada, capitán! Nada a la vista por ninguna parte, fuera de los buques de la Compañía.

Así estaban las cosas, pensó Hornblower dejando el altavoz. Raro principio de viaje. La pizarra demostraba que la *Sutherland* había mantenido su rumbo durante toda la noche con una velocidad sostenida de ocho a nueve nudos por hora. Con el tiempo, que iba mejorando, pronto estarían a la vista de Ouessant; él había cumplido con su deber al no perder de vista a los buques en camino, y con las velas que el tiempo precisaba. Solamente deseaba que su estómago le permitiera tener un poco más de confianza en sí mismo; porque, el descorazonamiento que le producía el mareo le volvía muy pesimista. Si era necesario que fuese sacrificado un inocente como acto de expiación, seguramente ese inocente sería él. Calculó la fuerza del viento y pensó que no sería conveniente aumentar las velas, con la esperanza de adelantarse a lo que quedaba del convoy. Y con esto, habiendo llegado a la satisfactoria conclusión de que no se podía evitar una amonestación, en el caso de que hubiese de ser amonestado, el capitán Hornblower se sintió más animado. La vida marinera le había enseñado a saber aceptar con filosofía lo inevitable.

Tocaron las ocho campanadas y oyó claramente llamar a la guardia bajo cubierta. Bush apareció en el puente de popa a relevar a Gerard. Hornblower sentía clavada en él la aguda mirada de su segundo, pero fingió no darse cuenta, manteniéndose en hosco silencio. Experimentaba cierta satisfacción no haciendo caso de Bush, que seguía mirándole con ansiedad, dispuesto a contestar con premura en el momento en que le interrogase, lo mismo que un perro fiel a su amo. Luego se dio cuenta de que no debía de tener un aire muy digno sin afeitar, con los hirsutos cabellos despeinados y, seguramente, con la cara verdosa por el mareo. Más indignado que nunca, volvió a bajar a su camarote.

Permaneció un largo rato allí sentado, apretándose la cabeza con las manos. Las cortinas se balanceaban rítmicamente, siguiendo el movimiento del bajel. Pero, mientras no las miraba, Hornblower conseguía dominar las náuseas. Apenas avistaran Ouessant podía bajar allí y cerrar los ojos. Entró Polwheal, sosteniendo elegantemente en equilibrio una bandeja, como si fuese un malabarista.

—El desayuno, capitán —anunció en un repentino derroche de locuacidad—. No sabía que se hubiese levantado, capitán; me lo han dicho los de guardia cuando han vuelto. Café, capitán y pan blanco. El fuego era muy hermoso en la cocina y lo he hecho tostar en rebanadas... No sé si estará bien así, señor.

Con repentina desconfianza, Hornblower miró a Polwheal. Exceptuando el pan,

éste no intentaba ofrecerle ninguna de las provisiones frescas llevadas a bordo por cuenta del capitán; ni una costilla, ni una chuleta, ni jamón, ni tocino, ni ninguna otra de las exquisiteces que Hornblower no había vacilado en adquirir. Sin embargo, Polwheal sabía que no había comido desde el día anterior, y solía insistir para que su capitán comiese más de lo que acostumbraba. Y siendo así se preguntó cómo era que ahora Polwheal le ofrecía aquel desayuno a la francesa. La impasibilidad del asistente se descompuso un poco ante la penetrante mirada que le dirigía su jefe, confirmando las sospechas de este último. Polwheal había adivinado que su capitán padecía los efectos del mareo.

—¡Póngalo ahí! —dijo Hornblower, incapaz por el momento de añadir nada más. Polwheal, después de dejar la bandeja, dudaba.

—Ya llamaré si necesito algo —añadió Hornblower con severidad.

Con la cabeza entre las manos, pasó revista a todos los acontecimientos del día anterior que podía recordar. No eran solamente Bush ni Polwheal, sino Gerard y toda la tripulación en peso los que debían de saber que el capitán estaba mareado. Pequeños indicios en su comportamiento se lo indicaban cuando pensaba en ello. Al principio, ese pensamiento le hizo sentirse humillado y soltó un gruñido de descontento; luego se enfadó. Pensándolo mejor, prevaleció su natural sentido del humor y sonrió. Mientras sonreía, el grato olor del café llegó a su nariz y lo aspiró con delicia, reaccionando ante el aroma con dos tendencias opuestas a la vez: la primera, el estímulo del hambre y de la sed, y la segunda, la repugnancia a la comida que sentía su estómago. Acabó por vencer la primera. Apartando voluntariamente los ojos de las movedizas cortinas de la cabina, se llenó la taza de café y se lo bebió, y cuando en su interior hubo sentido el agradable y estimulante calorcito de la bebida empezó a comer el pan. Sólo al ver vacía la bandeja pensó que tal vez había obrado de forma poco razonable. Sin embargo, tuvo suerte, pues, antes de que le sobreviniera un nuevo ataque de mareo, llamaron a la puerta anunciando que había tierra a la vista, y la actividad que era necesario desplegar le hizo olvidar todo lo demás.

Ouessant no podía verse aún desde el puente, sino solamente desde la cofa; pero Hornblower no intentó subir por las jarcias para comprobarlo. Con el viento que le azotaba de frente y las jarcias silbando sobre su cabeza, aguzaba la vista en dirección de aquel punto al otro lado del plumizo mar, al este, donde debía de hallarse Francia. Entre todas las tierras que pudiesen estar «a la vista» tal vez fuese aquella la que siempre había importado más en la historia naval de Inglaterra. Drake y Blake, Shovel y Rooke, Hawke y Boscawen, Rodney, Jervis y Nelson debieron de hallarse exactamente como él, Hornblower, escrutando el horizonte del este sobre el puente de una nave. Tres cuartas partes de la Marina británica doblaban por Ouessant, bien al salir de su patria, bien al volver a ella. Cuando era todavía teniente de Pellew a bordo de la *Indefatigable*, durante el bloqueo de Brest, estuvo dando bordadas durante

largos y aburridos meses a la altura de Ouessant. En aquellas mismas aguas revueltas y tormentosas, la *Indefatigable* y la *Amazona* llevaron a la *Droits de l'Homme* a los rompientes, y con ella, a un millar de hombres a la muerte. Los detalles de la movida batalla de hacía trece años no eran menos vivos en su memoria que aquéllos del encuentro con el *Natividad*, que apenas hacía nueve meses que habían ocurrido; eso era señal de lo veloces que pasaban los años.

Hornblower apartó de su ánimo los recuerdos melancólicos, absorbiéndose en la doble tarea de trazar un nuevo rumbo hacia Finisterre y de dirigir por él a los buques de la Compañía de Indias; lo primero, bastante más fácil que lo segundo. Se necesitó una hora larga de señales y de disparos antes de que cada uno de los navíos hubiese repetido las señales de una manera satisfactoria. A Hornblower le parecía que los comandantes del convoy encontraban cierto maligno placer en no entenderle, o en no hacerle caso, o bien en repetir incorrectamente las instrucciones. La *Lord Mornington* levantó la señal al revés durante diez minutos para indicar que no había comprendido, y, solamente cuando la *Sutherland* estuvo casi a tiro y Hornblower hervía de furor, demostró haberlo interpretado correctamente colocándolo bien.

Ante aquello, Bush echaba sardónicas risitas, sin ahorrar comentarios ante su capitán, y decía que al comienzo de un viaje las naves de comercio eran tan incapaces por lo menos como los buques de guerra. Hornblower se marchó malhumorado, dejando a Bush con la boca abierta. El grotesco incidente le había exasperado por el temor a aparecer él mismo de forma ridícula; pero al menos contribuyó mucho a que se olvidase de su mareo. Un cuarto de hora de soledad, mientras Bush estaba dando las órdenes para poner a la *Sutherland* a barlovento, le serenó, pero en cambio estuvo a punto de experimentar nuevos trastornos, y ya iba a meterse otra vez en el camarote cuando Bush le llamó inesperadamente desde el puente.

—La *Walmer Castle* está virando para navegar ciñendo, capitán.

Hornblower levantó el catalejo. La *Walmer Castle* era la nave que iba a la cabeza del convoy y estaba más alejada que las demás a babor. Se hallaba a una distancia de tres millas aproximadamente, y no cabía duda de que había virado, daba de banda y luego intentaba desesperadamente ponerse a barlovento, dirigiéndose hacia la *Sutherland*.

—Ha levantado bandera de señales, capitán —decía Vincent, el guardia marina—. ¡Pero no acabo de entenderlo! Parece ser el número 29; pero diría «Cesen en la acción» y no puede ser.

—¡Vigía! —tronó Bush—. ¿Qué se ve en la amura de babor?

—¡Nada, teniente!

—Ahora ha retirado la señal, —prosiguió Vincent—. ¡Pone otra! Número 11, señor... «Enemigo a la vista».

—Savage —dijo Bush—, suba arriba con el catalejo.

Otro de los navíos desperdigados había virado también. Savage se hallaba ya a la mitad del palo cuando el vigía gritó desde lo alto de la cofa.

—Ya los veo, señor. Dos lugres a babor.

Unos lugres a la altura de Ouessant no podían ser más que naves corsarias francesas. Rápidos, muy marineros y bien equipados, con una experiencia del oficio que, excepto la inglesa, pocas marinas del mundo podían demostrar, eran capaces de afrontar cualquier peligro por conquistar una presa tan considerable como era un navío de la Compañía de las Indias. Una captura semejante sería suficiente para enriquecer a sus capitanes. Bush, Vincent y todos los demás que se hallaban sobre cubierta miraron a Hornblower. Si él perdía cualquiera de los buques que le habían encomendado, perdería para siempre, no cabía duda, la estimación que pudiesen tener por él en el Almirantazgo.

—Reúna a los hombres, señor Bush —ordenó el capitán. Ante la inminencia de una acción no tenía ni un solo pensamiento para la parte dramática del asunto; se olvidaba de la necesidad de adoptar un aspecto marcial y no necesitaba hacer ningún esfuerzo para parecer tranquilo ante sus subordinados a fin de impresionarlos. Instantáneamente, los cálculos que se multiplicaban en su pensamiento le absorbieron por completo hasta el punto de que no traicionaba agitación alguna.

Todos los buques de la Compañía estaban armados. La *Lord Mornington* llevaba por lo menos dieciocho cañones por banda, y estaba capacitado para rechazar el ataque de un pequeño buque corsario desde larga distancia. Los lugres habrían seguido seguramente la táctica de navegar juntos y abordar la nave enemiga a la vez, y ninguna red antiabordaje conseguiría alejar a unos centenares de franceses ansiosos de oro. Procurarían maniobrar hasta conseguir llevarse lejos al buque que intentaban asaltar y, luego, mientras éste se debatía contra el viento, en menos de tres minutos podrían atacarlo y despojarlo ante las narices de Hornblower. No había ni que pensar en consentir que pudiese darse semejante cosa; sin embargo, los buques de la Compañía eran lentos, la tripulación de la *Sutherland* no era veterana y un lugre francés era ligero como el rayo (además, no era uno, sino dos), y se hacía preciso parar el golpe por ambos lados.

Ya se veían los corsarios, con sus oscuras velas y sus dos palos, a todo ceñir, desde el puente. Los ojos de Hornblower leían en sus cuadradas velas, que se recortaban amenazadoras sobre el horizonte, algo más que su simple silueta. Eran pequeños; seguramente no tendrían más de veinte cañones cada uno de un calibre que no podía ser superior al nueve; la *Sutherland* podría hundirlos con un par de descargas en cuanto se les pusieran a tiro, si llegaban a ser tan imprudentes. Pero eran veloces. Ya se les veía todo el casco, y Hornblower distinguía la blanca espuma bajo su proa. Calculaba que podrían siempre coger el viento mucho mejor de lo que él conseguiría jamás con la *Sutherland*. Cada uno llevaría, por lo menos, ciento

cincuenta hombres a bordo; los corsarios franceses se preocupaban poquísimos de la comodidad de la tripulación que llevaban, y tampoco lo necesitaban mucho, puesto que solamente se trataba de salir del puerto, ganar un botín y correr a esconderse de nuevo.

—¿Debo preparar el zafarrancho de combate? —Fue Bush quien se atrevió a arriesgar la pregunta.

—No —contestó Hornblower con brusquedad—. Mande a los hombres a sus puestos y que apaguen todos los fuegos.

Puesto que no veía la necesidad inminente de un encuentro, no creía indispensable bajar las portas, estropeando así algunas de sus cosas y comprometiendo la seguridad de los animales embarcados. Pero una bala desviada que por casualidad fuese a parar al fuego de la cocina podía convertir el buque en una hoguera. Entre tanto, los hombres fueron a sus respectivos lugares, algunos empujados y otros conducidos allí (confundían aún la proa con la popa) con acompañamiento de amenazas y de blasfemias por parte de los contramaestres y suboficiales.

—Haga que carguen y saquen las piezas, por favor, señor Bush —dijo Hornblower.

Más de la mitad de aquellos hombres no habían visto un cañón en su vida. También era la primera vez que oían el extraño y estridente estrépito que hacían las ruedas de madera al rodar por la cubierta de tablones. Hornblower lo escuchó sobrecogido: ¡le traía tantos recuerdos! Los corsarios no parecían dar señales de actividad, aunque no les había pasado por alto que la *Sutherland* les enseñaba los dientes. Mantenían su camino siempre ciñéndose al viento, e iban al encuentro del convoy. Hornblower se alegró al ver que su aparición había hecho que los buques de la Compañía se reunieran, cosa que él, con todas sus órdenes, no había conseguido. Ya parecían un rebaño, y aquella táctica tan insólita en comandantes mercantes revelaba claramente el temor que sentían. Hornblower veía también los preparativos a que se entregaban a bordo de esos navíos. Contra las bordas colocaban unas redes a fin de evitar el abordaje, y ponían sus cañones al descubierto. La defensa sería poco eficaz; sin embargo, el simple hecho de poder defenderse en la situación en que se hallaban ya suponía algo.

Una voluta de humo y una detonación que partió de uno de los corsarios indicó que había empezado el ataque. Hornblower no pudo saber dónde había ido a parar la bala, pero en el palo mayor de ambos lugres fue izada a la vez la bandera tricolor y, a una orden de Hornblower, en contestación al petulante desafío, la *Sutherland* enarboló la enseña roja. Aún no había transcurrido un minuto y los dos lugres se acercaron a la *Walmer Castle*, la primera de las naves del convoy, con la evidente intención de abordarla.

—Larguen los juanetes, señor Bush —mandó Hornblower—. Timón a estribor. Cambia. Vía así.

Asustada, la *Walmer Castle* intentaba huir, y por poco fue a chocar contra el costado de su vecina, que también se había visto obligada a meter caña.

Entonces fue cuando la *Sutherland* avanzó en un instante. Los lugres metieron a sotavento, para huir del peligro de una descarga. De ese modo, su primera y mal calculada tentativa de ataque quedaba fácilmente desbaratada.

—¡Gavias en facha! —gritó Hornblower.

Era de la mayor importancia mantener la favorable posición a barlovento del convoy; desde allí podía acudir con prontitud a donde la amenaza fuese más inminente. Las naves del convoy avanzaban con moderación, precedidas por los lugres, que Hornblower no perdía de vista ni por un instante. La práctica de muchos años le permitía mantenerlos dentro del campo visual del catalejo, a pesar de la inseguridad de la cubierta. Inesperadamente viraron con las velas amuradas a estribor, y con la simultaneidad de un movimiento mecánico dispararon y saltaron para coger a la *Lord Mornington* por el costado de estribor, como perros que saltasen a la garganta de un ciervo. El buque se salió del rumbo y la *Sutherland* corrió en su ayuda, mientras que los lugres, aprovechándose al momento, viraron por adelante y volvieron al ataque de la *Walmer Castle*.

—¡A estribor todo! —gritó Hornblower ronco. Con gran alivio por su parte, vio que la *Walmer Castle* conseguía poner las gavias en facha, y la *Sutherland* llegó a tiempo, poniéndose a la altura de la popa de la perseguida. Hornblower veía claramente al capitán, con patillas y casaca azul, junto al timón, y a cinco o seis marineros lascaris que corrían desorientados de un lado para otro de la cubierta.

Los lugres se pusieron fuera del tiro de la *Sutherland*. Una de las naves del convoy se veía envuelta en una espesa nube de humo; evidentemente su andanada no había dado en el blanco.

—Están malgastando la pólvora, señor —observó Bush, pero Hornblower, demasiado ocupado en sus cálculos mentales, no le contestó.

—Mientras tengan el sentido común de no dispersarse... —comentó Crystal.

Eso era muy importante; si el convoy se dividía, no había que esperar que la *Sutherland* pudiese defender a todas las naves. Aquella lucha entre una nave de línea y dos pequeños lugres no produciría honra ni provecho. Si Hornblower los vencía, nadie se preocuparía por ello, pero si una sola de las unidades del convoy se perdía, era fácil imaginar la oleada de indignación pública que se iba a ocasionar. Por un momento, Hornblower pensó en advertir a los buques que se mantuvieran reunidos. Pero las señales no harían más que llenarlos de confusión, aparte de que por lo menos la mitad de ellos no las interpretarían. Era más razonable confiar en su natural instinto de conservación.

De nuevo las dos corsarias volvían a intentar ponerse a barlovento, a popa de la *Sutherland*. Guiado por su aspecto (los agudos cascos negros, los palos inclinados), Hornblower creyó que habían tramado algún nuevo movimiento. Los estuvo observando con atención, yéndose a popa, y, en efecto, pronto se reveló su plan. Vio cómo uno de los barcos viraba a babor y el otro hacía lo mismo con igual rapidez hacia estribor. Se habían separado y los dos, con el viento de aleta, se deslizaban con las aguas espumeantes delante de su proa. Parecían volar y eran la viva imagen de la eficiencia y la maldad. Apenas estuvieran suficientemente lejos de la *Sutherland*, volverían a caer sobre algún buque del convoy por ambos lados a la vez. Y Hornblower apenas tendría tiempo para liquidar a uno de ellos cuando ya tendría que ponerse a hacer lo mismo con el otro.

Por un momento pensó en la posibilidad de llevar todo el convoy junto ciñendo el viento, pero en seguida rechazó el proyecto. Con el intento, las naves se dispersarían, o tal vez chocarían unas con otras, y en ambos casos, separadas o con averías, serían una presa fácil para el enemigo. La única solución era atacar a los dos buques, uno después de otro. Podía parecer una solución desesperada, pero resultaba el único plan posible. Jugaría aquella partida hasta el final.

Dejando el catalejo en el puente, Hornblower subió sobre la barandilla agarrándose a las jarcias de mesana. Con una cara que parecía de piedra, tan tensa era su expresión, consideró cuidadosamente a sus enemigos, uno después de otro, calculando su velocidad y observando su rumbo. El lugre de estribor estaba un poco más cerca y por eso alcanzaría antes al convoy. Una vez que se hubiera deshecho de él, Hornblower tenía un par de minutos para volver contra el segundo y afrontarlo. Otra mirada que les echó confirmó su decisión y, sin pensarlo más, Hornblower decidió arriesgarse.

—Dos cuartas a estribor.

—Dos cuartas a estribor —repitió el timonel.

La *Sutherland* viró, saliéndose de la ruta del convoy, y se dirigió a cortar el camino del lugre que tenía a estribor. A su vez éste, para evitar la poderosa andanada que le amenazaba, se alejó cada vez más a medida que se le iba aproximando la *Sutherland*. En virtud de su superior velocidad, el pequeño bajel aventajaba al convoy y su escolta; y la *Sutherland*, en su esfuerzo por mantenerse entre los corsarios y los del convoy, cada vez se veía más alejada del punto desde el que le sería posible defenderlos con eficacia. Hornblower se había dado cuenta de ello, pero no le quedaba más remedio que exponerse a ese riesgo. Sabía que, si los franceses jugaban bien por su parte, él llevaría las de perder. Nunca podría llevar al primer lugre tan lejos y tan a sotavento como para que resultase inofensivo, y luego tener bastante tiempo para deshacerse del otro. La *Sutherland* ya se había desviado peligrosamente; sin embargo, aún mantenía el rumbo casi en línea recta, lo mismo con el convoy que

con el lugre a estribor. De pronto vio que el segundo enemigo viraba para dirigirse hacia el convoy.

—Los hombres a las brazas, señor Bush —mandó. Y al timonel—: ¡A estribor todo!

La *Sutherland* viró con el viento por el través y una pizca de lona más de la necesaria. Parecía abrirse paso a través de las aguas. Entre tanto, los buques del convoy no pensaban más que en huir. Como si pasase entre un bosque de mástiles y jarcias, pudo ver Hornblower las velas oscuras de un bergantín caer sobre la indefensa *Walmer Castle*, que seguramente respondía con lentitud al timón o estaba mal gobernada y se veía abandonada por las otras a su propia suerte. Surgieron simultáneamente una docena de suposiciones y cálculos de probabilidad en la mente de Hornblower. Preveía el rumbo del lugre y el de los seis navíos, y al mismo tiempo calculaba las posibles variaciones que podían derivarse de la iniciativa particular de sus capitanes respectivos. Tampoco perdía de vista la velocidad de la *Sutherland*, y el exceso de velamen que la estaba arrastrando a sotavento. Circunnavegar el desperdigado convoy ya exigía demasiado tiempo y le impediría dar un golpe por sorpresa. Con mucha serenidad, Hornblower llamó al timonel; era preciso dirigirse hacia un lugar entre dos navíos que cada vez se iba estrechando más. Pero, como Hornblower ya había previsto, al ver acercarse a la *Sutherland*, la *Lord Mornington* se apartó.

—¡Señor Gerard! —gritó Hornblower—. ¡Atención a los cañones! ¡Suelten una andanada al lugre en cuanto pasemos a su lado!

La *Lord Mornington* ya había pasado como un rayo; detrás de ella venía la Europa, que tenía todo el aspecto de ir derecha a una colisión.

—¡Maldición! —rugió Bush—. ¡Dios...!

La *Sutherland* la había rozado a proa, mientras su botavara del foque casi tocaba las jarcias de mesana de la *Sutherland*. Pero, unos momentos más tarde, ésta pasaba de nuevo entre otros dos navíos. Más allá se encontraba la *Walmer Castle*. Al lado de ésta el lugre se vio cogido casi por sorpresa ante la inesperada aparición. En el repentino silencio que se hizo, Hornblower oyó el crepitar de un ruido de mosquetes. Los franceses saltaban a bordo de la *Walmer Castle*. Ante el encuentro con el gran navío de doble puente, el capitán francés pareció buscar la seguridad. Hornblower vio que los asaltantes volvían precipitadamente al lugre, mientras que a los esfuerzos reunidos de doscientos brazos frenéticos la enorme vela mayor se iba levantando despacio. Girando como una peonza, se separó de los navíos del convoy, con un retraso de cinco segundos.

—¡Cubran las gavias de mesana! —gritó Hornblower a Bush—. ¡Señor Gerard!

La *Sutherland* se preparaba para el impacto.

—¡Apunten! —gritaba Gerard fuera de sí por la excitación. ¡Esperen a estar a

tiro! ¡Fuego!

A los nervios excitados de Hornblower les pareció que la descarga, que llenó el aire con su fragor, duraba cinco minutos. Los cañonazos se sucedían de un modo irregular; algunas piezas disparaban antes de estar a tiro. También la puntería era defectuosa, como demostraban dos chorros de agua que se levantaban a los dos lados del lugre y más allá de éste. Sin embargo, algunos proyectiles habían dado en el blanco; se veían volar astillas en algunos puntos y un par de vergas desmochadas. Dos huecos repentinos entre la desorientada dotación revelaron que también por allí había hecho blanco algún cañonazo.

El viento disipó el humo y Hornblower pudo ver con claridad el lugre a un centenar de yardas. Aún no había perdido la esperanza de huir; tenía las velas hinchadas por el viento y se deslizaba rápidamente sobre las olas. Hornblower dio nuevas órdenes al timonel para volver de nuevo a la carga, mientras nueve nubecillas de humo que se desprendían de los costados del lugre demostraron que los franceses descargaban sus cañones.

Los franceses eran duros. Una nota musical, casi como un acorde de órgano a punto de extinguirse, silbó en los oídos de Hornblower cuando una bala le pasó por encima de la cabeza, y el estrépito que siguió le anunció que la *Sutherland* había sido tocada. Pero sus robustas cuadernas podían soportar muy bien los proyectiles del nueve a aquella distancia.

Oyó el rodar de las piezas que volvían a ser colocadas en posición y se separó de la baranda para dar una voz a los artilleros que estaban en cubierta.

—¡Atención al tomar la alzada! ¡Esperad a estar a tiro!

Los cañones fueron disparados de uno en uno o de dos en dos mientras la nave daba guiñadas. Para sus setenta y cuatro cañones, la *Sutherland* no disponía más que de un artillero veterano por cada pieza, y, aunque los oficiales de la batería de babor hubiesen mandado a algunos de sus hombres en ayuda de los de estribor, era natural que no quisiesen desguarnecerse del todo, para el caso de que ellos también hubiesen de entrar en acción en cualquier momento. Y los artilleros que habían quedado de la *Lydia* no sumaban en total setenta y cuatro. Hornblower recordaba las dificultades con las que debió enfrentarse para combinar los turnos de guardia.

—¡Tapad esos fogones! —gritaba Gerard, y su voz se elevaba, llena de entusiasmo—. ¡Allá va! ¡Bien hecho, hombres! El palo mayor del lugre, con la gran vela y el palo de gavia y toda la maniobra fija, se inclinó hacia un costado. Por unos momentos pareció mantenerse milagrosamente en equilibrio, hasta que de repente se vino abajo. En aquel mismo instante, los franceses dispararon un cañón de popa como un insolente desafío. Hornblower se dirigió al timonel para ordenarle que pusiese a la *Sutherland* al alcance del tiro de los mosquetes para completar la destrucción del pequeño buque. Dominando su propia agitación, recordó que no había que perder un

instante a fin de no dar tiempo al otro lugre para atacar a los buques del convoy. Observó su propio nerviosismo como un fenómeno curioso e interesante, mientras la nave viraba siguiendo sus instrucciones. Aún no había acabado de maniobrar cuando un prolongado alarido de desafío se elevó en el lugre que, cabeceando desesperadamente sobre las grandes olas, parecía un gran escarabajo negro malherido. Desde el puente, un hombre agitaba una bandera tricolor.

—¡Adiós, monsieur Crapaud! —dijo Bush—. ¡Ha de pasar mucho tiempo antes de que puedas ver de nuevo Brest!

La *Sutherland* volvía a tomar el nuevo rumbo y los buques de la Compañía se dirigían hacia ella. El lugre andaba pegado a sus talones, lo mismo que un perro tras un rebaño de ovejas; pero, apenas avistó de nuevo a *Sutherland*, pareció querer huir. Aún viró con obstinación para abordar a la *Walmer Castle*. Pero Hornblower maniobró de nuevo, y las naves mercantiles se apresuraron a acercársele como buscando su protección. Para un buque tan pesado como la *Sutherland*, también podía ser fácil parar el ataque de un enemigo cuando solamente era uno. Los franceses debieron de darse cuenta de ello, porque unos minutos más tarde se alejaban, resignándose a correr en ayuda de sus compañeros reducidos a la impotencia.

Hornblower vio al lugre virando e hinchando las velas, y al otro, macheteando hasta que se abrió camino a barlovento. Desde el castillo de la *Sutherland* pronto dejó de verse al lugre desarbolado. Para Hornblower fue un alivio ver a los franceses abandonar sus belicosas intenciones. Si él hubiese estado en su lugar, hubiese abandonado al lugre a su suerte, pegándose al convoy por lo menos hasta la llegada de la noche, y hubiese sido fácil en la oscuridad asaltar a uno que se alejara de los demás...

—Señor Bush, puede volver a asegurar y atrancar los cañones —dijo, finalmente.

Alguien de la cubierta lanzó un grito de júbilo, que inmediatamente fue secundado por el resto de la tripulación. Todos agitaban las manos y los sombreros, como si acabasen de vencer en la batalla de Trafalgar.

—¡Silencio! —gritó Hornblower, rojo de furor—. ¡Señor Bush, tráigame aquí a los hombres!

Llegaron todos muy excitados, dándose empujones y riendo como una bandada de colegiales, hasta los más novatos se habían olvidado del mareo con la emoción de la lucha. Ante aquel ridículo espectáculo, Hornblower sintió que le hervía la sangre.

—¡Basta! —gritó—. ¿Qué creéis que habéis hecho? ¡Asustar a un par de barquitos no mayores que nuestra lancha! ¡Dos descargas de una pieza de setenta y cuatro que les han partido un palo y vosotros os dais por satisfechos! ¡Por Dios! ¡Tendríais que haber hecho saltar en pedazos a esos franceses! ¡Dos descargas! ¡Desgraciados! Debéis aprender a manejar mejor los cañones para cuando tengamos que luchar en serio, y ya me encargaré yo de ello. Yo y el gato de nueve colas. Y con

las velas, ¿cómo os manejáis? He visto a unos negros portugueses hacerlo muchísimo mejor.

No podía negarse que las palabras que salen de un corazón vehemente tienen más peso que todos los artificios retóricos. La justa indignación de Hornblower y su franqueza habían producido una profunda impresión; de tal manera se había sentido ofendido su instinto de marino a la vista de aquella chusma de inútiles y majaderos. Bajando la cabeza y sintiéndose humillados, los hombres no sabían qué cara poner, dándose cuenta de que lo que acababan de realizar no era ninguna maravilla. Para hacerles justicia, hay que hacer constar que la mitad de la euforia que habían sentido era causada por la inesperada carrera de la *Sutherland* a través del convoy, escurriéndose entre los diversos buques como una anguila. En los años por venir, al narrar sus aventuras, fueron adornando aquella historia hasta llegar a jurar que el capitán Hornblower había maniobrado un buque de dos puentes entre el fragor de una tempestad y a través de una flota de doscientos navíos que marchaban todos en dirección contraria.

—Y ahora, despídalos, señor Bush. Y después del rancho hágalos ejercitarse en las jarcias.

En la reacción que siguió a su excitación, ansiaba retirarse a la soledad de la galería de popa. Pero se encontró con Walsh, el cirujano, que subía al puente.

—Vengo a traer mi informe, capitán —le dijo llevándose la mano al sombrero—. Un contraмаestre muerto. Ningún herido, ni marinero ni oficial.

—¿Un oficial muerto? —dijo Hornblower, estupefacto—. ¿Quién es?

—John Hart, guardia marina —contestó Walsh.

Hart era un prometedor marinero de la *Lydia* a quien el mismo Hornblower había llevado al puente de popa dándole patente de oficial.

—¿Muerto? —repitió Hornblower.

—Puedo darle por mortalmente herido si lo prefiere, capitán —contestó el cirujano—. Perdió una pierna cuando un proyectil entró por la porta número 11, bajo cubierta. Aun vivía cuando lo trajeron a la enfermería, pero en seguida ha muerto. La arteria poplitea.

Walsh no había servido nunca a las órdenes del capitán Hornblower, pues de otro modo no se hubiese metido a dar detalles de aquel género con una complacencia tan profesional.

—Quítese de delante, maldito sea —espetó Hornblower. Toda ilusión de quedarse a solas se la había llevado el diablo. Sería necesario más tarde hacer un funeral poniendo la bandera a media asta. La cosa en sí ya era bastante fastidiosa y además se trataba del pobre Hart, un buen muchacho de facciones sonrientes. Este pensamiento echaba a perder todo su contento por el desenlace del asunto de aquella mañana. Entretanto, en el alcázar, Bush sonreía satisfecho, tanto por el recuerdo de lo hecho

hasta entonces como ante la perspectiva de cuatro bonitas horas de ejercicios en las maniobras. Sentía la necesidad de hablar, lo mismo que Gerard, que estaba también allí, siempre dispuesto a hacer comentarios sobre las proezas de sus adorados cañones. Hornblower los miró a ambos de arriba abajo, desafiándolos casi a dirigirle una palabra; pero hacía años que ellos servían a sus órdenes y ya sabían lo que debían hacer.

Hornblower giró sobre sus talones y se metió bajo cubierta. Los navíos del convoy hacían señales con las banderas. Él ya conocía la clase de estupideces de tono congratulatorio que podían esperarse por parte de aquellos buques de la Compañía de las Indias, seguramente la mitad con faltas de ortografía. Bush ya se cuidaría de contestar «No entiendo» hasta que aquellos imbéciles hiciesen las señales correctas, y entonces se limitaría a darse por enterado.

No quería tener nada que ver con aquellas gentes, ni con nadie. Su única esperanza y su único deseo en este odioso mundo era que, con un viento favorable y el convoy a sotavento, le dejaran encerrarse en la galería de popa, lejos de las miradas y hasta de los indiscretos catalejos de otros navíos.

CAPÍTULO 7



Oyendo tocar a llamada los tambores, Hornblower aspiró por última vez su cigarro y exhaló el humo en una gran bocanada; con la cabeza inclinada hacia atrás, bajo el arco de la galería, miró al cielo intensamente azul y luego a las aguas no menos azules que a los lados de la quilla de la *Sutherland* levantaban olas de espuma. Sobre su cabeza oía el paso acompasado de los infantes de marina que se reunían en la cubierta de popa; luego, un corto pataleo de pesadas botas le indicó que formaban filas; en sordina, fueron acompañados por el ruido menos acompasado y más flojo de otras pisadas, las de los callosos pies de los marineros que también se reunían en cubierta. Cuando todo volvió a quedar en silencio, Hornblower tiró su cigarro por encima de la balaustrada al mar, se arregló la casaca, se puso bien el tricornio y adoptando un aire digno, con la mano izquierda en la empuñadura de la espada, subió al alcázar. Allí estaban Bush y Crystal, los guardiamarinas de cuarto le saludaron y, desde popa, un chasquido metálico indicó que los soldados presentaban armas.

Deteniéndose, Hornblower se puso a mirar a su alrededor cuidadosamente. El domingo por la mañana era su deber inspeccionar el buque y él podía aprovechar la ocasión para contemplar de nuevo la belleza de la escena, que hubiese podido servir de modelo a un artista. Con el suave balanceo del buque, las altas pirámides de lona blanca del velamen describían lentas espirales sobre el purísimo azul de los cielos. Las cubiertas eran de una inmaculada blancura —así lo había conseguido Bush después de diez días de incansable trabajo— y el orden meticuloso de un navío de guerra resaltaba aún más en aquella mañana de inspección. Hornblower echó una mirada de reojo a la dotación alineada en la cubierta y a lo largo de las pasarelas. Los veía inmóviles y bien ordenados con sus trajes nuevos. Pero lo que quería ver era el aire que tenían, y eso lo hubiese podido hacer mejor mirando el conjunto desde lo alto del puente de popa y no tan de cerca. Podía descubrirse un ligero matiz de insolencia en el modo con que una tripulación rebelde se ponía en posición de firmes, y, cuando estaban desanimados, no era difícil adivinar el momento el cansancio. Pero por el momento, y gracias a Dios, no descubría ninguna de las dos cosas.

Diez días de duro trabajo, de ejercicio constante, de vigilancia continua, de justicia mitigada por un poco de camaradería habían sido muy útiles para acostumar a los hombres a la disciplina. Tres días antes Hornblower tuvo que ordenar cinco azotamientos, limitándose a asistir a ellos impasible, aunque el silbido del gato de nueve colas le revolvía el estómago. Uno de aquellos castigos al menos tuvo que hacer bien a su receptor: un viejo marinero que, por lo visto, se había

olvidado algo del oficio y necesitaba que le refrescasen la memoria. En cuanto a los otros cuatro que tenían la espalda lacerada, la lección serviría de poco; jamás serían buenos marineros: no eran más que unos bestias, y aquel tratamiento brutal lo más que conseguiría sería dominarlos un poco. Hornblower había permitido su sacrificio para demostrar a los espíritus rebeldes a dónde los podía conducir una desobediencia. Sólo con demostraciones prácticas se puede influir en las mentes de los hombres incultos. La dosis debía ser prescrita con gran cuidado: ni demasiado grande ni demasiado pequeña. Echando un vistazo a su alrededor le pareció que había acertado la cantidad exacta.

Una vez más se complacía su mirada en aquella hermosura: el orden reinante en el buque, las blancas velas, el cielo azul; el rojo y blanco de los soldados de marina; el azul y oro de los oficiales. Había una maestría consumada en las sutiles señales que indicaban que, a pesar de la inspección, la vida, la palpitante vida del buque, seguía latiendo continuamente bajo la cubierta. Mientras cuatrocientos hombres y pico en posición de firmes parecían esperar una orden, el timonel no perdía de vista el rumbo; los vigías en las cofas y los oficiales de guardia con sus catalejos eran las vivientes demostraciones de que el buque no debía pararse por eso y que el servicio del rey proseguía sin descanso a lo largo de toda la travesía.

Hornblower recorría las cuatro filas de infantes de marina; sus ojos los veían mecánicamente sin fijarse mucho en ellos, pues ya sabía que el capitán Morris y sus sargentos eran hombres de confianza en lo referente a pequeñas prácticas como las de lustrar los botones y blanquear los cinturones. Los soldados podían adiestrarse y disciplinarse como máquinas mediante procedimientos que era imposible aplicar a los marineros; en resumen, podía confiar en ellos y no le interesaban gran cosa. De los noventa que había a bordo, después de diez días apenas conocía el nombre de media docena.

Pasó a lo largo de la fila de marineros con los oficiales plantados con rigidez a la cabeza de cada escuadra. Aquello era más interesante. Los hombres iban muy pulcros y apuestos con sus trajes blancos. ¿Cuántos de esos hombres se daban cuenta de que el coste de los cuatro trapos que los cubrían sería descontado de la miserable paga que les darían una vez terminado su servicio? Entre los novatos, algunos aparecían horriblemente despellejados como resultado de una exposición imprudente a los ardientes rayos del sol del día anterior. A un robusto rubiales se le caía la piel materialmente a tiras de los brazos, la nuca y la frente. Hornblower le reconoció como Waites, ladrón de ovejas, condenado en la Audiencia de Exeter. Eso explicaba aquellas quemaduras: Waites estaba pálido por varios meses de cárcel preventiva. Era evidente que las quemaduras le molestaban mucho.

—Cuide de que Waites se presente esta misma tarde al cirujano —dijo Hornblower al oficial del mar—. Debería untarse esas quemaduras con grasa de pato,

o lo que le prescriba el cirujano.

—Sí, señor —contestó el suboficial.

Hornblower prosiguió examinando a los hombres de cerca. Caras que recordaba bien, pero a las que le costaba un esfuerzo poner nombre. Caras conocidas dos años antes en las lejanías del Pacífico, a bordo de la *Lydia*. Caras que vio por primera vez cuando Gerard volvió de Saint Yves con su lancha llena de aterrados marineros. Caras morenas, caras blancas, muchachos y ancianos, ojos azules, ojos castaños, ojos grises. Una multitud de menudas impresiones se iba almacenando en la mente de Hornblower; las barajaría más tarde, durante sus solitarios paseos en la galería de popa, y formaría con ellos la primera materia de sus proyectos para mejorar el rendimiento de aquella tripulación.

«Aquel Sims hasta podría ser el jefe de los gavieros de mesana. Ya tiene bastante edad. ¿Cómo se llama aquel otro...? ¿Dawson? No. Dawkins. Tiene aire fiero. Uno de la banda de Goddard; por lo que parece, aún le escuecen los latigazos de Goddard. Lo recordaré».

El sol brillaba sobre el buque, que se mecía suavemente. De la dotación, Hornblower llevó sus miradas al buque, al estado de la arboladura, las culatas provisionales de los cañones, la impecable pulcritud de la cubierta, el castillo de proa y la cocina. Por lo demás, en todo esto sólo aparentaba fijarse. Antes caerían los cielos que Bush descuidase sus obligaciones. Pero era necesario adoptar cierto aire de solemnidad. Los hombres se dejaban influir mucho. Aquellos infelices trabajarían más a gusto por Bush si sabían que el capitán no le perdía de vista, y aún trabajarían mejor por el capitán si tenían la seguridad de que no se le escapaba ningún detalle. Y la dura obligación de conseguir la abnegación devota de los hombres de a bordo arrancó a Hornblower una cínica sonrisa, cuando nadie le miraba.

—Muy bien, señor Bush —dijo mientras volvían hacia el alcázar—. El buque está en mejores condiciones de lo que podía esperar y deseo que continúe la mejora. Ahora, que toquen la llamada para el servicio religioso.

Un Almirantazgo lleno del santo temor de Dios había ordenado que se realizasen servicios religiosos todos los domingos por la mañana. De no ser así, Hornblower habría dispensado a los hombres de aquella obligación, como correspondía a un buen estudioso de Gibbon. De hecho, había conseguido eludir la obligación de llevar un capellán a bordo: Hornblower odiaba a los curas. Observó a los hombres que llevaban a cubierta los taburetes para sí mismos y los asientos para los oficiales. Lo hacían alegremente, con celo, pero no con aquel aire complacido y diligente que caracterizaba a una buena dotación. Brown, el timonel, cubrió la brújula con un paño en el alcázar, y con la debida solemnidad colocó encima la Biblia y el libro de rezos.

A Hornblower le desagradaban aquellos servicios. Siempre existía la posibilidad de que algún devoto miembro de su forzada congregación pusiera objeciones al

hecho de verse obligado a asistir: un católico o un disidente, por ejemplo. La religión era el único poder capaz de enfrentarse a las ligaduras de la disciplina. Hornblower recordaba a un oficial de derrota con inclinaciones teológicas que una vez protestó porque leía la bendición, como si él, representante del rey en alta mar (y de Dios, puestos a decirlo todo) no pudiera leer lo que le diera la gana.

Miró ceñudo a los hombres, que ya se sentaban, y luego empezó a leer. Ya que había que hacerlo, pues se hacía bien, y, como siempre, al leer aquellas palabras le maravilló la belleza de la prosa de Cranmer y la habilidad de su adaptación. Cranmer fue quemado vivo hacía doscientos cincuenta años; ¿le beneficiaría algo ahora que se leyera su libro de plegarias?

Después leyó Bush el sermón, con su desentonada voz de barítono, monótonamente, como si se dirigiese a la cofa del trinquete. Luego, Hornblower leyó las primeras palabras del himno y Sullivan tocó en su violín las primeras notas. Fue Bush el que dio la señal para empezar. Hornblower jamás había consentido llegar a tanto. No era ni un charlatán ni un director de ópera italiano. Pronto, las robustas voces de los hombres se unieron a coro.

También los himnos podían ser motivo de observaciones. Del tono con que eran cantados, un capitán podía deducir la moral que animaba a sus hombres. Sea porque el himno escogido aquella mañana fuese muy popular o porque el sol levantase los ánimos, el canto salía y se elevaba con gallardía, llevado por Sullivan, que hacía muchos primores con su arco en un estático obligatto. A algunos oriundos de Cornualles el himno les resultaba al parecer muy familiar, pues sus voces se imponían a las de los demás y con educada armonía embellecían el coro cantando acordados. Todo eso no decía gran cosa a Hornblower, a quien faltaba oído musical, y escuchando aquello, que para él era un ruido poco más o menos como todos los demás, se preguntaba qué había de verdad en aquella leyenda de la música y si era cierto que otros oían algo de particular o si solamente era él, entre todos los de a bordo, el único que no intentaba engañarse a sí mismo.

Sus miradas cayeron sobre un chico que se hallaba en primera fila. Para él, por lo menos, el himno debía de tener algún significado. Lloraba desconsoladamente, a pesar de procurar mantenerse erguido y disimular la emoción que sentía. Gruesas lágrimas le corrían a lo largo de las mejillas y estaba sorbiéndose los mocos a cada momento. La música debía de haber herido algún punto sensible en la memoria del infeliz. Tal vez la última ocasión en que oyó el himno se hallaba en la iglesia de su pueblo, junto a su madre y sus hermanos. Ahora tenía el corazón lleno de tristeza. Hornblower se sintió contento, tanto por sí mismo como por el pobre chico, cuando hubo acabado el canto.

Luego tomó en sus manos el Código Militar y leyó los artículos en la forma en que los lores del Almirantazgo habían dispuesto que se hiciese todos los domingos a

bordo de todos los buques de su majestad británica. Hornblower, que ya los había leído al menos quinientas veces, se sabía de memoria los solemnes períodos y los leía bien. Aquello era mucho mejor que cualquier vago servicio religioso o los «Treinta y Nueve Artículos», se trataba de un código en blanco y negro, con una severa advertencia para recordar el deber puro y simple. Debió de ser algún funcionario del Almirantazgo, o bien un oscuro leguleyo, el que supo darles un estilo y un tono tan elocuentes como los de Cranmer.

Nada de pomposidades, nada de apelaciones a los sentimientos; solamente la fría lógica de un código que mantenía a la Armada británica en el mar y había preservado a Inglaterra durante diecisiete años de lucha. Por el silencio absoluto que reinaba entre sus oyentes, Hornblower comprendía que escuchaban y entendían, y cuando cerró el libro y levantó la cabeza, no vio más que rostros graves y resueltos. El grumete de la primera fila había olvidado su llanto. Sus ojos miraban a lo lejos; tal vez estaba haciendo buenos propósitos y en su interior se disponía a cumplir mejor sus obligaciones. O tal vez, en un ímpetu de audacia, soñaba con el porvenir, cuando fuera un capitán vestido con una casaca galoneada de oro y mandara un buque de setenta y cuatro cañones, realizando inmensas proezas.

Con repentina emoción, Hornblower se preguntó si aquellos sentimientos acorazarían al muchacho contra los cañonazos, y recordó al grumete que ante su mirada fue convertido en papilla sanguinolenta por un cañonazo que les envió la Natividad.

CAPÍTULO 8



El capitán Hornblower andaba de un lado a otro del alcázar. El problema que debía resolver era tan grave que le obligó a salir de la galería, en donde se veía obligado a inclinar la cabeza y no podía moverse con bastante comodidad y al ritmo de sus agitados pensamientos. Todos los que se hallaban sobre el puente, adivinando el humor del capitán, se mantenían cuidadosamente apartados, dejándole toda la parte de barlovento: casi treinta metros de puente y pasarela. De un lado para otro, caminaba incansable, intentando tranquilizarse, a fin de tomar la decisión que anhelaba. Con una brisa de poniente, la *Sutherland* navegaba con lentitud, siguiendo al convoy, que se encontraba reunido a sotavento a poca distancia.

Gerard cerró su catalejo de golpe.

—Viene hacia nosotros una barca que ha salido de la *Lord Mornington*, capitán —anunció.

Debía advertirle al capitán que se aproximaba algún visitante, por si quería atrincherarse encerrándose en su camarote; aunque sabía tan bien como el mismo Hornblower que desdeñar abiertamente a los personajes que navegaban con el convoy podía ser muy mal visto y poco conveniente por parte del capitán de un buque de línea.

Hornblower miró hacia la chalupa que se dirigía hacia la *Sutherland*. Diez días de fuerte viento del nordeste no sólo habían hecho correr al convoy hacia las latitudes del África septentrional, en donde le dejaría abandonado a su destino, sino que hacía ya veinticuatro horas que había impedido cualquier clase de visitas de un buque a otro. El día anterior hubo muchas idas y venidas entre las naves del convoy; era natural que el capitán Hornblower también recibiese aquel día visitas formales, de las que no se pueden rechazar. Al cabo de un par de horas se separaría del convoy y, por lo tanto, era una molestia que ya no se tendría que repetir.

La chalupa se puso al costado del buque y Hornblower salió al encuentro de los visitantes: el capitán Osborn, de la *Lord Mornington*, en uniforme de gran gala, y un señor alto y flaco, resplandeciente con su traje de ceremonia civil, con el pecho cubierto de condecoraciones.

—Buenos días, capitán —dijo Osborn—. Permítame que le presente a lord Eastlake, gobernador destinado a Bombay.

Hornblower y lord Eastlake se inclinaron.

—Vengo a rogarle, capitán Hornblower —empezó a decir lord Eastlake, aclarándose la garganta—, que acepte, por favor, esta bolsa con cuatrocientas guineas para la dotación de su buque. Han sido reunidas por suscripción entre todos los

navíos del convoy, con el fin de expresarle nuestro reconocimiento por la habilidad y el valor demostrados por la *Sutherland* en la acción contra los dos corsarios franceses a la altura de Ouessant.

—Doy las gracias a vuestra señoría en nombre de mi dotación —dijo Hornblower.

Era un hermoso gesto, y al aceptar la bolsa, sabiendo lo que pensaba hacer al convoy de las Indias, Hornblower se sintió casi un Judas.

—Y yo —añadió Osborn— tengo el encargo de invitarle cordialmente, lo mismo que a su primer oficial, a comer con nosotros a bordo de la *Lord Mornington*.

Ante estas palabras, Hornblower movió la cabeza negativamente con pesar.

—Dentro de dos horas nos hemos de separar —dijo—. Estaba a punto de hacer poner las señales. Lo siento mucho, señores, pero no puedo aceptar.

—Todos lo vamos a sentir mucho —intervino lord Eastlake—. Diez días de mal tiempo nos negaron el placer de disfrutar de la compañía de los oficiales de marina. ¿No querríais dejaros tentar y cambiar de propósito?

—Éste ha sido el viaje más rápido que yo he realizado jamás en estas latitudes —observó Osborn—. Y empiezo a lamentarlo, pues, según creo, ha sido ésa la razón por la que le hemos visto tan poco, capitán Hornblower.

—Señores, yo estoy al servicio del rey y bajo órdenes explícitas del almirante.

Contra semejante explicación, el gobernador destinado a Bombay no tenía nada que objetar.

—Lo comprendo —dijo él—. Por lo menos, ¿podré tener el placer de conocer a sus oficiales?

También ése era un gesto muy cortés. Hornblower mandó llamar a sus oficiales y fue presentando a uno tras otro. Bush, con sus callosas manos; el atractivo Gerard, siempre tan elegante; el capitán Morris, de los infantes de marina, y sus dos desmañados suboficiales, y todos los demás subtenientes del buque hasta llegar al más joven de todos los guardiamarinas, todos ellos halagados y azorados a la vez por aquella presentación a un lord.

Al fin, el gobernador hizo ademán de despedirse.

—¡Adiós, capitán! —le dijo a Hornblower tendiéndole la mano—. Le deseo un feliz viaje por el Mediterráneo.

—Muchas gracias, milord. Y feliz travesía hasta Bombay. Y deseo que tenga éxito en su cargo.

Cuando al fin se quedó solo, Hornblower sopesó la bolsita. Era de seda bordada y seguramente una mano femenina había trabajado en ella en aquellos últimos días. Sentía el peso del oro, y bajo la presión de sus dedos crujían los billetes de banco. Podía haberlo tomado como dinero de botín y separar la parte que le correspondía según las reglas, pero no podía aceptar una recompensa por parte de gente civil de aquella forma. Sin embargo, la dotación debía demostrar su agradecimiento por un

regalo semejante.

—¡Teniente Bush! —llamó apenas la barca se hubo separado un poco del costado del buque. Mande a los hombres a las vergas y que den tres hurras.

Lord Eastlake y el capitán Osborn demostraron su agradecimiento saludando mientras se alejaban. Hornblower se quedó mirando la chalupa, que se acercaba con rapidez al costado de la *Lord Mornington*. Cuatrocientas guineas... Era bastante dinero, pero él no se vendía. En aquel instante y después de veinticuatro horas de vacilaciones, de repente se decidió. Haría ver a los del convoy de las Indias hasta qué punto sabía ser independiente el capitán Hornblower.

—Señor Rayner —llamó—. Que boten las dos lanchas. Será necesario ir inmediatamente a sotavento del convoy. Quiero que los botes estén en el agua cuando los alcancemos. ¡Señor Bush, señor Gerard!

Entre el ajetreo del buque que viraba, las dos lanchas se arriaron al mar y Hornblower dio sus órdenes con gravedad. Dándose cuenta de lo que el capitán intentaba hacer, el teniente Bush se atrevió a arriesgar una objeción.

—Son navíos de la Compañía de las Indias Orientales, capitán.

—Es una cosa de la que yo también me había dado cuenta —repuso Hornblower no sin ironía. Él no ignoraba el riesgo a que se exponía sustrayendo unos hombres de los buques de la Compañía de las Indias. Ofendería a la compañía marítima más poderosa de Inglaterra y al mismo tiempo contravendría las órdenes del Almirantazgo. Pero él necesitaba hombres; los necesitaba desesperadamente. Los navíos a los que se los quitaba no avistarían tierra hasta llegar a la isla de Santa Elena. Por lo tanto, pasarían tres o cuatro meses antes de que llegase a Inglaterra una protesta y se necesitarían por lo menos seis meses antes de que las autoridades hiciesen llegar sus noticias al Mediterráneo. Un delito que ya llevaba seis meses consumado seguramente no sería castigado con rigor. Y a lo mejor dentro de seis meses él ya había muerto.

—Los hombres deben ir armados con pistolas y machetes. Para que vean que no es broma. ¡Quiero veinte hombres de cada buque!

—¡Veinte! —repitió Bush no sin cierta admiración. ¡Eso sí que era burlarse de la ley a más no poder!

—Veinte de cada uno. Y fíjese bien: solamente quiero blancos. Nada de lascarás. Y, además, que sean hombres curtidos, marineros que sepan su oficio, maniobrando, cogiendo los rizados y llevando el timón. Y después averigüe también quiénes son los artilleros y tráigalos. Le serán útiles unos cuantos artilleros veteranos. ¿Eh, Gerard?

—¡Ya lo creo que sí, capitán!

—¡Perfectamente!

Hornblower giró sobre sus talones. Había resuelto aquello sin la ayuda de nadie, y no deseaba discutirlo ni admitir ningún comentario. Entretanto, la *Sutherland* había

llegado a la altura del convoy. Primero la lancha y luego el cúter fueron botados al mar y con el enérgico empuje de los remos se acercaron a los navíos reunidos, mientras la *Sutherland* se separaba un poco a sotavento en espera de su vuelta. Con el catalejo, Hornblower pudo ver los destellos de los aceros, mientras Gerard y sus hombres saltaban a bordo de la *Lord Mornington*. Gerard presentaba de repente todas sus fuerzas armadas con el fin de hacer imposible cualquier resistencia. Hornblower era víctima de una gran excitación que le costaba enormemente disimular. Con un golpe seco cerró el catalejo y se puso a pasear de un lado a otro del puente.

—Una embarcación se ha separado del costado de la *Lord Mornington*, capitán. Viene hacia nosotros —dijo Rayner, que estaba tan nervioso como su capitán y no lo disimulaba.

—Muy bien —dijo Hornblower con calculada indiferencia. La cosa empezaba bien. Si Osborn hubiese dado a Gerard una rotunda negativa, reuniendo a sus hombres armados y desafiándole, se hubiese producido una situación muy fea. Y si hubiese habido algunos muertos en el alboroto, que tenía precisamente un origen ilegal, ningún tribunal vacilaría en declarar que aquello había sido un asesinato. Pero Hornblower contaba con que Osborn, cogido por sorpresa, no opondría ninguna resistencia eficaz, y sus cálculos se realizaban exactamente; el capitán de la *Lord Mornington* mandaba una protesta y él estaba preparado para afrontar una docena de protestas, especialmente si los otros buques del convoy esperaban a ver el efecto que hacía la protesta de su comodoro, y mientras parlamentaban, se podía aligerar a los otros navíos de una parte de su dotación.

El mismo Osborn en persona se presentó en la portilla, rojo de furor y ofendida dignidad.

—¡Capitán Hornblower! —dijo poniendo el pie en la cubierta—. ¡Esto es un ultraje! ¡Y protesto por ello, capitán! En estos mismos instantes, uno de sus oficiales está intimidando a mi tripulación con la intención de hacer una leva forzosa.

—Está obrando según mis órdenes, señor —dijo Hornblower.

—No pude creerlo cuando me lo dijo. ¿Se da cuenta, caballero, de que lo que pretende hacer es contrario a la ley? Es una violación flagrante de los reglamentos del Almirantazgo. ¡Repito que es un ultraje! Los navíos de la honorable Compañía de las Indias Orientales están exentos de levas forzosas, y yo, en mi calidad de comodoro, protesto y protestaré hasta que me haya quedado afónico contra cualquier contravención de la ley.

—Me complacerá mucho recibir su protesta cuando usted la formule, señor.

—Pero... pero... —tartamudeó Osborn—. Si ya la he formulado, señor.

—¡Ah! ¡Comprendo! Creía que lo que usted decía no eran más que observaciones preliminares.

—¡De ningún modo! —rugió Osborn, y su pomposa figura casi bailaba de

excitación—. He protestado y seguiré protestando. Llamaré la atención de las autoridades más eminentes sobre su ultraje. Aunque esté en el fin del mundo, acudiré a dar testimonio al Consejo de guerra, capitán Hornblower. No descansaré y pondré en juego toda mi influencia para que este delito sea castigado como se merece. Me responderá por daños y perjuicios. Le arruinaré.

—Pero, capitán Osborn... —empezó a decir Hornblower en el preciso instante en que el otro iba a marcharse a fin de retardar su dramática salida. Con el rabillo del ojo había visto a las lanchas de la *Sutherland* dirigirse hacia otro par de buques; seguramente ya habían limpiado a los dos primeros de todo su personal reclutable. Pareciéndole a Osborn que había percibido en el tono de Hornblower un principio de cambio de humor, inmediatamente se mostró dispuesto a parlamentar.

—Si devuelve los hombres, capitán, retiraré todo lo que he dicho. Y le doy mi palabra de honor de que este incidente se mantendrá en secreto.

—Pero, ¿no querría permitir por lo menos que pregunte si hay alguien que esté dispuesto a alistarse como voluntario entre los hombres de su dotación? —rogó Hornblower—. Podría haber alguno que se sintiese tentado de ingresar en el servicio del rey...

—Bueno... Sí, se lo concedo. Tiene usted razón; podría haber algunos espíritus aventureros. Pero creo que serán muy pocos.

Eso era el colmo de la magnanimidad por parte de Osborn, aunque sus dudas no fuesen nada exageradas. ¿Quién iba a ser el idiota que cambiase el servicio relativamente cómodo y tranquilo de la Compañía de las Indias por la endemoniada vida de la Marina de guerra?

—Se ha portado de un modo tan admirable en el encuentro con aquellos corsarios que en realidad no le puedo negar un favor —decía Osborn, conciliador.

Las lanchas de la *Sutherland* habían llegado al final de su cometido.

—Es usted muy generoso, señor —dijo Hornblower—. Permítame que le acompañe hasta su esquife. Enseguida mandaré llamar a mis embarcaciones. Tenían orden de embarcar primero a los voluntarios, por lo cual es casi seguro que solamente lleven a bordo a los hombres que hayan aceptado pasar a la *Sutherland*. Si hubiese otros, se los devolveré. Le doy las gracias, capitán Osborn. Le estoy muy agradecido.

Permaneció junto a la borda hasta que el capitán Osborn hubo bajado y luego volvió al puente. Tuvo la satisfacción de ver a Rayner estupefacto ante su decisión. Pero eso no era nada; Rayner bien pronto tendría de qué pasmarse más aún. La lancha y el cúter, cargadísimos de hombres, remaban dirigiéndose hacia la *Sutherland* y pasaron cercanas al esquife de Osborn mientras éste seguía su lento curso a barlovento. Hornblower vio con el catalejo que el capitán gesticulaba furioso; seguramente gritaba algo, pero Bush y Gerard no le hicieron ningún caso. En menos de dos minutos llegaron al costado de su propio buque y en seguida se vio una

pequeña multitud sobre cubierta: cerca de ciento veinte hombres, con sus hatillos, escoltados por los treinta marineros de la *Sutherland*. Los de la dotación que estaban a bordo los acogieron con amables sonrisas. Era característico del marinero inglés de leva forzada alegrarse de ver que otros sufrían su misma desgracia. Eso pensaba Hornblower. Era exactamente aquello de la zorra que perdió la cola y quería que todas las demás estuvieran como ella. Bush y Gerard habían echado mano a un hermoso grupo de hombres; no había por qué negarlo, razonó Hornblower mientras recorría con la vista a aquellos infelices que permanecían allí con aire de apatía, de disgusto o de ira. Inesperadamente habían sido arrancados de un navío lleno de comodidades, en donde recibían una buena paga, una comida abundante y donde la disciplina era moderada, para ser llevados a un triste destino: una paga dudosa, una comida de perros y casi la seguridad de que a una simple y arbitraria orden del capitán sus espaldas iban a conocer las caricias del famoso gato de nueve colas. Hasta un marinero podía ver con agrado un viaje a la India, lleno de posibilidades; pero ahora sabían que estaban condenados a dos años de monotonía, en los cuales las únicas variaciones y distracciones con que podían contar sin falta serían los peligros, las enfermedades y los cañones de los enemigos.

—Que icen esas embarcaciones, señor Rayner —ordenó Hornblower.

Durante apenas un segundo, Rayner parpadeó; como había oído la promesa que Hornblower hizo al capitán Osborn, habría jurado que por lo menos un centenar de los recién llegados se negarían a alistarse como voluntarios. Pero si la impasible cara de Hornblower expresaba alguna cosa, era que él había hablado en serio.

—Sí, señor —asintió Rayner.

Bush se acercó con un papel en la mano en el que él y Gerard habían apuntado el número de reclutas.

—Ciento veinte en total, capitán, como usted mandó. Un ayudante del tonelero es voluntario.

Ciento nueve marinos, todos en buen estado de salud, entre ellos dos voluntarios; seis artilleros; cuatro campesinos, estos últimos son todos voluntarios.

—Perfectamente, Bush. Ahora léales los artículos del Código Militar. Señor Rayner, nos alejaremos apenas la lancha y el cúter estén a bordo. ¡Vincent! Señales al convoy: «Todos los hombres son voluntarios. Gracias. Buen viaje». Tendrá que deletrear «voluntarios», pero vale la pena.

El buen humor que sentía había inducido a Hornblower a emplear una frase que no era absolutamente necesaria. Pero, considerando el trabajo terminado, podría permitírselo. Tenía ciento veinte hombres más y casi todos veteranos; al fin la *Sutherland* podía considerar que llevaba su dotación completa. Además, desde el primer momento se había preparado una coartada contra las amenazas que pendían sobre su cabeza. Cuando le llegase la carta de reprobación mandada por el

Almirantazgo, él podría contestar que había tomado los hombres con el consentimiento del comodoro de la Compañía de las Indias Orientales, después de lo cual podía hacer lo que quisiera durante otros seis meses. Eso por lo menos le daría un año de tiempo para poder persuadir a los hombres de que, en efecto, ellos habían consentido espontáneamente. Antes de ese momento, algunos tal vez se enamorasen de su nueva vida, hasta el punto de jurar que era la pura verdad, y en resumen, por la fuerza de la necesidad, el Almirantazgo debería disponerse a mirar con indulgencia esa infracción de los reglamentos de leva, hallando luego alguna escapatoria para no verse obligado a juzgar con demasiada severidad al capitán Hornblower.

—La *Lord Mornington* contesta, capitán —anunció Vincent—: «No comprendo la señal. Esperamos embarcaciones».

—Vuelva a señalar: «Buen viaje» —ordenó Hornblower.

En la cubierta, Bush acababa de leer a los nuevos reclutas los artículos del Código Militar, única formalidad necesaria para convertirlos en fieles servidores del rey, sometidos al verdugo y al gato de nueve colas.

CAPÍTULO 9



La *Sutherland* había sido el primer buque de la escuadra en llegar al lugar convenido a la altura de Palamós, puesto que no se descubría ni rastro del almirante ni de la *Calígula*. Lentamente daba bordadas con el ligero viento de sudoeste, y Gerard aprovechaba la ocasión de aquel período de ocio para ejercitar a sus hombres en el manejo de las baterías. Bush había tenido bastante tiempo para adiestrar a los suyos en la maniobra, por lo que ya era hora de probarlos como artilleros con el consentimiento de Hornblower. Bajo el ardiente sol de estío mediterráneo, los hombres, desnudos hasta la cintura, chorreaban de sudor, llevando las piezas hacia delante y hacia atrás; trabajaban con las manivelas, aprendían a manejar las flexibles baquetas, repetían innumerables veces todas aquellas maniobras mecánicas, indispensables para luego ser capaces de saber colocar un cañón en posición, disparar, limpiar y volver a cargar de nuevo, y así continuamente, durante horas y más horas, entre espesas nubes de humo y sembrando la muerte a su alrededor. Primeramente, la maniobra; la puntería venía mucho más tarde; pero era una buena táctica dejar que los hombres disparasen algún cañonazo, pues eso los distraía y hasta cierto punto les compensaba por aquel ejercicio extenuante. A una milla de la popa, una chalupa de la *Sutherland* bailaba sobre las límpidas olas. Una zambullida y un chorro de agua, y luego desde cubierta descubrieron la mancha oscura del barril que habían echado al mar, antes de que la chalupa se retirase apresuradamente, a un costado, lejos de la línea de tiro.

—¡Cañón número uno! —gritó Gerard—. ¡Apunten! ¡Fuego!

El primero de los cañones de dieciocho libras zumbó levemente; muchos catalejos vieron la zambullida del proyectil.

—¡Lejos de la boya y a la derecha! —anunció Gerard—. ¡Pieza número dos!

Los cañones de dieciocho de la cubierta, las piezas del veinticuatro del puente inferior, cada uno se dejaba oír por turno. Ni siquiera los más expertos artilleros eran capaces de dar en el blanco a tan gran distancia, y la boya seguía flotando intacta. También se probaron uno tras otro los cañones de la batería de popa y el barril seguía intacto.

—Acortemos la distancia. Señor Bush, haga virar de bordo y acerquémonos al blanco. ¡Ahora, señor Gerard!

Doscientos metros era una distancia bastante corta hasta para las carroñadas. Las tripulaciones del castillo de proa y del puente de popa estaban preparadas en sus puestos, mientras la *Sutherland* se acercaba al blanco. Los disparos eran casi ininterrumpidos y el buque se estremecía con el trueno persistente. Espesos

algodones de humo rodeaban los semidesnudos cuerpos. El agua parecía hervir alrededor de la pequeña boya, levantándose en altas columnas, y de repente, en medio de aquellas salpicaduras, el barril saltó en mil pedazos y cayeron al agua sus duelas entre los gritos de entusiasmo de los artilleros. En seguida, el silbato de plata del capitán ordenó cesar el fuego. Los hombres estaban contentísimos, se daban grandes manotazos en las espaldas y Hornblower sabía muy bien que la diversión de hacer saltar en pedazos un barril valía como recompensa por dos horas de extenuante trabajo.

La chalupa echó al mar un segundo bocoy. La batería de estribor se preparaba para disparar sobre él. Hornblower, en el alcázar, miraba hacia arriba. La vida era hermosa a veces. Tenía una dotación que podía ser envidiada por cualquier capitán y tantos gavieros como jamás pudo atreverse a soñar. Hasta aquel momento todos se encontraban en buen estado de salud; los hombres de tierra se iban transformando rápidamente en marineros, y hasta como artilleros prometían mucho. Aquel magnífico tiempo estival, soleado, seco y caliente, le sentaba bien a su salud. Gracias a la satisfacción que le procuraba su dotación, que ya empezaba a ser un organismo compacto y eficiente, Hornblower había dejado de sufrir por lady Bárbara. Se sentía contento de vivir y un sano optimismo le llenaba de euforia.

—¡Buen tiro, éstos de abajo! —exclamó ante un disparo extraordinariamente bien colocado, ejecutado por los de la batería del puente inferior, que había conseguido reventar el segundo barril—. Señor Bush, esta noche haga distribuir un trago de ron entre los hombres de esa batería.

—Sí, señor.

—¡Buque a la vista! —gritó el vigía—. Velas a sotavento. ¡Se acercan!

—Señor Bush, que retiren la chalupa. Ponga el buque al paio con las velas amuradas.

—Bien, bien, capitán.

Incluso allí, a no más de cincuenta millas de la costa francesa y menos de veinte de la de España, que estaba dominada por los franceses, había pocas probabilidades de hallar una vela francesa, especialmente en el rumbo que llevaba la nave que acababa de avistarse. Ordinariamente los navíos franceses iban muy pegados a la costa, sin aventurarse a salir a alta mar.

—¡Vigía! ¿Qué se ve de esas velas?

—Capitán, es un buque que navega a todo trapo. Veo hasta los sobrejuanetes y las alas.

—¡Deteneos! —rugió el segundo contramaestre a los hombres que estaban izando el bote.

A juzgar por el velamen, era más dudoso que nunca que se tratase de un navío francés. Los franceses ya sólo tenían pequeños veleros para el comercio, lugres,

bergantines y tartanas. Era más probable que fuese una nave inglesa, y la suposición fue confirmada casi inmediatamente por el vigía.

—Ya veo las gavias... Me parece que es la *Calígula*, capitán.

El capitán Bolton debía de haber terminado su misión de escoltar a los buques mercantes hasta Mahón. En efecto, antes de una hora la *Calígula* se halló a un tiro de cañón de la *Sutherland*.

—La *Calígula* hace señales, capitán —advirtió el guardia marina Vincent—. Mensaje al capitán de parte del capitán: «Contento de hallarle. ¿Querría venir a comer conmigo?».

—Conteste: «Acepto» —replicó Hornblower.

Los silbatos de los contramaestres sonaron en un prolongado y extraño pitido mientras el capitán Hornblower subía a bordo de la *Calígula*. La guardia se puso firme, los infantes de marina presentaron armas y el capitán Bolton le salió al encuentro tendiéndole ambas manos con sus arrugadas facciones iluminadas por una sonrisa.

—¡El primero que ha llegado! —exclamó—. Venga por acá, capitán. Se me ensancha el corazón al verle de nuevo. Aquí tengo una docena de botellas de jerez sobre el que me gustaría conocer su opinión.

¡Eh, mozo! ¿Dónde están esas copas...? ¡A su salud, capitán!

La cabina de popa del capitán Bolton estaba arreglada con gran lujo, a diferencia de la de Hornblower. Sobre los arcones había cojines de raso, del techo pendían lámparas de plata, y asimismo eran de plata los enseres que adornaban la mesa cubierta de blanco lino. Bolton había tenido suerte: mandando una fragata había ganado un buen dinero de presa; un solo viaje le había producido cinco mil libras esterlinas y ahora iba viento en popa. La momentánea envidia que se apoderó de Hornblower se desvaneció inmediatamente al darse cuenta del mal gusto que dominaba en aquel lugar, y se acordó de cómo iba vestida la señora Bolton la última vez que la vio. El indudable contento que experimentó Bolton al verle y la buena opinión que seguramente tenía de él contribuyeron a levantar su moral.

—De la rapidez con que ha llegado al lugar de la cita se puede deducir que su viaje ha sido aún más veloz que el nuestro —observó el capitán Bolton, y enseguida el coloquio cayó en detalles técnicos que duraban aún cuando les fue anunciado que la comida estaba a punto.

Era notorio que Bolton tenía escasas nociones de la clase de comida que se debía ofrecer con aquel tremendo calor. Había una sopa de guisantes excelente, pero pesada; salmonetes, sin duda comprados en el último instante de su estancia en Mahón; un asado de cordero con coles hervidas; queso un poco pasado; vino de Oporto excesivamente dulce, que Hornblower no hallaba muy de su gusto. Nada de ensaladas ni de frutas, ninguno de los exquisitos productos de Menorca, que Bolton

acababa de abandonar.

—Carnero de Menorca, me temo —dijo Bolton con el cuchillo en la mano—. Ha de saber que mi último cabrito inglés falleció en misteriosas circunstancias en Gibraltar y proporcionó un banquete a la camareta de los artilleros. ¿Puedo ofrecerle otro pedazo, capitán?

—No, gracias. —Realmente Hornblower había comido una buena ración y ahora, harto ya de grasa de camero, se sentía empapado de sudor en aquel lugar tan estrecho. Bolton le acercó la botella de vino y se echó un dedo en la copa, que aún estaba llena a medias. Una larga práctica le había enseñado a mantenerse a la altura de su anfitrión a la hora de beber, aunque siempre haciéndolo moderadamente. Bolton vació su propia copa y se la llenó de nuevo.

—Y ahora —dijo— resignémonos a esperar la llegada del contralmirante de la flota, sir Muy Pomposo.

Hornblower miró azorado a su compañero. Jamás se hubiese él atrevido a nombrar a su superior con aquel mote y mucho menos hablando con otro. Aparte de eso, nunca había pensado en sir Percy Leighton de aquella forma. No entraba en su modo de ser criticar a un superior que aún debía demostrar sus cualidades y sus defectos, e iba con mucho tiento antes de emitir juicios sobre un hombre que además era el marido de lady Bárbara.

—Muy Pomposo, digo —repitió Bolton. Había bebido algunas copas de más de vino de Oporto, y aún seguía sirviéndose—. Ya podemos esperar sentados mientras él maneja aquella vieja tinaja de la *Pluto* desde Lisboa. El viento sopla del sudeste. También ayer era igual. Si hace dos días no atravesó el estrecho, lo más probable es que necesite aún otra semana antes de dejarse ver. A menos que deje el buque en manos de Elliot, entonces no le veremos más.

Las miradas de Hornblower se dirigían preocupadas hacia el ojo de buey. Si el eco de aquella conversación llegaba a oídos de alguna persona interesada, Bolton no iba a salir ganando nada. Bolton adivinó enseguida lo que pensaba su compañero.

—¡Oh! No hay nada que temer. Puedo fiarme de mis oficiales. Ellos tampoco sienten más respeto que yo mismo por un almirante que no es un verdadero marino. Conque veamos... ¿Qué me dice de nuestra situación?

Hornblower expuso la idea de que una de las dos naves podía dirigirse hacia el norte, empezando seguidamente el trabajo de hostilizar las costas franco-españolas, en tanto que la otra permanecía en el lugar de la cita esperando al almirante.

—No es mala idea —dijo Bolton.

Hornblower procuraba sobreponerse a la lasitud causada por el calor y la abundante comida. Hubiese querido que fuese la *Sutherland* la que marchara. El pensamiento de la acción le espoleaba. Ya sentía que la sangre corría con más fuerza por sus venas, y cuanto más pensaba en ello más deseaba ser el favorecido por la

suerte. Aquel período de espera, dando bordadas en el lugar de la cita, no le seducía. Si fuese necesario, lo soportaría (veinte años de vida en el mar le habían enseñado a tener paciencia); pero si podía, preferiría rehuirlo. Y su intención era firme.

—¿Quién debe hacerlo? —preguntó Bolton—. ¿Usted o yo?

—Usted es el capitán más antiguo en este momento —dijo Hornblower jugando con la vanidad de Bolton—. Y debe ser usted quien decida.

—¡Ya! —dijo Bolton pensativo—. Ya...

Y de reojo miraba a Hornblower un poco perplejo.

—Usted daría tres dedos de la mano por marcharse —dijo de repente—. Y lo sabe. Sigue siendo el mismo espíritu endiablado e inquieto que era en la *Indefatigable*. Recuerdo haberle amonestado por esa misma razón en el 93 o en el 94. ¿Cuándo fue?

Una llamarada subió a las mejillas de Hornblower ante aquel recuerdo. Aún le escocía la amarga humillación de tener que soportar los malos tratos del teniente encargado de la camareta de los guardiamarinas, doblado sobre un cañón. Pero supo tragarse su rencor; no deseaba reñir con Bolton. Por lo demás, sabía que aquel acto fue perfectamente legal y justificado por parte del otro.

—En el 93, señor —contestó—. Acababa de alistarme.

—Y ahora es capitán, con una buena antigüedad y tal vez el más notable de todos los de la última lista. ¡Dios mío, cómo pasa el tiempo! Le dejaría marchar, Hornblower, por aquellos benditos tiempos pasados..., si no fuese porque yo también tengo muchas ganas de irme.

—¡Oh! —exclamó Hornblower. Y tan evidente era su desilusión que la exclamación tenía un sabor casi cómico. Bolton rió.

—Lo dicho, dicho —dijo—. Dejemos que decida la suerte. Echaremos una moneda al aire. ¿Eh?

—Sí, señor —contestó Hornblower inmediatamente.

Vale más probar suerte que no tener ninguna.

—¿No me guardará rencor si venzo yo?

—No, capitán. ¡Ningún rencor!

Con exasperante lentitud, Bolton se metió la mano en el bolsillo de la casaca y sacó la bolsa. Cogió una guinea que depositó sobre la mesa; luego, y con la misma meticulosidad, mientras Hornblower temblaba de impaciencia, guardó otra vez la bolsa. Después cogió la guinea, sopesándola entre un pulgar y un índice nudosos.

—¿Cara o cruz? —preguntó a Hornblower mirándole.

—Cruz —contestó éste, que sentía la garganta contraída.

Bolton sopesó la moneda, la echó al aire; con un sonido argentino, ésta giró y Bolton la cogió y la estampó sobre la mesa.

—¡Cruz! —exclamó en cuanto levantó la mano. Con la misma meticulosidad de

la primera vez volvió a sacarse el monedero del bolsillo, colocó en él la moneda y lo guardó de nuevo. Hornblower procuraba permanecer sentado tranquilamente mirándolo. Pero con la perspectiva de poder obrar pronto, conseguía ir recuperando su sangre fría.

—Maldito sea —dijo Bolton—. ¡Me alegro de que haya vencido! Después de todo, habla la jerga de esos marinos y yo no entiendo una palabra. Y, además, ha tenido ocasión de conocerlos en los mares del sur. Es exactamente la clase de trabajo que le conviene. Procure no estar por allí más de tres días. Sería necesario que se lo pusiera por escrito, para cuando su omnipotencia se digne dejarse ver. Pero no le cortaré la hierba bajo los pies, puede estar tranquilo. Buena suerte, Hornblower, y... no deje vacía su copa.

Hornblower se la llenó dos tercios. Si dejaba un dedo en el fondo, sólo habría bebido media copa más de lo que deseaba. Bebió el vino y se arrellanó en su asiento frenando su ansiedad. Al fin se puso en pie. Ya no podía más.

—¡Que el diablo le lleve, Hornblower! ¡No se querrá escapar! —dijo Bolton. El gesto de su compañero no dejaba lugar a dudas; sin embargo, él no creía lo que estaba viendo.

—Si me permite, capitán... Hay viento favorable.

Al intentar explicarse, Hornblower había olvidado toda su elocuencia, si es que alguna vez la tuvo. El viento podía cambiar; era necesario separarse. Más valía marcharse entonces, pues si la *Sutherland* podía hacer rumbo hacia la costa durante las horas de la noche, al amanecer se podía intentar algún golpe... Daba todas las explicaciones del mundo, excepto la verdadera, es decir, que no podía aguantar estar allí parado mientras a lo lejos tal vez le esperaba la acción.

—Entonces haga lo que le parezca —barbotó Bolton—. Si debe ir, debe ir. Y me deja con media botella por vaciar. ¿Es que mi oportuno no os gusta?

—Nunca dije semejante cosa —protestó Hornblower.

—Vamos, otra copita más, mientras se preparan sus remeros. Avisen a la chalupa del capitán Hornblower.

A las últimas palabras, gritadas en dirección a la puerta cerrada del camarote, se apresuró a responder el centinela que estaba fuera esperando.

Acompañado por el pitido de los silbatos, Hornblower pasó entre la fila de los marineros en posición de firmes y contestó al saludo de los oficiales de la *Calígula*. En el crepúsculo que caía, la chalupa resbalaba con rapidez sobre las argentadas aguas. Brown, el timonel, echaba rápidas miradas a su capitán, intentando ansiosamente adivinar qué significaba aquella salida tan repentina y precipitada. Y en la *Sutherland* también reinaba la ansiedad. Bush, Gerard, Crystal y Rayner estaban reunidos sobre el alcázar de proa esperando. La cabeza despeinada de Bush indicaba que había salido de su litera ante la noticia de la inesperada vuelta del capitán.

Hornblower no quiso fijarse en las caras llenas de expectación. Fiel a su costumbre de no dar explicaciones, sentía un contento egoísta manteniendo a sus oficiales ignorantes de su destino. Mientras aún rechinaban las garruchas izando la chalupa, ya se había puesto a dar órdenes para emprender la maniobra y aprovechar el viento para dirigirse hacia aquellas costas de España en donde le esperaban ignoradas aventuras.

—La *Calígula* hace señales, capitán —anunció Vincent—: «Buena suerte».

—Recibido —replicó Hornblower.

Los oficiales del alcázar se miraron entre sí, preguntándose cuál sería la suerte que les reservaba el destino para que el comodoro hubiese de deseársela buena. A Hornblower no se le escaparon aquellas miradas.

—¡Ejem, ejem! —contestó, y con mucha dignidad se marchó a su camarote para enfrascarse en el estudio de las cartas náuticas y trazar un plan de acción.

El maderamen crujía débilmente mientras el buque, empujado por una ligera brisa, marchaba sobre un mar liso como una balsa de aceite.

CAPÍTULO 10



—Han dado las dos, capitán —dijo Polwheal despertando a Hornblower de un profundo sueño—. Viento del este cuarta al sudeste. Rumbo noroeste; nave con todo su velamen. El teniente Gerard me ha mandado que os anuncie que hay tierra a la vista hacia babor.

Esta última frase hizo saltar a Hornblower de su coy. Se puso en pie sin preocuparse de nada más. Se quitó la camisa de dormir y a toda prisa se endosó la ropa que Polwheal ya tenía preparada y sin afeitarse ni peinarse siquiera se apresuró a subir al alcázar. Ya era completamente de día, el sol estaba alto sobre el horizonte, por encima de la aleta de estribor, y justo por el través de babor, a popa, se delineaba, en efecto, una gran forma montañosa de un vago color grisáceo. Era el cabo de Creus, uno de los últimos contrafuertes del Pirineo que bajaba hasta el Mediterráneo, extremo límite este de la costa española.

—¡Buque a la vista! —gritó el vigía desde la cofa—. Casi enfrente de nosotros. Un bergantín, capitán, que se ha separado de tierra y se dirige hacia estribor.

Era lo que Hornblower había esperado; por eso mismo, había procurado llegar a aquel lugar en aquel preciso instante. Todo el litoral de Cataluña hasta Barcelona y más allá estaba en manos de los franceses, y un gran ejército (la Crónica de la actual guerra de España lo estimaba en ochenta mil hombres) intentaba extender sus conquistas hacia el sur y en el interior del país.

Pero los caminos les daban tanto trabajo como los ejércitos españoles. Proporcionar víveres a un ejército como aquél, además de a una numerosa población civil, era una empresa imposible de realizar por la vía terrestre sirviéndose de los pasos del Pirineo, aunque fuese solamente a través de Gerona, que después de una heroica resistencia se había rendido en el mes de diciembre del año anterior. Los víveres, las municiones y el material de asedio debían por lo tanto seguir la vía marítima, por medio de pequeñas naves que iban costeando de una batería de costa a otra, aventurándose por los bajíos del golfo de Rosas, doblando los rocosos promontorios españoles y llegando de ese modo hasta Barcelona.

Después de la destitución de Cochrane, este tráfico no había hallado apenas ningún obstáculo por parte de los ingleses en el Mediterráneo. Llegado al lugar convenido frente a Palamós, Hornblower tuvo cuidado de no dejarse ver, a fin de no dar sospechas de que andaba por allí o estaba próxima a llegar una escuadra británica. Hasta contaba con la imprudencia de los franceses. Como el viento había cambiado casi hacia el este, y el cabo de Creus se dibujaba en aquella dirección, era posible que cualquier navío de aprovisionamiento, obligado a mantenerse alejado de tierra para

poder doblar el cabo, se viera atrapado al amanecer fuera de tiro de las baterías costeras al no haber realizado su peligrosa travesía de noche. Y, en efecto, eso era lo sucedido.

—Ice la bandera, Gerard —dijo Hornblower—, y reúna a la tripulación.

—El bergantín ha virado, capitán —anunció el vigía—. Va viento en popa.

—Es preciso maniobrar para cortarle el camino —dijo Hornblower a Gerard—. Soltad las alas de estay de ambos lados.

Viento en popa y con una ligerísima brisa soplando solamente era como mejor navegaba la *Sutherland*, tal como se podía esperar por su poco calado y sus desmañadas hechuras. En esas condiciones, no sería difícil dar cuenta de un bergantín cargado en exceso y poco preparado para alejarse de la costa.

—¡Ah de cubierta! —exclamó el vigía—. El bergantín está virando de nuevo, señor. Vuelve a su antiguo rumbo. —Eso era un poco raro. Si se hubiese tratado de un buque de línea, hubiese creído que no vacilaba en provocarle a un duelo. Pero un pequeño bergantín, aunque estuviese armado, debería ponerse cuanto antes bajo la protección de las baterías de costa. ¿Sería tal vez un bergantín inglés?

—Savage, suba con el catalejo y dígame qué es lo que ve.

Ligero como un felino, Savage trepó por las jarcias de mesana.

—Es cierto, capitán —confirmó—. Está ciñendo con las velas amuradas a estribor. Nosotros pasaremos a sotavento. Ostenta la bandera francesa. Ahora hace señales. Aún no consigo ver las banderas: casi está del todo a sotavento, señor.

¿Qué estaba haciendo aquel bergantín? Navegando a sotavento, iría a meterse en la boca del lobo. Si se hubiese ido corriendo hacia la costa apenas vio a la *Sutherland*, aún hubiese podido tener la esperanza de escapar; en cambio se había convertido en una presa fácil y segura. Pero ¿por qué un bergantín francés había de hacer señales a un buque inglés? Hornblower se puso de pie sobre la balaustrada; desde allí podía ver recortadas sobre el horizonte las velas de gavia del bergantín, mientras éste seguía su curso a barlovento.

—Ahora ya veo la señal... «M V», capitán —dijo Savage.

—¿Qué demonios significa «M V»? —se le escapó a Hornblower volviéndose hacia Vincent, pero instantáneamente se arrepintió de su pregunta. Una mirada hubiese sido lo mismo.

—No lo sé, capitán. —Vincent hojeaba el código de señales—. Aquí no está.

—Dentro de poco lo sabremos —intervino Bush—. Nos vamos acercando. ¡Eh! Ya vuelve a virar otra vez. Ahora se pone a barlovento. Pero no te servirá para nada, monsieur. Ya estás en nuestras manos. Muchachos, aquí nos vamos a llenar los bolsillos.

Hornblower no oía las excitadas conversaciones de los hombres en el alcázar. Esta última tentativa de fuga del barco francés explicaba sus anteriores movimientos.

Bush, Gerard, Vincent, Crystal, todos, en fin, tenían el pensamiento demasiado ocupado con la idea del botín para detenerse en hacer suposiciones; solamente Hornblower adivinaba lo que había pasado. El primer impulso del bergantín apenas avistó a la *Sutherland* fue darse a la fuga. Luego, fijándose en la insignia roja que ésta había enarbolado, la tomó equivocadamente por la bandera francesa. El color rojo de la bandera tricolor, igual a la insignia de la flota, explicaba el error.

Esta vez resultó ser una suerte que Leighton fuese almirante de la Roja, y que por eso la *Sutherland* ostentase sus colores. Además ésta tenía la proa redondeada, de característico origen holandés, igual a casi todos los buques de línea franceses y que era rarísimo encontrar entre los ingleses. El bergantín, pasado su primer susto y creyendo haberse equivocado, había vuelto a tomar su camino; seguramente tenía prisa por llegar a alta mar para poder doblar el cabo de Creus. Aquellas dos letras, «M V», eran la señal secreta de reconocimiento entre los buques franceses; era una cosa que valía la pena conocer. Solamente cuando vio que la *Sutherland* no daba la señal de contestación convenida el capitán del bergantín se dio cuenta del error e intentó huir.

Era un intento desgraciado, ya que la *Sutherland* le había cortado el camino a sotavento. Ahora, apenas separaban dos millas a las naves, que iban la una al encuentro de la otra. De nuevo viró el bergantín, tal vez con la débil esperanza de ponerse fuera del tiro, colocándose a barlovento. Pero la *Sutherland* le acorralaba de cerca.

—Disparad un cañonazo que caiga cerca —ordenó Hornblower.

Ante aquella advertencia, el capitán francés se rindió. Inmediatamente el bergantín se puso al paio y la bandera tricolor fue arriada. De la cubierta de la *Sutherland* se levantó un grito de júbilo.

—¡Silencio! —intimó Hornblower—. Bush, tome la lancha y aborde al bergantín. Señor Clarke, usted será el jefe de presa. Subirá a bordo con seis hombres y se dirigirá a Mahón.

Al volver, Bush tenía la cara radiante.

—Es el bergantín *Amélie*, capitán. Hace seis días que salió de Marsella para Barcelona. Va cargado de provisiones militares. Veinticinco toneladas de pólvora, ciento veinticinco de galleta, barriles de buey y cerdo salado y aguardiente. El agente del Almirantazgo lo comprará inmediatamente con armas y bagajes. —Bush se restregaba las manos—. ¡Y pensar que nosotros somos los únicos a la vista!

Si hubiese habido otro buque inglés a la vista, tendrían que haber repartido el botín. Tal como había salido la cosa, no había que dar parte más que al almirante del Mediterráneo y al almirante Leighton, al mando del escuadrón. Pero, a pesar de todo, Hornblower podía contar con recibir algunos centenares de libras esterlinas.

—Viremos a barlovento —dijo Hornblower—. No debemos perder más tiempo.

Por nada del mundo hubiese dado la más pequeña muestra de satisfacción por el hecho de verse dueño de varios cientos más de libras esterlinas.

Bajó a su camarote para afeitarse y, mientras se rasuraba las enjabonadas mejillas, contemplando la melancólica faz que reflejaba el espejo, meditó una vez más sobre la indiscutible superioridad que el mar tenía sobre la tierra. Aquella *Amélie* era una barquita insignificante, pero llevaba dos o trescientas toneladas de municiones y mercancías; y para llevar todas aquellas cosas por la vía terrestre hubiese sido preciso organizar un convoy militar en regla: cientos de carros, centenares de caballos y más de mil hombres para protegerlo de un ataque por parte de los españoles; aunque esos hombres, a su vez, hubiesen necesitado más carros para sus propias provisiones. Y toda aquella enorme procesión hubiese ido avanzando a razón de veinticuatro kilómetros por día a lo largo de los accidentados caminos españoles. No es, pues, de asombrarse si los franceses preferían servirse de la vía marítima, a pesar de todos sus riesgos. Y qué pérdida resultaba para el ejército francés, ya tan zarandeado, encontrarse a sus flancos una escuadra británica y cortadas las vías de comunicación.

Mientras salía a tomar su ducha, seguido de Polwheal, se le ocurrió una idea.

—Llame al maestro velero —dijo a su asistente.

Potter, el maestro velero, se quedó en posición de firmes mientras su capitán daba vueltas bajo el chorro de la bomba.

—Potter, necesito una bandera francesa —dijo al fin—. ¿No hay ninguna a bordo?

—¿Una bandera francesa? No, señor.

—Entonces hágame una. Le doy veinte minutos, Potter. —Hornblower continuó disfrutando de aquella refrescante ducha en la calurosa mañana. Calculaba que desde el cabo de Creus nadie habría observado la captura de la *Amélie*, pues era la única tierra que en aquellos momentos estaba a la vista.

Pero, aunque no fuese así, se necesitarían varias horas para poder advertir a las baterías costeras de la presencia de una nave de línea británica. Cogidos los franceses por sorpresa una vez, ¿por qué no aprovecharse de la sorpresa hasta las últimas consecuencias, sirviéndose para ello de cualquier expediente?

Volvió a su camarote y se puso la ropa blanca recién lavada, dando vueltas en su imaginación a sus proyectos de aquella noche, los cuales, al perder poco a poco su nebulosidad a la luz diurna, iban tomando formas concretas.

—¿El desayuno, capitán? —preguntó Polwheal.

—Lléveme una taza de café al alcázar. —El solo pensamiento de comer daba náuseas a Hornblower, ya fuese por la pesada cena del día anterior, o bien a causa de la agitación que sentía.

Desde el alcázar de popa se podían distinguir vagas masas azuladas en el horizonte; era la cadena de los Pirineos. Entre aquellas montañas y el mar corría el

camino entre Francia y España.

Un ayudante de Potter llegaba corriendo con un gran paquete.

—Señor Vincent —llamó Hornblower—. Haga izar esta bandera en el lugar de la nuestra.

Los oficiales de cuarto vieron llegar aquella bandera tricolor con profunda estupefacción y sus miradas se dirigían de ella a su capitán mientras hablaban entre sí, agrupados; pero ni uno se atrevió a dirigir la palabra a Hornblower, que estaba solo en el costado de barlovento. Hornblower disfrutaba de su estupor y de su silencio.

—Mande a los hombres a su lugar de trabajo inmediatamente después de desayunar, señor Bush. Prepare el zafarrancho de combate, mantenga las portas cerradas. Y que la lancha y el cúter estén preparados para ser botados al agua en cualquier instante.

La orden de prepararse para entrar en acción, la bandera tricolor que enarbolaban, los montes de España a la vista, la captura de aquella mañana, todo se combinaba para crear entre los hombres una excitación y una agitación que se notaba en el rumor con que poco más tarde subieron a la cubierta como un rebaño desordenado.

¡Hagan callar a esos charlatanes! —gritó Hornblower—. Esto parece un manicomio.

El ruido cesó casi de repente y los hombres se dispersaron como niños que se hallasen ante un papá muy severo. Pronto fueron bajadas las portas y arrojado al mar el fuego de la cocina. Los grumetes corrían de un lado a otro llevando las municiones para las baterías.

—Capitán, zafarrancho de combate dispuesto —dijo Bush.

—¡Ejem! Capitán Morris, prepárese para bajar con cuarenta soldados en las lanchas cuando sean botadas al agua, veinte en cada una.

Empuñando de nuevo el catalejo, Hornblower estudió una vez más la costa, que se iba acercando por momentos. La carretera serpenteaba alrededor de los acantilados, casi al nivel del mar, y la orilla, como describían las cartas náuticas, caía a pico, a poca distancia de los escollos. Quizá sería una precaución sensata poner en funcionamiento la sonda.

Era una peligrosa aventura acercarse a sotavento a una costa custodiada por baterías de largo alcance. Era probable que salieran malparados antes de poder ponerse fuera de tiro. Pero, aparte de la estratagema de la bandera, Hornblower contaba con que los franceses nunca creerían que un buque inglés fuese capaz de ser tan audaz.

Y, en lo que tocaba a las baterías, la presencia de un buque francés en aquellas aguas era muy natural; podía venir de Tolón, del Atlántico, o tal vez se trataba de unos prófugos de cualquier isla del mar Jónico que, atacados por los ingleses,

buscaban un puerto de refugio después de su larga peregrinación. En ninguno de estos casos abrirían fuego sin pedir una explicación previa.

A una orden de Hornblower, la *Sutherland* se fue a colocar paralela a la costa, dirigiéndose hacia el norte. Con viento moderado, adelantaba despacio y fuera del alcance del tiro de las baterías de la costa. El sol mandaba sus ardorosos rayos sobre los hombres inmóviles en sus puestos. Los oficiales estaban reunidos sobre el alcázar. Hornblower, con la cara bañada en sudor, no cesaba de explorar la costa con su catalejo, en busca de un objetivo. El leve soplo del viento apenas arrancaba un zumbido a las jarcias, y el chirrido de las poleas resonaba con extraña intensidad en medio de aquel silencio, lo mismo que la monótona cantinela del hombre que sondaba.

—Capitán, hay algunas pequeñas embarcaciones ancladas alrededor de la punta —anunció Savage de pronto, desde el mastelero de proa—. Desde aquí se ven muy bien.

Una mancha oscura bailó dentro del campo visual del catalejo. Hornblower lo bajó, para descansar los ojos fatigados, y luego se lo volvió a colocar. La mancha persistía. Era una bandera tricolor que ondeaba al viento perezosamente, colocada en un asta sobre el promontorio. Era justamente lo que él buscaba. Encima de las rocas habían instalado una batería. Probablemente serían cañones del cuarenta y dos, con un buen comandante y hornos para preparar los proyectiles. No había ningún buque que pudiese combatirla. Al pie del promontorio, una pequeña flotilla parecía haber ido a refugiarse allí, a la vista de una vela lejana.

—Diga a sus hombres que se echen al suelo —dijo Hornblower a Morris.

No quería que las casacas rojas de la Marina real inglesa, que se veían de lejos, pudiesen indicar prematuramente la nacionalidad de la *Sutherland*.

La escollera gris se iba dibujando con más precisión a medida que el buque se acercaba. Más allá se revelaban al catalejo unos parapetos, apenas dejaba éste de concentrarse sobre la batería. Le pareció distinguir las grandes bocas de las piezas asomando por encima de ellos. En cualquier instante podían empezar a vomitar fuego, estampidos y humo. En ese caso, a él no le quedaba otra cosa que hacer sino huir lo más deprisa posible. Tal vez los franceses ya habían sospechado la identidad de la *Sutherland* y solamente estaban esperando tenerla bien a tiro. Y cada minuto que se acercaba significaba tenerla un minuto más bajo el fuego, y la pérdida de un palo podía significar la pérdida del buque.

—Señor Vincent —dijo Hornblower sin separar los ojos del fortín—. Ice la señal «M V».

Aquellas palabras suscitaron un murmullo entre la oficialidad. Ahora ya comprendían las intenciones del comandante. El juego era peligroso, pero si tenía éxito les daría la oportunidad de acercarse a la batería. Si «M V» era realmente la

señal francesa de reconocimiento y había sido usada oportunamente, todo iría bien. Si no era así, la misma batería se encargaría de demostrarlo. Hornblower, que sentía que el corazón le latía locamente, pensaba que de todos modos el comandante del fortín se quedaría asombrado un momento y perdería algo de tiempo. La señal se estaba usando bien, por lo visto, pues la batería seguía callada. En cambio, pusieron un banderín en el mástil delante del parapeto.

—No entiendo lo que quiere decir —declaró Vincent—. Es una «cola de golondrina» que nosotros no usamos.

Pero el hecho de que los de la batería hicieran señales indicaba que tenían sus sospechas, a menos que se tratase de una trampa para atraer más cerca a la *Sutherland*. Aunque si la batería se retrasaba mucho sería demasiado tarde.

—Señor Bush, ¿se ha fijado usted bien en la batería?

—Sí, señor.

—Tomará el cúter y el señor Rayner, la lancha; desembarcarán y atacarán la batería.

—Sí, señor.

—Le daré la señal cuando se hayan de bajar las embarcaciones al agua.

—Sí, señor.

—Ocho brazas menos cuarto... —Como en sueños, Hornblower oía la cantinela del marinero, mientras su atención estaba fija en la batería. El buque adelantó aún un cuarto de milla; luego calculó que era el momento.

—Señor, puede salir ahora.

—Sí, señor.

—Señor Gerard, ponga en facha las gavias.

Bajo las órdenes de Bush, en el buque hasta entonces en silencio se desencadenó una frenética actividad. Obedeciendo las órdenes que daban los silbatos, los hombres pusieron en movimiento las cabrias para botar al mar las embarcaciones. En aquel momento, todas las horas de penoso entrenamiento revelaron su utilidad. Cuanto más rápida fuese la maniobra, menor era el peligro y mayor la probabilidad de éxito.

—Arroje los cañones por el acantilado, señor Bush. Destrózelo si puede. Pero no se entretenga ni un segundo más de lo necesario.

—Sí, señor.

Los hombres, encorvados sobre los remos, bogaban frenéticamente.

—¡Caña a sotavento! Señor Gerard, viremos de borda. ¡Fuera aquella bandera! ¡Icemos la nuestra! ¡Ah!

Sobre su cabeza Hornblower sintió vibrar el aire, conmovido por un cañonazo. La nave entera se estremeció con la sacudida de un tremendo golpe en la proa. Una nube de humo ocultaba la batería; al fin se defendían. Y, gracias a Dios, apuntaban a la *Sutherland*. Si uno solo de aquellos proyectiles hubiese tocado la lancha o el cúter,

los habría hundido. Hornblower se sentía tan contento que ni siquiera se le ocurrió pensar en su propia seguridad.

—Gerard, vea si nuestros cañones pueden alcanzar el fortín. Habrá que calcular bien cada tiro. No servirán para nada si no podemos hacer volar las aspilleras.

Otra salva de la batería pasó demasiado alta, pues los proyectiles volaron por encima de los mástiles. Solamente el pequeño Longley, que se pavoneaba en el alcázar con la mano sobre el puñal que llevaba a un costado, se encogió instintivamente; luego, echando una mirada hacia el capitán, se irguió y se alejó muy tieso. Hornblower sonrió.

—Señor Longley, empalme inmediatamente aquella driza de la vela de juanete.

Por su parte era un acto bondadoso hacer que el chico estuviera ocupado, y así no sintiera miedo. Entre tanto, la batería de estribor había abierto el fuego de un modo irregular, como si jugase, y los surtidores de tierra que se levantaban en la escollera indicaban que los proyectiles caían unos treinta demasiado bajos. Hubiese sido suficiente que un par de ellos diese en las aspilleras, quitando de en medio a algunos artilleros y sembrando la confusión. Retumbó otra salva, y esta vez casi desapareció la lancha entre los surtidores que se elevaron a su alrededor. Hornblower se estremeció muy alarmado. Pero enseguida volvió a reaparecer la lancha. Un tiro había estropeado los remos de un costado, porque andaba de lado, como un cangrejo. Sin embargo ambas embarcaciones estaban a salvo, pues se encontraban tan cercanas a la escollera que los cañones de arriba ya no podían inclinarse más para alcanzarlas. El cúter ya había llegado a la resaca, y la lancha le iba a los alcances. Los hombres que habían saltado al agua salieron a la orilla chapoteando.

Por un momento Hornblower sintió no haber tomado el mando de ambos grupos de desembarco, conforme a la etiqueta naval. Temía que un ataque desordenado y sin concierto hiciese perder todas las ventajas adquiridas. Pero Bush era de confianza. Ya le veía saltar al camino y volverse a mirar a los hombres dando órdenes y gesticulando. Un grupo se dirigía a la derecha guiado por Rayner; los cansados ojos de Hornblower veían el cráneo pelado de éste y su inconfundible forma de caminar, con los hombros cargados. Morris y sus soldados, compacta mancha escarlata, iban por la izquierda. Bush iba en el centro con los que quedaban: sabía lo que hacía. Tres barrancos salpicados por algunos matorrales aislados señalaban el lugar más fácil para subir. Hornblower vio brillar la espada de Bush cuando éste la desenvainó para arengar a los hombres, y los tres grupos empezaron a subir simultáneamente por los costados del promontorio. El eco lejano de un grito simultáneo que dieron llegó apagado a los oídos de Hornblower.

Un par de los cañones de cubierta afinaban mejor la puntería. En dos ocasiones, Hornblower pudo ver saltar la tierra de las aspilleras heridas. Pero, puesto que los hombres estaban trepando por las asperezas del terreno, era necesario dejar de

disparar. En un silencio dramático, el buque flotaba sobre las tranquilas aguas, y los de a bordo eran todo ojos para no perder un solo gesto de los compañeros que estaban en tierra. Ya habían llegado a la cumbre; unas volutas de humo indicaron que las piezas habían disparado de nuevo con metralla o tal vez con balas. Hubiese bastado una sola descarga de una de aquellas piezas del cuarenta y dos para destrozar a uno cualquiera de los tres grupos. Sobre el parapeto se veía un centelleo de armas, y en el centro resaltaba la blanca camisa de un marinero que azotaba el aire con sus brazos. Manchas blancas y rojas salpicaban la cara del baluarte, indicando dónde habían caído los hombres. Transcurrieron algunos minutos, que parecieron horas, sin que se pudiese ver nada. Luego, lentamente, la insignia tricolor fue arriada de su mástil y en la cubierta de la *Sutherland* los hombres prorrumpieron en un grito de triunfo irresistible. Hornblower cerró de golpe el catalejo.

—Señor Gerard, viremos de borda. Mande la chalupa a tomar posesión de los barcos de la bahía.

Cuatro tartanas, una falúa y dos lanchones estaban anclados en la pequeña ensenada bajo el fortín; una buena redada, sobre todo si estaban cargados como el bergantín. Hornblower vio algunos pequeños botes remando apresuradamente en dirección a la orilla; los remeros buscaban su salvación en la huida y a él le parecía bien, pues no tenía intención de cargarse de prisioneros. Él mismo había sido prisionero en El Ferrol.

De lo alto de los peñascos se desprendió un alud de piedras y tierra que no paró hasta llegar al camino de la parte baja, entre una gran nube de polvo y astillas. Era un mortero de cuarenta y dos libras levantado a viva fuerza por encima del parapeto. Bush no perdía tiempo en dismantelar la batería, si es que aún estaba vivo. Otro cañón sufrió la misma suerte, y luego un tercero.

Las pequeñas embarcaciones se dirigían hacia los costados de la *Sutherland*, dos de ellas remolcaban a la chalupa. Entretanto, los marinos desembarcados bajaban corriendo por los barrancos y se reunían sobre la playa. Un grupo, que iba con más lentitud, conducía seguramente algún herido. Entre todas aquellas cosas, la calma que siguió a tanto jaleo pareció prolongarse enormemente. Un estallido formidable llenó el espacio y una columna de humo y de tierra voló hacia lo alto (por un segundo Hornblower recordó los volcanes cerca de los que navegó la *Lydia* durante su afortunado viaje), revelando que el polvorín había hecho explosión. Al fin, la lancha y el cúter se separaron de la orilla y, dirigiendo su anteojo hacia este último lugar, Hornblower pudo descubrir a Bush sano y salvo, sentado a popa. Por lo menos así parecía; su seguridad no fue absoluta hasta que no le vio ir a su encuentro, sonriente, para hacer su informe.

—Las ranas han echado a correr por la puerta mientras nosotros entrábamos por la ventana. Por lo demás, han tenido poquísimas pérdidas. Nosotros hemos perdido...

Hornblower debió hacer acopio de resignación para escuchar el triste resumen. Terminada la excitación, se sentía trastornado y débil, y con gran esfuerzo disimulaba el temblor de sus manos; esbozando una sonrisa, profería maquinalmente unas palabras de elogio, primero para algunos hombres que Bush propuso que fuesen citados en la orden del día, y luego para toda la tripulación colocada en la cubierta. Durante varias horas, se había encerrado en su pretendida impasibilidad en el alcázar, y ahora padecía las torturas de la depresión nerviosa. Dejó a Bush al cuidado del botín y le encargó que mandase a Mahón los barcos capturados con una tripulación mínima; y, sin una palabra de excusa, corrió a refugiarse en su camarote. Se había olvidado de que la nave había sido preparada para el combate y, en su búsqueda de intimidad, no tuvo más remedio que tumbarse en el diván de un rincón de la galería de popa, en espera de que los hombres volviesen a cerrar las portas y asegurasen los cañones en su sitio. Se abandonó completamente a su cansancio, dejando caer los brazos; oía cómo el agua chapoteaba contra la bovedilla y el chirriar del timón sobre su eje. Y a cada movimiento del buque, que Bush guiaba hacia su rumbo, la cabeza colgaba alternativamente sobre un hombro u otro.

Al recordar los peligros a que se había expuesto, le corrían escalofríos por la espalda y las piernas. ¡Qué enorme temeridad la suya! Por un milagro, por una suerte verdaderamente excepcional su navío no era ya una ruina, desarbolado y con la dotación diezmada por los muertos y los heridos, arrastrado a la deriva hacia una costa llena de enemigos que los esperaban victoriosos y exultantes. Hornblower (y esto formaba parte de su modo de ser), era muy propenso a disminuir sus propios méritos y no dar ningún valor al minucioso estudio y a las precauciones adoptadas para obtener un feliz resultado; tampoco daba ninguna importancia a su propia habilidad, que le permitía aprovechar hasta el límite las circunstancias favorables. Volvía a llamarse loco e inconsciente por aquella manía suya de liarse la manta a la cabeza y meterse ciegamente en la boca del lobo, sin pensar para nada en el peligro hasta que ya había pasado.

Un ruido de vajilla y de pasos le llamó la atención y se enderezó apenas con el tiempo justo para adoptar su consabida actitud flemática. Polwheal había entrado en la galería.

—Le traigo algo para comer, capitán, pues desde ayer no ha tomado nada.

De repente Hornblower se dio cuenta de que tenía un hambre de lobo y recordó que ni siquiera había tocado el café que algunas horas antes le había subido Polwheal al alcázar. Aún debía de estar allí, enfriándose, a menos que Polwheal se lo hubiese llevado. Con verdadero alivio se levantó y entró en el camarote. Tan agradable era la perspectiva de comer y beber, que no se enfadó al notar a su asistente pegado a sus talones y dispuesto a cuidarle maternalmente para después aprovecharse de su posición. La lengua estaba deliciosa y, con cierta intuición, Polwheal había tenido la

buena idea de sacar una botella de clarete. Por lo general, cuando comía solo no bebía más que agua; pero aquella vez se bebió tres copas de vino saboreando bien y sabiendo que las necesitaba.

Repuesto gracias a la comida y al vino y descansado al fin, su pensamiento volvía a las andadas, urdiendo nuevos proyectos y buscando la manera de dar más quehacer al enemigo. Cuando tomó el café, las ideas le hervían ya en la cabeza, aunque no las tuviese aún muy claras. Lo único que sabía con certeza era que el camarote resultaba caluroso y reducido, y que necesitaba salir a tomar el aire y el sol sobre cubierta. Polwheal, al volver para sacar la mesa, vio desde la ventana que daba a la galería que su capitán se paseaba por ella con inquietud, y los muchos años que había pasado a su servicio le permitieron sacar deducciones precisas por el modo de moverse, por la manera en que inclinaba la cabeza y por las manos, que, aunque unidas a la espalda, se movían y se agitaban mientras iba analizando cada una de las posibilidades.

Como resultado de alguna palabra que Polwheal dejó escapar, pronto corrió por cubierta el rumor de que se estaba preparando otro jaleo, dos horas antes de que Hornblower subiese al puente y diese las órdenes para prepararse.

CAPÍTULO 11



—Disparan bien, capitán —opinó Bush. Repentinamente se había elevado un chorro de agua a un centenar de yardas de la *Sutherland* para morir a los pocos segundos.

—¿Cómo no han de disparar bien, si tienen todas las ventajas? —replicó Gerard—. ¡Morteros de cuarenta y dos sobre ejes fijos, a cincuenta pies sobre el nivel del mar, y unos artilleros con diez años de práctica!

—Pues yo los he visto tirar peor —dijo Crystal.

Y Bush:

—Están a una milla y media, me apuesto la cabeza.

Y Crystal:

—¡Más!

—A una milla escasa —intervino Gerard.

—¡Tonterías! —insistió Bush.

—Señores, óiganme, por favor. —El capitán puso fin a la disputa—. He mandado llamar también a Rayner y a Hooker. Ahora examinan el paisaje con atención.

Una docena de catalejos se pusieron a examinar Port-Vendres, que se recortaba sobre un horizonte enrojecido ya por la puesta del sol. En el fondo se erguía el monte Canigó con una sorprendente ilusión de altura vertiginosa; a la izquierda, los contrafuertes de los Pirineos descendían hacia el mar, marcando el cabo Cervera, el punto donde terminaba Francia y empezaba la tierra de España. En el centro se veían las blancas casitas de Port-Vendres agrupadas como un rebaño de ovejas en el fondo del pequeño golfo, y que aparecían rosadas por la luz del sol poniente. De cara al pueblecillo había un buque danzando, anclado y protegido por las baterías de ambos lados de la costa. De allí precisamente partían los cañonazos; con persistencia, los cañones seguían disparando e intentaban castigar, a pesar de la distancia, a aquel buque tan insolente, que se atrevía a ostentar la bandera británica a la vista de la costa francesa.

—Observe bien aquella batería de la izquierda, señor Gerard —decía Hornblower—. Y usted, Rayner, mire a la de la derecha, ésa de donde acaban de disparar. Fíjense bien. No deben equivocarse. Hooker, ¿ve la curva de la bahía? Esta noche deberán conducir una barca en línea recta hacia aquel buque.

—Sí, señor —dijo Hooker, mientras los otros oficiales cruzaban miradas.

—Señor Bush, vire a babor. De momento debemos alejarnos hacia alta mar. Ahora les daré mis órdenes, señores.

Yendo de uno a otro, los instruyó en pocas palabras sobre lo que debían hacer. El

navío anclado frente a Port-Vendres debía ser asaltado y capturado aquella misma noche. Con aquella empresa culminarían las veinticuatro horas que empezaron con la captura de la *Amélie* y siguieron con el asalto de las baterías de Llançà.

—La luna sale a la una en punto. Yo me encargaré de encontrarme aquí hacia la medianoche.

Hornblower calculaba que la guarnición de Port-Vendres se tranquilizaría al ver que ellos se alejaban de la costa, y por eso podrían volver a medianoche para cogerlos desprevenidos. Una hora de oscuridad sería suficiente para efectuar un asalto por sorpresa, y la luna, al salir, daría bastante luz para poder sacar de la bahía el buque capturado (en el caso de que la cosa tuviese éxito) o para permitir que los asaltantes se reuniesen y huyesen si no conseguían triunfar.

—El teniente Bush se quedará aquí, como comandante del buque —dijo Hornblower.

—¡Señor! Por favor, señor...

—Por hoy ya ha conquistado bastantes laureles, Bush —repuso Hornblower.

Comprendiendo que no podría soportar con paciencia la espera mientras los otros luchaban, había decidido ponerse a la cabeza de sus hombres.

Ya se moría de impaciencia al saborear por anticipado las emociones de la inminente aventura aunque se preocupaba de no demostrarlo.

—Todos los hombres del destacamento de desembarco serán marineros expertos, y Gerard y Rayner pueden repartirse los soldados.

Los oficiales le escuchaban con atención y asentían a todo. Maniobrar una embarcación desconocida y sacarla de un puerto por la noche requería una destreza poco común.

—En resumen, ¿han comprendido cuál es su misión? Señor Hooker, repita las órdenes.

Diligente como un colegial, Hooker las repitió. Era un buen oficial. Hornblower no sentía haberle propuesto para ser ascendido a teniente a la vuelta de la *Lydia*.

—Bien, señores. Les ruego que pongan sus relojes en hora con el mío. Las estrellas les darán bastante luz para ver la hora... Cómo, señor Hooker, ¿que no tiene reloj? El señor Bush le hará el favor de prestarle el suyo.

Hornblower leía en la cara de sus oficiales que aquella sincronización de los relojes había remachado con más fuerza que cualquier otro razonamiento la necesidad de ceñirse escrupulosamente al horario que él había señalado. De otro modo, tal vez hubiesen puesto poca atención a aquellos intervalos de cinco minutos o de diez minutos exigidos por el capitán, que era el único que se daba cuenta de la necesidad que había de que en una compleja empresa desarrollada en medio de las tinieblas nocturnas todo se ajustase al minuto.

—¿Estamos de acuerdo? Entonces, señores, concédanme el placer de cenar

conmigo esta noche, haciendo excepción del oficial de guardia, por supuesto.

De nuevo los oficiales se miraron entre sí. Aquellas cenas del capitán, cuando una acción era inminente, ya se habían hecho famosas. Savage recordaba una a bordo de la *Lydia*, antes del épico duelo con la Natividad. Entonces los otros dos invitados eran Galbraith, el teniente de su división, y Clay su mejor amigo. Galbraith había muerto de gangrena en el lejano Pacífico, mientras que a Clay, una bala de cañón le destrozó el cráneo.

—Esta noche, nada de whist. Savage —sonrió Hornblower, como si leyese los pensamientos del muchacho—. Tendremos mucho que hacer antes de la medianoche.

Muchas veces, Hornblower se había empeñado en aquellas partidas de juego de naipes en ocasiones semejantes. Él disimulaba su propio nerviosismo criticando el juego de sus compañeros, no menos preocupados que él. Ahora, mientras se dirigía hacia el camarote de popa, se esforzaba en aparecer sonriente y cordial; un verdadero modelo de anfitrión. Cuando estaba nervioso se volvía locuaz, y aquella noche que sus invitados estaban más silenciosos de lo habitual, al menos por una vez podía desahogarse y hablar animadamente para mantener la conversación. Los oficiales le miraban asombrados; no le veían así sino en momentos excepcionales, y casi se olvidaban de lo humano y simpático que sabía ser aquel hombre cuando hacía ostentación de sus mejores cualidades para conquistarlos. Para él era una forma conveniente de tener ocupada la imaginación y, sin olvidar jamás la distancia que le separaba de sus inferiores, sabía ejercitar su inteligencia en aquella conquista de voluntades.

—Señores míos, me temo que ya es tiempo de volver a cubierta —dijo finalmente Hornblower, poniendo la servilleta sobre la mesa—. ¡Es una verdadera lástima interrumpir esta agradable reunión!

En la cubierta reinaba una completa oscuridad en contraste con la viva luz de la lámpara del camarote. La *Sutherland* navegaba espectral sobre un mar que ofrecía el reflejo de las estrellas que brillaban en un cielo negro; la pirámide que formaba su velamen se perdía en la oscuridad de las alturas y leves rumores de chasquidos e imperceptibles arpegios la acompañaban y parecían responder al chapoteo de las pequeñas olas invisibles que rompían contra la proa. Los hombres de la tripulación, echados sobre las pasarelas o en cubierta, hablaban en voz baja; pero ante las órdenes de los oficiales se apresuraron silenciosos y dispuestos a colocarse en los lugares que les estaban destinados. Hornblower comprobaba la posición del barco en unión de Bush, y con el catalejo intentaba descubrir la costa perdida en la oscuridad.

—¡Remeros del cúter! —llamaba Gerard en voz baja.

—¡Remeros de la lancha! —murmuraba Rayner.

Un rumor apresurado pero lleno de orden indicaba la llegada de ambas dotaciones al pie del palo mayor. Los tripulantes del cúter se reunían en el alcázar. En conjunto

eran doscientos cincuenta hombres; si la aventura salía mal, a Bush solamente le quedarían los hombres imprescindibles para poder llegar al lugar donde estaban esperando a la *Sutherland*.

—Puede usted ponerse al paio, señor Bush —dijo Hornblower.

De una en una eran botadas las lanchas al mar. Al fin, Hornblower bajó por la escalerilla y se colocó en la popa de su chalupa entre Brown y Longley. A un gruñido del primero, los remeros se pusieron a la faena, con los remos fajados, y la flotilla se alejó de la nave. Por una ilusión óptica, cuanto más cerca se estaba de la superficie del agua más negra parecía la oscuridad. La chalupa del capitán se separó lentamente de la lancha y de la otra chalupa, que, encaminándose cada una a su objetivo, se dirigieron hacia la derecha y hacia la izquierda respectivamente, por lo que Hornblower pronto las perdió de vista. Sin hacer el menor ruido, los remos se hundían en el negro aterciopelado de las aguas.

Hornblower estaba sentado e inmóvil, con la mano sobre la empuñadura de su espada de cincuenta guineas. Hubiese querido por lo menos estirar el cuello y volverse a mirar hacia las otras embarcaciones; a cada instante iba en aumento su nerviosismo. Cualquier idiota entre los infantes de marina podía jugar con el cierre de su mosquete; o si un imprudente hubiese dejado levantado el gatillo de su pistola, a un gesto involuntario que hiciese mientras remaba... La menor alarma en la costa lo echaría todo a rodar, causaría la pérdida de muchas vidas y lo haría merecedor (si conseguía salir indemne del apuro), de una feroz reprimenda por parte del almirante. Hizo un esfuerzo por quedarse quieto durante otros cinco minutos antes de volver a colocarse el catalejo.

Al fin pudo distinguir una sombra, un atisbo de roca gris. Con la mano en la barra del timón cambió de rumbo, hasta que casi estuvieron a la entrada de la pequeña ensenada.

—¡Espacio! —susurró; y, sin ser empujada por los remos, la barca se deslizó ligera hacia delante. A popa y bastante cercanos, dos puntitos de un negro más oscuro señalaban la posición de las dos lanchas, en el lugar en donde se habían detenido. Acercándose el reloj a los ojos, a la luz de las estrellas apenas podía distinguir las manecillas. Aún debía esperar tres minutos.

Un lejano chapoteo llamó su atención; era el ruido de unos remos y sonaba en el interior de la ensenada. Juzgó que debía de sonar ser a unas doscientas yardas por delante, y hasta le pareció ver la espuma. Los franceses, era muy natural, vigilaban alrededor de su precioso buque. Sin embargo, su capitán no se había dado cuenta de que hubiese sido muchísimo más eficaz, para evitar una sorpresa, ordenar que la lancha de vigilancia llevase los remos forrados y se deslizase en silencio hasta la entrada del puerto, y no de la forma ruidosa en que lo estaban haciendo. Volvió a consultar su reloj.

—Remos —susurró, y los hombres se dispusieron a obedecer—. Ahí está la lancha de ronda. Muchachos, acordaos. Arma blanca. Si alguno dispara antes que yo, lo dejo seco. ¡Adelante!

La chalupa se puso en movimiento; pocos segundos más y se encontraría en el lugar en donde convergía la vigilancia continua de los centinelas, y donde se cruzaba el fuego de las baterías. Al anochecer, los cañones eran colocados de tal forma que una salva bastase para dar de lleno en cualquier embarcación que se acercase. Durante un angustioso segundo, Hornblower se preguntó si la lancha y el cúter no se habrían extraviado. Luego, un grito de alerta sonó a su derecha y fue coreado por otro que partió de la izquierda; instantáneamente estalló un crepitar de mosquetes. Rayner y Gerard habían desembarcado y guiaban a sus pelotones al asalto de las baterías de costa, y, siguiendo las órdenes de Hornblower, desencadenaban un estrépito infernal, capaz de distraer y desorientar a los artilleros en el momento álgido.

Hornblower veía claramente las salpicaduras que levantaban en el agua los remos de la lancha de guardia. Atraída por aquel inesperado escándalo que no acababa de comprender, se alejaba presurosa en dirección a la orilla, sin sospechar que una chalupa enemiga se dirigía en la sombra y silenciosamente hacia ella. Solamente cuando ya estaban muy cerca, alguien se dio cuenta.

—*Qui va la?* —gritó una sonora voz en la oscuridad. Por toda respuesta, la chalupa de la *Sutherland* embistió a la lancha por el flanco, mientras Hornblower tiraba de la caña del timón.

A una rápida orden suya, la chalupa había retirado los remos un segundo antes de la colisión y con su choque había destrozado los remos de la lancha, mandando a la mitad de los remeros bajo los bancos. Hornblower, ahogándose por la emoción y el nerviosismo, desenvainó la espada y saltó a la lancha. Cayó sobre un cuerpo humano en la popa y lo pisoteó, sosteniéndose en pie de milagro. Viendo a dos dedos de sus rodillas una cara blanca, le dio un salvaje puntapié y notó un tirón al dar en el blanco, y al mismo tiempo dirigió un sablazo en dirección a otra cabeza. Sintió que la hoja penetraba hasta el hueso; la lancha bailoteaba locamente bajo sus pies, invadida por los hombres de la chalupa. Alguien que estaba enfrente se movía esforzándose por ponerse de pie; a la escasa luz de las estrellas, Hornblower tuvo la visión de un mostacho negro en una cara pálida. No, no podía ser un inglés... Tambaleándose, Hornblower daba golpes a su alrededor, se agarró a su adversario y cayó con él sobre un montón de cuerpos humanos. Cuando consiguió liberarse y se puso en pie, la pelea había terminado sin que hubiese sonado un tiro. Los hombres de la lancha de ronda estaban muertos, o habían caído al mar, o yacían inconscientes en el fondo de la embarcación. Hornblower sentía que su nuca y sus manos estaban húmedas y pegajosas. Seguramente era sangre, pero no tenía tiempo de pensar en ello.

—¡Aquí, muchachos, deprisa! —exclamó empujando a sus hombres hacia la

chalupa—. ¡Bogad!

Todo se había desarrollado en poquísimos minutos. Entretanto, en las baterías, el ataque se desarrollaba entre frecuente crepitar de mosquetes. Y los dos cúters habían llegado a la nave anclada, pero no debían de haber conseguido capturarla al primer asalto, a juzgar por los aislados disparos que se seguían sonando a lo largo de la amurada; seguramente la nave estaba defendida por la red de abordaje y su tripulación despierta.

—¡Tranquilo, chico! —dijo Hornblower a Longley, que se movía con inquietud a su lado.

Con un último golpe de timón, llevó a la chalupa a lo largo de la popa del bajel que los asaltantes dejaban libre.

—¡Remos! —cuchicheó—. Adelante y valor. Un grito todos a la vez.

Trepar por la borda de la nave resultó duro. Hornblower había encontrado un punto de apoyo en la amurada entre las mallas de la red, pero se veía obligado a inclinarse hacia atrás, pues aquélla, amarrada a las vergas, colgaba oblicuamente hacia fuera. Se debatía como una mosca cogida en una telaraña, y junto a él veía a Longley, que braceaba desesperadamente. El muchacho llevaba el puñal entre los dientes; así se lo habría oído a algún marinero fanfarrón. Colgado como estaba de la red, con el puñal en la boca, tenía un aspecto tan grotesco que Hornblower, en su precaria posición, se sintió sacudido por una risa nerviosa. Sacando trabajosamente la espada de la vaina y agarrándose con la mano izquierda a la red, con la derecha se puso a dar tajos al cordaje embetunado. Desde la chalupa, los hombres cogieron la red que colgaba y la sacudieron desesperadamente, de tal manera que Hornblower casi perdió el equilibrio.

A su alrededor se elevaba un vocerío frenético. Aquel ataque por sorpresa, en un sitio que no estaba vigilado, debió de dar el golpe de gracia. Los defensores, luchando contra la dotación del cúter, perdían terreno. La espada de cincuenta guineas tenía una hoja de finísimo acero, cortante como una navaja de afeitar, y cortaba los cabos de la red, uno tras otro. Por un momento Hornblower se sintió arrastrado y casi cayó de espaldas. Con un supremo esfuerzo consiguió impulsarse hacia delante, cayó entre la red a cuatro patas y oyó rebotar la espada en cubierta, ante él. Un francés se le echó encima; pudo ver el metálico brillo de la pica que aquel hombre pretendía clavarle. Agarró el mango y lo revolvió contra su enemigo, el cual le cayó pesadamente encima, dándole un golpe en la cabeza con la rodilla. Hornblower sintió un agudo dolor en la nuca y, con una patada, se libró de él, se puso de pie, recogió la espada y se dispuso a enfrentarse con otras oscuras formas que en aquel preciso momento se abalanzaban sobre él.

Resonó en sus oídos un tiro de pistola que le aturdió, y la negra masa de atacantes pareció disolverse en la nada. Pero, por los gritos, comprendió que aquellas figuras

que andaban por el puente eran ingleses.

—¡Señor Crystal!

—¡Capitán!

—Corte la amarra. ¿Está aquí el señor Hooker?

—¡Sí, señor!

—Mande a sus hombres a las jarcias y que larguen las velas.

No había tiempo para felicitarse por haber salido bien de la lucha. De un momento a otro podían llegar refuerzos enemigos a la nave, y Rayner y Gerard podían haber sido rechazados por las guarniciones de las baterías, de modo que tendría que enfrentarse a los cañones.

—Brown, dispare el cohete.

—Sí, señor.

El cohete era la señal convenida para que los compañeros desembarcados supieran que el buque ya estaba apresado. Y, afortunadamente, en aquellos momentos se levantaba una brisa que empujaría a la nave fuera de la ensenada. Aquel viento entraba también en los cálculos de Hornblower, el cual había contado con un viento de tierra después de un día de sol tan abrasador.

—¡La amarra está cortada, señor! —gritaba Crystal desde la proa.

Hooker había soltado la vela mayor, y el buque empezaba a moverse.

—¡A la faena! ¡Hombres de la chalupa! ¡Marineros del cúter! ¡Benskin! ¡Ledley! ¡Al timón! ¡A estribor todo!

El pedernal de Brown, que se hallaba en cuclillas sobre el puente, despedía chispas. El cohete surgió con una luminosa estela y se desparramó muy alto en un estallido de lágrimas brillantes. En el momento en que el buque, con elestay del trinquete izado, viraba enfilando la entrada de la bahía, con el viento de popa, la luna aparecía en el horizonte. Era una gibosa luna menguante, que daba la cantidad suficiente de luz para poder gobernar la nave entre las dos baterías y salir de la bahía. Entre el estampido seco de los mosquetes, Hornblower distinguía unos silbidos sostenidos. Eran los silbatos de Gerard y de Rayner, que llamaban a sus hombres.

Dos chapuzones indicaron que dos hombres del buque se habían echado al mar, intentando llegar a nado a la orilla antes que entregarse prisioneros. Había sido una operación bien llevada y bien ganada.

CAPÍTULO 12



El golfo de León no prometía ser un campo de empresas muy ventajosas. Eso creía Hornblower mientras examinaba la costa con su catalejo. Estaba tan profundamente encerrado que los vientos que procedían del norte hacia el oeste pasando por el sur encontrarían su barco con tierra a sotavento. Traidor y lleno de amenazas, podía verse azotado por tempestades que lo convirtieran en un mar terrible. No estaba mal exponerse a riesgos cuando existía de por medio un buen botín que ganar, pero, por más que escrutaba la costa a lo largo y a lo ancho, Hornblower no descubría ni el más ligero rastro de nada que pudiese convertirse en presa apetecible. Desde Port-Vendres hasta Marsella (el límite para la escuadra de crucero por aquella costa), la playa estaba bordeada por amplias zonas pantanosas, separadas del mar por anchas lenguas de suelo arenoso y hasta penínsulas de tierra de cultivo. Sobre las tierras incultas se veía de vez en cuando un fortín con sus baterías, y las pequeñas ciudades de Sé te, Aigües Mortes y otras semejantes estaban rodeadas de fortificaciones medievales que hubiesen podido desafiar todos los asaltos.

Pero lo importante se hallaba en la cadena de lagunas, unidas unas a otras desde el tiempo de los romanos por una red de canales que permitía a las embarcaciones de doscientas toneladas navegar tranquilamente por ellos de uno a otro puerto; en efecto, con la ayuda del catalejo, Hornblower percibía unas velas oscuras que parecían deslizarse sobre los verdes viñedos. Cualquier posible acceso a las lagunas se hallaba fuertemente defendido, y para intentar conquistar alguno de aquellos baluartes Hornblower hubiese debido exponerse a la peligrosa empresa de recorrer bajo el fuego enemigo aquel dédalo de canales entre los bancos de arena. Suponiendo que llegara a conseguirlo, quedaba por resolver el problema de cómo atacar después a las embarcaciones ancladas en la laguna.

Bajo un cegador cielo azul, las no menos azules aguas del Mediterráneo adquirían tonalidades verdes y hasta amarillas según la profundidad, lo que recordaba a Hornblower que navegaba en aguas traidoras. Sobre cubierta y hacia proa, la *Sutherland* era una colmena de actividad. Bush, reloj en mano, adiestraba a medio centenar de hombres en los trabajos de la maniobra. En una hora y media habían desplegado y recogido el juanete de proa por lo menos una docena de veces, cosa que debía de dar bastante que pensar a los numerosos catalejos que desde la costa observaban a las embarcaciones. Más allá, sobre cubierta, Harrison, el contramaestre, sentado sobre un escabel con dos suboficiales y veinte marineros acurrucados en semicírculo delante de él, iniciaba a los más adelantados en los misterios de los nudos y de las amarras. Un ruido sordo de ruedas que salía del puente inferior demostraba

que Gerard estaba ejercitando a unos cuantos artilleros en potencia en el manejo de los morteros de veinticuatro. Una de sus ambiciones era la de tener a seis «capitanes» bien preparados en cada pieza, pero aún le faltaba mucho tiempo para conseguirlo. A popa, el paciente Crystal enseñaba rudimentos de navegación a los guardiamarinas con su sextante; los muchachos se mostraban inquietos y nerviosos mientras él peroraba. Hornblower, que se había apasionado por las matemáticas desde su niñez, los compadecía. A la edad del pequeño Longley, los logaritmos eran un juego para él, y un problema de trigonometría, una fuente de placer; él pensaba que debía de ser análogo al placer que aquellos muchachos sentían al oír la música, que para él no representaba nada.

Un monótono martilleo indicaba que el maestro carpintero y sus ayudantes daban los últimos toques al arreglo del grueso boquete que había hecho el mortero del cuarenta y dos la mañana anterior en Llançà (era increíble que hubiesen transcurrido solamente poco más de veinticuatro horas); y el traqueteo de las bombas revelaba que los pequeños delincuentes de a bordo achicaban el agua. Calafateada recientemente, la *Sutherland* hacía poquísima agua; menos de una pulgada por día con buen tiempo, y a esto se podía poner remedio colocando en las bombas una hora cada mañana a los hombres que se hallaran apuntados aquel día en las listas negras de Bush o de Harrison, ya fuera por haber llegado los últimos a la llamada o por haber colgado sus hamacas en dos turnos, o haber incurrido en cualquier otro de los pecados veniales de omisión que atraen la ira de los contramaestres y primeros oficiales. Un turno en las bombas (el trabajo más pesado y monótono del buque) representaba un castigo mucho más económico que el látigo, y Hornblower lo consideraba más disuasorio, para gran diversión de Bush.

De la chimenea de la cocina ascendía un poco de humo, y los efluvios de la comida llegaban hasta Hornblower en el alcázar. Los hombres, que el día anterior habían estado a pan y agua a causa de las tres acciones en veinticuatro horas, se desquitarían con un succulento rancho. Pero la dotación soportaba animosamente las travesías cuando veía éxito. Era sorprendente cómo el éxito contribuía a mantener la disciplina. Desde lo alto del puente, le bastó a Hornblower echar un vistazo para darse cuenta de que los hombres tenían buen ánimo. A pesar de los once muertos y dieciséis heridos, además de otros treinta y cuatro, que se habían ausentado para escoltar el botín, la *Sutherland* podía considerarse en conjunto mucho más unida y preparada de lo que lo estaba dos días antes.

También Hornblower se sentía animado y, por una vez, hasta propenso a sentirse optimista. Olvidando sus temores, había recuperado la confianza en sí mismo. Los afortunados golpes le habían producido un millar de libras esterlinas o más, y aquello ya era una gran cosa. Jamás en su vida había tenido mil libras esterlinas. Recordaba cómo lady Bárbara, con mucho tacto, había fingido no darse cuenta de que las

hebillas de sus zapatos eran de similar. La próxima vez que comiese con ella llevaría hebillas de oro puro y tal vez hasta con diamantes; y, discretamente, sabría llamarle la atención sobre ellas. Y María ostentaría a los ojos de la gente anillos y brazaletes, para que se viera la fortuna de su marido.

Hornblower se enorgullecía de no haber sentido el más mínimo temor; ni cuando saltó dentro de la lancha de ronda, ni tampoco en los momentos de pesadilla en que se halló colgado de la red de defensa. Lo mismo que poseía una pizca de aquella riqueza que tanto había deseado, también con gran asombro por su parte se había probado a sí mismo que poseía aquella fuerza física y aquel valor que tanto había envidiado a sus subordinados. Y, aunque por naturaleza concediese poca importancia a su propio valor moral y a su habilidad de organizador, indudablemente se hallaba en vena de sentirse optimista y, como animado por un interno vigor, apuntó su catalejo por centésima vez hacia la costa, despiadada y hostil, buscando su punto flaco y estudiando la posibilidad de atacarla. En su camarote tenía las cartas náuticas francesas que el Almirantazgo le había entregado a él como seguramente había hecho con los capitanes de la *Pluto* y la *Calígula*. A las primeras luces del alba se había levantado para consultarlas, y ahora recordaba los detalles, sin cansarse de contemplar la línea verde de los campos, más allá de los bajíos y aquellas velas oscuras detrás. Ya se había atrevido a acercarse mucho; sin embargo, las lejanas velas estaban fuera del alcance de los cañones.

A la izquierda, Sète dominaba una zona de tierras bajas, encaramada sobre una pequeña altura. Mentalmente, Hornblower la comparó con Rye por encima de Romney Marsh, pero Sète era un pueblo de aspecto triste, de un color negro uniforme, muy diferente del alegre color rosa y gris claro que predominaba en Rye. Él no ignoraba que Sète era una villa fortificada con una guarnición, en la que era inútil intentar un golpe de mano. Al otro lado de Sète se extendía la gran laguna llamada Étang de Thau, que constituía uno de los principales eslabones en la cadena de vías fluviales que ofrecían amparo y protección a la navegación francesa, desde Marsella y el valle del Ródano hasta la cadena pirenaica. Sète era invulnerable para la fuerza de que disponía el capitán Hornblower, y eso de llegar al Étang de Thau se quedaba en un buen deseo.

De todo el canal a lo largo del litoral, el fragmento más vulnerable era la pequeña zona en que el canal de Aigües Mortes al Étang de Thau estaba separado del mar solamente por una estrecha lengua de tierra. Si quería dar un golpe, era allí donde debía hacerlo, y con más razón cuando veía un objetivo probable en aquella vela oscura que se hallaba no mucho más allá de dos millas de distancia. Debía de ser una pequeña embarcación de cabotaje francesa de las que hacían el recorrido entre Port-Vendres y Marsella cargadas de vino y aceite. Intentar capturarla era una locura, pero la verdad... la verdad era que Hornblower se sentía un poco loco aquel día.

—Avisad al timonel —le dijo al guardiamarina de servicio. Oyó la llamada haciendo eco de uno a otro sobre cubierta; en menos de dos minutos se presentó Brown, subiendo por la pasarela, jadeante por la carrera que había dado.

—¿Sabe usted nadar, Brown?

—¿Nadar? Sí, señor.

Hornblower se fijó en los hercúleos hombros y el cuello de toro del marinero. Una pelambre negra se descubría a través de la camisa, un poco abierta por el pecho.

—De los de mi chalupa, ¿cuántos saben nadar?

Brown se volvió a un lado y a otro antes de decidirse a hacer una confesión que sabía bien que iba a provocar el desprecio del capitán. Sin embargo no se hubiese atrevido a mentir; no a Hornblower.

—No lo sé, capitán.

Le dolió más que Hornblower se callase la obvia réplica que si le hubiese dicho: «Debería usted saberlo».

—Necesito para la chalupa una dotación de buenos nadadores —añadió Hornblower—. Todos han de ser voluntarios. Es para un asunto peligroso, y fíjese bien, Brown: quiero que todos sean voluntarios de verdad. Nada de aplicar los sistemas forzados.

—Sí, señor. —Y, después de vacilar un instante, Brown prosiguió—: Serán todos voluntarios, capitán. Costará un poco encontrarlos. ¿También irá usted, capitán?

—Sí. Un machete para cada uno. Y un paquete de combustible.

—¿Com... combustible, capitán?

—Sí. Un pedernal, un poco de estopa, unos trapos empapados en petróleo y un trozo de mecha lenta. Todo eso bien envuelto en un pedazo de tela encerada. Pídasela al maestro velero. Y un trozo de cabo para sujetarlo mientras estemos nadando.

—Sí, señor.

—Y ahora, vaya al teniente Bush, déle mis saludos y dígame que venga a verme. Luego vaya a preparar la tripulación.

—Sí, señor.

Bush fue a popa con su andar bamboleante y con la cara encendida por la curiosidad, y aun antes de que hubiese subido al castillo, recorrían el navío los rumores. Entre la dotación circulaban las historias más fantásticas acerca de las decisiones del capitán, que se había pasado la mañana con un ojo puesto en sus tareas y el otro en la costa francesa.

—Señor Bush, me voy a tierra a prender fuego a aquel barco de cabotajes que hay allí —anunció Hornblower.

—Sí, señor. ¿Irá usted mismo, en persona?

—Sí. —Hornblower no quería entretenerse en explicaciones. No podía decirle que no quería mandar a unos hombres para una tarea que exigía voluntarios y no ir él

mismo. Se limitó a dirigir a su segundo una mirada de desafío. Bush se la devolvió y abrió la boca para protestar; lo pensó mejor y al volverla a abrir se contentó con preguntar:

—¿Cúter y lancha, capitán?

—No. Se encallarían a media milla de la costa.

En efecto; cuatro ligeras rayas de blanca espuma indicaban el punto bastante lejano de la orilla en donde rompían las olas.

—Llevo mi chalupa y una tripulación de voluntarios.

El rostro de Hornblower animaba a Bush menos que nunca a protestar; sin embargo, no pudo contenerse.

—¿No podría ir yo también, capitán?

—No.

Ante esta rotunda negativa, no había manera de seguir discutiendo. Mirando la cara arrogante de su capitán, Bush sentía como si fuese un padre disputando con un hijo rebelde, y no era la primera vez que se le ocurría este pensamiento. Él quería a Hornblower lo mismo que habría querido a un hijo, si lo hubiese tenido.

—Y fíjese bien en esto, Bush: nada de grupos de salvamento. Si nos perdemos, peor para nosotros. ¿Comprende? ¿Quiere que se lo ponga por escrito?

—No hay necesidad, capitán. He comprendido.

La voz de Bush tenía una entonación melancólica. Cuando se trataba de decisiones graves, Hornblower, que a pesar de todo apreciaba y respetaba a su segundo por sus cualidades y su buena voluntad, no se fiaba de sus iniciativas.

La idea de que Bush fuese dando tumbos por el país en busca de su capitán en un inútil empeño por rescatarle, desperdiciando valiosas vidas, le horrorizaba.

—Bueno. Ahora ponga el buque al paio, señor Bush. Si todo sale bien, estaremos de vuelta dentro de media hora. Manténgase aquí cerca todo el tiempo que pueda mientras nos espera.

La chalupa llevaba ocho remeros; dando la orden de separarse del costado de la *Sutherland*, Hornblower confiaba en que todas aquellas maniobras pasaran inadvertidas. Los franceses ya debían de estar acostumbrados a ver los ejercicios matutinos con las velas, y aunque viesan fachear las gavias no se asombrarían. Hornblower se sentó junto a Brown; mientras, empujada vigorosamente por los remos, la barca corría ligera hacia la playa sobre la tranquila superficie del mar, a poca distancia de la vela oscura que aparecía al otro lado de la franja verde de la orilla. La majestuosa mole de la *Sutherland* se iba alejando y disminuía rápidamente a medida que la costa se iba acercando a la barca. También en aquellos momentos dramáticos el pensamiento de Hornblower se entretenía midiendo con la vista los contornos del buque y la altura de los mástiles, calculando cómo podría arreglárselas para mejorar sus cualidades marineras.

La chalupa había dejado atrás la primera fila de rompientes, si así podían llamarse con aquel mar soñoliento, y se deslizaba hacia la playa dorada bajo el sol. Pocos minutos más tarde el bote se inclinó, resbaló por la arena, recorrió algunas yardas más y al fin se detuvo.

—¡Vamos! —ordenó Hornblower, y echando las piernas fuera de la borda se dejó caer al agua, que le llegó a media pantorrilla. Inmediatamente le imitaron los demás y, agarrando la chalupa por las bordas, la empujaron hasta el sitio en donde el agua apenas les llegaba al tobillo. El primer impulso de Hornblower fue el de dejarse llevar de su arranque e internarse inmediatamente en el país, pero se contuvo.

—¿Los machetes? —interrogó calmoso—. ¿El combustible?

Pasando revista a los nueve hombres, constató que todos estaban armados y equipados, después de lo cual, y con tranquilo paso, se colocó a la cabeza del pequeño grupo. La distancia era demasiado grande para exigirles que fueran corriendo todo el camino y después nadasen. La playa arenosa estaba limitada por una corta empalizada, cuyas maderas se mezclaban con el hinojo marino. Saltando por encima de la empalizada, los hombres se hallaron en una viña; a algunos pasos se encontraban un viejo encorvado y dos mujeres, cavando entre la viña. Ante la repentina aparición de aquel grupo de marineros, los tres levantaron la cabeza y se quedaron mirando estupefactos y en silencio. A un cuarto de milla, al otro lado de la viña, que se extendía en un terreno llano, se veía la vela oscura; era una vela de abanico detrás de la cual empezaba a distinguirse un pequeño palo de mesana. Hornblower descubrió un pequeño sendero, que por lo visto iba en aquella dirección.

—Vamos, muchachos —dijo, y apresuró sus pasos.

El viejo dio un grito a los marineros que aplastaban las vides. Ellos, oyendo hablar francés por primera vez en su vida, se reían como niños. Para la mayoría de ellos, aquella viña era una novedad; a sus espaldas, Hornblower les oía prorrumpir en exclamaciones de asombro, a la vista de aquellas filas regulares de cepas retorcidas que tenían un aspecto salvaje y de entre cuyos pámpanos pendían racimos, aún verdes, de uvas.

Después de atravesar la viña, encontraron una pendiente repentina que terminaba en un camino de sirga que costaba el canal. Allí la laguna no tenía más de doscientos metros de ancho, y el canal navegable estaba, evidentemente, cerca del camino de sirga, porque una dispersa línea de balizas a unas cien yardas de distancia marcaba presumiblemente los bajíos. A doscientos metros, y sin sospechar el peligro que le amenazaba, la pequeña embarcación navegaba tranquilamente. Prorrumpiendo en un grito salvaje, los hombres empezaron a desprenderse de la ropa apresuradamente.

—¡Silencio, idiotas! —gruñó Hornblower mientras se quitaba de la cintura la espada y empezaba a desnudarse.

Al oír los gritos, los tripulantes de la embarcación acudieron a la proa. Eran sólo

tres hombres; un instante más tarde aparecieron dos mujeres robustas, que los miraron haciéndose sombra con la mano. Una de ellas, que debía de ser más lista, fue la que adivinó la amenaza que representaba aquel grupo de hombres que se estaban desnudando apresuradamente en la orilla. Hornblower, mientras se quitaba los pantalones, vio que una de las mujeres, dando un agudo grito, corría hacia la popa. El barquito seguía en movimiento, pero, cuando estuvo delante de ellos, la vela bajó de repente y con un violento golpe de timón se separó de la orilla. Sin embargo, ya era demasiado tarde; pasando a través de la hilera de boyas, con una sacudida fue a encallar en un bajío. El hombre que estaba al timón abandonó su sitio y sin saber qué hacer se quedó mirando a los hombres que se desnudaban en la orilla, rodeado por sus compañeros y las mujeres. Hornblower se ciñó la espada alrededor de la cintura desnuda. También Brown acababa de desnudarse y se colocaba un cinturón; contra la morena piel brillaba al sol un gran machete.

—Adelante, pues —dijo Hornblower.

Cuanto antes mejor. Con las manos juntas, se dejó caer en la laguna, dando un torpe salto. Gritando y chapoteando, sus hombres le siguieron. El agua estaba caliente; sin embargo, Hornblower, nadador muy mediano, avanzaba con toda la lentitud y prudencia que podía. Aquellas ciento cincuenta yardas que le separaban de la pequeña embarcación le parecían interminables; la espada que le pendía del costado empezaba a pesar. Brown se le adelantó braceando vigorosamente y llevando entre los blancos dientes el paquete del combustible sujeto por la cuerda que lo ataba. Sus cabellos negros y espesos brillaban como el azabache con el agua. Siguiéron los demás y ya estaban todos al costado del barquito menos Hornblower, que se había quedado muy atrás. Todos subieron a bordo antes que él, aferrándose con las manos a la baja borda y luego, recordando la disciplina, dos o tres se volvieron y ayudaron a subir al capitán. Empuñando la espada, éste se apresuró a dirigirse hacia la popa, en donde hombres y mujeres se encontraban en apretado grupo. Hornblower reflexionó un instante lo que debía hacer. Franceses e ingleses se miraban a la cegadora luz del sol; los desnudos cuerpos de los marineros chorreaban, pero en medio del dramatismo de aquellos instantes, nadie se acordaba de su desnudez. Hornblower recordó de pronto y con gran alivio por su parte que el barquito llevaba un bote a remolque. Señalándolo con el dedo, llamó en su ayuda a sus nociones de francés.

—*Au bateau* —dijo—. *Dans le bateau*.

Los franceses vacilaban. Eran siete en total. Cuatro hombres de mediana edad y uno muy viejo; una mujer madura y una vieja. Los ingleses, reunidos detrás de su capitán, ya habían desenvainado sus cuchillos.

—*Entrez dans le bateau* —añadió Hornblower—. Hobson, empuje ese bote al costado.

La menos vieja de las dos mujeres prorrumpió en un torrente de invectivas,

chillando como un loro y gesticulando como una condenada. Sus zuecos de madera hacían un ruido endiablado.

—Yo lo haré, capitán —intervino Brown—. ¡Venga, vosotros, saltad ahí!

Blandiendo el machete con la mano libre, Brown cogió a uno de los hombres por el cuello de la camisa y casi a rastras lo llevó hasta la borda. El hombre, mudo de miedo, cedió y saltó dentro del bote. Los demás, a ejemplo del primero, siguieron sin protestar. Brown soltó la amarra y el bote, cargado hasta los bordes, se alejó lentamente a la deriva. La mujer seguía lanzando improperios a gritos en su dialecto mixto de catalán y francés.

—Ahora quemaremos el barco —dijo Hornblower—. Brown, tome tres hombres y vaya abajo y vea lo que se puede hacer.

Los del bote habían hallado un par de remos y bogaban con cautela hacia la orilla. Se mantenían a flote por milagro. Hornblower los estuvo mirando hasta que llegaron a la orilla. Uno tras otro, los náufragos treparon por ella y subieron al sendero.

Entretanto, los marinos de la *Sutherland* habían trabajado deprisa y bien. Un ruido de madera cortada que llegaba de la bodega indicaba que Brown y sus compañeros estaban preparando un montón de leña en medio de la carga para prenderle fuego. Casi de inmediato empezó a salir una espesa nube de humo por la escotilla de popa; uno de los hombres, amontonando rápidamente unos cuantos trapos, los había empapado con el aceite de las linternas y les había pegado fuego, y el improvisado brasero ya estaba ardiendo.

—El cargamento es de barriles de aceite y sacos de grano, capitán —le dijo Brown, apareciendo sobre cubierta—. Hemos destapado algunos barriles y reventado algunos sacos. Eso arde enseguida. Fíjese, señor.

Por la escotilla de popa se elevaban espirales de humo negruzco y el calor que salía por allí hacía que a la luz del sol toda aquella parte de proa pareciese temblar. La madera seca y vieja de la cubierta delante de la escotilla también estaba en llamas. El sol deslumbrador y la ausencia de humo impedían que se vieran, pero se oía el crepitar del fuego y los secos chasquidos de los leños. También ardía el castillo de proa; de la escotilla salían espesas nubes de humo que se dirigían amenazadoras hacia donde estaban estacionados los incendiarios.

—Procure reventar alguna tabla de cubierta —dijo Hornblower, que sentía la garganta irritada.

A un estruendo de maderas cortadas, siguió un silencio extraño. Era un silencio ficticio, pues el oído de Hornblower percibía un rumor sordo y apagado, pero permanente. Era el fuego, que, avivado por la corriente de aire que se formaba a través del boquete practicado en la cubierta, devoraba el cargamento.

—¡Dios mío! ¡Vaya espectáculo! —exclamó Brown.

De repente se abrió paso una llamarada hasta la cubierta, y el aire se volvió

abrasador. El calor se hizo insoportable.

—Ya podemos irnos. Vamos, muchachos —dijo Hornblower, y dando ejemplo se arrojó de nuevo al agua. Los hombres nadaban despacio, como si se hubiese evaporado su entusiasmo. Al parecer, el horrible espectáculo de aquel fuego devorador, que había destruido el interior de la embarcación, les devolvía el juicio. Los hombres se mantenían detrás de su capitán, que nadaba fatigosamente, y éste se sintió feliz cuando al fin pudo agarrarse a las hierbas que crecían a la orilla de la laguna. Algunos ya habían salido del agua antes que él. Brown le tendió una mano mojada y le ayudó a subir a la orilla.

—¡Santa María! —exclamó uno de los hombres—. ¡Fijaos lo que está haciendo aquella bruja!

Se hallaban a unas treinta yardas del lugar en donde habían dejado las ropas; también allí habían desembarcado los del bote. En el momento en que el irlandés había llamado la atención de sus compañeros, la vieja que les había insultado acababa de echar a la laguna el último hatillo de ropas. En la orilla ya no quedaba nada. Aún flotaban un par de camisas llenas de aire; lo demás se había hundido.

—¿Qué diablos habéis hecho, condenados? —chillaba Brown. Llegando donde estaban los infelices expulsados, los marineros danzaban a su alrededor desnudos y gesticulando con elocuencia. La vieja señalaba con un rugoso dedo a la pequeña embarcación, que ya no era más que una hoguera de la que se elevaba un tenue humo negro que apestaba el aire. El aparejo se desprendía soltando chispas; luego se vio el mástil inclinarse hacia un costado, lamido por largas lenguas de fuego, y después se cayó de repente.

—Ahora voy a pescarle la camisa, capitán... —dijo uno de los hombres, separando los ojos de aquel espectáculo que parecía tenerlos embobados.

—No. ¡Vámonos! —le conminó Hornblower con sequedad.

—¿Quiere los calzones del viejo? —le preguntó Brown—. Se los voy a quitar y ya puede rabiarse ese condenado que...

—¡No! —repitió Hornblower.

Desnudos, volvieron a ponerse en camino por la herbosa ribera y se encontraron de nuevo en la pequeña viña. Cuando se volvieron para dirigir una última mirada a la laguna, vieron que las dos mujeres, olvidándose de sus ideas de venganza, lloraban desconsoladas. Uno de los hombres se acercó y le dio unos golpecitos en la espalda a la más vieja. Los hombres miraban, mudos y desolados, a la embarcación que ardía; todo lo que tenían. Hornblower se encaminó hacia las cepas. Hacia ellos venía un jinete a galope. A juzgar por el uniforme azul y el sombrero de tres picos, era un gendarme del ejército de Bonaparte. Al llegar ante el extraño grupo, frenó su caballo instintivamente, e hizo ademán de desenvainar el sable, pero, al mismo tiempo y visiblemente alarmado, miró a los lados en busca de una ayuda que no veía.

—¡Oh! ¡Bienvenido! —dijo Brown, y echó mano a su machete. Los demás marineros se pusieron detrás con las armas preparadas; ante aquella acogida, el gendarme se apresuró a hacer dar media vuelta a su caballo. En su cara bronceada brillaban los dientes blancos bajo los negros mostachos. Ellos pasaron a su lado corriendo, y cuando Hornblower se volvió a mirar, pudo ver que había desmontado y trataba de sacar la carabina de la montura sin conseguirlo, porque su caballo estaba asustado. En medio de la viña seguían cavando el viejo y las dos mujeres; a la vista de los hombres desnudos, el primero levantó el azadón amenazándolos, mientras que las mujeres sonreían avergonzadas mirándolos disimuladamente de reojo. Allí estaba la chalupa y a lo lejos aparecía la *Sutherland*. Al descubrirla, los hombres soltaron un grito de júbilo.

En un abrir y cerrar de ojos pusieron la chalupa a flote, esperaron a que Hornblower hubiese subido, le dieron otro empujón y a su vez saltaron dentro y tomaron los remos. Hubo uno que ahogó un grito; una astilla le había arañado la nalga desnuda. Maquinalmente, Hornblower sonrió, pero el hombre se calló de inmediato a una mirada de Brown.

—¡Mire lo que hay allí, capitán! —dijo el remero de enfrente indicando algo a la espalda de Hornblower.

El gendarme, con la carabina en la mano, corría pesadamente; las grandes botas le estorbaban. Hornblower volvió la cabeza con el tiempo justo para ver cómo se arrodillaba y apuntaba. Disgustado, se preguntó por un momento si su carrera iba a verse cortada por el disparo de la bala de un gendarme, pero la nubecilla de humo que se perdió en el viento ni siquiera le llevó el ruido del disparo. El hombre debía de hallarse cansado de cabalgar, y hacer blanco así de repente, en una chalupa que se movía sobre las olas a doscientas yardas de la orilla, no resultaba una cosa fácil.

Detrás de la lengua de tierra entre el mar y la laguna se iba ensanchando una nube de humo negro. El barquito estaba completamente destruido. Había sido una mala acción destruir aquel pobre barco, un derroche, pero guerra y derroche eran sinónimos. Para aquella pobre gente era una catástrofe que los dejaba en la miseria; pero también significaba que Inglaterra tenía el brazo muy largo y era capaz de hacerlo caer sobre aquellos pueblos que, en dieciocho años de guerra, apenas se habían sentido molestados como no fuese por las levas de hombres que hacía Bonaparte. Además, significaba que, de entonces en adelante, los que tenían la misión de defender la costa estarían en perpetua agitación a lo largo de la ruta entre Marsella y España, precisamente en el trozo que ellos creían más seguro. Eso comportaba la necesidad de destacar allí tropas y baterías para defenderlo de futuras incursiones, y, en consecuencia, sería preciso ampliar y reforzar las fuerzas disponibles distribuyéndolas a lo largo de aquellos trescientos veinte kilómetros de costa. Débil defensa, que sería fácil hundir en el punto más vulnerable por medio de

un ataque bien asestado por sorpresa, uno de aquellos golpes que eran un juego para un buque de línea que podía aparecer y desaparecer a su gusto en el horizonte. Si aquel juego se organizaba bien, la costa entera, desde Marsella a Barcelona, se podía mantener en perpetua alarma. Ése era el verdadero y único modo de yugular la fuerza del gigante corso. Además, una nave con buen viento viajaba diez o quince veces más deprisa que un destacamento de soldados, y un mensajero a caballo hubiese perdido si se apostaba a correr con ella. Hornblower había herido la costa a la izquierda y en el centro. Ahora, volviendo al lugar de la cita apresuradamente, podía herirla en el flanco derecho. En el estrecho asiento de la chalupa, se movía y cruzaba una pierna sobre otra, nervioso. Y, muriéndose de ganas de volver a ponerse en acción, se le hacían interminables los minutos que pasaban antes de verse a bordo de la *Sutherland*.

Por encima del agua llegó claramente a su oído la voz de Gerard, que decía: «Pero ¿qué demonios?». Debía de haber avistado en aquel momento la singular dotación de hombres desnudos. Inmediatamente sonaron los silbatos llamando a la guardia para recibir al capitán. Desnudo como vino al mundo, Hornblower recibió el saludo de los oficiales y de los marineros con toda dignidad y como si tal cosa. Atravesó la cubierta con la espada golpeándole acompasadamente las desnudas piernas; la prueba era inevitable y en veinte años de vida en el mar ya había aprendido a aceptar lo inevitable. La cara de los hombres de guardia parecía de piedra, en su enorme esfuerzo por contener la risa, pero Hornblower no se preocupó por ello. Aquella mancha de humo allá en el horizonte rubricaba un trabajo del que cualquier marinero podía sentirse orgulloso. Y permaneció desnudo sobre el puente hasta que terminó de dar a Bush las órdenes acerca del nuevo rumbo que debían tomar, y se dispuso a conducir a la *Sutherland* hacia el sur en busca de nuevas aventuras. El viento ya giraba precisamente hacia el sudoeste, y no era cosa de desperdiciar ni un segundo de viento propicio.

CAPÍTULO 13



Durante su larga correría por el sudoeste, la *Sutherland* no había visto ni rastro de la *Calígula*. Por lo demás, Hornblower no tenía ningún deseo de verla, por no decir que había hecho todo lo posible por no encontrarse con ella. Porque era posible que la *Pluto* hubiese llegado ya al punto de encuentro, en cuyo caso las órdenes del almirante anulaban lo que había dispuesto Bolton, y Hornblower debería renunciar a aprovecharse de otras ocasiones que pudieran ofrecerse para obrar por su cuenta antes de que expirase el plazo convenido. Por eso había aprovechado las horas de la noche para doblar el cabo de Bagur y la mañana del día siguiente le encontraba muy alejado de Palamós, lugar de la cita, con los montes catalanes que en el horizonte dibujaban una franja azulada sobre la amura de estribor.

Hornblower se encontraba sobre el puente desde el amanecer, una larga hora antes de que fuese avistada tierra. El navío había virado y, ciñéndose al viento, volvía nuevamente hacia el nordeste acercándose despacio a la costa, hasta que se pudo ver claramente el variable paisaje montañoso. También Bush estaba sobre el puente con un grupo de oficiales. Hornblower sentía fijas en él las miradas de todos, pero aparentaba no darse cuenta, paseando de un lado a otro y mirando de vez en cuando con el catalejo hacia la costa. Sabía que Bush y sus compañeros pensaban que si había llegado hasta allí, había sido con una idea determinada, que recibirían órdenes que los llevarían a correr otras aventuras parecidas a las que les habían amenizado las horas de los dos días anteriores. Ellos le suponían una diabólica y activa previsión e ingenio; y él, por su parte, se guardaría mucho de confesarles que aquellos éxitos se debían sobre todo a su buena suerte, y mucho menos les diría que si había llevado a la *Sutherland* tan cerca de Barcelona era porque su instinto le advertía que iba a suceder algo que no podía precisar aún.

El calor ya era sofocante. Hacia el oeste, el azul del cielo aparecía estriado de reflejos bronceados, y las cuatrocientas millas de Mediterráneo que había de por medio no parecían haber refrescado aquel viento que llegaba de Italia. Parecía que se respiraba en la boca de un horno y, un cuarto de hora después de haberse hecho duchar con la bomba, Hornblower se volvía a sentir empapado de sudor. La tierra que desfilaba ante su vista parecía no tener rastro alguno de vida humana. Era una hilera de elevados cerros de un uniforme color verde grisáceo; muchos de ellos terminaban en grandes mesetas de roca de paredes cortadas a pico. Y por todas partes había acantilados grises o castaños y también fragmentos de playa que brillaban dorados al sol. Entre el mar y las alturas corría la carretera más importante de Cataluña, la que va de Barcelona a Francia. Sin embargo, algo iba a salir de aquel desierto, pensaba

Hornblower. El ya sabía que paralela a la carretera principal había otra en el interior, un mal camino de herradura que los franceses no se atreverían a emplear, como no se viesen obligados a ello. Una de las razones por las cuales él se hallaba allí, precisamente, era por la esperanza de obligarlos a abandonar la carretera principal por aquella otra, en donde a los españoles les sería más fácil asaltar los convoyes. Éste era un resultado que podía obtener fácilmente con sólo hacer ondear la bandera inglesa a la vista de la costa, pero prefería aprovecharse para dar al enemigo una buena lección. Aquel golpe al ala derecha de los franceses no debía ser un golpe dado al azar.

Los hombres bromeaban y reían mientras baldeaban las cubiertas; si ya era consolador comprobar que estaban de buen humor, aún lo era más que fuese debido a las recientes victorias. Mirándolos, Hornblower sentía una gran satisfacción interna, pero luego, como era costumbre, le dominó la duda y se preguntó si sería capaz de mantener a los hombres con la moral tan alta. Un largo y monótono crucero de bloqueo pronto los llenaría de abatimiento y cansancio. Con resuelto optimismo, Hornblower apartó las dudas. Todo había salido bien hasta ese momento y no había ninguna razón para suponer que no siguiese igual en adelante. Aquel mismo día —aunque las probabilidades sólo fuesen de una contra cien—, debía aparecer alguna novedad. Tal vez aquella racha de buena suerte aún no se había terminado. Cien contra una o mil contra una, el caso es que Hornblower no desconfiaba ni desesperaba de que, en cualquier momento, se presentase una nueva ocasión de distinguirse.

Sobre una playa dorada destacaba un grupo de casitas blancas. Algunas barcas estaban fuera del agua sobre la arena; barcas de pescadores catalanes, a juzgar por su aspecto. Intentar allí un desembarco no era prudente. Podía darse la casualidad de que el pueblo ocultase una guarnición francesa. Aquellas barcas tal vez aprovisionaban de pescado fresco a los franceses, y no podría hacer nada contra ellos. Aquellos pobres diablos necesitaban vivir y quemar o capturar aquellas pobres barquitas significaría poner a toda la población contra los aliados ingleses, y Hornblower no ignoraba que en todo el globo terráqueo, Inglaterra solamente contaba con la alianza de la Península Ibérica.

En la playa había un gran movimiento de manchitas negras. Una de las barcas acababa de ser botada al agua. Acaso empezaba la aventura de aquel día. Hornblower presentía que su esperanza se había realizado. Separándose de la barandilla con el catalejo bajo el brazo, andaba de un lado a otro con la cabeza inclinada, aparentemente sumido en profunda reflexión.

—Capitán, una barca se ha separado de la costa —decía Bush tocándose el sombrero.

—Sí —contestó Hornblower con indiferencia. Sobre todo le preocupaba no

mostrar su impaciencia. Esperaba que los oficiales creyesen que él todavía no había visto la barca y tenía tanta sangre fría que no se apresuraba lo más mínimo para comprobarlo.

—Viene hacia nosotros, capitán —añadió Bush.

—Bien —dijo Hornblower impasible. Habían de pasar por lo menos diez minutos antes de que la barca estuviese al costado. Su meta debía de ser la *Sutherland*, pues, de otro modo, ¿por qué iba a hacerse a la mar con tanta prisa desde el momento en que avistó al buque? Los oficiales miraban con sus catalejos y se deshacían en comentarios en voz alta; Hornblower seguía paseando flemático y distraído. Ninguno sabía que, esperando la inevitable llamada, su corazón latía con fuerza.

—Al paio, señor Bush —dijo Hornblower, acercándose calmadamente a la borda para responder a la llamada que acababan de hacerle en catalán, idioma que no hablaba, pero, al saber un poco de francés y tener un amplio y profundo conocimiento del castellano, adquirido cuando estuvo prisionero bajo palabra de honor (dos largos años de inacción durante los cuales se entretuvo en aprenderlo), no le supuso un gran esfuerzo comprender lo que se decía. Contestó enseguida en español:

—Sí —dijo—. Éste es un buque inglés.

Los remeros de la barca eran catalanes andrajosos, pero en la popa se sentaba un extraño personaje con un magnífico uniforme amarillo y un alto gorro con una pluma. Apenas Hornblower hubo contestado, aquél se puso en pie.

—¿Me permite subir a bordo? —preguntó en castellano—. Tengo importantes noticias para usted.

—Será usted muy bienvenido —contestó Hornblower, y volviéndose hacia Bush le dijo—: Debe de ser un oficial español. Disponga lo necesario para recibirle con todos los honores.

El hombre, que subió y se detuvo lleno de curiosidad sobre cubierta, mientras sonaban los silbatos y los soldados presentaban armas, era un húsar. Su guerrera amarilla estaba adornada de negros alamares; cuatro dedos de galones dorados ornaban sus calzones amarillos. Las altas botas de cuero negro y lustroso cerradas bajo las rodillas por cordones que terminaban en borlas de oro ostentaban tintineantes espuelas, y sobre el hombro llevaba colgado con elegante negligencia un dormán de paño gris plateado, ricamente bordado de astracán. En la cabeza llevaba un morrión de húsar de astracán con una bolsa plateada colgando de la parte superior, detrás de una pluma de avestruz, y otros cordones de oro daban varias vueltas alrededor del cuello. Adelantándose hacia Hornblower arrastraba un pesado sable curvo.

—Buenos días, señor —dijo, saludando militarmente—. Soy el coronel José González de Villena y Dávila, de los húsares de Olivenza de su majestad católica.

—Encantado de conocerle —replicó Hornblower—. Yo soy el capitán Horatio Hornblower, de la nave *Sutherland* de su majestad británica.

—¡Veo que vucencia habla correctamente el español!

—¡Vucencia es demasiado amable conmigo! Es una verdadera suerte que conozca el español, ya que eso me permite dar a vucencia la bienvenida a bordo de mi buque...

—Gracias. Me ha costado un poco llegar hasta aquí. He debido apelar a mi autoridad para persuadir a esos pescadores a fin de que me trajeran. Tienen un miedo atroz de que los franceses lleguen a descubrir que se han comunicado con un buque inglés. ¡Mírelos! Reman como si en ello les fuese la vida.

—¿Conque de momento no hay guarnición francesa en ese pueblo?

—No, capitán; no hay guarnición.

Una curiosa expresión se pintaba en el rostro de Villena mientras decía esto. Era un hombre joven y pálido, aunque ahora bronceado, con el característico labio de los Habsburgo, hasta el punto de hacer sospechar que debía su eminente posición en el ejército español a alguna influencia familiar por parte femenina. Los ojos, de color castaño, tenían los párpados hinchados, y se cruzaron sin ninguna malicia con los de Hornblower. Más bien parecía que implorasen que no le preguntaran más cosas; pero Hornblower, deseoso de conocer los hechos, no quiso darse por enterado.

—¿Entonces, hay tropas españolas ahí?

—No, señor.

—Pero... ¿Y su regimiento, señor coronel?

—No está aquí, capitán. —Y continuó apresuradamente—: La noticia que debo daros... es que hay un ejército francés en marcha por la carretera del litoral. Se encuentra a unas tres leguas de aquí en dirección norte.

—¡Ejem! —dijo Hornblower. Precisamente era la noticia que más le podía interesar.

—La noche pasada estaban en Malgrat, en el camino de Barcelona. Son diez mil hombres; las divisiones de los generales Pino y Lecchi, del ejército de Italia.

—¿Cómo sabe eso?

—Es mi deber saberlo como oficial de caballería ligera —contestó Villena con dignidad.

Hornblower le miraba meditabundo. Ya hacía tres años que los ejércitos napoleónicos recorrían Cataluña en todos los sentidos. En innumerables batallas habían vencido a los españoles, y después de furiosos asedios habían dominado sus fortalezas; sin embargo, no eran más dueños del país de lo que lo fueron cuando insidiosamente se metieron en su territorio. Los catalanes no habían podido expulsar ni siquiera a la mescolanza de soldados empleados en esa parte de España (alemanes, suizos, polacos, todos los residuos de otros ejércitos); pero habían resistido valientemente, consiguiendo siempre nuevos refuerzos en cualquier rincón no ocupado del territorio, y habían fatigado al enemigo, obligándole a hacer continuas

marchas y contramarchas. Sólo que nada de eso explicaba el hecho de que un coronel de los húsares de Olivenza se hallase solo y abandonado en las cercanías de Barcelona, en el corazón de un territorio donde los franceses debían de ejercer pleno dominio.

—Entonces, ¿cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó Hornblower con cierta brusquedad.

—Por deberes del servicio, capitán —contestó Villena con altanería.

—Lo siento mucho, don José, pero no acabo de entenderlo. ¿Dónde se halla su regimiento?

—Capitán...

—¿Dónde?

—Lo ignoro, señor.

Todo el orgullo había desaparecido de las facciones del joven coronel Villena. Dispuesto a confesar su propia vergüenza, miraba al capitán Hornblower con ojos que imploraban comprensión.

—¿Dónde estaba la última vez que lo vio?

—En Tordera. Habíamos luchado... contra el general Pino.

—¿Y perdieron?

—Sí. Ayer. Los hombres de Pino volvían de Gerona y nosotros bajamos de la montaña para cortarles el camino. Sus coraceros rompieron nuestras filas y nos dispersaron. Mi... mi caballo murió en Arenys de Mar, ahí.

Aquel lamentable cuadro descrito en pocas palabras dio pie a Hornblower para sospechar toda la verdad. Lo veía todo: las hordas indisciplinadas, colocadas en una altura, esperando la furiosa carga en que había sido dispersado el regimiento de caballería; el pánico y la fuga desordenada. Todos los pueblos de los alrededores debían de albergar fugitivos. Villena había galopado desesperadamente hasta que su caballo cayó reventado. Disponiendo seguramente de un caballo mejor que los demás, había llegado más lejos, y si no hubiese muerto el animal, tal vez estaría huyendo todavía. Los franceses, en su esfuerzo por reunir a diez mil hombres, habían evacuado los pueblecitos, y por eso Villena se libró de caer prisionero, a pesar de hallarse, como Hornblower observó, entre el ejército francés en marcha y su base de Barcelona.

Ahora que ya veía claramente los hechos no creía necesario detenerse en las peripecias del coronel; tenía que animarle, porque de ese modo seguramente le sería más útil.

—La derrota es una desgracia con la que todos los soldados pueden tropezar más tarde o más temprano —sentenció Hornblower—. Esperemos que hoy podamos tomarnos el desquite por lo acaecido ayer.

—Nos hemos de desquitar de muchas cosas más —contestó Villena.

Al decir esto, metió una mano en el interior de la guerrera y sacó un pliego impreso que entregó a Hornblower. Éste lo descifró aproximadamente, porque estaba redactado en catalán; pero al menos consiguió entender su sentido. Era una especie de proclama que empezaba así: «Nos, Luciano Gaetano Pino, Caballero de la Legión de Honor y de la Corona de Hierro de Lombardía, General de División, Comandante de las Fuerzas de Su Majestad Real e Imperial Napoleón I, Emperador de los franceses y Rey de Italia, quien, en el distrito de Gerona, con el presente decreto ordenamos...». Seguían numerosos párrafos enumerando todos los delitos posibles e imaginables cometidos contra la «Imperial y Real Majestad» y todos los párrafos terminaban (según pudo comprender Hornblower) con un «será fusilado», «pena de muerte», «será ahorcado», «será quemado»; y casi fue un alivio que esta última amenaza no se aplicase a las gentes, sino a los pueblos que diesen asilo a los rebeldes.

—Han quemado casi todos los pueblos, allá, en la montaña —dijo Villena—. Y la carretera de Figueras a Gerona (son diez leguas, capitán), está llena de horcas y de cada una pende un cadáver.

—¡Horrible! —replicó Hornblower; pero no animó a Villena a seguir hablando, imaginándose que un español que empezase a describir los sufrimientos de su patria no se iba a detener así como así—,

¿Y dice que el general Pino marcha por la carretera de la costa?

—¡Sí!

—¿Sabría decirme si el agua es bastante profunda en algún lugar cercano a la playa?

Ante esa pregunta, el coronel levantó las cejas sin saber qué decir, y Hornblower comprendió que no era acertado interrogar a un coronel de húsares sobre las honduras marinas. Por eso pasó a otra pregunta.

—¿Cree que hay baterías para proteger la carretera de cualquier ataque que provenga del mar?

—¡Oh, sí! He oído decir que las hay.

—¿Dónde?

—¡Ah! Eso sí que no lo sé.

Hornblower comprendió que probablemente el coronel Villena no era capaz de proporcionar exactas informaciones topográficas de ningún sitio, tal como se podía esperar de un coronel español de la caballería ligera.

—Bueno, pronto lo vamos a saber —dijo.

CAPÍTULO 14



Hornblower había conseguido librarse de la compañía del coronel Villena, que una vez que hubo confesado su mala suerte, revelaba una histérica verborrea y una patética incapacidad para dejar en paz a su nuevo amigo. Hornblower le había acomodado, para estar más libre, en un sillón cerca de la batayola a fin de que no le estorbase, y él se refugió en el silencio de su cabina para dedicarse al estudio de las cartas náuticas. Se veían en ellas las indicaciones de las baterías; la mayor parte procedía del tiempo, no lejano, en que España estuvo en guerra contra Gran Bretaña, y tenían por objeto proteger a los buques que navegaban por aquellos lugares. En resumen, las baterías habían sido colocadas en lugares en que hubiese no solamente aguas profundas, sino también pequeños promontorios y alguna ensenada que pudiese ofrecer refugio. A nadie se le había ocurrido jamás que una columna de hombres en marcha podía ser atacada desde el mar y por eso zonas de costa muy expuestas (como aquellos veinte kilómetros que hay desde Malgrat a Arenys de Mar), que no ofrecían ninguna ensenada, habían sido olvidadas. Desde que un año atrás estuvo Cochrane por aquellos parajes con la *Impérieuse*, navíos ingleses habían dado que hacer a Francia.

Pero, por otra parte, los franceses ya tenían demasiados quebraderos de cabeza para detenerse a pensar en meras posibilidades. Era bastante probable que hubieran descuidado las precauciones, en cuyo caso no tendrían ni bastantes hombres capacitados ni bastante artillería pesada para defender toda la costa. Lo que buscaba Hornblower (basándose en estas suposiciones), era un punto en la costa que distase por lo menos una milla y media de cualquier batería, donde el agua fuese profunda, para poderse adentrar en ella y luego barrer desde allí la carretera principal con sus cañones. La *Sutherland* ya se había puesto una vez fuera del tiro de una batería, y ésa era la única señalada en el mapa a lo largo del lugar en cuestión. Era poco probable que desde que fueron dibujados aquellos mapas los franceses hubiesen construido otros fortines. Si la columna del general Pino había abandonado Malgrat al amanecer, en esos momentos la *Sutherland* debía de hallarse poco más o menos a su altura. Hornblower buscó aquel punto que su instinto le indicaba como el más apropiado, e inmediatamente subió a cubierta para dar sus disposiciones a fin de dirigirse a él.

Apenas volvió a ver al capitán, Villena saltó del asiento y corrió hacia él con gran tintineo de espuelas, pero Hornblower consiguió cortésmente ignorarle, fingiendo estar enfrascado en la conversación con su segundo, al que daba instrucciones.

—Cargue los cañones y sáquelos inmediatamente, por favor, señor Bush — terminó.

—Sí, señor —dijo Bush.

Bush se quedó mirándole suplicante. La última orden, con sus características de urgencia, condujo a su espíritu al pináculo de la curiosidad. Todo lo que sabía era que un coronel *dago* había subido a bordo; por qué se encontraban en aquellos lugares y cuáles eran las intenciones de Hornblower, todo eso representaba un misterio para él. Hornblower tenía la habilidad de ocultar sus proyectos hasta el último instante, a fin de que, en el caso de que fracasaran, sus subordinados no pudiesen calcular la profundidad del desastre. Pero había momentos en que Bush sentía que aquellas reticencias del capitán le acortaban la vida. Por eso se quedó agradablemente sorprendido de que esta vez Hornblower condescendiese a darle explicaciones, y jamás sospechó que aquella desacostumbrada locuacidad solamente se debía al deseo de evitar tener que distraer al coronel Villena con amable conversación.

—Por esa carretera debe de pasar una columna francesa —había dicho Hornblower después de un momento de silencio—. Querría ver si podíamos colocarles algunos cañonazos.

—Sí, señor.

—Ponga a un hombre entendido con la sonda.

—Sí, señor.

Ahora que lo deseaba, Hornblower encontraba difícil hacer una confidencia a Bush. Durante casi mes años había reprimido todos los impulsos de decir cualquier palabra innecesaria a su segundo, y los flemáticos «Sí, señor» de Bush tampoco le ayudaban gran cosa. Intentó olvidarse de Villena poniéndose a mirar con su catalejo y escrutando con muchísima atención las colinas, amenizadas con un verde un poco gris, que llegaban casi hasta el agua. Al pie de ellas se extendía la carretera, que tan pronto estaba a poca distancia del mar como se metía a unas decenas de pies en el interior.

De pronto, lejanísima en el objetivo de la lente, apareció una manchita oscura. Hornblower miró a otra parte para descansar la vista, y luego volvió a aplicar el ojo al catalejo. Era un hombre a caballo que se adelantaba, enseguida Hornblower vio algo así como una nube que andaba; una nube de la que salían resplandores y chispas metálicas. No había duda: aquello era un cuerpo de caballería, seguramente la vanguardia del ejército de Pino. Dentro de muy poco, la *Sutherland* lo tendría enfrente.

Hornblower calculó la distancia de la nave hasta la carretera: media milla poco más o menos. Un Uro fácil, menos fácil sin embargo de lo que él hubiese querido.

—¡A nueve brazas! —cantaba el hombre de la sonda. En aquel lugar aún podía acercarse más a tierra, aunque luego hubiese que virar para seguir a Pino. Valía la pena recordarlo. Mientras la *Sutherland* iba al encuentro de la columna, Hornblower tenía mucho que hacer, grabando en su memoria los puntos de referencia en tierra y la

correspondiente profundidad frente a ellos. Ahora ya se veía por completo el escuadrón de caballería y los hombres adelantaban prudentemente con las espadas desenvainadas, mirando a su alrededor vigilantes. En una guerra en que cada piedra y cada matorral podía ocultar un enemigo resuelto a matar al primero que se pusiera a tiro, era comprensible que tomaran tantas precauciones.

A poca distancia de la vanguardia, Hornblower distinguía otro escuadrón más largo y, detrás de éste, una fila interminable de puntitos blancos que tenían un raro parecido con las patas de una gigantesca oruga que se moviesen todas a la vez. De pronto sonrió: eran los calzones de una columna de infantería que marchaba acompasadamente y las guerreras azules se confundían con el paisaje de fondo grisáceo.

—¡A diez y media! —exclamó el sondador.

En aquel lugar la *Sutherland* aún podía acercarse. Pero de momento era mejor permanecer a una distancia que pareciera menos amenazadora a las miradas del enemigo. Ese enemigo, entretanto, acogía de una manera muy curiosa su inesperada presencia. Los jinetes que se hallaban de cara a la *Sutherland* agitaban alegremente sus gorras. Pino y sus soldados jamás habían sido bombardeados desde el mar y no tenían ninguna experiencia sobre el desastroso efecto que podían ocasionar las bocas de fuego de un navío. El gracioso navío de doble cubierta, con su pirámide de blanca lona, era una cosa que estaba muy lejos de su experiencia. Poniéndose ante un ejército enemigo en campo abierto, hubiesen sabido calcular su potencia; en cambio, nunca hasta entonces se habían enfrentado a un buque de guerra. Por sus lecturas, Hornblower sabía que los generales de Bonaparte eran más bien desconsiderados y despreciaban las vidas de sus hombres; aparte de eso, cualquier paso que dieran para evitar el fuego de la *Sutherland* podía tener grandes inconvenientes, como volver a Malgrat para meterse por el camino del interior, o intentar alcanzarlo atravesando las colinas en línea recta. Hornblower imaginaba que el general, mirando con su catalejo a la *Sutherland* desde el lugar que ocupara en la columna, había decidido hasta cierto punto desafiar el fuego y proseguir la marcha con la esperanza de poder pasar con pocas pérdidas. Si era así, hacía muy mal sus cuentas, pensó Hornblower.

Allí estaba, frente a él, el primer regimiento de caballería; un segundo regimiento se adelantaba entre un relampagueo metálico, que bajo el sol deslumbrador tenía los reflejos de un torrente de fuego.

—¡Ahí están los coraceros! —gritaba Villena, gesticulando desaforadamente al costado de Hornblower—. Capitán, ¿por qué no dispara?

Hacía un cuarto de hora que el coronel estaba hablando sin que Hornblower hubiese oído una palabra. No iba a echar a perder un ataque por sorpresa disparando sobre un blanco inseguro, como era el de una columna de caballería que podía ponerse rápidamente fuera de tiro. Era preferible abrir fuego sobre la infantería, más

lenta de movimiento.

—¡Señor Bush, mande los hombres a los cañones! —dijo sin fijarse en Villena. Y al timonel—: Cuarta a estribor.

—¡Y nueve y media! —cantaba el de la sonda.

La *Sutherland* se acercó aún más a la orilla.

—¡Señor Gerard! —gritó Hornblower—. ¡Apunte a la carretera! Daré una señal para hacer fuego.

A la caballería seguía una batería de artilleros a caballo; el trabajo de los cañones demostraba lo accidentado de la carretera que, sin embargo, era una de las grandes arterias de comunicación española. Los hombres sentados en la delantera de los carros agitaban las manos en gesto de saludo hacia el majestuoso navío que veían tan cercano.

—¡Marca seis! —gritó el hombre que sondaba.

Era una imprudencia querer acercarse más.

—Cuarta a babor. ¡Derecho! —ordenó Hornblower. A bordo de la *Sutherland* se hubiese podido oír volar una mosca. Los artilleros estaban inmóviles como estatuas. Ahora la nave se hallaba a la altura de la infantería; una larga y apretada masa de soldados que marchaban con paso marcial, uniformados con calzón blanco y guerrera azul, aparecían casi irreales tras las espesas nubes de polvo. Las caras blancas resaltaban sobre las oscuras guerreras, todas vueltas en dirección al hermoso velero que se mecía sobre las tranquilas aguas azules como de esmalte. El espectáculo era una agradable distracción en medio del cansancio de una marcha fatigosa y monótona, en una guerra en que cada día era necesario andar sin descanso. Gerard no daba órdenes para cambiar la elevación por el momento: allí la carretera corría a nivel durante media milla, a cincuenta pies por encima del mar.

Hornblower se llevó a los labios el silbato de plata. Gerard había visto el ademán. Aun antes de que saliese el silbido el cañón del centro de la cubierta había disparado, y un segundo después seguía la descarga de toda la batería con un fragor formidable. La *Sutherland* se estremeció con el estampido y enseguida el aire se llenó de un humo acre y blanquecino.

—¡Por Dios, mirad qué destrozo! —exclamó Bush. Cuarenta y un proyectiles habían barrido la carretera. Durante cincuenta yardas por lo menos, la columna estaba destrozada. Filas enteras habían volado por los aires, y los supervivientes miraban pasmados a su alrededor. Mientras tanto, la cubierta de la *Sutherland* volvía, a resonar bajo el peso de las ruedas de los cañones, que eran colocados de nuevo en posición. El buque se conmovió de nuevo por una segunda descarga, y después de la primera brecha abierta en la columna, vino la segunda.

—¡Dadles otra, muchachos! —gritaba Gerard.

La columna esperaba la tercera descarga, inmóvil, alelada. El humo había llegado

ya a la playa y envolvía las rocas como con sutiles velos.

—¡Nueve menos cuarto! —cantaba el marinero.

La *Sutherland* aún podía avanzar un poco más, allí donde el agua se hacía profunda. El escuadrón que venía detrás de los ya castigados, viendo al terrible barco que se acercaba implacable para hacerlo volar y exterminarlo, víctima de un pánico atroz, se daba a la fuga intentando volver sobre sus pasos.

—¡Metrala, señor Gerard! —gritó Hornblower—. ¡Cuarta a estribor!

Más allá, la columna no se había movido; los que se dieron a la fuga chocaron con los compañeros que estaban parados y pronto la carretera estuvo taponada por una masa de cuerpos que forcejeaban. La *Sutherland* apuntaba despiadadamente a las órdenes de su capitán, con la precisión de un autómatas, descargaba a intervalos regulares una tempestad de metrala que barría las filas, dejando grandes claros.

—¡Que el diablo me lleve! —exclamaba Bush—. Así aprenderán. Villena, con el dormán al viento y la pluma de avestruz ondeante, las espuelas tintineando, castañeteaba los dedos y bailaba como un titiritero.

—¡A siete! —anunciaba imperturbable el hombre de la sonda. Pero la mirada de halcón de Hornblower se había fijado en una minúscula punta que adelantaba desde tierra firme y al pie de la cual afloraban algunos pequeños escollos.

—¡Preparados para virar! —gritó con la voz ronca.

La mente de Hornblower trabajaba a un ritmo febril. El agua era bastante profunda, pero la punta señalaba un escollo a flor de agua, una trampa en la que el bajel podía quedar cogido sin darse cuenta. En un abrir y cerrar de ojos, la *Sutherland* se había puesto a barlovento alejándose de la orilla. Desde la popa se podía ver todo el pedazo de carretera que había barrido su fuego. Había montones de muertos y de heridos; a la orilla de la carretera, apenas habían quedado en pie dos o tres hombres y algunas figuras se inclinaban sobre los heridos. Pero la mayoría de los supervivientes se habían puesto a salvo en las alturas circundantes, y todas las ásperas pendientes verdegris hormigueaban de calzones blancos.

Hornblower exploró la playa; al otro lado del pequeño escollo, el agua debía de ser más profunda, y ordenó a Bush que pusiese de nuevo dirección hacia la orilla. Al ver que la nave se acercaba, la infantería echó a correr cuesta arriba por las pendientes de las alturas vecinas; pero la artillería no tenía salvación. Hornblower veía vacilar a los artilleros y a los conductores de los furgones, sin acabarse de decidir a obrar. Luego, un oficial que parecía el jefe de una batería, con la pluma agitándose al viento, galopó a lo largo de la línea, gesticulando y gritando órdenes. Los conductores dieron la vuelta a los carros, llevando los cañones hasta la mitad de la carretera, con las bocas apuntando al mar.

Los artilleros, saltando al suelo desde los armones, trabajaban frenéticamente para colocar las piezas en posición. Pero ¿qué podría hacer una batería de campaña de

piezas del nueve contra la artillería pesada de la *Sutherland*?

—Reserve su fuego para la batería, señor Gerard —gritó Hornblower.

Gerard agitó el sombrero para indicar que había comprendido. Lenta y fatigosamente viraba la *Sutherland*. Un cañón disparó prematuramente y Hornblower se sintió satisfecho al ver que Gerard tomaba nota de ello con el fin de castigar a los servidores indisciplinados. Luego retumbó el estallido de la andanada de toda la batería, en el preciso momento en que los artilleros italianos se hallaban cargando afanosamente sus piezas. La humareda invadió el puente unos minutos, y sólo cuando dos de los cañones servidos por los mejores artilleros volvieron a tronar se despejó. El viento arrastró consigo el humo en una masa compacta, y entonces pudo verse a la desdichada batería contraria. Un cañón, que había pedido una rueda, estaba de través, y ofrecía un aspecto grotesco. Otro, herido en la boca y reventado, parecía apuntar al cielo en una amenaza inocente. A su alrededor había montones de muertos y los vivos aparecían idiotizados. El oficial montado había saltado al suelo y corría hacia el cañón más próximo, mientras su caballo huía enloquecido. Hornblower comprendió que intentaba animar a sus hombres, persuadiéndolos tal vez de que disparan por lo menos un cañonazo, aunque no fuese más que como desafío hecho a aquel enemigo inesperado e implacable.

—¡Duro, muchachos! ¡Otra vez! —decía Gerard, y la *Sutherland* se escoró una vez más ante la andanada.

Al desaparecer la humareda, se vio que la batería francesa estaba completamente destrozada; alrededor de los cañones no había quedado un alma viviente. Al adelantarse la *Sutherland* se halló ante un nuevo escuadrón de infantería (seguramente debía de ser la segunda mitad de la columna), el cual al acercarse el bajel buscaba amparo desordenadamente, trepando por las alturas vecinas. Por experiencia sabía Hornblower que el pánico que rompiera las filas de un ejército era tan peligroso como si las diezmasen el fuego. Si hubiese sido por él, de buena gana hubiese ahorrado la vida de aquellos infelices; pero comprendía que sus hombres preferían ver los efectos tangibles de las bajas al enemigo y no la simple desmoralización, cuya importancia no eran capaces de comprender.

Sobre un lugar elevado que dominaba el camino, Hornblower descubrió un grupo de jinetes. Tenían caballos magníficos y vestían variados uniformes, ricamente galoneados de oro, con cascos y plumeros de distinta forma y color. Debía de ser el estado mayor, y, en espera de nuevas tropas que se pusieran a tiro, bien podían servir de blanco. Un gesto le bastó para hacerse comprender de Gerard; dos guardiamarinas corrían ya a señalar el nuevo objetivo a los artilleros del puente inferior. El propio Gerard se inclinó sobre el cañón que tenía más cerca y lo inclinó, mientras los artilleros modificaban el ángulo de tiro siguiendo las órdenes que gritaba a través de su altavoz. Gerard se hizo a un lado y tiró del cabo, y todos los cañones dispararon

siguiendo al suyo.

El brillante grupo se vio sorprendido inesperadamente por una descarga. Hombres y caballos cayeron mezclados; ni uno quedó montado. Hornblower se preguntó si entre aquellos no se hallaría el general Pino, y con gran sorpresa por su parte se vio deseando ardientemente que una bala le arrancase ambas piernas. Hasta aquella misma mañana, jamás había oído nombrar al general Pino, pensó, y sintió un ligero desprecio hacia sí mismo por su ciega animosidad contra un hombre por la única razón de que era un enemigo.

En la carretera, un oficial había colocado a sus hombres en orden de batalla, impidiéndoles desbandarse, por lo que resultaban un blanco tan magnífico que no se podía pedir más. Hornblower viró y les descargó una nueva andanada sin vacilar. El humo le cegó y sintió un golpe seco en la balastrada en que se apoyaba. Era una bala de mosquete que alguno de los soldados de enfrente debió de disparar desde una distancia de doscientas yardas, y que quedó medio empotrada en la madera. Cuando llegó debía de ir ya casi sin fuerza, porque quedó hundida hasta la mitad en la madera y conservaba su forma. Como casi quemaba, Hornblower sacó su pañuelo y la cogió, recordando de pronto que cuando era chico hacía lo mismo con las castañas recién sacadas del fuego.

Al disiparse el humo pudo ver el destrozo causado en las filas enemigas; había un montón de muertos, y el griterío de los heridos llegaba hasta él. Se alegró al ver que los soldados franceses trepaban por las colinas y no presentaban ya ningún blanco importante, pues estaba harto de aquella mortandad.

Bush blasfemaba excitadísimo y Villena bailaba de contento. Seguramente pronto llegaría la retaguardia; seguro que entre ésta y la vanguardia no debían de ocupar más allá de doce o catorce kilómetros de carretera. En tanto pensaba así, Hornblower se fijó en que ésta estaba llena de vehículos inmóviles, cada uno tirado por cuatro caballos; debían de ser los pertrechos y bastimentos. Más lejos había una hilera de carreteras campesinas, y cada una llevaba tres yuntas de pacientes bueyes de un color oscuro uniforme, con las cabezas protegidas por pieles de cordero. Junto a los carros había centenares de mulos, encorvados bajo el peso de la carga, que les daba un grotesco aspecto deformado. No quedaba ni rastro de hombres; los conductores eran simples manchitas que trepaban por las colinas, habiendo abandonado su carga.

Por la famosa Crónica de la actual guerra de España sabía Hornblower cómo a causa de las dificultades de los transportes allí un mulo o un caballo valían tanto o más que un soldado.

—¡Señor Gerard! —llamó decidido—. Cargue con metralleta, es necesario matar a todas aquellas bestias de carga.

Un murmullo de conmiseración se propagó entre los hombres al oír sus palabras. Aquellos idiotas sentimentales, que no vacilaban y sentían una alegría feroz cuando

se trataba de ametrallar a los hombres, ahora ponían objeciones a matar animales. Y la mayoría de ellos creería su deber no dar en el blanco.

—Tiro al blanco. Y un cañón cada vez —intimó Hornblower.

Al contrario que sus amos, las bestias serían un buen blanco y con ellas no se perderían las municiones. Mientras la *Sutherland* pasaba delante de la playa, sus cañones, uno tras otro, iban soltando su mortífera carga a una distancia mínima. Caballos y mulos rodaban por el polvo, coceando y relinchando. Algunos mulos, locos de espanto, habían conseguido sacudirse la carga y, saltando la cuneta de la carretera, intentaban trepar por los peñascos de las laderas. Las tres parejas de bueyes uncidas a un carro cayeron simultáneamente fulminados; unidos por el yugo, los animales, con la cabeza inclinada hacia delante, parecían arrodillados en oración. Un nuevo murmullo de lástima dio la vuelta por los puentes, al ver el resultado de aquel buen tiro.

—¡Silencio por ahí! —gritó Gerard, que comprendía la importancia del trabajo que tenían entre manos.

—Por favor, señor... —Bush tiraba a Hornblower de la manga, proponiéndole una idea que se le acababa de ocurrir—. Si saltase a tierra con unos cuantos hombres en la chalupa, podría prender fuego a aquellos carros y destruirlo todo.

Hornblower sacudió la cabeza. Era muy propio de Bush proponer un plan tan absurdo como aquél. Los franceses podían huir ante un cañoneo al que no tenían medios para responder; pero si se trataba de un desembarco, entonces sabrían enseñar los dientes, con más fiereza aún, dadas las pérdidas que acababan de sufrir. Si para los marinos de la *Sutherland* no había resultado imposible realizar un ataque por sorpresa a un fortín, con cincuenta artilleros, era cosa muy diferente efectuar un desembarco a la vista de un ejército disciplinado. Las objeciones con que Hornblower intentaba dorar la píldora de la negativa se perdieron entre el estruendo de una nueva explosión, y cuando volvió a abrir la boca para terminar su explicación se vio interrumpido por nuevos acontecimientos.

De pie sobre un carro, un hombre agitaba desesperadamente un lienzo blanco; debía de ser un oficial, a juzgar por la guerrera azul adornada de rojas charreteras. Si quería rendirse, debía saber que su pretensión era imposible. Debería soportar el próximo disparo. El oficial pareció darse cuenta, e inesperadamente se inclinó y se volvió a levantar y mientras seguía agitando el pañuelo, con el otro brazo sostenía a alguien que debía de estar tendido en el fondo del carro y que caía sin fuerzas. Llevaba vendados la cabeza y un brazo; entonces comprendió Hornblower que aquello debían de ser las ambulancias del ejército, cargadas de enfermos y heridos del encuentro del día anterior. El oficial de las charreteras rojas debía de ser un médico militar.

—¡Paren el fuego! —intimó Hornblower e inmediatamente se llevó el silbato a la

boca. Demasiado tarde para impedir una nueva descarga, pero por suerte había sido mal calculada y solamente levantó tierra y polvo de un costado de la carretera. Era ilógico respetar a animales de tiro de valor incalculable para los franceses por miedo a dar a unos hombres heridos que, más adelante, podían recuperarse y convertirse de nuevo en enemigos activos, pero así eran las convenciones de la guerra, que derivaban su absurdidad de la propia guerra.

La retaguardia que seguía al convoy de los equipajes se había desbandado, metiéndose por trochas y barrancos, de modo que no valía la pena derrochar pólvora y metralla; era mejor volver atrás y apuntar al grueso del ejército otra vez.

—Cambie de bordada, señor Bush —dijo Hornblower—. Quiero variar nuestro rumbo. Pero no era fácil tomar un rumbo opuesto. El viento, que hasta entonces había venido a la *Sutherland* por la aleta, había cambiado de proa, y la nave no podía mantenerse paralela a la costa sino ciñéndose a aquél lo mejor posible. Para salir mar afuera, cuando alcanzasen los pequeños promontorios que bordeaban la costa la nave tendría que virar de bordo por avante, y su deriva podía ponerla en peligro si no actuaban con muchísimo cuidado. Pero había que hacer todo lo posible para hostigar a los italianos y que comprendieran que no podrían usar la carretera de la costa de allí en adelante. Bush (Hornblower se lo leía en los ojos) estaba encantado de que el capitán realizase su idea hasta el fin y no se contentara con marcharse después de desfilarse ante la columna, y los artilleros de los cañones de estribor, que hasta aquel momento habían sido meros espectadores, se frotaban las manos al pensar que podrían al fin tomar parte en la acción.

Se necesitó algún tiempo antes de que la *Sutherland* pudiese virar y ponerse nuevamente a tiro. Hornblower se sentía satisfecho al ver que los regimientos, reagrupados, adivinando las intenciones de su verdugo, volvían a desbandarse colina arriba. Pero la *Sutherland*, que no estaba hecha para navegar a la bolina, apenas hacía tres nudos por hora, y eso teniendo en cuenta el caprichoso viento y lo escarpado de la costa, en tanto que las tropas, marchando con rapidez, tal vez pudiesen mantener una buena distancia. Quizá los oficiales italianos se dieran cuenta pronto de ello. Tenía que hacer enseguida todo el daño que pudiera.

—¡Señor Gerard! —llamó Hornblower—. Puede disparar cañonazos sueltos cuando le parezca que vale la pena. Pero procure apuntar bien.

—¡Sí, señor!

Un grupo de un centenar de soldados se había amontonado en una eminencia casi enfrente de la *Sutherland*. Gerard quiso apuntar él mismo el cañón y, poniéndose en cuclillas detrás de él, calculó la distancia con la máxima elevación. La bala hirió la roca, rebotó y cayó en medio del grupo, que se dispersó instantáneamente, dejando dos o tres cadáveres en el suelo. La tripulación dio un grito de entusiasmo, Marsh, el artillero, a quien Gerard había mandado llamar para que le ayudara en la delicada

tarea, acudía corriendo; a un disparo suyo bien colocado cayeron otros hombres reunidos alrededor de un palo en el que Hornblower, aguzando el ojo por el catalejo, reconoció una de aquellas águilas imperiales que los boletines napoleónicos nombraban con frecuencia y que solían servir de arma humorística a los caricaturistas ingleses.

La *Sutherland* adelantaba entre un regular estampido de descargas. Entretanto, la dotación aplaudía, viendo rodar por el polvo algunas de las hormiguitas de la colina; en cambio, otras veces, algún tiro desafortunado era acogido con un silencio glacial.

Este ejercicio fue una valiosa demostración para los artilleros de que era necesario conocer bien el tiro de sus cañones, su alcance y el desvío que marcaban, aunque en un buque de línea era tradición disparar con la mayor rapidez, sin necesidad de perder tiempo apuntando, cuando se hallaban junto al enemigo.

Ahora que el oído no se hallaba ensordecido por el continuo tronar de las descargas de varios cañones a la vez, después de cada disparo se percibía el sordo eco que devolvían las paredes rocosas de los collados y que formaban extrañas vibraciones a través del enrarecido aire canicular. Hacía un calor espantoso. Mirando a sus hombres beber ávidamente en el pequeño grifo cerca de la escotilla, vigilados por los suboficiales y por turno riguroso, Hornblower se preguntaba si aquellos pobres diablos que trepaban por aquellos derrumbaderos bajo un sol de justicia no padecerían los horrores de la sed. Seguramente sí. Él no sentía ningún deseo de beber; estaba demasiado preocupado, teniendo que poner atención al marinero que sondaba, observar los efectos de los cañonazos y cuidar de que el buque no encallase en ningún bajío.

Aquél que estaba al mando de la batería, allí en la carretera, era un hombre que tenía sentido del deber. Savage, desde la cofa de trinquete, fue el que llamó la atención a Hornblower hacia aquel individuo. Los tres cañones que aún se hallaban en buen estado habían sido llevados allí a fuerza de brazos y colocados diagonalmente a través de la carretera, y apuntaban hacia el buque. Abrieron fuego en el mismo instante en que Hornblower, atraído por el grito del guardiamarina, dirigía el catalejo hacia ellos. ¡Sssh! Una bala pasó silbando sobre la cabeza de Hornblower y apareció un agujero en la vela mayor. Al mismo tiempo, un chasquido indicó que otra bala había caído en la proa. Se necesitarían por lo menos diez minutos antes de que la *Sutherland* pudiese apuntar una batería entera contra aquellos importunos cañones.

—Señor Marsh, apunte los cañones de proa de estribor contra aquella batería. Y usted, Gerard, continúe tirando al blanco —mandó Hornblower.

Ejercitarse en el tiro, hallándose bajo el fuego real del enemigo, era una experiencia de incalculable valor para los artilleros, y nadie como Hornblower conocía la diferencia que existía entre disparar al blanco y hacer de blanco. Pensó que

por un par de pérdidas de escasa importancia valía la pena soportar aquello como parte de los ejercicios de capacitación de sus hombres. Pero, de pronto, se sintió horrorizado ante la idea de que él mismo condenaba a sus hombres a la mutilación o la muerte; y no era eso únicamente, sino que él mismo podía ser una de las víctimas. Era cruelmente fácil separar mentalmente las teorías académicas de la guerra y su realidad humana, aunque se tratara del propio pellejo. Para los hombres de la *Sutherland* aquellos fantoches uniformados que hormigueaban por la colina no eran seres humanos que sufrieran calor, sed y cansancio, y las figuras inmóviles que yacían en el polvo no eran cadáveres destrozados, que pocos minutos antes eran todavía padres o amantes. Hubiesen podido ser soldaditos de plomo, por lo poco que importaban a los artilleros que los habían matado. Era una locura que en aquel momento, sin preocuparse del sol que derretía los sesos, ni de los estampidos que le rodeaban, Hornblower pensase en lady Bárbara y en el colgante de zafiros que llevaba al cuello, y en María, que, con el progreso del embarazo, debía de estar más redonda que nunca. Con un esfuerzo desechó esos pensamientos que le habían distraído en tanto que sus baterías seguían disparando.

Los cañones de proa seguían batiendo la batería de campaña. Su fuego podía desestabilizar a los hombres de la batería. Los cañones grandes apenas hallaban blanco sobre el que hacer fuego, pues los soldados de la carretera se desbandaban obstinadamente, trepando por las laderas en pequeños grupos; el más numeroso de ellos no lo formaban ni cinco hombres, y algunos ya se recortaban en las alturas contra el límpido cielo. Los oficiales tendrían mucho que hacer para reunir de nuevo a sus soldados y cualquiera que deseara desertar (la Crónica de la actual guerra de España recalca la tendencia de los italianos a desertar) tendría muchas facilidades aquel día.

Un crujido seguido de un grito anunció a Hornblower que uno de los cañonazos que le mandaban desde tierra había ocasionado a la *Sutherland* por lo menos una de las pérdidas que tanto había temido. Por el tono agudo del alarido, debía de tratarse de un grumete. Hornblower calculó que antes de llegar a donde se proponía tendría aún que soportar como mínimo un par de disparos más. Allí estaba el primero, que pasaba zumbando como un enjambre de millares de abejas en una misión urgente. Al parecer, los artilleros habían calculado mal la distancia de tiro, que decrecía rápidamente. La burda del juanete se partió con un rumor seco. Con un gesto, Bush mandó ajustarla de nuevo. Ahora la *Sutherland* debía virar para estar dispuesta a dar la vuelta al escollo y seguir adelante arizando.

—Señor Gerard, voy a cambiar de bordada. Prepárese para abrir fuego contra la batería en cuanto los cañones estén dispuestos.

—Sí, señor.

Bush envió a los hombres a las brazas. Hooker estaba delante, a cargo de las

escotas de las velas de proa. La *Sutherland* cambió limpiamente de bordada cuando se viró el timón, y Hornblower contempló las baterías de campaña, ahora a menos de un cuarto de milla de distancia, a través de su catalejo.

Entretanto, los artilleros de la carretera veían las maniobras del buque y, conociéndolas ya de antes, comprendían que una tempestad de disparos iba a desencadenarse sobre ellos. Hornblower vio a un hombre abandonar una pieza y esforzarse desesperadamente por huir cuesta arriba, a fuerza de manos y de pies. Otros le imitaron y aun hubo quienes, víctimas de un miedo espantoso, se habían echado de cara al suelo. Solamente uno había quedado en pie junto al cañón y movía frenéticamente los brazos, dando gritos como un condenado. Otra vez volvió a estremecerse la *Sutherland* con el estampido de sus cañones, y el viento se llenó de un humo acre, que envolvió la batería entera. Cuando se hubo disuelto no quedaba nada de aquélla; nada más que restos: ruedas rotas y una boca que apuntaba hacia arriba. Los cañones estaban destrozados. Había sido una andanada muy bien colocada; los artilleros se habían comportado como unos veteranos.

La *Sutherland* dio la vuelta a la punta rocosa y se halló delante de los últimos escuadrones de un batallón de infantería; la primera división debía de haberse reagrupado de nuevo de cualquier modo, mientras la nave se metía con la segunda. Ahora marchaban velozmente, levantando a su alrededor una nube de polvo espesa y baja.

—¡Señor Bush! Es necesario dar alcance a esa columna.

—Sí, señor.

Pero la *Sutherland* no era muy marinera ciñendo, y cada vez que estaba a punto de alcanzar la retaguardia de la columna se veía obligada a virar y alejarse de la orilla para evitar algún escollo. A veces estaba tan cerca de la presurosa infantería que, con el catalejo, Hornblower distinguía las caras blancas sobre las oscuras guerreras de los soldados que se volvían hacia sus compañeros; y también distinguía, a la cola de la columna, a aquellos que se habían quedado atrás: hombres sentados en la cuneta que se cogían la cabeza con las manos, agotados, apoyados en el mosquete, mirando como idiotizados el bajel que se deslizaba por el mar en su seguimiento. Otros yacían boca abajo en el sitio donde habían ido muertos de cansancio y de calor para no levantarse más.

Bush rabiaba; estaba fuera de sí por la impaciencia y se afanaba intentando apresurar al máximo el recorrido de la nave, ocupando a todos los hombres que no tenían otro quehacer más urgente en llevar hamacas cargadas de municiones de barlovento a sotavento, ajustando las velas con la mayor precisión posible y blasfemando cada vez que la distancia entre la nave y la costa parecía ensancharse.

Pero Hornblower estaba encantado. Una división de infantería duramente castigada como aquélla, obligada a correr desordenadamente durante kilómetros y

kilómetros, dejando el camino sembrado de fugitivos por docenas, con un enemigo que no le daba cuartel pegado a sus talones, debía de haber recibido un golpe tal que durante varias semanas se vería reducida poco menos que a la impotencia.

Antes de estar a la vista de la batería de costa, situada en Arenys de Mar, Hornblower abandonó la caza; prefería que el enemigo, en su huida, no se sintiese envalentonado con el espectáculo de ver el buque inglés convertido en blanco de las baterías pesadas. Y ponerse fuera de tiro requería tanto tiempo que ya habría caído la noche antes de poder volver a acercarse a la costa.

—Perfecto, señor Bush. Puede dirigir el buque con las velas amuradas a estribor y hacer asegurar los cañones.

La *Sutherland* se estabilizó y luego volvió a inclinarse al cambiar de bordada.

—¡Tres hurras por el capitán! —gritó una voz.

Hornblower no supo quién fue; de lo contrario, le habría castigado. El estallido de vítores que siguió ahogó su voz y le impidió hacer callar a los hombres, los cuales siguieron gritando hasta quedarse roncos, locos de entusiasmo por aquel endiablado capitán que en tres días les había proporcionado cinco victorias. Bush y Gerard reían en el puente de popa; el pequeño Longley, completamente olvidado de su dignidad de oficial, daba volteretas, mientras Hornblower, con la cara sombría, miraba aquel escándalo, deseando que acabara de una vez. Después recordaría con satisfacción aquella espontánea demostración de afecto y devoción de sus hombres; pero, de momento, la demostración sólo conseguía llenarle de irritación y embarazo.

Aun no habían terminado las aclamaciones y seguía oyéndose la cantinela del hombre que sondaba.

—¡No se halla fondo! La sonda no llega.

Él seguía cumpliendo la misión que le habían confiado y hubiese seguido allí indefinidamente en tanto no le diesen órdenes contrarias. ¡Magnífico ejemplo de disciplina marinera!

—¡Señor Bush, saque inmediatamente a ese desdichado de ahí abajo! —gritó Hornblower, indignado por su olvido de relevar al hombre.

—Sí, señor —contestó Bush, muy mortificado por aquella negligencia en sus deberes.

El sol se hundía entre oros y púrpuras tras los montes de España, en una orgía de colores ante la cual Hornblower se quedaba estático, tan grande era la magnificencia del espectáculo. En oposición a la fulminante firmeza con que hasta entonces había reaccionado, ahora sentía que su cerebro estaba entorpecido, cansado, demasiado cansado para ser consciente incluso de la fatiga que le aplastaba. Pero aún tenía que recibir la información del cirujano; algún muerto y algunos heridos debía de haber. Se acordaba muy bien del agudo grito que siguió a un chasquido cuando un proyectil de la batería de campaña cayó a bordo. El dispensero de la camareta de artillería subió

al puente y se acercó a Gerard, saludando.

—Perdóneme, señor... pero es que ha muerto Torn Cribb —dijo.

—¿Cómo?

—Desgraciadamente es así. Una bala le cortó la cabeza. Da lástima verlo, teniente...

—Pero ¿qué dice? —intervino Hornblower. No recordaba que hubiese nadie a bordo que respondiese al nombre de Torn Cribb, que le constaba que era el campeón de pesos pesados de Inglaterra. Ni tampoco comprendía la razón por la cual un despensero debía dar parte a un teniente de la baja sufrida.

—Sí, capitán. Tom Cribb ha muerto —explicó el hombre respetuosamente—. Y miss Siddons tiene clavada una astilla en el... ¡ejem! En la parte de atrás, con su permiso, capitán. Supongo que ya la habrá oído chillar...

—Sí, la oí —contestó Hornblower. Torn Cribb, el púgil, y miss. Siddons, el ídolo del teatro inglés, eran un cerdo y una marrana pertenecientes a la camareta de artillería. Por lo menos eso era una noticia consoladora.

—Ahora ya está bien. El carnicero le ha puesto un poco de brea sobre la herida.

Walsh, el cirujano, subía en aquel momento a dar su informe. Ninguna baja.

—Exceptuando entre los cerdos de la bodega, capitán —añadió con el tono amable de un inferior que se permite hacer una broma en presencia de un superior.

—Acabo de enterarme —dijo Hornblower.

Gerard, entre tanto, se entretenía con el despensero de su camareta.

—¡Muy bien! Preparemos los menudillos fritos. Y un asado de lomo. Y cuide de que los chicharrones queden bien crujientes. Si están tan correosos como la última vez, le hago suprimir el grog durante quince días. Hay cebollas y salvia... Sí, y también quedan manzanas. Entonces ponga una salsa de manzanas, cebollas y salvia; y le recomiendo, Longhton, que no meta clavos de especia en ella. No haga caso de lo que dicen los otros oficiales; en la tarta de manzana está bien, pero en el asado de cerdo, jamás. Ahora márchese y póngase enseguida a la obra. Puede llevar uno de los cuartos traseros a la mesa del contramaestre con mis saludos; del otro hará un buen jamón asado y lo servirá frío para el desayuno.

Gerard golpeaba los dedos de su mano derecha en la palma de su mano izquierda, para explicar más elocuentemente sus deseos; el apetito le inspiraba, iluminándole las facciones. Cuando no había mujeres a su alcance, el teniente Gerard dedicaba a la cocina todo el tiempo de que podía disponer, hurtándolo al cuidado de sus cañones. Un hombre al que se le hacía la boca agua al solo pensamiento de cenar chicharrones y asado de cerdo en una calurosa noche mediterránea del mes de julio, y que saboreaba por anticipado el jamón del desayuno para la mañana siguiente; un hombre así, si hubiese justicia en este mundo, debería haber sido gordo como un cerdo; pero Gerard tenía un tipo delgado y elegante. Con una pizca de envidia, Hornblower pensó

en la incipiente barriga que a él le amenazaba.

El coronel Villena deambulaba por el puente de popa como un alma en pena. Se veía demasiado que sólo estaba pendiente del instante en que podría volver a charlar y desahogarse, y el capitán Hornblower era la única persona a bordo que conocía el español lo suficiente para permitirle sostener una conversación en ese idioma. Además, el grado de coronel ponía a Villena a la misma altura de un capitán de rango, o tal vez más alto incluso; por eso podía tener la pretensión de ser el huésped del capitán en su camarote. Pero Hornblower estaba decidido a soportar una indigestión de lomo de cerdo antes que la gárrula compañía de joven oficial.

—Me parece que ha organizado una comilona para esta tarde —dijo acercándose a Gerard.

—Sí, señor.

—¿Le parece que mi presencia causaría disgusto en la camarota de artillería? ¿Qué me dice?

—¡Oh, no señor! ¿Causarnos disgusto? ¡Todo lo contrario! ¡Estaríamos encantados por tanto honor!

La cara de Gerard estaba radiante ante la perspectiva de recibir a su capitán. Era un tributo tan sincero que el corazón de Hornblower se reconfortó, aunque la conciencia le recordaba cuál era el verdadero motivo de haberse invitado a aquella cena.

—Gracias, señor Gerard... Entonces el coronel Villena y yo iremos a cenar con ustedes esta noche.

Si la suerte le asistía, pensaba Hornblower, Villena estaría colocado tan lejos de él que se ahorraría el trabajo de tener que distraerle.

El tambor mayor de los infantes de marina había reunido a su alrededor todo lo que podía servir para formar una banda en el buque: los cuatro gaiteros y los cuatro tambores. Los ocho desfilaban marcialmente, dando vueltas por la cubierta al compás de los tambores, y las melodías agudas de los pífanos se perdían hacia los lejanos horizontes.

Corazones de encina son nuestros navíos y nosotros somos viejos lobos de mar...

Aquellas sencillas estrofas y las no menos simples melodías hablaban al corazón de aquellas buenas gentes, aunque cada uno de aquellos hombres se sentiría terriblemente ofendido en su honor de marinero si le llamaran «viejo lobo de mar». Por allí daban vueltas las elegantes casacas rojas, y el marcial estruendo enardecía los ánimos hasta el punto de hacerles olvidar el enervante calor. A poniente, el cielo ardía en el admirable incendio de la puesta del sol, mientras que hacia levante la noche

echaba sobre el mar su manto violeta.

CAPÍTULO 15



—Las ocho campanadas, señor —decía Polwheal.

Hornblower se sentó de un salto en la litera. Sentía como si no hubiese dormido más que cinco minutos, cuando en realidad había pasado una hora larga. Yacía en su coy en camisa de dormir; sudando a mares y muerto de calor había echado a un lado sábana y cobertor. Le dolía la cabeza y tenía la boca pastosa. Se había acostado a medianoche, pero, por culpa del cerdo asado, estuvo dando vueltas en aquel horno durante dos o tres horas antes de poder dormir, y tenía que levantarse a las cuatro, puesto que debía preparar el informe para el capitán Bolton o el almirante si había llegado, al presentarse aquella mañana en el lugar convenido. El breve sueño no le había descansado, y se le escapó un gemido al poner los pies en el suelo y sentir que le dolían todas las coyunturas, entumecidas. Tenía los ojos pegados; le escocían mucho abrirlos y aún le dolían más si se los frotaba.

Si no hubiese sido por la necesidad de parecer un ser superior a los ojos de su propio asistente, se hubiese quejado de nuevo; pero este pensamiento le hizo erguirse inmediatamente con la mayor desenvoltura y como si se encontrase muy bien. Sin embargo después de tomar la ducha sobre cubierta y afeitarse, aquel sentimiento casi se convirtió en realidad, y a la luz incierta del amanecer se sentó en su escritorio, preparó una pluma nueva, humedeció, pensativo, la punta antes de meterla en el tintero y empezó a escribir: «Tengo el honor de informarle de que, de acuerdo con las órdenes recibidas del capitán Bolton el día 20 del presente mes, he procedido a...».

Polwheal entraba con la bandeja del desayuno y Hornblower se volvió hacia el café esperando hallar en él un estímulo para su vacilante energía. Para refrescarse la memoria, ojeaba las páginas del cuaderno de bitácora. Tantos habían sido los acontecimientos de aquellos últimos días que los detalles de la captura de la *Amélie* le parecían ya vagos y lejanos. Había que redactar el informe con sencillez, evitando tanto los audaces períodos a lo Gibbon como las expresiones altisonantes; sin embargo, a Hornblower le molestaba la acostumbrada rutina de los capitanes marinos. Al enumerar el botín conquistado en Llançà, tuvo cuidado de escribir «como ya está apuntado al margen», en lugar del acostumbrado «véase al margen», estereotipado en la Marina después del uso que de él había hecho casi cien años atrás un capitán semianalfabeto y que se había hecho clásico. El verbo «proceder» le resultaba odioso, pero no tenía más remedio que servirse de él. En los informes oficiales, los buques de la Marina británica no zarpaban, ni se botaban al mar, ni viajaban, sino que «procedían», invariablemente, de la misma manera que sus capitanes no informaban, ni aconsejaban, ni recomendaban, sino que siempre,

respetuosamente, «sometían al alto juicio», etc. Así que Hornblower sometía respetuosamente que, hasta que la batería de costa de Llançà no fuese reparada de nuevo, la carretera de la costa que unía a Francia con España era muy vulnerable en el tramo comprendido entre Port-Vendres y el golfo de Rosas.

Mientras estaba describiendo la correría al Étang de Thay, en las cercanías de Sète, le interrumpió un golpecito dado en la puerta. Contestando a su «adelante», entró Longley.

—Señor, me manda el señor Gerard. La escuadra se halla a la vista por la amura de estribor.

—¿También está el buque insignia?

—Sí, señor.

—¡Muy bien! Dé las gracias de mi parte al teniente Gerard y dígame que cambie el rumbo para acercarnos a ella.

—Sí, señor.

Ahora su informe debía ser dirigido al propio almirante, y apenas le quedaba media hora de tiempo para terminarlo. Hundiendo la pluma en la tinta Hornblower se puso a escribir de nuevo febrilmente describiendo el afortunado bombardeo de las dos divisiones francesas en la carretera de Malgrat a Arenys de Mar. Una especie de emoción le oprimió un segundo cuando se puso a calcular las bajas ocasionadas al enemigo: debían de sumar quinientos o tal vez seiscientos hombres; sin contar a los desperdigados. Tenía que expresarse con precisión; de otro modo le podrían acusar de grosera exageración, grave delito a los ojos de la autoridad. Algunos centenares de hombres el día anterior fueron muertos o heridos, y hoy estarían vivos y dispuestos a la acción si el capitán Hornblower no hubiese sido un hombre activo y capaz de iniciativa. Y al pensar en su hazaña, se la representaba con una doble cara. Por un lado, cadáveres, viudas y huérfanos, miseria y sufrimiento; por otro lado, figuras con blancos calzones, paradas en la pendiente de una colina; soldaditos de plomo, tirados al suelo por una mano descuidada, datos aritméticos registrados sobre el papel. Maldijo su espíritu analítico, del mismo modo que maldecía el calor y la urgente necesidad de terminar el informe. También era consciente de su propensión a la melancolía, que le sumía en la depresión después de un éxito.

Terminó con una apresurada rúbrica y llamó a Polwheal para que le trajese una vela para fundir el lacre, entretanto echaba los polvos secantes sobre la tinta aún fresca. El papel se le pegaba a las manos húmedas de sudor. Al escribir la dirección: «Al Contralmirante sir P. G. Leighton, K B.», la tinta se extendió por la superficie humedecida como sobre un papel secante. Bien o mal, el caso es que ya estaba terminado y subió a cubierta en donde el sol ya quemaba. La luz, que el día anterior era deslumbradora, ahora lo era más aún, y el barómetro del camarote de Hornblower señalaba un continuo descenso, que duraba desde hacía tres días. Se acercaba una

tormenta, sin duda, y se desencadenaría con mayor violencia porque ya hacía mucho tiempo que venía anunciándose.

Hornblower se volvió a Gerard para advertirle de que no perdiera de vista el cariz del tiempo y estuviera preparado para arrizar velas al primer barrunto de cambio.

—Sí, señor —replicó Gerard.

Allá lejos navegaban las otras dos naves de la escuadra: la *Pluto* con sus tres filas de cañones y en el palo de mesana la insignia escarlata que significaba la presencia de un contralmirante de la Flota Roja, y más lejos, la *Calígula*.

—Adviertan a Marsh para que salude a la insignia del almirante —dijo Hornblower.

Mientras devolvía el saludo, la *Pluto* enarboló una hilera de banderines. «Órdenes a la *Sutherland*. Colóquese a popa», leyó Vincent.

—Recibido.

A esa señal siguió otra.

—«Órdenes a la *Sutherland*. Para el capitán. Venga a bordo a informar».

—Recibido. Señor Gerard, haga botar mi chalupa ¿Dónde está el coronel Villena?

—Aún no lo hemos visto hoy, capitán.

—Señor Savage y señor Longley, vayan corriendo y sáquenlo de la litera. Y que esté preparado apenas mi chalupa esté en el mar.

—Sí, señor.

En dos minutos y medio, la chalupa estuvo dispuesta y Hornblower sentado en la popa. En el último segundo, Villena apareció en el costado. No se podía afirmar que estuviese de buen humor; había sido arrancado de la litera por dos rudos guardiamarinas que no hablaban ni una palabra de su idioma y le habían procurado una torpe y apresurada ayuda para vestirse. El coronel llevaba el chacó de través y la chaqueta mal abrochada, y se había introducido bajo el brazo la chaquetilla y el sable. Fue introducido de un empujón dentro de la chalupa entre los remeros impacientes, que no querían poner en entredicho el honor del buque perdiendo más tiempo después de recibir la señal del almirante.

Villena se bamboleaba miserablemente en la barca, al costado de Hornblower. Estaba salpicado de arriba abajo por el agua del mar y no se había afeitado. Sus ojos aparecían tan llenos de sueño como los de Hornblower cuando se despertó. Aún medio dormido, murmuraba y protestaba, intentando completar su atavío mientras la dotación remaba apresuradamente. Sólo cuando estuvieron al costado del navío almirante, el español abrió al fin los ojos y recuperó el habla pero para el poco tiempo que debía estar allí Hornblower no consideró necesario emplear la cortesía. Esperaba que el almirante ofreciera hospitalidad a Villena a bordo de la *Pluto*, aunque no fuese más que por el deseo de sacarle algún informe sobre el estado del país.

El capitán Elliot estaba sobre cubierta para recibir al capitán de la *Sutherland*.

—Encantado de volverle a ver, Hornblower —le dijo; y cuando éste hubo presentado al coronel Villena, murmuró algunas incoherentes palabras de bienvenida, mirando estupefacto el despampanante uniforme y el mentón sin afeitar de éste. Pareció aliviado cuando una vez terminada la ceremonia pudo volverse de nuevo a Hornblower.

—El almirante está en su camarote. Señores, por aquí.

El teniente de bandera que se hallaba en el camarote con el almirante era el teniente Sylvester, del que Hornblower ya había oído hablar como de un joven oficial que prometía mucho, aunque, como era de esperar, era el retoño de una familia noble. Leighton se mostraba grave y lento de palabra aquella mañana; los efectos del calor eran visibles en las gotas de sudor que resbalaban por ambos lados de su maciza barbilla. Entre él y Sylvester hicieron una valiente tentativa para recibir convenientemente a Villena. Ambos hablaban regularmente el francés y mal el italiano, y, uniendo los conocimientos de estos dos idiomas con lo poco que recordaban del latín aprendido en la escuela, consiguieron tal vez hacerse entender. Con evidente alivio, Leighton se volvió hacia Hornblower.

—Deseo oír su informe, Hornblower.

—Aquí lo traigo por escrito, señor.

—Gracias; pero entretanto hablemos un poco de lo que ha hecho. El capitán Bolton me ha dicho que está al corriente de que habéis logrado conseguir un botín. ¿Dónde fue usted?

Hornblower empezó su relato. Por suerte, el desarrollo de los acontecimientos había sido tan veloz que pudo omitir las circunstancias en que se había separado del convoy de las Indias Orientales. Habló de la captura de la *Amélie* y de la flotilla de embarcaciones de Llançà. La gruesa cara del almirante se animó un poco más al oír que, gracias a la actividad de Hornblower, tendría un millar de libras más en su bolsillo, y con un afable ademán afirmativo aprobó cuando éste le contó la necesidad en que se había visto de prender fuego al pequeño buque de cabotaje cerca de Sète. Prudentemente, Hornblower habló de que sería útil que la escuadra vigilara el trecho entre Port-Vendres y Rosas, en donde, gracias a la destrucción de la batería de costa de Llançà, ningún buque francés hallaría protección o refugio. La sombra de una arruga se dibujó en el ceño del almirante ante aquella sugerencia, y Hornblower, no teniendo nada más que añadir, dejó languidecer la conversación. Estaba claro que al almirante Leighton no le gustaba recibir Consejos de sus inferiores.

Entonces, Hornblower se dispuso apresuradamente a contar la aventura del siguiente día, cuando se dirigía hacia el sudoeste.

—Un momento, capitán —le interrumpió Leighton—. ¿Quiere decir que la noche pasada se dirigió hacia el sur?

—Sí, señor.

—En la oscuridad debió de pasar muy cerca del punto donde nos hallamos.

—Sí, señor.

—¿Y no intentó hacer nada para ver si había llegado el buque insignia?

—Di órdenes al vigía para que pusiese toda su atención por si veía el navío, señor.

La arruga del entrecejo de Leighton se hizo más profunda. Los almirantes se veían continuamente burlados por la tendencia de sus capitanes, cuando estaban en servicio de bloqueo, de escapar y obrar independientemente, a veces sólo para aumentar su parte de botín, y Leighton estaba resuelto a no tolerar semejante cosa, pues sospechaba que Hornblower se las había arreglado para cruzar de noche por el lugar donde los estaban esperando.

—Me siento profundamente disgustado, capitán Hornblower, por la forma en que ha procedido. Ya he reñido al capitán Bolton por haberle dejado marchar, y ahora descubro que hace dos noches cruzó usted a diez millas de aquí. Realmente, no sé cómo expresar mi descontento. Yo llegué al lugar convenido aquella misma mañana y, como resultado de su ocurrencia, dos navíos de su majestad han permanecido aquí parados casi durante veinticuatro horas, esperando a que a usted le diese la gana de volver. Le conmino, capitán, a que comprenda que por todo esto me siento verdaderamente disgustado y me veré obligado a comunicar mi descontento al almirante jefe de las fuerzas del Mediterráneo. A él le compete tomar las medidas que considere oportunas.

—Sí, señor —replicó Hornblower. Se esforzaba en adoptar un aspecto contrito, pero su buen juicio le decía que su caso estaba muy lejos de tener que ser resuelto en Consejo de guerra (estaba protegido por las órdenes de Bolton) y que era muy dudoso que Leighton pusiese en práctica su amenaza de quejarse a su superior jerárquico.

—Y ahora le ruego que continúe —dijo el almirante.

Hornblower describió la acción contra las divisiones italianas. Por lo que leía en la cara de Leighton, comprendía que éste daba muy poca importancia a los efectos morales conseguidos, y que su imaginación no le permitiría calcular el alcance de una retirada ignominiosa frente a un enemigo que se había demostrado invulnerable. Ante la afirmación de Hornblower asegurando que por lo menos habían perdido quinientos hombres Leighton se movió inquieto en la butaca y cambió una mirada con Sylvester. Estaba claro que no le creían. Juiciosamente decidió no exponer su hipótesis de que las divisiones podían haber perdido otro medio millar de hombres entre extraviados y desertores.

—Muy interesante —concluyó el almirante, con un tono no demasiado sincero.

La llegada de Elliot salvó la situación, que se hacía tirante.

—El tiempo se estropea, almirante —dijo—. Creo que si el capitán Hornblower quiere volver a bordo de su buque...

—Sí, desde luego —dijo Leighton levantándose. Desde el puente se veían negros

nubarrones a sotavento que se acercaban rápidamente.

—Tendrá el tiempo justo —afirmó Elliot examinando el cielo, mientras Hornblower se preparaba para bajar a su chalupa.

—Eso creo —dijo éste.

La mayor preocupación de Hornblower era marcharse antes de que a bordo de la *Pluto* se diesen cuenta de que se había dejado a Villena, quien, al o entender la conversación en inglés, se hacía el remolón en el alcázar; y Hornblower pudo desaparecer sin que nadie pensase en el coronel español.

—Adelante —ordenó, aun antes de haberse sentado, y en unos momentos la chalupa se alejó de la pinto.

Con un almirante y su estado mayor, el acomodo, aunque el barco fuera un triple cubierta, tenía que ser difícil. La presencia de un coronel español exigiría el sacrificio de la comodidad personal de algún infortunado teniente. Pero en aquel momento Hornblower no podía detenerse pensando en las desventuras del desconocido oficialillo.

CAPÍTULO 16



Unos truenos lejanos señalaban la proximidad del temporal que se iba condensando en el horizonte cuando Hornblower puso nuevamente los pies sobre la cubierta del navío. A pesar de todo, no disminuía el calor y el viento había desaparecido casi por completo. Los negros nubarrones cubrían el cielo poco a poco; el fragmento de azul que aún se veía tenía un duro brillo metálico.

—Pronto estará aquí, capitán —dijo Bush, mirando con cierta satisfacción hacia arriba. Había hecho recoger las velas dejando sólo las gavias, y en aquellos instantes los hombres se hallaban ocupados en coger unos rizos—. Pero de dónde vendrá, eso sólo Dios lo sabe. —Y se secó la frente húmeda de sudor. El calor era espantoso y la nave se deslizaba pesadamente sobre el inquieto mar. Los motores chirriaban ásperamente con su balanceo.

—¡Vamos! Acabemos de una vez —gruñó Bush.

Por un instante un soplo de aire, caliente como si saliese de un horno, animó el bajel. A aquel soplo siguieron otros aún mas calientes y fuertes.

—¡Ahí viene! —exclamó Bush, señalando al cielo.

Un relámpago cegador desgarró de repente las nubes negras y siguió casi al instante el estallido de un gran trueno. Las cataratas del cielo se desbordaron y la lívida superficie del mar se vio acribillada por espesos alfilerazos. Cogida casi al paio, la *Sutherland* tembló y se metió en una ola con la proa. A las órdenes que Hornblower gritaba al timonel, se levantó. La lluvia se había vuelto granizo; caían piedras gordas como cerezas que golpeaban contra el maderamen con un ruido seco y azotaban el mar, levantando espesa espuma entre un estrépito que ahogaba cualquier otro rumor. Bush se subía el cuello del chaquetón impermeable y trataba de protegerse los ojos con el ala del sombrero; pero a Hornblower el aire fresco le resultaba tan agradable que se dejaba golpear la cara. Polwheal, que había acudido al puente con el chaquetón y el sombrero encerados, tuvo que tirarle de un brazo para llamar su atención y obligarle a ponérselos.

La *Pluto*, al paio, llegó derivando a dos cables de distancia de la *Sutherland*. Dios sabe cómo estaría ahora el coronel Villena, pensaba Hornblower. Seguramente, encerrado en un camarote entre desagradables crujidos de las tablas y encomendándose a todos los santos.

La *Calígula*, con las gavias arizadas, se dirigió todavía a barlovento. Su larga insignia de buque de guerra ondeaba con el viento, rígida y horizontal como un pendón. De las tres era la que mejor desafiaba el mal tiempo; los armadores que la construyeron se preocuparon de hacerla resistente a las tormentas, y no como con la

Pluto, en la que habían metido el mayor número posible de cañones, y mucho menos como los holandeses que habían botado al agua la *Sutherland* ofreciendo el mínimo calado compatible con la mínima resistencia a la fuerza del viento.

De repente el viento cambió cuatro cuartos completos; la *Sutherland* dio una guiñada y sus velas de temporal estallaron como una descarga de mosquetería antes de inclinarse a sotavento de nuevo. Al granizo siguió una lluvia torrencial, que el viento huracanado inclinaba en hilos casi horizontales. El repentino cambio de viento levantaba pequeñas olas cortas y rápidas, sobre las cuales brincaba la *Sutherland* desmañadamente. La *Pluto* casi fue cogida al paio; pero Elliot, que sabía manejarla, la había salvado a tiempo. Sin embargo, Hornblower prefería comandar la vieja *Sutherland*, con su aplastada quilla, a aquel pesado navío de triple cubierta a pesar de los noventa y ocho cañones, los treinta y dos morteros y el buen sueldo que llevaba consigo.

Una nueva ráfaga de viento ululante estuvo a punto de arrancarle el chaquetón del cuerpo. La *Sutherland* tratando de machetear en una tempestad como aquella era como una vaca que intentase bailar un vals. Bush gritaba algo a través del fragor de las aguas; Hornblower sólo entendió las palabras aparejo de la caña del timón e hizo un gesto afirmativo, y Bush desapareció bajo cubierta.

Cuatro hombres en la rueda, ayudados de la fuerza de palanca de la barra del cabrestante, debían, al fin, conseguir dominar el timón, a pesar del desordenado movimiento del navío; pero el esfuerzo exigido a la caña del timón era enorme y era una medida de prudencia colocar seis o siete hombres a proa que apoyasen la maniobra, para aliviar el esfuerzo tanto de los hombres del timón como de los de los cabos. Un segundo contraamaestre apostado en la porta más cercana al timón gritaba las instrucciones a los hombres del aparejo de la caña del timón; era un trabajo muy delicado y al pensar en ello Hornblower bendecía la inspiración de haber hecho una leva de marineros expertos en el convoy de las Indias Orientales.

A barlovento, el horizonte estaba cubierto de nubes de color perlado (un espectáculo de rara belleza), pero a sotavento era más claro y por aquella parte aparecía una faja de azul oscuro: las montañas españolas. En la misma dirección se ocultaba la bahía de Rosas, que con viento de sudeste ofrecía un refugio muy precario, y en cualquier caso, custodiada como estaba por la artillería francesa, sería inaccesible para un buque inglés. Rosas era una fortaleza cuyo asedio y captura por parte de los franceses había proporcionado a Cochrane ocasiones de distinguirse el año anterior. En la extremidad septentrional del golfo estaba el cabo de Creus; la *Amélie* se preparaba a doblarlo cuando fue capturada por la *Sutherland*. Más allá del cabo, la costa volvía a inclinarse al nordeste, ofreciendo una gran extensión de mar en la que un buque podía huir de la tormenta, puesto que aquellos huracanes veraniegos del Mediterráneo, aunque muy violentos, eran de poca duración.

—El buque insignia hace señales, capitán. —La voz del guardiamarina sonaba estridente a través del clamor de la tempestad—. Número 35: «Ice las velas conforme al tiempo».

La *Pluto* ya tenía las velas de estay de tormenta y las gaviotas arrizadas; era evidente que el almirante consideraba que el cabo de Creus estaba peligrosamente cerca, y apresuradamente deseaba alejarse hacia alta mar cuanto antes mejor y ponerse a barlovento. Era una medida prudente. Hornblower dispuso que la *Sutherland* siguiese el mismo rumbo, puesto que los hombres del timón y los del aparejo ya hacían todo lo posible para impedir que virara contra el viento. Los artilleros estaban ocupados asegurando los cañones para impedir que con el balanceo se soltasen, y también había un grupo ocupado con las bombas. Hasta entonces la nave no hacía mucha agua, pero Hornblower deseaba tener la sentina libre, por si llegaba el momento en que fuese necesario recurrir a las bombas con urgencia. La *Calígula* ya estaba lejos. Bolton aprovechaba sus cualidades marineras para huir de la tempestad. La *Sutherland* y la *Pluto* no corrían peligro de momento, pero un incidente cualquiera (la pérdida de una berlinga, un cañón que se soltase, una brecha) y la situación podría llegar a ser muy peligrosa.

Los truenos eran tan seguidos que Hornblower ya no los notaba. El juego de los rayos tras las nubes era de una belleza impresionante. La tempestad se había desencadenado con tanta violencia que no podía durar mucho rato; pronto se haría de nuevo la calma. Pero aún había que contar con alguna ráfaga más, como solía ocurrir en aquella parte poco profunda del Mediterráneo, y, entretanto, las enormes olas barrían las cubiertas. El aire, la lluvia y hasta el granizo eran reconfortantes, después del asfixiante calor de los pasados días, y la salvaje música que el viento arrancaba a las jarcias, muy agradable hasta para los oídos poco musicales de Hornblower. Le sorprendió ver que había pasado tanto tiempo cuando Polwheal subió a avisarle de que la comida estaba servida, si se podía llamar comida a lo que el cocinero había podido preparar sin encender hornillos en la cocina.

Cuando Hornblower subió a cubierta de nuevo, el viento había disminuido sensiblemente y a barlovento ya se veía algún claro de un verde azulado con reflejos de acero. También había cesado la lluvia, pero el mar estaba más agitado que nunca.

—Se ha aclarado bastante deprisa —dijo Bush señalando al cielo con la mano.

—Sí —replicó Hornblower, no sin ciertas reservas mentales. En aquel lívido azul no veía aún ningún presagio de la vuelta del buen tiempo; nunca vio terminar aquellas tempestades mediterráneas sin que antes tuviesen un recrudecimiento. Y el cabo de Creus allá en el horizonte... Hornblower miró a la *Pluto*, rodeada de espuma a sotavento. Las velas de la *Calígula*, a barlovento, ya apenas se distinguían por encima de las aguas grises, movidas y revueltas. Luego, el recrudecimiento del temporal cogió a la *Sutherland* de pleno, tras un renovado surgir del huracán, y la

hizo dar vueltas en un remolino con rapidez espantosa. Agarrado a las jarcias de mesana por barlovento, Hornblower rugía sus órdenes. Mientras duró, fue una pesadilla; pareció por un momento que el buque ya nunca más podría enderezarse y que iba a ser tragado por una vorágine. El viento aullaba, bramaba y silbaba con una violencia que antes no había mostrado. Sólo después de sobrehumanos esfuerzos los marineros pudieron poner de nuevo la nave al paio y, mientras tanto, bajo aquella racha huracanada, el mar estaba más movido que nunca; la nave se levantaba y se hundía de forma tan caprichosa que hasta a los marineros más experimentados les costaba mantener el equilibrio. Pero se había destrozado ni un palo, ni tampoco se soltó un solo cabo, prueba indudable del buen trabajo realizado en los astilleros de Plymouth y de la competencia de Bush y Harrison.

Bush estaba gritando algo y señalando hacia opa, y Hornblower siguió el ademán con la mirada. La *Pluto* había desaparecido; por unos segundos, Hornblower supuso que se había hundido con toda su tripulación. Luego una ola enorme, partiéndose en dos, la descubrió echada de costado, con las olas grises rompiendo en su quilla y llenándola de espumarajos, los palos apuntando en diagonal al horizonte y las velas y jarcias que resaltaban en negro sobre aquel hervor blanquecino.

—¡Jesucristo! —chillaba Bush—. ¡Aquellos infelices se van a pique!

—¡Largad los estays del mastelero de mayor otra vez! —gritaba Hornblower.

Aún no se había hundido; podía quedar algún superviviente que resistiese en aquel mar revuelto hasta que llegara la *Sutherland* en su socorro, echándole un cabo para izarle a bordo antes de que muriera extenuado. Era preciso intentarlo, aunque no fuera más que por la esperanza de salvar a alguno de los mil hombres que llevaba a bordo. Lentamente Hornblower hizo maniobrar a su navío en dirección a la *Pluto*, que aún se hallaba a flote, azotada por las grandes olas que rompían rabiosamente sobre sus flancos, lo mismo que la marea alta contra una escollera. Hornblower imaginaba las escenas que se desarrollaban a bordo: las cubiertas inclinadas casi verticalmente y los objetos cayendo y golpeando todo lo que encontraran a su paso. Por barlovento los cañones colgaban seguramente de sus brancas; sólo con que tuviesen el más mínimo defecto, se romperían y caerían a plomo por las cubiertas hasta abrir agujeros en el costado opuesto que hundirían de inmediato al buque. Y bajo la cubierta, en medio de una oscuridad espantosa, los hombres se debatirían a ciegas; y en cubierta, aquellos que no hubieran sido barridos por las olas se aferrarían desesperadamente a los palos y a las escotillas como moscas en un cristal, empapados a cada nueva montaña de agua que se les viniera encima.

El catalejo le reveló una mancha sobre la parte de la cubierta que permanecía fuera del agua; era una mancha que se movía, una mancha que reaparecía a cada nueva oleada. Vio otras que también se movían y despedían centelleos metálicos con gestos rápidos y regulares. Un valiente debía de haber reunido a algunos hombres

para cortar a golpes de hacha los obenques del palo mayor y del de trinquete. Como si hiciese el último esfuerzo, la *Pluto* se elevó sobre el mar como una ballena, soltando torrentes de agua por todas las portas y, mientras se deslizaba en dirección a la *Sutherland*, también su mástil de mesana se vino abajo por el otro lado.

Libre del contrapeso de los palos, milagrosamente la nave había conseguido recuperar su aplomo. La disciplina y el valor de su tripulación le proporcionaron una nueva probabilidad de salvación durante los pocos segundos de vida que le quedaban ya escorada. Los hombres, ya más tranquilizados, dirigían furiosos hachazos a las jarcias que colgaban de los costados.

Pero el buque se hallaba en una triste situación. Sus palos se habían roto a poca altura de la cubierta; hasta el bauprés se había perdido. Y al perder aquellas partes que le daban su aplomo, el casco era juguete de las olas; se elevaba tan alto que descubría el forro de cobre de la quilla y volvía a hundirse de golpe en un remolino que se abría delante, recorriendo en pocos segundos toda la largura de un ángulo recto. Era un milagro que aún se mantuviese a flote. En su interior debían de desarrollarse escenas horribles y, sin embargo, aún existía y se mantenía a flote y algunos hombres de la dotación andaban por las cubiertas. En el corazón de las nubes se desencadenó un trueno con un estruendo final. Allá a occidente, a sotavento, el sol de España intentaba mostrarse de nuevo a través de un desgarrón entre las nubes. El viento ya se había reducido a poco más de un ventarrón fuerte. Eran los últimos coletazos de la tempestad, que moría de agotamiento y que había sido fatal con su furia para la nave almirante.

Sin embargo, aquel último recrudescimiento debió de haber durado mucho más de lo que Hornblower podía sospechar, pues de repente vio erguirse en el horizonte el cabo de Creus y hacia él se veían empujadas por el duro viento ambas embarcaciones. En menos de una hora, todo 10 más dos, el navío desarbolado se hallaría entre los bajíos al pie del cabo y aquello representaba la muerte cierta, y para hacerla más segura, allí estaban los cañones franceses, dispuestos a herir a un blanco indefenso.

—Señor Vincent. Señale: «*Sutherland* a buque insignia. Vamos en su socorro» — dijo Hornblower.

Al oír esas palabras Bush pegó un salto. En un mar tan enormemente revuelto como una caldera hirviente y teniendo la costa a sotavento, ¿sería posible que la *Sutherland* pudiese socorrer a una mole desarbolada y dos veces mayor que ella? Entretanto, Hornblower se dirigía a él.

—Señor Bush, haga pasar el cabo del ancla de repuesto por una de las escotillas de popa. Lo más de prisa que sea posible, por favor. Vamos a remolcar al buque insignia.

Bush no pudo expresar sus reparos más que con una mirada; conocía demasiado bien a su capitán para protestar abiertamente. Pero hasta un grumete comprendería

que intentar aquello era exponer a la *Sutherland* a un peligro probablemente inútil. El proyecto resultaba prácticamente imposible desde el principio, por la dificultad de echarle un cabo a la *Pluto*, que se balanceaba y cabeceaba como un cascarón inerme. Sin embargo, Bush desapareció antes de que el capitán pudiese leer sus pensamientos. Con aquel viento ligero que los empujaba hacia la costa, cada segundo que pasaba era inapreciable.

Panzuda y con las gaviotas tendidas, la *Sutherland* corría mucho más rápidamente hacia sotavento que la *Pluto*. Hornblower tenía que maniobrar su nave con muchísimo cuidado, dirigiéndose hacia barlovento a todo ceñir antes de ponerse en facha y poder retroceder de nuevo. Sólo podía permitirse un margen muy ajustado. El viento seguía siendo fuerte; el más mínimo descuido, una vela o un palo que fallasen, supondría un gran peligro. A pesar del aire frío y de la lluvia que había vuelto de nuevo, los gavios sudaban desesperadamente, empleados en aquella continua y peligrosa maniobra que les exigía su capitán. La *Sutherland* daba vueltas alrededor del buque insignia desarbolado, como una gaviota alrededor de un despojo. Y el cabo de Creus se les echaba encima. Entretanto, bajo cubierta había un pataleo acompasado, unido al ruido de un pesado roce. Eran los marineros de Bush, que arrastraban el pesado cabo de veinte pulgadas a lo largo de todo el puente inferior hasta la escotilla de popa.

Hornblower calculaba las distancias y la dirección que llevaba el viento con mucho cuidado. No se podía esperar remolcar a la *Pluto* hasta alta mar pues ya le costaba bastante trabajo a la *Sutherland* abrirse camino a barlovento, pero su intención era echarla un poco de banda a fin de que pudiese aprovechar el pedazo de mar libre y tranquilo que encontrarían al otro lado del cabo. Retardar el desastre siempre era positivo. Si el viento caía, como era probable, o cambiaba de dirección, la *Pluto* encontraría la manera de levantar bandolas, recuperando de ese modo el control. El cabo de Creus se hallaba a occidente y el viento soplabá del nordeste, más norte que este. Desde este punto de vista, sería más prudente remolcar a la *Pluto* hacia el sur, pues así habría más probabilidades de doblar el cabo sin incidentes. Sólo que al sur del cabo se extendía el golfo de Rosas, limitado por el cabo Bagur, y aquel rumbo podía llevar a los navíos al alcance de los cañones de la ciudadela de Rosas y a las molestias de las cañoneras de costa que hacían la guardia allí, terminando en un desastre peor que el naufragio. Al norte no existían esos peligros; la batería de Llançà aún no debía de estar arreglada y, de todos modos, desde la punta del cabo hasta Llançà había veinte millas de mar libre. Sí, el rumbo hacia el norte era el más seguro, siempre que se pudiera doblar el cabo de Creus con la *Pluto* a remolque.

Hornblower trataba de calcular con datos insuficientes la posible deriva y la distancia a la que podría remolcar a la nave desarbolada en el tiempo de que disponía. Como los datos eran insuficientes, tendría que poner en juego la imaginación.

Hornblower se había decidido por el rumbo hacia el norte, cuando llegó corriendo al castillo un joven marinero.

—El teniente Bush dice que el cabo estará dispuesto dentro de cinco minutos, señor —anunció.

—¡Bien! Señor Vincent, haga señales al buque insignia. «Prepárese para recoger un cabo». Señor Morkell, avise a mi timonel.

¡Un cabo! Los oficiales del alcázar se miraron entre sí. La *Pluto* seguía allí, sacudida como un cascarón de nuez. Tan pronto se hundía por la proa, mostrando el revestimiento de cobre del fondo, como se caía hacia atrás hundiendo en el agua la popa hasta las bordas, hasta enterrar las listas blancas de sus portas, pero, además, en medio de las olas revueltas, daba bandazos ya a un costado ya a otro. Era tan peligroso acercarse a ella como a un cañón suelto sobre una cubierta que se balanceara, y una colisión entre ambos navíos podía dar como resultado el hundimiento irremediable de los dos.

Hornblower dirigió los ojos hacia Brown y contempló su abultada musculatura.

—Brown, le he escogido a usted para tirar un cabo al buque insignia en cuanto pasemos por delante de él. ¿Conoce a alguien aquí que pueda hacerlo mejor que usted? ¡Sea franco! —le dijo.

—No, señor. Francamente, no conozco a nadie, capitán.

La confianza que Brown demostraba en sí mismo era reconfortante.

—¿De qué modo piensa hacerlo?

—Colocando en el extremo de la cuerda una cabilla de maniobra, capitán. Y querría que el cabo fue, se de los de sondar, si me lo permite, capitán.

Brown era hombre de recursos y, como ya le había pasado otras veces, Hornblower se sintió más tranquilo sólo con mirarle.

—Entonces prepárese. Procuraré acercar nuestra popa lo más posible a la de ellos.

En aquel momento la *Sutherland*, con las velas de tormenta y las gavias arrizadas, se acercaba lentamente por barlovento a doscientas yardas de la *Pluto*. Nuevamente Hornblower calculó los saltos locos y los tumbos desafortunados del buque desarbolado, el rumbo que seguía la *Sutherland*, el movimiento de las olas y la probabilidad de ser cogidos por una de ellas de través. Tuvo que esperar dos interminables minutos con los ojos fijos en la *Pluto* antes de poder aprovechar el momento favorable.

—Señor Gerard, ponga en facha la gavia —dijo. Estaba demasiado preocupado para sentir temor.

La *Sutherland* detenía su progreso, la franja de mar que separaba a los dos navíos (un abismo de grises aguas revueltas, salpicado de olas espumeantes) empezaba a estrecharse. Por fortuna la *Pluto* no se movía de costado; solamente cabeceaba asaltada por el oleaje. Brown, plantado sólidamente sobre la batayola parecía una estatua. A sus pies estaba el rollo de cuerda que en su extremo tenía atada la cabilla,

que se balanceaba como un péndulo en su mano Mientras esperaba el momento favorable. Su atlético cuerpo se destacaba contra el cielo, y ni una ligera sombra de temor aparecía en sus facciones mientras contemplaba cómo se acortaba la distancia Hasta en esos momentos sentía Hornblower un mordisco de envidia al ver la absoluta confianza que su timonel tenía en su propia fuerza física. La *Sutherland* se acercaba rápidamente al buque insignia y en el castillo de proa, barrido por el oleaje, Hornblower distinguía un grupo de hombres esperando con ansiedad el momento de poder recoger la cuerda. Por última vez, se aseguró de que estaba dispuesto un cable más fuerte para atar al cabo.

—¡Ya lo creo que la haremos llegar! —dijo Gerard a Crystal. También Gerard podía equivocarse; teniendo en cuenta las respectivas velocidades y la inercia que las empujaba, las dos embarcaciones pasarían al menos diez yardas demasiado lejos la una de la otra para que Brown pudiese lanzar la cabilla con su cabo.

—Señor Gerard, cubra la gavia de mesana —dijo Hornblower en tono tranquilo.

Los hombres estaban dispuestos para la maniobra; apenas había sido dada la orden cuando inmediatamente era obedecida. La *Sutherland* adelantó un poco y el espacio se acortó aun más. Levantada por una oleada, la proa de la *Pluto* amenazó con caer sobre la otra. Horrorizados, tanto Gerard como Crystal maldecían en voz baja sin saber lo que estaban diciendo, mientras miraban fascinados.

Hornblower sintió el frío viento azotarle los hombros. Hubiese querido gritar a Brown «¡Ahora!», y sólo con un esfuerzo se dominaba. Brown era quien mejor podía juzgar lo que debía hacer. Aprovechándose del instante en que una oleada levantaba a la *Sutherland*, lanzó la cabilla, que, silbando, hendió el aire con su larga cola, alcanzó la proa de la *Pluto* y fue a engancharse en lo que quedaba de obencadura del bauprés, en donde un marinero andrajoso, montado a caballo sobre el espolón, la agarró. Una oleada le cogió de lleno, pero él se mantuvo firme y se le vio entregar la punta del cabo a un grupo que esperaba dispuesto en el castillo de proa.

—Señor Gerard —decía Hornblower—. Bracee a tope la gavia de mesana.

—¡Hecho! —gritaba Gerard—. ¡Ya está, ya está, ya está!

El cabo se desenrollaba velozmente sobre el puente de la *Sutherland*, a medida que la *Pluto* lo iba recogiendo. Pero no había tiempo que perder; con el mar en aquel estado, era imposible poder mantener ambos navíos a la misma distancia y, además, también era peligroso intentarlo. La *Sutherland*, puesta a la capa, se colocó a sotavento antes que la *Pluto*, y ciñéndose al viento pudo adelantar. La tarea de Hornblower consistía en combinar esos dos factores para que la creciente distancia entre los buques mantuviera al mínimo, un buen problema algebraico de series convergentes que Hornblower debía resolver mentalmente mediante cálculos aritméticos. Justamente entonces, y sin ninguna razón aparente, la *Pluto* se precipitó sobre la *Sutherland*. Hornblower tuvo que rehacer sus cálculos mientras todos a

bordo estaban esperando la inevitable colisión, conteniendo el aliento. Gerard ya tenía dispuestos dos grupos de marineros para rechazar al buque insignia por medio de largos palos (aunque la esperanza de poder rechazar tres mil toneladas de peso muerto resultase irrisoria) y una vela vieja llena de hamacas arrolladas para hacer de parachoques en el costado. También el castillo de proa de la *Pluto* parecía un hormiguero por su actividad; pero, en el último instante y entre un coro de maldiciones, la nave desarbolada se echó a un lado y se alejó, y todos volvieron a respirar; es decir, todos menos Hornblower. Si la *Pluto* era capaz de echárseles encima de un modo tan inesperado, también podía dar una arrancada en dirección opuesta; y si eso sucedía cuando el cabo todavía se hallaba al extremo del cable de cuarenta y tres pulgadas, seguramente rompería el cabo lo mismo que si fuese un hilo y deberían empezar de nuevo, y entretanto el cabo de Creus se hacía cada vez más visible.

—Capitán, la *Calígula* hace señales: «¿Puedo ayudar?» —anunció Vincent.

—Conteste: «Espere» —le gritó Hornblower por encima del hombro. En realidad, se había olvidado de que existiese en el mundo una *Calígula*. Bolton sería un idiota si se acercaba, sin necesidad, a sotavento de una costa que podía ocultar peligros.

Una fuerte sacudida en la popa indicó que Bush arriaba desde abajo un poco el cable a través de la porta a fin de intentar aflojarlo algo, por si la *Pluto* se balanceaba demasiado; pero el trabajo era fatigoso: se trataba de un cable de cáñamo que se hundía en el agua y, si se soltaba en demasía, existía el peligro de perderlo. Hornblower se inclinó sobre la popa.

—¡Señor Bush! —gritó.

—¡Capitán! —contestó Bush desde abajo por la escotilla abierta.

—¡Cesen ahí!

—Sí, señor.

Lentamente el cabo se ponía tenso y el grueso cable flotaba sobre las aguas como una gran serpiente. Hornblower lo veía estirarse. Aquel asunto requería un cálculo más minucioso que ningún otro hasta el momento. Tenía que gritarle a Bush las órdenes para que largara más cable o esperara sin perder de vista los dos buques, el mar, el viento. El cable tenía una longitud de doscientas yardas más o menos, pero una cuarta parte estaba en el interior de la *Sutherland* y era necesario completar el trabajo antes de que los dos navíos se hallasen a ciento cincuenta yardas de distancia el uno del otro. Cuando vio el extremo del cable que salía del mar subía por la proa de la *Pluto*, Hornblower se sintió más tranquilo y respiró al fin cuando una hilera de banderolas le dijo que el cable había sido finalmente amarrado.

Entonces dirigió su atención a la tierra que se acercaba, y sintió el viento en las mejillas. Sus cálculos volvían al punto de partida. Manteniéndose en aquel rumbo, aunque evitaran la costa irían directos a meterse en la bahía de Rosas.

—Señor Vincent. Señale al buque insignia: «Nos preparamos para virar de bordo».

La cara de Gerard expresaba asombro. A él le parecía que con aquella maniobra el capitán se exponía a peligros innecesarios; él no veía más allá del cabo de Creus, no veía más que el mar amigo y la tierra peligrosa. Su instinto de marino le pedía llevar a los dos navíos lo más deprisa posible hacia donde hubiese aguas profundas, donde sería más fácil maniobrar, y no era capaz de ver más allá. Veía la tierra y sentía el viento, y ante esos elementos reaccionaba instintivamente.

—Señor Gerard —dijo Hornblower—, vigilad el timón. Cuando el cable esté tenso...

El Consejo era innecesario para Gerard. Con un peso muerto de tres mil toneladas a popa, la *Sutherland* se comportaría como ningún contramaestre vio jamás en ninguna otra ocasión; por eso era necesario tomar medidas extraordinarias para impedir que volara como una paja al viento. Ya se ponía tensa la guindaleza. El trozo hundido en el mar surgía lentamente chorreando agua y se tensaba como una barra, mientras unos sospechosos crujidos indicaban el esfuerzo que hacían las bitas. Luego el cable se aflojó un poco y los crujidos disminuyeron; la *Sutherland* lo había conseguido. A medida que la *Pluto* iba recogiendo el cable que la *Sutherland* le largaba poco a poco se inclinaba menos a sotavento, y en el momento en que se dejase manejar por el timón, el esfuerzo de los cabos de derrota de la *Sutherland* se vería muy aliviado.

Bush, acabado su trabajo bajo cubierta, subió otra vez al alcázar.

—Señor Bush; encárguese de la maniobra cuando viremos de bordo.

—Sí, señor.

Bush echó una mirada a la costa, calculó el viento y sus pensamientos fueron exactamente los mismos que los de Gerard, con la diferencia de que Bush no se hubiese permitido ni por un instante dudar de la pericia marinera de su capitán. Si Hornblower aseguraba que una cosa estaba bien hecha, seguramente era así y no había nada más que decir.

—Mande los hombres a las brazas en cuanto yo dé la orden; todo deberá ir con la velocidad del rayo.

—Sí, señor.

La *Pluto* adquiría velocidad, y cada yarda que ahora se ganase hacia el sur sería esfuerzo perdido cuando volviesen hacia el norte.

—Poned en facha la gavia de mesana —mandó Hornblower. La *Sutherland* perdía velocidad y la *Pluto* se acercaba. Hornblower veía al capitán Elliot correr a proa para enterarse de lo que pasaba; era evidente que no comprendía las intenciones de Hornblower.

—¡Señor Vincent, prepárese para levantar la señal de «Virad»!

La *Pluto* estaba ya muy cerca, y Hornblower ordenó:

—Ponga en viento las gavias de mesana, señor Bush.

Se volvía a recuperar un poco de velocidad; para poder virar antes de que el cable demasiado tenso lo pudiese impedir, no disponía de más distancia que la que concedía el aflojamiento del remolque. Hornblower vigilaba el cable y calculaba la velocidad que llevaban.

—¡Pronto, señor Bush! ¡Señor Vincent! ¡La señal!

El timón metió caña; fueron braceadas las vergas. Rayner, en la proa, cuidaba la vela de estay del mastelero de proa. Las velas se llenaban de viento con un zumbido; los de la *Pluto*, en cuanto vieron la señal, tuvieron el sentido común de meter caña también y, maniobrando con cautela, ofrecieron a Hornblower un poco de espacio donde moverse. La *Sutherland* había conseguido ponerse en la otra bordada, e iba adquiriendo velocidad, pero la *Pluto* no había virado más que a medias. Un momento más y había que esperar una tremenda sacudida. Hornblower no perdía de vista el cable, que veía tensarse y aflorar a la superficie.

—¡Aguante, señor Gerard!

Vino la sacudida y la *Sutherland* se estremeció. La guindaleza, tensa en la popa, ejercía un efecto sorprendente sobre la nave. Hornblower oía a Gerard gritar órdenes a los timoneles y a los que maniobraban abajo. Durante el espacio de un segundo lleno de emoción pareció que el buque se iba a romper, pero entre Gerard en el timón, Bush en la maniobra y Rayner en la proa lo defendieron con desesperación. Al fin consiguió virar, la *Pluto* la siguió y ambos navíos pusieron proa al norte hacia la relativa seguridad que les ofrecía el golfo de León.

Hornblower miraba las verdes alturas del cabo de Creus, que estaba cercano, un poco por delante a babor. Doblarlo sería una empresa peligrosa; además de exponerse a perder el rumbo, la *Sutherland* se sentía empujada a sotavento por el peso muerto de la *Pluto*, que también le disminuía la velocidad. Sí, era una empresa peligrosa. Manteniéndose de cara al viento, Hornblower reflexionaba. Volvió a mirar a la *Pluto*; corría más ligera e iba bastante bien. El cabo de remolque estaba en ángulo de un largo de la *Sutherland*, y la *Pluto* a un ángulo más amplio del cabo de remolque. Se podía confiar en que Elliot manejase acertadamente el timón, pero, de todos modos, el esfuerzo que realizaba la *Sutherland* era formidable.

Hubiese podido intentar ganar un poco más de velocidad, pero con aquel viento no se podían desplegar nuevas velas para evitar accidentes. Si se rompía una vela o un palo, al momento irían a parar a la costa.

Por centésima vez, Hornblower se puso a calcular la distancia que le separaba de la costa y que disminuía a ojos vistas, y, mientras la contemplaba, surgió un aviso desde las olas a un cable de distancia, como un fantasma marino. Era una columna de agua casi de seis pies de altura, que nacía del interior de una ola y que se desvaneció

veloz y misteriosamente, lo mismo que había emergido. Por un segundo Hornblower creyó que lo había soñado, pero una mirada que dirigió a las caras voluntariamente impasibles de Bush y Crystal le dijo que había visto bien. Había caído una bala de cañón, levantando aquella columna de agua. El zumbido del viento impidió que llegase a sus oídos el rumor de la descarga y tampoco pudo ver el humo de la batería. En el cabo de Creus habían abierto fuego contra la *Sutherland*, que ya se hallaba casi a tiro. Dentro de unos minutos oirían el zumbido de los proyectiles del cuarenta y dos.

—El buque insignia hace señales, capitán —anunció Vincent.

A bordo de la *Pluto* habían conseguido colocar un motón en el tocón del palo de trinquete y hacer señales desde él. Desde el castillo de la *Sutherland* se veía muy bien la fila de banderitas que flameaban al viento.

—«A la *Sutherland* —leyó Vincent—: Soltad cabo de remolque si es necesario».

—Conteste: «No es necesario».

Era preciso ir más deprisa, no había duda. El juego era emocionante, pero más adecuado para interesar a un jugador de azar que a uno de whist. No era fácil tomar una decisión. Desplegar más velas aumentaría el peligro para los dos navíos, pero al mismo tiempo también aumentarían las probabilidades de ponerse ambos a salvo. Sin embargo, si desplegaba todo su velamen, aunque perdiera algún pedazo de arboladura, la *Sutherland* evitaría el peligro de todos modos y la *Pluto* no estaría peor de lo que ya estaba si la abandonaba ignominiosamente a su suerte soltando el cable...

—Señor Bush, suelte los rizos de la gavia del trinquete.

—Sí, señor. —Bush había previsto que el capitán escogería el partido más arriesgado. A pesar de su edad, Bush aprendía rápido.

Sosteniéndose milagrosamente con los pies en los nudos de las cuerdas, apoyándose con los brazos en las vergas en medio del furioso viento, los gavieros estaban ocupados en los rizos. La vela se sacudió gualdrapeó con un gran chasquido; de pronto el navío dio espantosamente de banda. Hornblower vio que cable se había tensado aún más, pero sin dar señales de romperse a pesar del enorme esfuerzo. A pesar de la inclinación del buque, los hombres del timón tenían la tarea más fácil, porque el contrapeso de la enorme gavia de trinquete hacia delante tendía a compensar la tensión del cable que llevaban en la popa.

Se volvió a mirar hacia tierra en el preciso instante en que salía una nubecilla de humo de la cima del cabo de Creus y se disolvía en el viento.

¿Dónde caían los proyectiles? Nadie podía decirlo, pues la mar gruesa impedía que se viese en dónde se levantaba la columna de agua al caer. Pero el hecho de que la batería siguiera abriendo fuego quería decir que las dos naves estaban aún a tiro y, por lo tanto, al borde del desastre. Sin embargo, la *Sutherland* corría más, y en la

cubierta de la *Pluto* se distinguía un gran movimiento de gente atareada que intentaba levantar una bandola. En una hora podía estar terminada la tarea, y el más mínimo trozo de vela que se pudiese desplegar aliviaría enormemente el esfuerzo de la *Sutherland*. Dentro de una hora la oscuridad habría llegado y los protegería del fuego de la batería, y entonces se habría decidido su suerte de una forma u otra. Todo dependía del cariz que tomasen los acontecimientos durante el transcurso de aquella hora.

El sol se había abierto paso entre las oscuras nubes a occidente y doraba con sus últimos rayos las cumbres de los montes españoles. Hornblower llamaba en su ayuda toda su fuerza de voluntad para poder soportar la enervante espera de aquella hora postrera, que parecía transcurrir con una lentitud exasperante.

Una hora más tarde, la *Sutherland* y la *Pluto* habían doblado felizmente el cabo de Creus y habían llegado tan hacia el norte que la tierra que quedaba a sotavento se había alejado de la primitiva milla y media hasta las quince millas donde se hallaban. Caía la noche y ambos navíos estaban salvados y el capitán Hornblower, exhausto.

CAPÍTULO 17



—El capitán Hornblower tomará el mando en el desembarco —concluyó el almirante Leighton.

Todos estaban sentados alrededor de la mesa de la asamblea en la cabina de popa de la *Pluto*. Elliot y Bolton hicieron un ademán de aprobación. Para mandar la escuadra de seiscientos hombres que habían reunido con miembros de los tres navíos de línea se necesitaba un capitán, por supuesto, y nadie dudaba que Hornblower fuese el hombre apropiado para desempeñar aquella empresa. Éste era un movimiento estratégico que todos habían esperado desde el mismo instante en que la *Pluto* volvió reparada desde Mahón y dispuesta de nuevo. Leighton había llevado a ella otra vez su insignia, que había ostentado entretanto la *Calígula*. También se había sospechado alguna cosa viendo los frecuentes viajes que hacía el coronel Villena desde el buque a la costa. Hacía tres semanas que la *Sutherland* y la *Calígula* cruzaban ante las costas de Cataluña, y, al volver de Mahón, la *Pluto* llevaba provisiones frescas, las tripulaciones de presa de la *Sutherland* y hasta una docena de hombres más para reforzar las dotaciones. Ahora era la ocasión de dar un golpe duro, y la conquista de Rosas (si salía bien) seguramente sembraría la confusión y el pánico entre las fuerzas francesas que intentaban dominar Cataluña.

—Señores, ¿tienen algo que añadir? —preguntó el almirante—. ¿Capitán Hornblower?

Hornblower miraba a su alrededor; el amplio camarote, los arcones sobre los cuales reposaban blandos almohadones, la plata sobre la mesa; Elliot y Bolton saciados por la succulenta comida que acababan de tomar, Sylvester con papel y tintero delante, Villena, con su vistoso uniforme, mirando al vacío mientras proseguía la para él ininteligible conversación en inglés... En la pared de enfrente pendía un retrato de lady Bárbara; el artista había sabido representarla con una semejanza tan grande que a Hornblower le parecía que iba a oír su voz de un momento a otro. Se sorprendió pensando qué harían con el retrato en cuanto prepararan el zafarrancho de combate, y con esfuerzo separó su pensamiento de lady Bárbara y apeló a todo el tacto que poseía para mostrar su desaprobación por aquel proyecto.

—Creo —dijo al fin— que tal vez, dada la situación, no sea muy conveniente confiar tanto en la cooperación que nos pueda prestar el ejército español.

—Hay siete mil hombres preparados para marchar —dijo Leighton—. Y desde Olot a Rosas apenas hay cuarenta y nueve kilómetros

—Pero en medio está Gerona.

—El coronel Villena me ha dicho que hay caminos secundarios que van por los

alrededores de la ciudad y por los que puede pasar muy bien un ejército que no lleve artillería. Como usted sabe, él mismo ha hecho ese viaje cuatro veces.

—Sí... —Hornblower hubiese querido replicar que mandar a un solo jinete era mucho más fácil que hacer pasar por allí a siete mil hombres, siendo senderos de montaña; pero se limitó a preguntar—: ¿Podemos contar con siete mil hombres? ¿Y estamos seguros de que vendrán?

—Cuatro mil bastarían para el asedio. Pero yo tengo la promesa formal del general Rovira —dijo Leighton.

—Sin embargo podrían no acudir. —Hornblower se daba cuenta de la inutilidad de discutir con un hombre que no conocía por experiencia propia las promesas españolas, y que carecía de imaginación para apreciar de antemano las dificultades de combinar una acción con fuerzas separadas entre sí por cuarenta y nueve kilómetros de regiones montañosas. Pero en el entrecejo del almirante apareció la arruga del descontento.

—¿Qué alternativa sugiere entonces, capitán Hornblower? —preguntó.

Disimulaba a propósito la impaciencia que le causaba la idea de volver a discutir todo el asunto.

—Yo creo que el escuadrón debería limitarse a emprender acciones apropiadas a su capacidad y sin tener que recurrir a la ayuda de los españoles. La batería de costa de Llançà ha sido restablecida. ¿Por qué no damos un golpe allí? Seiscientos hombres son suficientes para el asalto.

—Las instrucciones que he recibido —dijo Leighton con estudiada lentitud— me obligan a obrar en estrecha cooperación con las fuerzas españolas. Rosas tiene una guarnición de dos mil hombres y Rovira tiene siete mil apenas a cuarenta y nueve kilómetros. El grueso del séptimo cuerpo del Ejército francés se encuentra al sur de Barcelona. Nosotros tenemos por lo menos una semana para conseguir algún resultado marchando sobre Rosas. Nuestra escuadra puede proporcionar artillería pesada, hombres para servirla y más hombres aún cuando hayamos roto las filas enemigas. Si ésta no es una ocasión magnífica para aprovecharla en una acción combinada... Capitán Hornblower, no puedo comprender sus objeciones. Aunque a lo mejor ya no os parecen tan convincentes, ¿no es así?

—No las he formulado sino a causa de su petición, señor.

—Yo no pedía objeciones, sino comentarios o Consejos prácticos. Esperaba encontrar por su parte una mayor solidaridad, capitán Hornblower.

La discusión se hacía inútil. Si Leighton no quería más que servil obediencia, no tenía sentido continuar. Hornblower sabía que sus reparos eran más instintivos que razonados, y un capitán no podía rebatir a un almirante con la excusa de tener más experiencia.

—Le aseguro que puede contar con toda mi lealtad, señor.

—Muy bien. ¿Capitán Bolton? ¿Capitán Elliot? ¿No dicen nada? Entonces podemos ponernos enseguida a la tarea. El teniente Sylvester les entregará las órdenes escritas. Creo poder afirmar que nos encontramos en vísperas del éxito militar más clamoroso que esta costa oriental haya visto jamás desde que empezó la guerra en España.

La caída de Rosas, si realmente se llegaba a conseguir, sería un éxito clamoroso. Con la escuadra inglesa para defender más tarde la pequeña ciudad marítima, sería muy difícil que los franceses consiguiesen recuperarla de nuevo. Constituiría una constante amenaza para las comunicaciones con Francia y una base para que desembarcasen las fuerzas peninsulares de que España podía disponer. Su importancia era tal que para defenderla o reconquistarla el séptimo cuerpo de Ejército francés tendría que desistir de cualquier tentativa de conquista en Cataluña y concentrar sus esfuerzos en el intento de recuperarla. De momento, y según las informaciones españolas, no había fuerzas francesas de ninguna clase en un radio de varios días de jornada. Y, según lo prometido por los españoles, Rovira bajaría de Olot para asediar Rosas y, además, proporcionaría todos los animales de transporte que fuesen necesarios para arrastrar la artillería pesada inglesa desde el lugar del desembarco.

Pero, como a Leighton se le había metido en la cabeza, no quedaba otro remedio que dedicarse al asunto con todo entusiasmo. Si todo iba bien sería una gran victoria y, aunque Hornblower jamás había oído hablar de que todo marchase admirablemente en una acción combinada de guerra, alguna vez sin embargo, debería darse ese caso prodigioso y, por lo tanto, no le quedaba sino disponer el desembarco de acuerdo con esa esperanza.

Dos noches más tarde, la escuadra inglesa entraba ligera y silenciosamente en medio de la oscuridad con los acantilados del cabo de Creus dibujándose vagamente en la distancia, en la arenosa cala cerca de Selva de Mar, que de común acuerdo había sido escogida como el lugar más apropiado para el desembarco.

A seis kilómetros hacia poniente estaba la batería de Llançà; a unos cinco, hacia levante, existía otra que cerraba el cabo de Creus, y a cerca de nueve kilómetros al sur, al principio de la pequeña península que forma el cabo de Creus, se hallaba la pequeña ciudad de Rosas.

—Buena suerte, capitán —dijo Bush, surgiendo como un espectro de las tinieblas del alcázar, en tanto Hornblower se disponía a bajar a su chalupa.

—Gracias, Bush. —En comentarios extraoficiales como aquél se podía omitir el ceremonioso «señor». Pero el hecho de que el capitán sintiera su mano metida entre las callosas palmas de la de Bush y éste se la estrechara indicaba la gran importancia que concedía Bush a la operación que Hornblower iba a capitanear.

La chalupa volaba sobre las tranquilas aguas que reflejaban las miríadas de

estrellas que se mostraban en el cielo; y de pronto el chapoteo del agua, que se deshacía en pequeñas olas sobre la arenosa playa, ahogó los apagados rumores que hacían los hombres que iban a desembarcar al meterse en las chalupas. De la playa partió un grito de «¿Quién vive?», dirigido a la chalupa que se acercaba, y Hornblower respiró al oírlo formular en español. No se trataba de fuerzas francesas apostadas allí para impedir el desembarco, sino que seguramente ya eran las bandas de guerrilleros que habían prometido cooperar en la acción. Hornblower saltó a la playa y un grupo de gentes que apenas se podían distinguir a la luz de las estrellas se acercó a él.

—¿El capitán inglés? —preguntó en español uno de los del grupo.

—Capitán Horatio Hornblower, para servirle.

—Soy el coronel Juan Claros, del segundo tercio de Migueletes Catalanes. Le traigo los saludos del coronel Rovira.

—Gracias. ¿Cuántos hombres trae?

—Los de mi tercio, es decir, un millar de hombres.

—¿Cuántas bestias?

—Cincuenta caballos y un centenar de mulos.

Villena había prometido que Cataluña sería recorrida a lo largo y a lo ancho en busca de animales de tiro. Entre el lugar del desembarco y la ciudad de Rosas había seis kilómetros de caminos montañosos y uno de camino llano; y para arrastrar por aquel terreno tan accidentado las dos toneladas y media de peso de cada cañón de veinticuatro eran necesarios cincuenta caballos. Si llega a haber menos animales Hornblower se hubiese negado a ponerse en camino, pero los españoles habían llevado el mínimo necesario.

—Llévese mi chalupa —le dijo Hornblower a Longley— y avise de que ya se puede lanzar el desembarco. —Luego, volviéndose de nuevo a Claros—: ¿Dónde está el coronel Rovira?

—Ya está por Castelló y se acerca a Rosas.

—¿De qué fuerzas dispone?

—Lleva consigo a todos los hombres capaces de sostener un fusil de todo el norte de Cataluña, capitán, exceptuando mi tercio. Por lo menos unos siete mil hombres.

—¡Ajá!

Todo salía exactamente según el plan previsto. El pequeño ejército podía encontrarse al amanecer bajo las murallas de Rosas y debería ser alcanzado, en el menor tiempo posible, por el transporte de la artillería, que abriría fuego sin vacilar desde el instante en que fuese dada la primera señal de alarma. El tiempo para llegar hasta Rosas antes de que apareciese el grueso de las fuerzas francesas era muy limitado. Y como los españoles procedían con tan buena voluntad en la parte del programa que se les había designado, Hornblower comprendía que era su deber

cumplir la suya.

—¿Hay patrullas de voluntarios vigilando en Rosas? —preguntó.

—Sí. Un escuadrón de caballería regular. Darán la alarma en el caso de que hagan una salida desde la fortaleza.

—Perfectamente.

Era difícil poder llevar los cañones lejos de la playa antes del amanecer, y a esa hora Rovira habría rodeado Rosas como con una red y la caballería daría la alarma a la más mínima señal de movimiento en el fortín. Hasta ese instante la cosa marchaba perfectamente. Hornblower empezaba a creer que había juzgado mal a los españoles o que aquellos catalanes, soldados irregulares, tenían un espíritu militar de primer orden.

Un chasquido cadencioso de remos indicaba la llegada de las barcas que traían a los ingleses; los primeros ya estaban al lado de la playa, y los hombres saltaron a ella. Chapoteando en el agua, levantaban débiles fosforescencias, y los cinturones blancos de los infantes de marina destacaban sobre las rojas casacas que, en la oscuridad, parecían negras.

—¡Mayor Laird!

—¡Capitán!

—Tome un pelotón y lléveselo allá arriba, sobre el acantilado. Aposte los centinelas donde le parezca mejor, pero no se olvide de las instrucciones. Y que nadie se separe más allá de veinte pasos.

Fiándose poco de las precauciones adoptadas por los españoles contra una posible sorpresa, Hornblower deseaba disponer allí cerca una guardia de fuerzas bien disciplinadas que sirviesen de defensa; pero en la oscuridad, y ya que usaban a la vez tres idiomas (inglés, español y catalán), era conveniente no exponerse a confusiones y equívocos. Eran éstas las pequeñas dificultades técnicas que un almirante era incapaz de apreciar por falta de experiencia. A lo lejos, ya estaba rechinando la gravilla de los bajíos al paso de las barcazas que transportaban los cañones, y los hombres disponían un pontón primitivo para efectuar un desembarco, hecho con maderas unidas entre sí apoyadas en bocoyes flotantes que Hornblower había hecho poner. El trabajo encomendado a Cavendish, el primer oficial de la *Pluto*, estaba en buenas manos.

—¿Dónde están los caballos y los mulos, coronel?

—Están allá arriba.

—Pronto los voy a necesitar aquí abajo.

Era sólo cuestión de tiempo que el material fuese llevado a la orilla, aunque el millar de proyectiles (calculaban un centenar de descargas por pieza) pesase sus buenas diez toneladas. Pero trescientos marineros y otros trescientos infantes de marina (gente acostumbrada a la rígida disciplina naval) eran capaces de descargar en un abrir y cerrar de ojos diez toneladas de municiones, además del buey salado y el

pan para las raciones diarias. Los cañones eran lo más difícil y pesado. Hasta aquel momento, sólo la primera de las piezas de veinticuatro había sido subida al pontón: era un trabajo enorme hacerle recorrer el breve trozo de rampa desde la plataforma levantada sobre las bancadas de las barcas, donde en equilibrio precario habían sido transportados los cañones por encima de la borda. El pontón se hundía bajo la enormidad del peso hasta que llegaba el agua a su superficie. Doscientos hombres, con el agua hasta las rodillas, tiraban de las cuerdas atadas al cañón y, chapoteando y afianzándose en el blando suelo arenoso, poco a poco iban arrastrando el cañón hacia la orilla.

Como todos los cañones que Hornblower había visto en su vida, también éste se comportaba con una terquedad estúpida, que podía suponerse inspirada por las potencias infernales dotadas de un perverso sentido del humor. Aunque había sido montado, siguiendo instrucciones de Hornblower, sobre ruedas de madera bastante grandes para poder sortear con más facilidad los accidentes del camino, al pasar sobre las vigas se atrancaba y se clavaba. Los hombres de Cavendish, a pesar de la completa oscuridad, manejaban hábilmente palancas, barras y picos. Sin embargo, el cañón reculaba y amenazaba con resbalar y caerse de la plataforma. Cavendish ya se había quedado ronco a fuerza de gritar «¡Basta!», a los hombres por miedo de que aquel diabólico objeto se soltara y cayera al agua. Solamente después de haber vuelto a colocarlo convenientemente los hombres pudieron empezar la tarea de tirar nuevamente de él. Hornblower recordaba que había diez de aquellos morteros y sería preciso tirar de ellos por subidas con pendientes y bajadas durante seis kilómetros de camino.

Había hecho prolongar el final del pontón por medio de otros maderos que formaban un entablado sobre la arena que había al empezar la rápida subida, que, siguiendo la orilla de los acantilados, se elevaba en rápida pendiente. Los mulos y los caballos estaban reunidos en grupo, con un hombre junto a cada uno cuyos harapos destacaban en la oscuridad. Pero los españoles, aunque sabían que los animales estaban destinados a arrastrar cañones, no habían pensado en llevar los arcos correspondientes para uncir los animales al tiro. Hornblower se volvió a un grupo de marineros que allí estaban esperando.

—¡Vamos, muchachos! Coged aquellas cuerdas y atad los caballos a los cañones. Hay una buena cantidad de ellas, pero si no bastan las cuerdas, haced tiras de lona.

—Sí, señor.

Era realmente increíble ver lo que eran capaces de hacer aquellos marineros. Atando y anudando, pronto tuvieron dispuestos arcos y bridas. Los improperios ingleses que usaban para azuzar a las bestias debían de sonar de un modo raro a los oídos de éstas; sin embargo, surtían efecto. Animados por el ejemplo, los carreteros y muleros catalanes también se pusieron a empujar y a tirar. Desorientados en aquella

oscuridad, que apenas era rota por una docena de linternas, los pobres animales relinchaban y daban coces, pero al fin fueron puestos en fila; al cuello les colocaron improvisadas colleras de cuerda revestida de lona, y pasaron bridas de cuerdas por las anillas del tiro.

—¡Alto! —rugió un marinero cuando empezaba a haber un poco de orden entre aquel amontonamiento de hombres y bestias—. ¡Veo que aquel sinvergüenza de allá se ha enredado la pata de estribor con los cabos!

El segundo cañón ya estaba en la orilla cuando el primero estaba dispuesto para el arrastre. Los látigos chasquearon y los hombres empezaron a dar gritos, animando a los caballos, que empezaron a moverse fatigosamente, hundiendo los cascos en la húmeda arena. Entre tanto, el cañón se meneaba con grandes crujidos de maderas y con unas sacudidas espasmódicas e irregulares. Sin embargo, en cuanto el camino se hizo más empinado, se detuvieron. Aquellos veinte caballitos flacos y muertos de hambre jamás conseguirían arrastrar el enorme peso cuesta arriba.

—Señor Moore —dijo Hornblower, irritado—. Que suban ese cañón.

—Sí, señor.

Cien hombres se unieron a los caballos y se agarraron a las cuerdas. Otros hombres, detrás del cañón y provistos de estacas, lo ayudaban a pasar por los lugares difíciles y apuntalaban las ruedas con grandes piedras cuando a los hombres y a los animales había que darles un momento de respiro. A Hornblower le pareció haber conseguido una gran hazaña cuando a los primeros fulgores del amanecer, de pie en la cumbre, pudo ver la hilera de diez cañones y la montaña de provisiones que representaban el sobrehumano esfuerzo realizado durante aquella noche.

La luz del día, que cada vez iba en aumento, le permitió mirar a su alrededor. Abajo se extendía la dorada playa llena de hombres atareados y, sobre la gran extensión del mar azul, los navíos fondeados se mecían suavemente. En la altura en donde estaba Hornblower, la parte alta de la península se extendía en un territorio rocoso y accidentado. A la derecha, la roca formaba claramente una serie de colinas que terminaban en una altiplanicie; pero al sur y mirando hacia Rosas (en aquella dirección era hacia donde debían dirigirse ellos), un estrecho sendero de cabras serpenteaba a través del bajo monte de madroños. A la luz del sol, Hornblower pudo ver al fin a Claros, un hombre esbelto, de una piel tan bronceada que tenía color de tabaco, con largos mostachos negros que le caían sobre los labios y una dentadura deslumbrantemente blanca, que mostraba al sonreír a Hornblower.

—Tengo un caballo para usted, capitán.

—Gracias, coronel. Muy amable por su parte.

Algunos hombres morenos se movían desalentados entre las rocas, y en las hondonadas y entre las bajas crestas empezaban a distinguirse masas oscuras; lo que habían sido hasta entonces montones de hombres dormidos se iban disgregando en

grupos de hombres soñolientos que, envueltos aún en sus mantas, se movían sin rumbo fijo.

Hornblower se volvió hacia el coronel y le dijo:

—¿Tendría la amabilidad de enviar un mensaje al coronel Rovira para anunciarle que estamos a punto de marchar sobre Rosas y que espero reunirme con él hacia el mediodía, con algunos de mis cañones por lo menos?

—Desde luego, capitán.

—Necesitaré la ayuda de sus hombres para el transporte de las municiones y de las provisiones.

Esta segunda petición pareció dejar perplejo a Claros, y aún más perplejo se quedó al saber que de sus hombres, cuatrocientos serían empleados en el transporte de los cañones, mientras que los otros cuatrocientos tendrían cada uno que cargar con una bala de cañón para las piezas de veinticuatro. Un poco contrariado, Hornblower pasó por alto las objeciones del coronel.

—Y, una vez que hayan hecho un primer viaje, será preciso que vuelvan aquí de nuevo a buscar más. Me habían prometido que tendrían bastantes animales de tiro y, como no me han traído bastantes bestias de cuatro patas, deberé usar las de dos. Y ahora, si no le importa, quisiera ver en camino esta columna.

Diez caballos o diez mulas para cada cañón y cien hombres en las cuerdas de tiro; cien hombres en la vanguardia para allanar el camino, quitar de en medio las piedras y rellenar las grietas; cuatrocientos hombres cargados con las balas de cañón y algunos para guiar a los mulos que cargaban con los barriles de pólvora. Claros puso cara de pocos amigos cuando oyó decir que todos los hombres de su tercio tendrían que hacer de bestia de carga, mientras que, según pretendía Hornblower, doscientos infantes ingleses de marina se verían libres de aquella pesada faena.

—Deseo que las cosas se hagan de esta forma, coronel. Si no le gusta, encuentre una batería de asedio española.

Hornblower pensaba en la necesidad de tener a mano por lo menos una parte de sus fuerzas para el caso de tener que rechazar una sorpresa, y su determinación era tan obvia, que acabó por vencer las protestas del coronel.

Se oyó un alboroto detrás de ellos cuando se estaban cargando las mulas. Hornblower corrió hacia allí, con Claros a sus talones, y encontró a un oficial español amenazando a Gray con la espada desenvainada, con sus astrosos guerrilleros detrás de él blandiendo sus mosquetes.

—¿Qué es todo esto? ¿Qué ocurre aquí? —preguntó Hornblower, primero en inglés y luego en español. Todos se volvieron hacia él y empezaron a hablar a la vez, como niños que se pelean en el patio del colegio. El rápido catalán del oficial le resultaba imposible de entender, y se volvió a escuchar a Gray.

—Esto es lo que pasa, señor —dijo el ayudante del oficial de derrota, mostrando

un cigarro encendido en la mano—. Ese teniente, señor, iba fumándose esto mientras cargábamos las mulas. Yo voy y le digo, muy respetuosamente, señor: «No fume en el almacén, señor», pero él no hace caso. A lo mejor es que no me entendía; así que se lo vuelvo a decir más fuerte, para que me entienda mejor, y él me lanza el humo a la cara y me vuelve la espalda. Así que yo voy y le quito el cigarro, y él va y saca la espada, señor.

Al mismo tiempo, Claros escuchaba la explicación de su oficial, y Claros y Hornblower se encararon al final.

—Su marinero ha insultado a mi oficial —le espetó Claros.

—Su oficial ha sido un estúpido —replicó Hornblower.

Parecía un callejón sin salida.

—Mire, señor —dijo Gray, de repente. Señaló uno de los barriles que se balanceaba sobre los lomos de la paciente mula que lo cargaba. Estaba ligeramente agrietado y de él iba manando un hilillo de pólvora. Había pólvora en el flanco del mulo, pólvora en el suelo. El peligro de fuego era obvio, y tenía que serlo incluso para un catalán. Claros no pudo evitar esbozar una media sonrisa al ver aquello.

—Mi marinero actuó con un poco de brusquedad —dijo Hornblower al fin—, pero tendrá que admitir, coronel, que en parte el hombre tenía razón. Le presentará a su oficial una sincera disculpa y a lo mejor usted puede dar estrictas órdenes prohibiendo fumar al lado de la pólvora.

—Muy bien —accedió Claros.

Hornblower se volvió a Gray.

—Dígale al oficial: «Dios salve a nuestra graciosa majestad el rey, señor». Dígalo con un tono muy humilde.

Gray le miró, muy extrañado.

—Venga, hombre —exhortó Hornblower—. Haga lo que le digo.

Y Gray repitió la frase en inglés en un tono que sonó muy afectado, si no exactamente humilde.

—Este hombre desea expresarle su más profundo arrepentimiento por su anterior rudeza —tradujo Hornblower al oficial, y Claros asintió encantado, ladró un par de órdenes tajantes y se alejó. La crisis había remitido, y no se habían herido los sentimientos de ninguna de las dos partes. Los marineros estaban alegres y sonrientes, y los catalanes miraban orgullosos por encima del hombro a aquellos bárbaros despreocupados.

CAPÍTULO 18



El capitán Hornblower detuvo su caballo en la cima de la última estribación rocosa de la serie que hasta aquel momento se había desarrollado incesantemente delante de él. El sol de agosto caía a plomo, despiadadamente, y las innumerables moscas le atormentaban, lo mismo que a su caballo y a sus compañeros.

A su lado cabalgaba Claros; detrás de él, Longley y Brown guardaban el equilibrio como podían sobre sus huesudos rocinantes, en compañía de tres oficiales españoles. Algo más alejadas por aquel sendero de cabras, relucían las guerreras escarlatas. El mayor Laird y sus hombres iban en vanguardia, mientras de vez en cuando, entre la escasa vegetación grisácea y verdosa, alguna mancha escarlata indicaba el sitio en donde el mayor había colocado algunos centinelas por precaución. Aún más abajo se veía una especie de ciempiés de hombres, desnudos hasta la cintura, afanándose en su tarea de mejorar el camino para los cañones, y más allá otra especie de ciempiés múltiple con una gran mancha negra en la cola señalaba el sitio donde había llegado el primer cañón. En cinco horas había recorrido poco más de cuatro kilómetros. Levantando la mirada hacia el sol, Hornblower se dijo que le quedaba una hora y media para conseguir sus propósitos, para arrastrar los cañones a través de una milla de rocas y otra por el llano que tenía enfrente en declive. Sintió una punzada en la conciencia al pensar que seguramente el primer cañón llegaría con tanto retraso que no le iba a ser posible abrir fuego antes de las cinco o las seis de la tarde.

Allá abajo se extendía la pequeña ciudad de Rosas casi a una milla, pero con aquel aire transparente parecía mucho más cercana. Hornblower reconocía las características del lugar indicadas en sus mapas. A la derecha se levantaba la ciudadela. Desde la elevada posición en que se hallaba, Hornblower distinguía el contorno de los grises bastiones en forma pentagonal, con el mar azul al fondo. En el centro estaba la ciudad, con una calle única que costeaba la orilla del mar y que tenía por la parte de tierra una serie de fosos de protección. A la izquierda se erguía la elevada torre del fuerte Trinidad. El punto más débil, indudablemente, se hallaba en el centro; pero asaltarlo resultaría poco ventajoso, puesto que la ciudadela y el Trinidad podían resistir independientemente. El mejor partido era el de coger al toro por los cuernos, atacando la ciudadela por un lugar cercano al mar, de manera que se abriese una brecha. Al caer la ciudadela, la ciudad no podría defenderse; luego el Trinidad podía dar bastante que hacer; pero eso ya era otro cantar.

Hornblower, al abandonarse a sus pensamientos y fantasear sobre la capitulación

de Rosas, no se había fijado en la paz que reinaba en aquel lugar. Las banderas tricolores que pendían desmayadamente de sus mástiles en la ciudadela y en el fuerte Trinidad eran todos los signos belicosos que se podían descubrir a la vista. En toda la extensión de la llanura no había ni rastro de milicias de asedio. Entretanto, sólo era cuestión de tiempo que la guarnición descubriese que se acercaba un gran convoy y que se diese cuenta de lo débiles que eran sus defensas.

—¿Dónde está el ejército catalán? —preguntó Hornblower a Claros. Y obtuvo por contestación un encogimiento de hombros desalentado.

—Lo ignoro, capitán.

Eso quería decir que el precioso convoy y la aún más preciosa tropa de desembarco se hallaban desparramados a lo largo de cuatro kilómetros de camino, a merced de cualquier columna que pudiera enviar el gobernador de Rosas.

—¿Me dijo usted que el coronel Rovira marchaba sobre Rosas anoche!

—Parece que se ha retrasado.

—El mensajero que dijo usted que enviaría al amanecer, ¿ha vuelto?

Levantando las cejas y haciendo un gesto con la cabeza, Claros pasó la pregunta a uno de sus oficiales.

—Es que no ha ido —dijo el oficial.

—¿Cómo? —exclamó Hornblower en inglés. Tuvo que luchar para contener su asombro y reprimir sus sentimientos para ser capaz de hablar de nuevo en español—. ¿Por qué no?

—Habría puesto al oficial en un aprieto innecesario —dijo el oficial del puesto de mando—. Si el coronel Rovira viene, ya vendrá. Y si no, ningún mensajero nuestro conseguirá que venga.

Hornblower señaló a la derecha un vallecito entre dos colinas donde se veían unos cuantos caballos desensillados y algunos hombres sentados en el suelo; sin duda era el escuadrón de caballería, que desde el día anterior había vigilado la ciudad.

—¿Y por qué no nos han informado ellos de que el coronel Rovira no ha llegado? —preguntó.

—El oficial al mando tiene órdenes de informar sólo cuando llegue —respondió Claros.

No mostraba signos de indignación ante la expresión de desprecio que Hornblower apenas conseguía disimular. Sin embargo, Hornblower se tragó su rabia un poco más, esforzándose por sacar adelante el plan.

—Nuestra situación es muy peligrosa —afirmó.

—Mis gentes conocen muy bien estas montañas y, en el caso en que la guarnición saliese para atacarnos, podríamos huir tomando aquellos caminos —dijo Claros, y con la mano señalaba los barrancos lejanos de los montes que tenía enfrente—. Allí nadie se atrevería a seguirnos y el que lo hiciera no nos atraparía.

Hornblower se volvió a Longley como única respuesta:

—Pero, ¿y mis cañones? ¿Y mis hombres?

—En la guerra siempre hay peligros —replicó Claros, altivo.

—Vuelva atrás inmediatamente y lo más deprisa que pueda —le dijo Hornblower al muchacho—. Haga parar los cañones. Detenga el convoy. Detenga a todo el mundo que vea por los caminos. Nadie debe dar un paso más sin mi consentimiento.

—Sí, señor.

Longley dio la vuelta a su caballo y salió a toda prisa, con una desenvoltura que demostraba que antes de ingresar en la Marina había aprendido a montar a caballo. Claros y su estado mayor, Hornblower y Brown se quedaron mirándole hasta que una revuelta del camino lo ocultó y luego se miraron entre sí. Los españoles se figuraban poco más o menos las órdenes que había recibido.

—Ni uno solo de mis cañones, ni uno de mis hombres se moverá —dijo Hornblower— hasta que vea al ejército del coronel Rovira en aquella llanura. Ahora, ¿querríais hacerme el favor de mandarle un correo?

Claros se atusó el mostacho y luego se volvió a conferenciar con sus hombres, uno de los cuales tomó un papel que escribió el más viejo y se marchó.

Estaba claro que a ninguno le apetecía la perspectiva de una cabalgada de quizá treinta y dos kilómetros bajo un sol de justicia en busca de la columna de Rovira.

—Casi es la hora de comer —dijo Claros—. Capitán, ¿querríais mandar que distribuyan el rancho a mis hombres?

Hornblower se quedó boquiabierto. Había pensado que ya nada podía sorprenderle, pero estaba muy equivocado. La cara morena de Claros no mostraba otra expresión que la tranquila convicción de que sus mil hombres tenían que alimentarse de las provisiones que laboriosamente había acarreado el escuadrón. Hornblower estuvo a punto de negarse en redondo, pero lo pensó mejor. Comprendió que si no recibían alimentos, los hombres de Claros sencillamente se evaporarían para ir en busca de comida, y todavía existía una vaga posibilidad de que llegase Rovira y se llevase a cabo el asedio. Por si se daba esa posibilidad, tenía que ceder y aprovechar lo mejor posible las pocas horas de que disponían antes de que se descubriera su presencia.

—Voy a disponerlo todo para ello —dijo al fin, y la orgullosa expresión del coronel no mostró alteración alguna, ya estuviera prestando favores o recibéndolos de aquel inglés con el que había estado a punto de pelearse.

Pronto los marineros ingleses y los voluntarios catalanes se hallaron comiendo fraternalmente con buen apetito. Hasta el escuadrón de caballería, desde su lejano puesto, parecía haber olido la comida, pues como una banda de buitres hambrientos había acudido a participar del festín a todo correr, dejando a media docena de compañeros como centinelas para vigilar Rosas. Claros y su estado mayor habían

formado grupo aparte y se hacían servir por sus asistentes. Y como era de esperar, después de la comida vino la siesta; después de haberse hartado a más no poder, todos se tendieron a la escasa sombra de los matorrales, roncando con un filosófico desprecio por las moscas que zumbaban sobre sus bocas abiertas.

Hornblower no comió ni durmió, sino que dejó encomendado su caballo a Brown y se puso a andar de un lado para otro por aquel pedregal mirando hacia Rosas, con el corazón lleno de amargura.

Había mandado un mensaje escrito al almirante, explicándole vagamente las razones del retraso; lo hizo vagamente porque no quería ser de aquella clase de oficiales que ven una dificultad a cada paso. Leighton le contestaba de un modo que le indignaba, preguntando si no era posible intentar nada contra la fortaleza con los mil quinientos hombres que tenía a su disposición. ¿Y dónde estaba el coronel Rovira? Sólo la pregunta ya suponía una sospecha de que Hornblower tuviese la culpa de las dificultades que hubiese podido encontrar aquel ejército. El capitán Hornblower no debía olvidar la obligación de trabajar en estrecha colaboración con los aliados de Inglaterra. La escuadra inglesa no podía proveer de víveres durante mucho tiempo a las fuerzas del coronel Claros; con mucho tacto, el capitán debía llamar la atención del coronel sobre la necesidad de proveer por sí mismo la comida de su gente. Era de la mayor importancia que a su llegada la escuadra inglesa obtuviese una victoria notable, con una acción armada digna de recordarse, y, por otra parte, no debía emprender por ningún motivo una acción que pudiese poner en peligro a las tropas de desembarco. En resumen, la epístola de Leighton era un documento inútil y vacío para quien estuviese al corriente de la situación, pero una comisión de jueces, ignorante del desarrollo de los sucesos, podía considerarla.

—Perdón, capitán —dijo de pronto Brown—. Allá abajo hay algo que se mueve...

Hornblower se estremeció y miró hacia Rosas. De la fortaleza salían tres filas como tres serpientes; tres largas y estrechas columnas de tropas que desembocaban en la llanura, partiendo una de la ciudadela, otra de la Trinidad y la tercera del pueblo. Un grito ronco que se levantó del lado donde estaba el piquete de caballería española indicó que ellos también las habían visto. El pequeño grupo dejó su puesto y cabalgó hacia el disperso ejército español. Durante dos largos minutos, Hornblower se quedó mirándolos. Las columnas eran interminables y seguían saliendo, como si no tuviesen fin, del interior de las fortificaciones. Dos de ellas se dirigían directamente hacia el lugar en donde él se hallaba, mientras que la tercera, la que salía de la ciudadela, tomaba una dirección opuesta, dirigiéndose hacia la derecha. Era evidente que lo hacía con la intención de cortar el camino de retirada hacia el interior a los españoles. Los cañones de los mosquetes brillaban al sol y las columnas seguían desarrollándose; debían de tener por lo menos mil soldados cada una. Los

españoles se habían equivocado por completo estimando en sólo dos mil hombres como máximo los que contenía aquella guarnición.

Claros llegó con gran estrépito de espuelas junto con su plana mayor y examinó la llanura. Hizo una breve pausa para asimilar la importancia de lo que veía (todos los hombres que le acompañaban señalaban hacia la columna que iba por el flanco) y luego picó espuelas de nuevo y dio la vuelta. Mientras lo hacía sus ojos se encontraron con los de Hornblower. No mostraban expresión alguna, como de costumbre, pero Hornblower se dio cuenta de lo que pretendía. Si abandonaba el convoy y se alejaba con sus hombres a toda prisa hacia la meseta, le daría tiempo a salvarse. Ya estaba decidido a hacerlo Hornblower supo que no valía la pena intentar convencerle de que cubriera la retirada del convoy, aunque los catalanes hubieran tenido la capacidad suficiente para luchar a retaguardia contra un ejército muy superior en número.

La seguridad del convoy dependía ahora solamente de sus propios esfuerzos, y no tenía un momento que perder.

Las vanguardias de las columnas francesas ya habían adelantado por la llanura y dentro de poco empezarían a escalar la áspera subida a la altiplanicie. Hornblower montó inmediatamente, salió al galope detrás de Claros y, acercándose al lugar en donde el mayor Laird había colocado a sus hombres en fila, frenó el cansado caballo y siguió andando a un moderado trote. No debía demostrar que estaba irritado y ansioso; eso alarmaría inútilmente a los hombres.

El problema que debía resolver era muy arduo. El mejor partido, no hay que decirlo, era abandonarlo todo, cañones, municiones y provisiones y echar a correr con todos los hombres hacia el barco. Las vidas de aquellos marineros, todos ellos hombres escogidos y bien adiestrados, eran demasiado preciosas para exponerlas a la ligera, y si a él le quedaba una onza de buen juicio, lo primero que debía pensar era en llevarlos sanos y salvos a bordo antes de que apareciesen los franceses. En la escala de valores relativos, unas pocas vidas humanas tenían siempre más valor que diez morteros con sus municiones y unos cuantos sacos de víveres. Sin embargo, en la guerra esa escala de valores se trastocaba. Una huida desenfrenada, abandonando armas y municiones, sólo serviría para abatir el ánimo de los hombres, y en cambio una retirada en buen orden, con el honor a salvo y sin pérdidas, se lo aumentaría. Hornblower ya había hecho su elección cuando detuvo el caballo ante el mayor Laird.

—Laird, dentro de una hora tendremos a tres mil franceses encima —le dijo serenamente— y usted debe procurar contenerlos mientras nosotros nos ocupamos de llevar las armas y las provisiones a bordo de nuevo.

Laird asintió. Era un escocés gigantesco, de cabellos y cara rojos, con propensión a la gordura. El sombrero de tres picos que llevaba plantado en el cogote dejaba descubierta la sudorosa frente, y él se la secaba con un pañuelo de color violeta que,

bajo la cegadora luz del sol, hacía un violento contraste con la casaca y la faja colorada de su uniforme.

—Sí, señor —dijo—. ¡Así se hará!

Hornblower se detuvo un momento para echar un vistazo a la doble fila de infantes de marina, honradas caras morenas que bajo los chacos, los blancos cinturones y las correas de las cartucheras formaban una línea en zigzag. Su disciplinada compostura le tranquilizó y le dio confianza. Dio con la espuela en el flanco del caballo y se fue al trote por el camino, hacia abajo. Se topó con Longley, que subía a toda la velocidad de la que era capaz su caballito.

—Vuelva atrás a la playa, Longley. Dígale al almirante que nos vemos en la perentoria necesidad de reembarcar hombres, provisiones y armamentos; que ordene inmediatamente que todas las embarcaciones de la escuadra nos ayuden.

Una columna de españoles se apresuraba ya, desordenadamente, por un sendero que conducía tierra adentro. Un oficial español reagrupaba a los hombres que le quedaban; un oficial británico miraba asombrado cómo soltaban a un tiro de caballos de uno de los cañones y se los llevaban.

—¡Alto! —rugió Hornblower, galopando hacia allí en el último momento, mientras rebuscaba en su mente las palabras adecuadas en español—. Tenemos que quedarnos esos caballos. Aquí, Sheldon, Drake, vuelvan a traerlos. Brown, vaya a galope y dígales a todos los oficiales que los hombres se pueden ir, pero que no se llevarán ni un solo caballo ni una mula.

Los españoles le miraron ceñudos. En un país que había sido saqueado hasta el último rincón durante dos años de guerra, los animales de carga y de tiro eran extremadamente valiosos. Hasta el más mísero campesino español alistado en el ejército lo sabía; sabía que la pérdida de aquellos animales podía significar tener el vientre vacío en alguna campaña al cabo de un mes. Pero los marineros ingleses también eran gente decidida. Blandieron sus machetes y sus pistolas con toda la intención de usarlos si era necesario, y los españoles eran conscientes de que la columna francesa en marcha les cortaba la retirada. Abandonaron, pues, los animales en el camino y se alejaron, torvamente, mientras Hornblower espoleaba a su fatigado caballo y salía al galope.

Armas, municiones y todo lo que había sido llevado hasta allí con tantísimo trabajo volvía a emprender el camino por donde vino. Hornblower se detuvo un momento en lo alto de la áspera pendiente antes de emprender el descenso. En la serena tarde, el mar tenía un azul de esmalte, y allá abajo los navíos de la escuadra fondeados se balanceaban calmosamente. La arena de la playa brillaba como una alfombra de doradas lentejuelas, y sobre el terso espejo de las aguas, las chalupas y las lanchas parecían grandes escarabajos flotantes. Alrededor de él cantaban ensordecidas las cigarras.

Al llegar abajo, Hornblower pudo ver que los marineros ya habían embarcado una buena parte de los barriles de carne de buey salado y de los sacos de pan. Podía dejar encargada aquella parte del trabajo a Cavendish; dando otra vez media vuelta, volvió a emprender la subida de la cuesta y llegó arriba justamente en el mismo momento en que una fila de marineros llegaba con los mulos cargados. Les ordenó que apenas hubiesen sido descargados, volviesen a subir los animales y los unciesen a los cañones, y luego se marchó de nuevo.

El cañón más próximo se hallaba a media milla del desfiladero, y hombres y animales trabajaban en el arrastre; por aquel lugar, el terreno descendía en pendiente a lo largo de un barranco. Los hombres recibieron al capitán con gritos de salutación, a los que él contestó agitando la mano. Intentó adoptar un aire de buen jinete, y se consoló con el pensamiento de que Brown, que iba a sus espaldas, aún cabalgaba peor que él, y por contraste, haría que su capitán pareciese mejor de lo que era. Entretanto, un lejano tiroteo le indicó que la retaguardia de Laird había entrado en acción.

Apresuró el trote, llevando pegados a los talones a Longley y a Brown, y adelantándose a los otros cañones que subían penosamente la cuesta, se dirigió hacia el lugar de donde provenía el tiroteo. A lo largo del camino se encontraban desperdigadas balas de cañón que los españoles habían dejado caer al cundir la alarma. Sería imposible recuperarlas y llevarlas de nuevo al barco. De repente se encontró en el sitio en donde se estaba desarrollando la escaramuza. Allí el terreno era muy quebrado y lleno de altibajos y malezas entre las cuales cantaban las cigarras, tan fuerte que a ratos dominaban el ruido del tiroteo. Laird había diseminado a sus hombres sobre la cumbre de uno de los montículos de rocas más anchos y él se había colocado sobre un peñasco que dominaba el sendero, con el pañuelo morado en una mano y la espada desenvainada en la otra y sin preocuparse de las balas que llovían a su alrededor. Tenía todo el aspecto de divertirse grandemente y miró a Hornblower con la irritación de un artista que se ve importunado mientras está realizando una obra maestra.

—¿No hay novedad? —preguntó Hornblower.

—No —replicó Laird, y luego de mala gana añadió—: Venga y véalo usted mismo.

Hornblower bajó del caballo, trepó al peñasco y, procurando no resbalar por él, se colocó al lado del mayor en inestable equilibrio.

—Observará —dijo el mayor en tono pedante y arrastrando mucho las erres— que las tropas en formación, en un terreno como éste, deben colocarse en los senderos, porque los grupos que se entretienen en escaramuzas separadas pierden pronto el sentido de la orientación, y esta vegetación espinosa es de lo más adecuada para entorpecer los movimientos.

Desde la roca, Hornblower veía a sus pies un mar de verdor (los matorrales casi impenetrables que crecen en las laderas de las rocosas colinas que bordean el Mediterráneo en España), que escondía maravillosamente las casacas rojas de los soldados que se hallaban ocultos tras los matojos. Las volutas de humo que aparecían en algunos puntos indicaban el lugar de donde partían los disparos. En la ladera opuesta se veían también nubecillas de humo y agitación entre los matorrales. Hornblower veía allí caras blancas, guerreras azules y, de vez en cuando, algún calzón blanco; los franceses se abrían camino entre la espinosa vegetación. Más lejos vio parte de una columna de soldados esperando en el sendero. Dos o tres balas de mosquete silbaron sobre su cabeza.

—Aquí estamos seguros —dijo Laird— hasta que el enemigo se vuelva hacia nuestro lado. Mire hacia la derecha y verá un regimiento francés que avanza a lo largo de un camino casi paralelo a éste. En cuanto haya alcanzado aquella eminencia, nosotros nos retiraremos a otra posición y ellos deberán volver a empezar el juego. Por suerte, ese caminito no es más que un sendero de cabras y tal vez no los lleve a esa cumbre.

Siguiendo la dirección que señalaba el mayor con el dedo, Hornblower veía una larga fila de gorros franceses adelantando, ondulantes, entre la maleza: la tortuosa marcha indicaba, como había supuesto Laird, que el caminito no llevaba una dirección precisa. Otra bala les silbó en los oídos.

—Los tiradores franceses son peores que los de Malta, donde yo tuve el honor de formar parte del estado mayor de sir John Stuart —decía Laird—. Aquellos soldados me están disparando sus mosquetes hace media hora sin alcanzarme; sin la más remota probabilidad de alcanzarme. Pero como ahora somos dos, las probabilidades son dobles. Capitán, me permito aconsejarle que se vaya y que procure acelerar la marcha del convoy.

Se cambiaron una mirada de inteligencia. Hornblower sabía que era mejor no inmiscuirse en la acción de la retaguardia, que estaba al mando de Laird, porque éste ya sabía cumplir con su obligación. Era el temor de parecer miedoso el que le hacía vacilar en marcharse. Mientras estaba allí dudando, un violento golpe le arrancó el sombrero de la cabeza y apenas tuvo tiempo de cogerlo antes de que se le cayera al suelo.

—Aquella columna —decía Laird imperturbable— habrá alcanzado la cumbre de la que le hablaba hace un momento dentro de unos minutos. Debo rogarle oficialmente, capitán —y alargó desmesuradamente la palabra «oficialmente»—, que se vaya antes de que yo reúna a mis hombres para la retirada. Y necesariamente deberemos retirarnos con cierta velocidad.

—Muy bien, mayor.

Dejándose deslizar por la roca con toda la dignidad de que fue capaz, Hornblower

sonreía a su pesar. Cuando estuvo en el sendero, saltó a su caballo y se marchó al trote. No sin cierto orgullo examinó su sombrero, observando que la bala había agujereado el nudo del dorado galón delantero y le había pasado a dos dedos de la frente sin que él se estremeciese. Pero volvió a dirigir a su caballo hacia un nuevo camino que se abría delante, subiendo hacia otra altura. A sus espaldas se había recrudecido el fuego de mosquetería. Se detuvo y pronto vio llegar a un destacamento de soldados de marina con el capitán Morris a la cabeza corriendo hacia él. Sin fijarse en él, se metieron por los matorrales, buscando lugares apropiados desde los que pudiesen cubrir la retirada de los camaradas. El fuego de mosquetería crepitó de repente y llegaron corriendo Laird y luego un joven teniente con cinco o seis soldados que abrían camino a sus compañeros. De vez en cuando se volvían y, con algún disparo, mantenían a raya al enemigo.

Viendo que la retaguardia estaba bien dirigida, Hornblower bajó al pie de una cuesta, en donde el último cañón parecía haber echado raíces. Entre un coro de maldiciones, los caballos, medio reventados, tiraban desesperadamente, resbalando sobre el suelo rocoso en un vano intento de hacer avanzar un poco aquel enorme peso muerto, pero ahora no había más que media docena de marineros que ayudaban a levantar el cañón a fuerza de palancas, palmo a palmo, en lugar de los cincuenta españoles que habían ayudado antes a subirlo desde la playa. Sus desnudos torsos, que en el esfuerzo mostraban las costillas claramente, estaban brillantes de sudor. Hornblower buscó en su memoria algunas palabras apropiadas a la situación.

—¡Duro, muchachos! ¡Boney no tiene cañones tan buenos como éstos! ¡Seguramente no querréis que los dragones se los regalen!

La columna de españoles se veía ahora como un largo gusano que ascendía por los abruptos costados de la meseta. Ya habían conseguido huir. Hornblower, al mirarlos, sintió un súbito ramalazo de odio por ellos y por su raza. Eran una nación orgullosa, pero no tanto como para desdeñar los favores ajenos. Odiaban a los extranjeros sólo un poco más de lo que se odiaban entre sí. Eran ignorantes, desorganizados, derrochaban los bienes que la naturaleza, pródiga, había concedido a su país. España era presa natural de cualquier nación fuerte. Francia había intentado conquistarla, y sólo el celo de Inglaterra conseguía derrotarla. En el futuro, más tarde o más temprano, el país quedaría roto en mil pedazos debido a las luchas entre liberales y conservadores, y en algún momento de esa lucha los poderes europeos se pondrían de acuerdo para echar mano a esos fragmentos. Guerra civil y agresión extranjera, siglos de ambas cosas quizá constituyeran el futuro de España a menos que los españoles fueran capaces de poner orden en su propia casa.

Se esforzó en alejar de sí aquellos pensamientos, procurando fijar su atención en los problemas que tenía que resolver en aquel instante. Debía devolver las yuntas de mulos para ayudar a arrastrar los cañones, y apresurarse a embarcar todo el material y

los hombres. El estrépito de la mosquetería le recordaba que sus soldados soportaban el fuego enemigo, y quizá se vieran heridos y muertos en su intento por contenerlo y darle tiempo para realizar esas tareas urgentísimas. Desechó la duda que le asaltaba de si realmente merecía la pena y espoleó, resuelto, a su caballo, que salió al trote.

Consiguieron llevar la mitad de cañones a la playa (el último tramo de la bajada era mucho más fácil), mientras los que faltaban iban acercándose a lo alto de la cumbre. Los barriles y los sacos de víveres habían sido embarcados y ya se empezaba el transporte de la artillería por medio de los pontones flotantes. En cuanto Cavendish vio a Hornblower, se acercó a él y le preguntó:

—¿Qué hacemos de los animales, capitán?

Embarcar ciento cincuenta bestias era una empresa tan dificultosa como embarcar los cañones. Además, a bordo serían una molestia insoportable. Pero de ningún modo había que dejar que cayera en manos de los franceses aquello que en España era considerado como el mejor botín. Seguramente el remedio más rápido era matar allí mismo a todos aquellos animales; sin embargo, tenían un enorme valor. Si conseguían llevárselos y mantenerlos a bordo durante un par de días, después se podrían desembarcar y entregar nuevamente a los españoles. Sin contar con que la matanza de las pobres bestias haría en sus marineros un pésimo efecto; peor aún que si hubiesen perdido los cañones. Después de todo se les podía alimentar con galleta machacada (a juzgar por su aspecto no debían de estar acostumbrados al lujo), y además, el problema de darles agua de beber no era una cosa insoluble. Laird y los suyos aún luchaban y el sol ya empezaba a teñir de rosa la cumbre de los montes, anunciando su ocaso.

—Llévalos a bordo con todo lo demás —dijo al fin Hornblower.

—Sí, señor —se limitó a decir Cavendish, sin demostrar su pensamiento de que meter a los animales en las chalupas y subirlos a bordo era un trabajo aún peor que el de los cañones.

Se trabajaba febrilmente. A un cañón, con la pérfida intención de todos los de su clase, se le ocurrió caer y desmontarse durante el viaje de bajada; pero los hombres no dejaron que el incidente los retrasara demasiado. A fuerza de palancas y barras movieron la enorme masa de hierro y la hicieron rodar por la parte más pendiente hasta la arena de la playa; luego la subieron al pontón y allí la metieron en la lancha correspondiente. Con las poleas de a bordo su peso resultaría mucho más ligero.

Hornblower, apeándose, entregó su caballo a dos marineros para que fuera llevado al navío por las buenas o por las malas y luego él se dirigió a pie cuesta arriba, a colocarse en una altura desde donde podía vigilar la playa y al mismo tiempo el barranco en donde se había detenido el mayor Laird.

—Corra a decirle al mayor Laird que ya está todo en la playa —le dijo a Brown.

Diez minutos más tarde, los acontecimientos se precipitaron y tomaron un cariz

inesperado. Brown debió de encontrar a los soldados de marina en su último movimiento de retirada, pues los uniformes colorados aparecieron de pronto en el sendero, ganando la altura en la que se había colocado Hornblower. Los franceses corrían a su alcance. Y Hornblower descubría las guerreras azules entre los matorrales, y el fuego de mosquetería crepitaba frenéticamente.

—¡Cuidado, capitán! —le gritó Longley de repente, y, dándole un fuerte empujón en el costado, le hizo caer de la piedra en donde estaba subido. Hornblower oyó tres o cuatro balas silbar sobre su cabeza mientras intentaba recuperar el equilibrio y, en aquel mismo instante, un grupo de infantería de los franceses, formado por unos cincuenta o más, salió corriendo del matorral y se dirigió directamente hacia donde él se hallaba. De repente se colocaron entre Hornblower y los infantes de marina más próximos; la única salida era la parte más escarpada de la roca y no le quedaba más que un segundo para decidirse.

—¡Por aquí, capitán! —chillaba Longley—. ¡Por aquí!

Haciéndole desesperadas señales con los brazos, el muchacho se dejó caer sobre un saliente inferior, con la agilidad de un mono. Ya le iban a dar alcance dos soldados franceses que llegaban con la bayoneta calada y uno de ellos gritó algo que Hornblower no comprendió. Dando media vuelta, saltó detrás de Longley y con la punta de los pies tocó apenas el saliente que estaba casi a doce pies debajo de él. Allí se quedó milagrosamente en equilibrio, con una caída vertical de cien pies debajo. Longley le cogió por el brazo y, echándose hacia delante, con una frialdad que en su desenfado tenía algo de escalofriante, examinó la bajada.

—Éste me parece el mejor camino, capitán. ¿Ve aquel matorral? Si conseguimos llegar a él, podremos seguir adelante. Después viene un pequeño barranco que desemboca en otro mayor. ¿Quiere que vaya yo primero, capitán?

—Sí —contestó Hornblower.

Sonó un tiro cercano, seguido de un silbido continuo. Los franceses se servían de la roca como si fuera un parapeto y desde allí disparaban sobre los dos ingleses. Longley pareció recoger todas sus fuerzas y luego pegó un salto dejándose caer a plomo, resbaló entre una nube de polvo y de piedrecitas y se agarró al matorral que había señalado a Hornblower. Moviéndose con tiento, halló un saliente para apoyarse y se volvió para hacer una señal al capitán. Hornblower tomó aliento y ya estaba a punto de saltar cuando una bala que rebotó a sus pies le obligó a echarse hacia atrás. Con la cara junto a la roca, se dejó resbalar pesadamente. La roca le desgarraba el traje. Al fin cayó sobre el matorral, y se agarró a sus ramas desesperadamente, buscando apoyo para sus pies.

—Ahora, capitán, procure llegar a aquella roca con la mano... Ponga el pie en ese saliente. ¡No! ¡Ese pie no! ¡El otro, por Dios!

La vocecilla de Longley parecía el chillido de un murciélago. El pobre estaba

muy preocupado por la responsabilidad que se había echado encima salvando a su capitán. Hornblower se había quedado pegado a la roca, lo mismo que una mosca a un vidrio. Le dolían las manos y los brazos; la frenética actividad que había desplegado durante dos días y una noche habían menguado sus fuerzas. Una piedra que se había desprendido por el efecto de un tiro le dio un golpe en la rodilla. Involuntariamente se inclinó para mirársela y al ver el vertiginoso precipicio que tenía a los pies sintió que se mareaba; en el estado de extenuación en que se hallaba, por un momento estuvo a punto de soltarse y dejarse caer en el barranco, abandonándose a la muerte, que parecía abrirle los brazos.

—¡Vamos, capitán! —le animaba Longley—. Ya casi hemos llegado... ¡No mire abajo!

Hornblower se rehízo. Poniendo un pie tras otro con cuidado, colocando aquí una mano, allí la otra, siempre siguiendo los Consejos de Longley, fue bajando poco a poco.

—¡Un momento, capitán! —dijo Longley—. ¿Está bien colocado? Espere un poco que voy a ver.

Atontado de fatiga y de miedo, con la cara pegada a la roca y los músculos doloridos, Hornblower esperó. Oyó a Longley de nuevo junto a él.

—Vamos bien, capitán. Solamente nos falta pasar un trozo peligroso. Ponga el pie aquí, así... allí, en aquel saliente. Donde está ese matojo.

Hubieron de dar la vuelta a un relieve y durante unos angustiosos momentos Hornblower se sintió suspendido en el vacío, buscando con los pies un nuevo punto de apoyo.

—Aquí no nos pueden ver. Si quiere, puede descansar, capitán... —decía el muchacho, solícito.

Sobre un estrecho reborde que tenía el saliente de la roca, Hornblower se dejó caer boca abajo y estuvo allí tendido, sin tener conciencia de otra cosa que de sentirse aliviado del tremendo esfuerzo. Pero de repente volvió a recordar todas sus obligaciones: su dignidad, el trabajo que se desarrollaba en la playa, la angustiosa pelea que aún duraba allá arriba, y se levantó mirando hacia abajo, dominando el vértigo. A la incierta luz crepuscular, la playa aparecía casi desierta, en comparación con el incesante hormigueo del principio. Todos los cañones habían sido reembarcados y no quedaban más que unos pocos animales esperando ser colocados finalmente en las barcas. En las alturas parecía que empezaba a disminuir el fuego; o los franceses no conseguían nada, o bien se estaban reagrupando de nuevo para intentar otro ataque.

—Vamos —dijo con aspereza.

La última parte de la bajada era fácil. Agarrándose donde podía, resbalaba y rodaba hasta que se sintió bajo sus pies el suelo arenoso. Un Brown de cara sombría

por la preocupación apareció venido de no se sabía dónde; su cara se alegró al ver al capitán. Cavendish acababa de despachar el último cúter.

—Muy bien, señor Cavendish. Ahora pueden ir los marineros. ¿Están dispuestas las barcas armadas?

—Sí, señor.

Ya era casi de noche, y a los últimos resplandores de la tarde los soldados de infantería de marina llegaron por el áspero sendero y se desparramaron por la playa. Los últimos disparos de aquella retirada, que parecía interminable, fueron hechos por los morteros de aquellas dos barcazas que aún estaban en la orilla de la playa, mientras que el último pelotón de soldados se embarcaba chapoteando. Las largas lenguas de fuego iluminaron la oscura masa de franceses que se precipitaban sobre la playa, y a la salva de metralla siguió un coro de alaridos que resonó agradablemente en los oídos de los ingleses.

—Ha sido una hermosa operación —aseguró el mayor Laird, sentado en la popa de una barca al lado de Hornblower.

Extenuado de cansancio, éste le tuvo que dar la razón, aunque llevaba la ropa empapada, temblaba de frío y sentía el escozor de sus manos llenas de cortes y arañazos, lo mismo que otras partes del cuerpo machucadas por tantas horas de montar a caballo, que aún le dolían más. Fue una vuelta muy extraña a un navío lleno de relinchos y que ya olía como si fuese una cuadra.

Hornblower se tambaleaba al subir a bordo. Le pareció que el segundo contramaestre, que sostenía la linterna, le miraba, con curiosidad y extrañeza, la cara pálida y los vestidos destrozados y chorreantes. Pasó a lo largo de la fila de mulos y caballos, atados a las bordas del puente por los cabezales; no los vio y se metió en el refugio de su camarote. Debía pensar en el informe para el almirante; pero había tiempo hasta la mañana siguiente. Le parecía que la cubierta se movía rítmicamente bajo sus pies. Polwheal estaba esperándole, y sobre la mesa, iluminada con velas, estaba preparada la cena. Pero Hornblower jamás pudo recordar qué fue lo que cenó aquella noche. Sólo recordaba vagamente que Polwheal le había ayudado a desnudarse y también recordaba, con impresionante claridad, que le oyó disputar tras la puerta cerrada con el centinela que estaba fuera.

—¡Horny no ha tenido la culpa! —aseguraba Polwheal con tono contundente.

Luego Hornblower se hundió en el sueño; un sueño que a pesar de ser profundo no acababa de hacerle olvidar el dolor y el cansancio del cuerpo, los peligros corridos durante la jornada y el espanto que le había asaltado cuando se vio en el precipicio.

CAPÍTULO 19



La *Sutherland* se agitaba sobre las aguas convulsas del golfo de León, bajo un cielo tormentoso, y sobre el cabeceante alcázar, su capitán gozaba oyendo la salvaje canción del frío e impetuoso mistral.

Habían pasado tres semanas desde la peligrosa aventura del desembarco y la intentona de asedio de Rosas; hacía quince días que el barco se veía libre de caballos y mulas y el olor de cuadra casi había desaparecido. El orden y la limpieza volvían a reinar en las cubiertas. Además, como la *Sutherland* había sido enviada en servicio de destacamento con la obligación de vigilar la costa francesa hasta Tolón, Hornblower se veía libre de la molesta proximidad del almirante y respiraba aquel viento vivificante con la delicia de un prisionero que se ve en libertad. El marido de Bárbara no era una persona a la que resultase agradable servir.

Todo el navío parecía disfrutar de este sentimiento de liberación, a menos que ello se debiese al contraste entre el tiempo, que se volvía variable y la paz y la tranquilidad que hasta entonces habían disfrutado.

Allí estaba Bush, que llegaba frotándose las manos. Su ancha cara sonreía como una máscara.

—Sopla un vientecillo, capitán. Y creo que nos va a dar trabajo antes de darse por vencido.

—Eso parece. —Hornblower le devolvió la sonrisa. Sentía el corazón alegre y el ánimo ligero. Era curioso lo estimulante que resultaba verse empujado de nuevo a barlovento por una fuerte brisa, sobre todo sabiendo que el almirante más próximo se hallaba por lo menos a cien millas de distancia. En el sur de Francia, aquel mismo vientecillo debía de ocasionar protestas y murmuraciones y seguramente los buenos burgueses se envolverían en sus abrigos para protegerse de él; pero en el mar era un encanto, una verdadera delicia.

—Mande hacer a los hombres el trabajo que le apetezca, señor Bush —dijo Hornblower con magnanimidad. Pero la verdad es que él quería evitar la tentación de dejarse arrastrar a una charla inconveniente.

—Sí, señor.

El pequeño Longley se acercaba con el reloj de arena para echar la corredera como cada hora. Hornblower le observó de reojo. El muchacho ya tenía aplomo y daba sus órdenes con seguridad. Era el único entre los guardiamarinas que ponía un minucioso cuidado hasta en las tareas más nimias, y la aventura de la roca demostró que tenía un carácter enérgico a pesar de su juventud. Hornblower había decidido que le promovería a teniente al final de aquella expedición, aprovechando cualquier

pretexto. Ahora lo estaba mirando, mientras se empleaba en aquella sencilla tarea que se repetía de hora en hora, y el examen del muchacho le producía un raro sentimiento de estupor, como si estuviese contemplando en él a un futuro Nelson, a un almirante que un día llegaría a mandar cuarenta buques de línea.

Era un muchachito más bien feo, con unas facciones simiescas bajo un pelo estropajoso, y, sin embargo, Hornblower no le podía mirar sin sentir que su corazón se conmovía. Si el pequeño Horatio, que murió de la viruela en aquella posada de Southsea, hubiese sido así, Hornblower se sentiría orgulloso de él. ¡Quién sabe...! Pero no debía ponerse triste con aquellos recuerdos precisamente aquella mañana tan hermosa. Al volver a su hogar se hallaría con un nuevo hijo. Por lo menos Hornblower esperaba que fuese un chico, y seguramente María deseaba lo mismo. Desde luego, ningún otro niño podía ocupar el lugar de Horatio... Hornblower se sintió invadido por una nueva oleada de tristeza al recordar cómo el pequeñín había apoyado la carita en su hombro gimiendo: «Papá, ¡quiero a mi papá!». Aquella noche que empezó a tener fiebre...

Hornblower volvió a sacudir los tristes pensamientos. A su vuelta a Inglaterra, si había sacado bien las cuentas, el niño ya andaría a gatas por todas partes. Tal vez hasta hubiese empezado a hablar con los primeros balbuceos, y a la llegada de aquel papá desconocido escondería la carita, lleno de susto; a él le correspondería la tarea de conquistar la confianza del niño y su amor. Sería una tarea muy agradable.

María le había comunicado el deseo de rogar a lady Bárbara que hiciese de madrina del niño, y era de esperar que ella accediese. Un muchacho que pudiese contar con la influencia de los Wellesley podía decir que tenía su porvenir asegurado. Sin duda se debió a esa influencia que Leighton obtuviese el comando de la escuadra del que hacía tan mal uso. Hornblower también estaba seguro de que fueron los Wellesley los que le consiguieron el comando de una nave de línea en aquella escuadra y que no se quedase ni un solo día a medio sueldo. Aún no sabía qué motivos pudieron mover a lady Bárbara, pero en una mañana de viento tan vivo como aquella, se inclinaba a suponer que lo hizo por amor a él y, a decir verdad, hubiese preferido muchísimo más que fuese por ese motivo que por ningún otro, ni siquiera por la única razón de que ella le apreciase como buen marino. ¿O tal vez no era más que capricho y condescendencia por parte de una gran señora que se sabía amada por un hombre de una clase inferior a la de ella?

Esta última suposición le indignó. Una vez, ella se le había ofrecido. Él la había besado, la había estrechado entre sus brazos. Poco importaba (en el estado de ánimo en que se hallaba, pasaba por alto este recuerdo), poco importaba que él no se hubiese atrevido a hacerla suya; ella se le había ofrecido y él no la aceptó. La que había sido sierva no tenía derecho a darse aires de dueña. Ante ese recuerdo que le escocía, Hornblower pateaba la cubierta, moviéndose de un lado a otro.

Pero su clarividencia se vio ahogada por su deseo de idealizar las cosas. Al recuerdo de una lady Bárbara fría y dueña de sus sentimientos, ejemplo de perfecta gran señora y digna consorte de un almirante, se sobrepuso el pensamiento de una lady Bárbara dulce, de una lady Bárbara enamorada... de una belleza como para hacer perder la cabeza a cualquiera. El deseo que sentía por ella le llenaba el corazón, se sentía triste, enfermo y abandonado, en su deseo de aquel ángel de bondad, de dulzura y mansedumbre que él imaginaba en ella. El latido de su corazón se aceleraba al pensar en la blancura de aquel seno sobre el cual reposaba el collar de zafiros, y, como para reforzar la devoción casi infantil que sentía por ella, se sintió invadido por una sombría llamarada de pasión.

—¡Vela a la vista! —gritó desde la cofa el vigía. Y en un instante y como si cayese un telón, los sueños de Hornblower desaparecieron para dar paso a la realidad.

—¿Dónde?

—Justo contra el viento, capitán, y va muy rápida.

Una buena brisa del nordeste como aquélla que soplaba debía de resultar ideal para las naves francesas que quisiesen romper el bloqueo de Tolón y de Marsella. Las ayudaría a salir del puerto y recorrer mucho mar durante la noche, y al mismo tiempo empujaba lejos a sotavento a la escuadra inglesa. La vela avistada podía ser muy bien una nave que intentase romper el bloqueo; pero, si era así, tenía pocas posibilidades de escapar estando la *Sutherland* a sotavento. La perspectiva de poder ganar un buen botín venía a completar la buena suerte que hasta entonces había sonreído al capitán Hornblower.

—Mantenga el rumbo derecho como va —le dijo a Bush en contestación a la muda interrogación que éste le dirigió—, y llame a los hombres para la maniobra.

—¡Eh! ¡Cubierta! —llamaba el vigía—. Es una fragata inglesa, al parecer.

Eso era una desilusión. Había un montón de razones plausibles para que apareciese una fragata inglesa en aquellas aguas que no ofrecían ninguna posibilidad de actuación, y una sola de que se debiera precisamente a la proximidad de un enemigo.

Ya se veían las gaviotas que blanqueaban contra el color plomizo del cielo.

—Perdón, capitán —dijo el artillero de una de las carroñadas de babor del alcázar—. Mi camarada Stebbings cree conocer esa fragata. —Stebbing, un hombre maduro de barba canosa, era uno de los artilleros sustraídos al convoy de las Indias Orientales.

—A mí me parece que es la *Cassandra*, señor, número 32. Nos escoltó en la última travesía.

—Capitán Frederic Cooke, señor —añadió Vincent, que había ojeado rápidamente el anuario.

—Pida el número y asegúrese de su nombre —ordenó Hornblower.

Cooke había sido nombrado capitán seis meses más tarde que Hornblower; por lo tanto, en cualquier acción combinada le correspondía a él el mando.

—Sí, capitán. Efectivamente, la *Cassandra* —confirmó Vincent mirando por el catalejo, después de haber sido izada en el peñol del trinquete una hilera de banderolas.

—Deja sueltas las escotas —dijo Bush, y su voz no podía ocultar cierta emoción—. Es raro, ¿verdad?

Desde tiempo inmemorial, que databa de mucho antes de que se hubiese decidido usar un sistema de señales más prácticas, el dejar sueltas al viento las escotas significaba un aviso de que se acercaba una flota enemiga.

—Vuelve a hacer señales —dijo Vincent—. Es difícil poderlas leer, pues las banderolas flamean hacia nosotros con este viento...

—Demonios, Vincent —dijo Bush perdiendo la paciencia—. ¡Aguce la vista si no quiere parecer tonto!

—Numerales: Cuatro. Letras. Diecisiete... —empezó Vincent con lentitud.

—«Cuatro... Buque de línea... Enemigos... A popa... Barlovento... Rumbo... Sudoeste». —Tradujo Longley con el código de señales.

—Teniente Bush, zafarrancho de combate, por favor. Y viramos en redondo.

Combatir en proporción de uno a cuatro no era apropiado para la *Sutherland*. Hornblower pensó que, si el enemigo era perseguido por navíos ingleses, él podría interceptar al enemigo e intentar inutilizar por lo menos a dos buques franceses, a fin de asegurar su captura. Pero mientras no supiera más de la situación, era conveniente mantenerse lo más alejado posible.

—Pregunte: «¿Hay más navíos ingleses en las cercanías?» —le dijo a Vincent; mientras la *Sutherland* macheteaba primero de costado y luego se estabilizaba, Bush se ocupaba en disponer las maniobras.

—Respuesta negativa, señor —dijo Vincent un momento más tarde, a través del estrépito de los preparativos del zafarrancho de combate.

Así, era aquello que Hornblower se había figurado en el primer momento. Las cuatro naves francesas habían salido de Tolón, aprovechándose de la oscuridad, mientras la escuadra de bloqueo se veía empujada a sotavento. Sólo la *Cassandra*, que recorría la costa explorando, las había avistado y corría delante de ellas para poder observar sus movimientos.

—Pregunte: «¿Dónde está el enemigo?» —dijo Hornblower.

Era un interesante ejercicio, que merecía conocimiento del código de señales, intentar plantear un mensaje de modo que se usara el menor número de banderas posible.

—«Seis... millas a popa... rumbo... nordeste» —tradujo Longley con el código una vez que Vincent leyó los números.

Luego los navíos franceses viajaban con el viento. Podía ser así por la sencilla razón de que deseasen poner la mayor distancia posible entre ellos y la escuadra que bloqueaba Tolón, pero, por otra parte, parecía raro que el capitán que mandaba el grupo se dirigiese a un desastre seguro precipitándose de esa forma a sotavento, a menos que ese rumbo fuese el más conveniente para sus intenciones. El rumbo que seguían, que no podía tener como objetivo llegar a Sicilia, ni al Adriático, ni al Mediterráneo Oriental, y más bien apuntaba a la costa española, cerca de Barcelona y tal vez más abajo, hasta el estrecho de Gibraltar.

En el alcázar, Hornblower intentaba concentrarse y calcular cuál era el pensamiento que Bonaparte había tenido en las Tuberías al ordenar aquella salida. Más allá del estrecho se extendía el Atlántico y el resto del mundo. Sin embargo, era difícil imaginar en aquel espacio sin límites qué objetivo podían buscar cuatro navíos de línea franceses. Las Indias Occidentales francesas, después de las numerosas expediciones inglesas, quedaron muy reducidas. El cabo de Buena Esperanza estaba en manos inglesas. La isla de Mauricio estaba a punto de caer. Aquella escuadra francesa podía tener como único objetivo el de molestar al comercio por medio de ataques, pero, en tal caso, un número correspondiente de fragatas hubiese sido más barato y efectivo. No era propio de Bonaparte. Por otro lado, había transcurrido bastante tiempo para que la aparición de la escuadra inglesa de Leighton y la consiguiente penuria de aprovisionamientos fuese comunicada a las Tuberías, y para que fuesen expedidas órdenes pertinentes hacia Tolón. Esas órdenes serían del estilo concordante con la actividad napoleónica. ¿Tres navíos ingleses en las costas de Cataluña? Mandemos cuatro franceses equipados con hombres reclutados en todos los barcos que están detenidos en la rada de Tolón. Carguémoslos con todas las mercancías que reclame la guarnición de Barcelona. Hagámoslos salir en una noche oscura, con rumbo hacia Barcelona y, si pueden, que destruyan a la escuadra inglesa, y que vuelvan si tienen suerte. En una semana podían estar de vuelta sanos y salvos, y si no vuelven... Bueno, el que quiere una tortilla ha de romper los huevos.

Tal debía de ser el proyecto francés, y Hornblower se hubiese jugado todo lo que tenía a que la cosa era así. Quedaba por resolver de qué modo se las arreglaría para impedirlo. Lo primero que debía hacer era mantenerse entre los franceses y su objetivo; lo segundo, dejarse ver lo menos posible, de manera que fuese para ellos una desagradable sorpresa encontrarse delante a un navío de fuerza considerable y no sólo una simple fragata en su camino, y la sorpresa significaba haber ganado media batalla. En ese caso, el primer movimiento instintivo de Hornblower había sido muy acertado y la *Sutherland* estaba en el camino más conveniente para conseguir sus propósitos. Ahora no quedaba más que llamar a la *Pluto* y a la *Calígula*. Tres navíos de línea y una fragata podían enfrentarse a cuatro buques franceses, aunque estuviesen equipados lo mejor posible, para vergüenza de su amo Bonaparte.

—Listo el zafarrancho de combate, señor —anunciaba Bush, saludando militarmente. Ya le brillaban los ojos al pensar en la lucha inminente. Más que nunca, Hornblower descubría en él la madera del hombre nacido para pelear, un tipo al cual él sentía no pertenecer, un hombre que disfrutaba con sólo pensar en la batalla, por puro gusto; que amaba el peligro físico, que jamás se detendría a calcular los pros y los contras.

—Deje libres a los de la guardia de abajo, por favor —dijo Hornblower. Como no había una necesidad urgente, era inútil mantener a todos los hombres en guardia. Hornblower vio que Bush cambiaba de expresión al oír esas palabras, que querían decir que la *Sutherland* no se lanzaría ciegamente a una aventura que representaba para ella una desventaja de cuatro a uno.

—Sí, señor —contestó de mala gana.

Sin embargo, siempre podía alegarse alguna cosa en favor de su punto de vista. Bien dirigida, la *Sutherland* podía echar abajo tantos palos franceses como para dejar dos o tres navíos enemigos averiados, de tal manera que pudieran caer en manos de los ingleses con mucha facilidad. Pero podía costarles la propia destrucción, y siempre estaban a tiempo para hacerlo. El viento en popa de hoy podía ser mañana contrario, y entretanto la *Pluto* y la *Calígula* tendrían tiempo para acudir en cuanto se les informase de la proximidad de una buena presa.

—Déjeme un momento el código de señales —le dijo Hornblower a Longley.

Hojeó las páginas, refrescando la memoria sobre los términos de algunas de las señales menos conocidas. Al mandar mensajes largos era fácil confundirse. Hornblower se pellizcaba la barbilla mientras combinaba el suyo. Como todos los capitanes dispuestos a batirse en retirada, corría el riesgo de verse mal juzgado, aunque la nación inglesa en pleno, que estaba tan engreída por las pasadas victorias, no podría condenarle por haberse retirado frente a un enemigo que se presentaba con fuerzas tan superiores. Pero si las cosas iban mal, la camarilla de los Wellesley podría requerir una cabeza de turco, y el mensaje que estaba a punto de lanzar tal vez representase la diferencia entre la derrota o la victoria, entre el Consejo de guerra y el público reconocimiento en el Parlamento.

—Mande este mensaje —le ordenó a Vincent con brusquedad. Una bandera tras otra iban subiendo al mástil. La *Cassandra* debía desplegar todas las velas posibles y, aprovechándose de su mayor velocidad de fragata, dirigirse inmediatamente hacia el oeste y buscar a la *Pluto* y la *Calígula* (Hornblower no podía darle el lugar de su posición con exactitud), y conducir las hacia Barcelona. Una frase tras otra eran confirmadas por la *Cassandra*. Luego hubo una pausa, antes de que Vincent con el catalejo en un ojo dijese:

—Capitán, la *Cassandra* señala y dice: «Nos sometemos».

Era la primera vez que Hornblower oía aquella palabra dirigida a él. Él mismo se

había servido de ella muchas veces, al hacer señales a los almirantes y a los capitanes más antiguos que él. Ahora había un capitán que le dirigía una señal en contestación a las suyas y empezaba con la consagrada frase de «Nos sometemos». Eso era una prueba visible y clara de su antigüedad, y le produjo una emoción como no recordaba haber experimentado otra igual desde el día en que oyó por primera vez pitar los silbatos al pasar él, saludándole. Sin embargo, esa palabra era el prelude de una protesta. El capitán Cooke, de la *Cassandra*, no tenía ningún deseo de verse alejado de una manera tan perentoria del teatro de una acción que prometía ser tan interesante. Sin embargo, se sometía, pero haciendo constar que sería mejor que la *Cassandra* no perdiese de vista al enemigo.

—Señale: «Lleve a cabo las órdenes dadas» —se limitó a decir Hornblower. Cooke se equivocaba y él tenía toda la razón, y la protesta de Cooke contribuyó a afirmarle en su decisión. La función que debía desempeñar una fragata no era sino la de proporcionar ocasión a los navíos de línea para entrar en acción. La *Cassandra* no podría soportar ni una sola descarga que le hiciesen los buques que venían tras ella; pero si conseguía llevar a la *Pluto* y a la *Calígula* a tiempo al lugar de la acción, realizaría un trabajo inestimable que multiplicaría su valor. Para Hornblower era muy confortador haber hallado una solución acertada para el desenlace de los acontecimientos que se preparaban; además, estaba convencido de tener toda la razón de su parte. Aquellos seis meses de antigüedad que le llevaba a Cooke hacían que no solamente tuviese que obedecerle en esos momentos, sino que, si un día ambos conseguían enarbolar la insignia de almirante, Hornblower siempre sería el más antiguo.

Vio perfectamente cómo la *Cassandra* soltaba los rizos de las gavias y se dirigía hacia el oeste. Los cinco nudos de superioridad en velocidad le eran de gran ayuda.

—Arrice las velas, señor Bush.

Dentro de poco los franceses verían desaparecer a la *Cassandra* en el horizonte y la *Sutherland* tal vez podría observarlos sin ser vista. Metiéndose el catalejo en un bolsillo, Hornblower empezó a trepar por las jarcias de mesana. Subía con calma, un poco fatigosamente. Comprometía su propia dignidad con ello, porque cualquier marinero de a bordo era capaz de subir con más agilidad que él; pero era indispensable que observase al enemigo con sus propios ojos. El navío se movía mucho en el mar revuelto y el viento le silbaba en los oídos. Se necesitaba cierto valor para seguir subiendo sin detenerse, de manera que diese la sensación de que aquella lentitud era simplemente un privilegio que un capitán podía permitirse, sin por eso llegar a parecer ni apocado ni torpe.

Al fin halló un lugar adecuado para colocarse en la cruceta del mastelero de mesana y apuntó el catalejo hacia el inquieto horizonte. Con la vela de gavia del palo mayor reducida, la velocidad de la *Sutherland* había disminuido

considerablemente..., no podía avanzar mucho y los franceses pronto le darían alcance. Enseguida los distinguió: un minúsculo rectángulo blanco que apenas se percibía en el horizonte y detrás otro, y otro aún más lejos.

—¡Señor Bush! —se inclinó para gritar—. Cargue de nuevo la gavia mayor y mándeme aquí a Savage.

Los cuatro buques franceses adelantaban pesadamente a media milla uno de otro (tal vez sus capitanes temían una colisión si se acercaban más), y había que apostar cien contra uno a que sus vigías no se habían fijado en aquella manchita blanca que era todo lo que podía verse de la *Sutherland*. En un abrir y cerrar de ojos, Savage trepó hasta donde estaba su capitán por los flechastes y llegó jadeando un poco.

—Tome mi catalejo; ¿ve la escuadra francesa? —le preguntó—. Quiero ser advertido inmediatamente en el momento en que cambien de rumbo o si se van a adelantar a nosotros, o viceversa.

—Sí, señor —respondió Savage.

Volviendo a bajar a cubierta, Hornblower se dijo que ya había hecho todo lo que estaba en su mano y sólo tenía que esperar con paciencia hasta el día siguiente, en que habría de cosechar una victoria o un fracaso. Pero si no se daba ninguna de ambas alternativas, querría decir que los franceses se habían fugado y que a Hornblower le aguardaría un Consejo de guerra.

Tuvo cuidado en mantener una fisonomía tranquila, como si no sintiese la impaciencia que le devoraba. De manera que, siguiendo la antigua costumbre, invitaría a cenar a sus oficiales y luego jugarían una partida de whist.

CAPÍTULO 20



La situación era capaz de quitar el sueño a cualquier capitán: cuatro navíos enemigos a barlovento, que requerían una continua observación, y la desasosegadora sospecha, que afloraba constantemente a la mente, de que la *Cassandra* no llegase a tiempo con el almirante Leighton a fin de poder cortar el camino al adversario. También el tiempo era inseguro. El viento, que por la tarde se había vuelto algo tempestuoso, había caído hacia medianoche, y luego se había vuelto a levantar para caer de nuevo con la inconsecuencia de los vientos mediterráneos. Hornblower, desde luego, no había esperado disfrutar de una noche de sueño tranquilo. Estaba demasiado nervioso y su mente demasiado activa. Una vez que se hubo relevado la guardia de noche, se echó en la litera para descansar un poco y, convencido de que no podría dormir, cayó en un profundo sueño, tan pesado que Polwheal a medianoche tuvo que sacudirle para que se despertara. En cubierta encontró a Bush junto a la bitácora.

—Demasiado oscuro para poder ver, capitán —le dijo.

—Entonces, ¿no ha conseguido ver al enemigo?

—Hace media hora creí ver algo, pero no podría jurar que fuesen ellos. También el viento ha caído un poco.

Como sucedía con frecuencia en el mar, no quedaba más remedio que tener paciencia. Dos linternas sordas oscilaban en la cubierta, en el lugar en que los marineros se habían acurrucado envueltos en sus mantas al lado de los cañones. El viento arrancaba arpegios a las jarcias, y sobre un mar encrespado por olas amenazadoras el navío bailaba con una gracia y una ligereza de la que nadie le hubiese creído capaz. No había más remedio que esperar. Permaneciendo sobre cubierta Hornblower no hubiese hecho más que moverse, revelando así su excitación nerviosa, por lo que prefirió ir a encerrarse en su camarote.

—Mándeme llamar en cuanto avisten al enemigo —dijo con estudiada indolencia, y se marchó tranquilamente.

Se tendió en la litera, para poder ponerse a reflexionar con más comodidad, pues, como ya había dormido, no temía volver a adormecerse. Tan firme era su convicción, que de nuevo le atenazó el sueño mientras estaba pensando en la *Cassandra*. Creyó que habían pasado solamente unos minutos cuando la voz de Polwheal le llegó de la lejanía.

—El teniente Gerard le desea los buenos días, capitán; está amaneciendo.

Tuvo que hacer un esfuerzo para despertarse del todo y ponerse de pie. Solamente cuando, aún lleno de sueño, estuvo levantado, se sintió contento de que su asistente le

hubiese encontrado dormido cada vez que vino a llamarlo. Se imaginaba que hablaría a sus compañeros de los nervios de acero de su capitán, que le permitían dormir como un niño en una noche en que todo el navío hervía de excitación por la perspectiva de un inminente combate.

—¿Nada nuevo, Gerard? —preguntó al subir al alcázar.

—No, capitán. Durante una hora, a las dos campanadas, me he visto obligado a arrizar, pues el viento era bastante fuerte... Pero ahora se va calmando y se vuelve al sudeste.

—¡Ajá!

Una claridad lívida empezaba a colorear el cielo oscuro, pero aún no se veía nada a un cable de distancia. El viento de sudeste casi era contrario para los franceses que se dirigían a Barcelona, y contrario del todo para la Piulo y la *Calígula*.

—Me ha parecido sentir la proximidad de tierra un poco antes de empezar a amanecer —añadió Gerard.

—Ya —dijo Hornblower. Durante la noche, el rumbo que seguían debió de llevarlos a las cercanías del cabo de Creus, de infausta memoria. Cogió la pizarra que había junto a la bitácora y, calculando por las lecturas horarias de la corredera, estableció su posición en alrededor de quince millas de distancia del cabo. Si los franceses habían mantenido el mismo rumbo, no tardarían mucho en encontrarse con la bahía de Rosas a sotavento y con la esperanza de hallar cierta protección, siempre que no se hubieran escapado durante la noche; pero en esta eventualidad Hornblower prefería no pensar.

La luz aumentaba por momentos. A levante, las espesas nubes de lluvia parecían aclararse, precisamente por encima del horizonte. Sí, indudablemente se aclaraban... Por un instante se abrieron dejando ver una franja dorada, allí en donde el horizonte se juntaba con el mar espumeante, y un largo rayo de sol se proyectó sobre las aguas.

—¡Tierra a la vista! —gritó el vigía, y en occidente apareció un ligero vislumbre grisáceo. Los montes españoles empezaban a asomar por el horizonte. Gerard miró ansiosamente al capitán, dio algunos pasos por el puente, se mordió las uñas y al fin no pudo dominar su impaciencia.

—¡Eh, vigía! ¿Qué se ve del enemigo?

Antes de que se oyese la respuesta pareció transcurrir una eternidad.

—Nada... Nada a la vista excepto la tierra a sotavento.

Gerard renovó sus ansiosas ojeadas hacia el capitán, pero éste se había cuidado de poner una cara impasible y severa. Ahora subía Bush al puente y seguramente se daría cuenta de la ansiedad de todos. Si cuatro buques de línea franceses habían desaparecido del horizonte, evadiendo un combate, para el capitán Hornblower suponía tener que pasar el resto de su vida a medio sueldo, o algo mucho peor. Mientras tanto, él mantenía la cara impasible, orgulloso de saberse dominar hasta ese

punto.

—Señor Gerard; cambie de bordada y ponga el navío con rumbo a estribor.

Los navíos franceses podían haber cambiado el rumbo durante las horas de oscuridad y haberse perdido por el Mediterráneo Occidental, pero Hornblower no lo creía. Sus oficiales no habían dejado el margen suficiente para la zafiedad de los inexpertos franceses. Si Gerard se había visto obligado a arrizar las gavias durante la noche, podía haber ocurrido que los otros se hubiesen visto obligados a ponerse al paio, y durante la noche la *Sutherland* tal vez habría adelantado veinte millas a los franceses. Volviendo atrás de nuevo, Hornblower no desesperaba de volverlas a encontrar.

No desesperaba en la parte concerniente a su mentalidad de jugador de whist, porque, por lo demás, le resultaba difícil frenar aquella angustia que le invadía, atacándole en la boca del estómago, o los apresurados latidos de su corazón. No tenía más remedio que disimular, convertir su rostro en una máscara impasible y obligarse a estar parado en lugar de pasear de un lado a otro. Se le ocurrió ocuparse de una cosa que le distraería sin traicionar su nerviosismo.

—Que venga mi mozo —le dijo a un marinero.

Sus manos estaban lo suficientemente tranquilas como para permitirle afeitarse, y la ducha helada bajo la bomba le dio nuevo vigor. Se cambió la ropa interior y el traje y peinó con meticuloso cuidado el pelo que cada vez tenía más claro.

Mientras se estaba duchando pensaba que los franceses serían avistados de nuevo antes de que él terminase de vestirse y por eso se sintió muy desilusionado cuando dejó el peine (ya no había excusas para seguir alisándose el pelo), sin que de los franceses se hubiese avistado nada.

Pero justamente cuando ponía el pie en la pasarela, el guardiamarina Parker, que estaba de vigía, lanzó un grito salvaje:

—¡Velas a la vista! Dos... tres. ¡Cuatro! ¡Es el enemigo!

Sin ninguna prisa (confiaba en que alguien se diera cuenta), Hornblower continuó subiéndolo. Bush ya estaba a medio camino de la obencadura, trepando por las jarcias con su catalejo, y Gerard casi bailaba de alegría sobre cubierta. Al verlos, Hornblower se sintió satisfecho de no haber cedido a pueriles dudas sobre su manera de obrar.

—Señor Bush, por favor, viremos a estribor.

Un capitán hablador hubiese dado esa orden añadiendo una pequeña explicación sobre la conveniencia de mantener el rumbo entre los navíos franceses y la costa española, pero Hornblower se tragó las palabras que casi tenía en la punta de la lengua. No se permitiría hacer ningún comentario que no fuese absolutamente indispensable.

—El viento sopla del sur, capitán —dijo Gerard.

—Ya.

Y seguramente iría menguando a medida que el día fuese creciendo. El sol se abría paso entre las nubes; todo anunciaba que iba a ser un día caluroso, uno de aquellos días del otoño mediterráneo en que apenas hay un soplo de aire y el barómetro sube progresivamente. Las hamacas ya habían sido amontonadas dentro de la red y los hombres de guardia que no estaban en el puesto de maniobra trabajaban sobre cubierta con cubos y arena. Las faenas diarias debían realizarse como siempre, aunque antes de que el sol se pusiese en aquellas mismas cubiertas que se limpiaban con tanto esmero hubiesen de correr ríos de sangre. Los hombres se divertían, volaban bromas y pullas, y Hornblower sentía cierto orgullo al contemplarlos, recordando a la descorazonada tripulación con que se vio obligado a zarpar de Inglaterra. La conciencia de haber conseguido algo real y tangible ya era una compensación para su ingrata tarea, y también le ayudaba a olvidar aquella desagradable idea de que un día u otro (pronto, en todo caso), en medio del ardor de la lucha, volvería a sentir una vez más aquel miedo físico del que se sentía completamente avergonzado.

A medida que el sol iba subiendo el viento disminuía, dirigiéndose aún más hacia el sur. Las montañas de la costa se avecinaban y se dibujaban más claramente en el horizonte. Hornblower mantuvo su rumbo todo el tiempo que pudo, colocó las velas en cuanto el viento cambió de dirección y finalmente tuvo que virar. Mientras tanto, la escuadra francesa iba haciéndose más visible sobre el horizonte. Los cuatro navíos habían sido sacados por el viento de su posición a barlovento; si adelantaban para atacar a la *Sutherland*, ésta podía huir hacia el norte e intentar unirse a la *Pluto* y a la *Calígula* en el caso de que se viese perseguida; pero Hornblower no confiaba mucho en que las cosas se desarrollasen en esa forma. Unos navíos franceses que habían burlado el bloqueo seguramente intentarían la fuga, que era su primera intención, y sólo en segundo lugar aceptarían el combate si el cebo era seductor.

Si el viento volvía a girar, mantendrían el rumbo hacia Barcelona; Hornblower no tenía la más mínima duda de que sería así, a menos que él hiciese todo lo posible por impedirlo. Era preciso pegarse a su costado e intentar atacarlas por separado, si durante la noche no llegaba ninguna ayuda.

—Están haciéndose muchas señales, señor —observó Bush mirando por el catalejo.

Ya hacía mucho rato que estaban haciendo señales por la emoción que los producía la vista del navío inglés, sin saber que éste los había avistado quince horas antes y los esperaba. Los franceses, opinaba Hornblower, hasta en el mar conservan su locuacidad; un capitán francés no se sentía satisfecho sin haber cambiado un montón de señales con los demás navíos de la escuadra.

La *Sutherland* ya había dejado a su espalda la península del cabo de Creus, y la

bahía de Rosas se hallaba ante ella. En aquellas mismas aguas, pero en condiciones muy diferentes, la *Pluto* se vio desarbolada y remolcada por la *Sutherland* a costa de enormes esfuerzos, y allí mismo, sobre aquellas pendientes de un verde gris, se había desarrollado el desafortunado intento de ataque a Rosas; con el catalejo, Hornblower consiguió descubrir el barranco por el cual el coronel Claros y sus catalanes se habían retirado. Si el viento se mantenía favorable para los franceses, las baterías de Rosas les ofrecían un refugio seguro, hasta que los británicos pudieran llevar allí brulotes y barcos de explosivos con los que obligarlos a salir fuera de la bahía. Pero de momento, aquel refugio era más seguro que el puerto de Barcelona para ellos.

Hornblower miró la bandera que ondeaba en el palo mayor. El viento se volvía cada vez más hacia el sur; era dudoso que los franceses, con el rumbo que llevaban, llegasen a doblar la punta de Palamós, mientras que la *Sutherland* debería virar de bordo y seguir a los franceses, perdiendo por culpa de la inconstancia del viento toda la ventaja de su posición. El viento soplaba ya en rachas irregulares, señal indudable de que disminuía su fuerza. Hornblower volvió a dirigir su catalejo a la escuadra francesa y vio que habían colocado una nueva serie de banderolas.

—¡Ah de cubierta! —gritó Savage desde la cofa.

Siguió una pausa. Savage no debía de estar muy seguro de lo que veía.

—¿Qué hay, Savage?

—Me parece, pero no estoy muy seguro, capitán, me parece que hay una nueva vela a la vista y a popa del enemigo.

¡Otra vela! Si no era una embarcación mercante aislada, no podía ser más que uno de los navíos de Leighton, o la *Cassandra*.

—Procure no perderla de vista, señor Savage.

Incapaz de esperar otro aviso, Hornblower se agarró a los obenques y trepó. Cuando estuvo al costado de Savage, dirigió el catalejo hacia el punto que éste le señalaba. Por un momento, dentro del campo visual de la lente bailoteó la escuadra francesa, y luego desapareció.

—Un poco más allá, señor. Allí, en ese punto.

Era una manchita blanca casi imperceptible, demasiado fija para ser la cresta de una ola o algún desgarrón de una de las pocas nubes que en el horizonte se destacaban contra el azul del cielo. Hornblower estuvo a punto de hacer una observación, pero se limitó a su acostumbrado «¡Ejem!».

—Ahora está un poco más cerca —decía Savage con el catalejo pegado al ojo—. Juraría que es un sobrejuanete.

No había duda. Una nave corría a todo trapo detrás de los franceses y se disponía a cortarles el camino.

—¡Ejem! —Sin más comentarios, Hornblower cerró el catalejo y se dispuso a bajar.

Bush se dejó resbalar por las jarcias adonde había trepado y le salió al encuentro; también Gerard y Crystal estaban ya en cubierta y le miraban con ojos en los que se leía la ansiedad.

—La *Cassandra* se dirige hacia nosotros —les dijo el capitán.

Al decir esto arriesgaba su propia dignidad y su fama de buena vista. Nadie podía reconocer a la *Cassandra* en aquel minúsculo pedazo de velamen; pero una nave que apareciese en aquel lugar no podía ser más que la *Cassandra*, a menos que él se equivocase del modo más absoluto, en cuyo caso haría el ridículo. Sin embargo, la tentación de afirmar haberla reconocido, cuando Savage aún no podía afirmar si se trataba o no de una vela o de una nube, era demasiado fuerte.

De pronto, todas las consecuencias de la aparición de la *Cassandra* se presentaron a la imaginación de los oficiales.

—¿Dónde estarán el buque insignia y la *Calígula*? —preguntó Bush, sin dirigirse a nadie en particular.

—Tal vez estén al llegar —dijo Gerard.

—Entonces los franceses van a pasarlo mal —aseguró Crystal.

Con la *Pluto* y la *Calígula* en el mar libre, la *Sutherland* hacia tierra, la punta de Palamós a barlovento y aquel caprichoso viento que soplaba de donde le parecía, solamente por milagro podrían eludir la batalla. Todos se pusieron a mirar a la escuadra francesa, que se dirigía hacia el sudoeste. Primero venía un triple cubierta, seguido por otro doble; en los palos de trinquete del primero y del tercer navío ondeaba orgullosamente la insignia de un almirante. Las anchas listas blancas pintadas sobre la amura se distinguían con nitidez y claridad en el aire límpido. Si la *Pluto* y la *Calígula* se habían quedado perdidas a lo lejos, detrás de la *Cassandra*, los navíos franceses ignoraban su proximidad, lo mismo que la *Sutherland*, y eso explicaba por qué aún conservaban el mismo rumbo.

—¡Ah de cubierta! —gritó Savage en aquel instante—. ¡Esa vela es la *Cassandra*! Ya veo las gavias.

Las miradas de Bush, Gerard y Crystal se dirigieron hacia Hornblower, con respeto muy visible por su penetrante visión. Valía la pena haber arriesgado la propia dignidad.

Las velas, de pronto, dieron un chasquido. A una momentánea calma había seguido una racha de viento que aún venía más del sur. Bush se volvió a gritar las órdenes para la maniobra y los otros se quedaron mirando qué medidas adoptaban los franceses.

—¡Están virando! —dijo Gerard en voz alta.

Era verdad; en el nuevo rumbo doblarían la punta de Palamós, pero se hallarían más cerca de la escuadra inglesa, si es que estaba allí.

—Señor Bush, cambie de bordada, por favor —dijo Hornblower.

—¡La *Cassandra* señala, capitán! —gritó Savage.

—¡Andad vosotros arriba! —dijo Hornblower a Vincent y a Longley, que no se hicieron rogar; y en menos tiempo del que se tarda en contarlo subieron arriba con los catalejos y el código de señales a cuestras.

—Capitán, la *Cassandra* hace señales al buque insignia —anunció rápida la argentina voz de Vincent.

Entonces Leighton estaría en algún lugar más allá del horizonte, pero los franceses seguramente lo veían ya, a juzgar por la forma en que se comportaban. Bonaparte había mandado cuatro navíos franceses contra tres ingleses, pero ningún almirante francés, conocedor de lo que podían dar de sí las dotaciones a sus órdenes mucho mejor que el propio emperador, obedecería aquellas órdenes si podía evitarlo.

—¿Qué dice la *Cassandra*, muchachos? —gritó Hornblower a los de arriba.

—Está demasiado lejos para poderla ver bien, capitán, pero... pero creo que señala el nuevo rumbo del enemigo.

Si los franceses mantenían aquel rumbo solamente una hora, estarían perdidos: serían empujados lejos de Rosas y los alcanzarían antes de estar a la vista de Barcelona.

—¡Dios mío, vuelven a virar! —exclamó de repente Gerard.

Sin decir una palabra, Hornblower y sus oficiales observaron la maniobra de los cuatro navíos; los vieron virar hasta que todos sus mástiles (tres en cada navío) estuvieron en una sola línea, como si fuese uno solo, y todos se dirigían derechos hacia la *Sutherland*.

—¡Ejem! —exclamó Hornblower, observando lo que se le venía encima. Y volvió a repetir—: ¡Ejem!

Los vigías franceses debían de haber avistado las velas de Leighton. Con la bahía de Rosas a seis millas a sotavento y Barcelona a cien millas a barlovento, el almirante francés, al ver aquellas velas extrañas en el horizonte, no había vacilado mucho tiempo sobre lo que le convenía hacer y por eso corría precipitadamente en busca de refugio. Aquel navío de línea que se le ponía por delante para cortarle el camino debía ser destruido, si no se podía evitar.

La aprensión que se apoderó de Hornblower no consiguió hacerle perder la calma. Los franceses tenían la ventaja de seis millas y un viento favorable. En cuanto a él, aún desconocía los datos sobre la circunferencia del hipotético círculo que tenía por centro al buque insignia francés, alrededor del cual se movía Leighton. Pero éste, seguramente, aún había de recorrer más de veinte millas y con el viento por el través, si se hallaba en la posición más ventajosa. El poco viento que soplabá, siendo tan variable, al cabo de un par de horas sería sin duda contrario. Hornblower apostaba veinte contra uno a que el almirante conseguiría alcanzar a los franceses antes de que éstos se pusieran bajo la protección de los cañones de Rosas. Pero para eso se

necesitaba que soplase un viento extraordinariamente favorable, y era necesario, además, que la *Sutherland* hubiese podido echar abajo, por lo menos, algunos palos del enemigo antes de verse reducida a la impotencia. Tan desapasionados habían sido los cálculos de Hornblower que sólo al final pensó que la *Sutherland* era su navío y la responsabilidad, también la suya.

Longley se había dejado descolgar por las jarcias, resbalando desde las alturas. Tenía la cara blanca por la agitación.

—Me envía Vincent, capitán. La *Cassandra* ha señalado, y le parece que se dirige a nosotros, el número 21, y el número 21 dice: «Ataque al enemigo». Pero es difícil a esa distancia...

—Está bien. Confirmen.

Al parecer, Leighton había tenido el valor moral de asumir la responsabilidad de mandar a un navío contra cuatro. Considerándolo así, era digno de ser el marido de lady Bárbara.

—Bush, tenemos un cuarto de hora de tiempo. Procure que los hombres coman algún bocado entretanto.

—Sí, señor.

Hornblower volvió a mirar a los cuatro navíos que avanzaban en su dirección. No podía esperar obligarlos a dar media vuelta, pero sí acompañarlos en su huida hacia el golfo de Rosas. Aquéllos que él consiguiese desarbolar serían una presa fácil para Leighton, y a los otros por lo menos debía desarbolarlos de tal manera que se vieses en la imposibilidad de reparar sus averías en Rosas, donde había un astillero muy pequeño. Y tendrían que permanecer allí hasta que una expedición organizada en mayor escala con otros navíos de guerra pudiese llegar a bombardearlos y destruirlos por completo. Sí, podía conseguirlo; pero no llegaba a imaginar cuál podría ser la suerte que le esperaba a la *Sutherland* en aquella ocasión. Con un nudo en la garganta, se limitó a planear la maniobra de su primer encuentro. La principal de las naves enemigas llevaba ochenta cañones; sus bocas parecían sonreírle desde las portas abiertas. En los palos de cada navío, ondeaba, casi como una bravata, una bandera tricolor. Hornblower contempló la fogueada bandera roja, que ondeaba ya un poco descolorida, recortándose sobre el cielo azul, y volvió luego a la realidad.

—Los hombres a sus puestos, señor Bush. Quiero que la maniobra se efectúe con la velocidad de un rayo en cuanto dé la señal. Y usted, señor Gerard... ¡Haré azotar a todos los artilleros que disparen antes de tiempo!

Los artilleros sonrieron; por aquel capitán darían su propia vida; no necesitaban que se les amenazase y, además, estaban seguros de que él lo sabía.

Proa contra proa, la *Sutherland* se acercaba increíblemente al navío de ochenta cañones; si sus respectivos capitanes mantenían el rumbo que seguían, se exponían a chocar con tal fuerza que los dos se irían a pique. Hornblower no perdía de vista el

navío francés, para aprovecharse de la primera señal de irresolución; con las velas a punto de gualdrpear, la *Sutherland* seguía el viento lo mejor que podía. Si el capitán francés tenía el sentido común de ceñir el viento, la *Sutherland* no podría emprender ninguna acción decisiva; pero lo más probable era que dejase su decisión para el último momento y luego pusiese su buque viento en popa instintivamente, por ser lo más fácil para una tripulación poco diestra. Pero, cuando se encontraron a media milla de distancia, una voluta de humo surgió por la proa del navío francés inesperadamente y un proyectil pasó zumbando sobre la nave. Los franceses disparaban sus cañones de caza, pero no había necesidad de advertir a Gerard que no contestase; él sabía perfectamente todo el valor que tenía una primera descarga. Pocos momentos después aparecieron dos grandes boquetes en la gavia mayor de la *Sutherland*; tan absorto estaba Hornblower en observar el movimiento del enemigo que no había oído el disparo. Y la distancia entre ambos navíos se había acortado.

—¿Adonde irán? —dijo Bush, golpeándose la palma con el puño cerrado—. ¿Adonde? Son más tercos de lo que me figuraba.

Cuanto más lejos fueran, mejor sería; cuanto más apresurada fuese su maniobra, más desesperada resultaría. Los dos palos del bauprés distaban apenas un centenar de yardas el uno del otro. Hornblower apretó los dientes para no dar la orden de virar. Luego vio un gran movimiento en la cubierta de su enemiga y su proa se volvió de repente a sotavento.

Hornblower gritó a Gerard que esperase para abrir fuego, temiendo que una descarga prematura echase a perder la buena oportunidad. Por toda contestación, Gerard agitó el sombrero y sus dientes blancos produjeron, al sonreír, un relampagueo en su moreno rostro. Los dos navíos estaban a menos de treinta yardas, a punto de abordarse, y los cañones franceses ya se estaban preparando. A la viva luz solar, se veían brillar las charreteras de oro de los oficiales y cómo se inclinaban a observar por la mira los hombres de las carroñadas de proa. Había llegado el momento.

—Caña a estribor, despacio —dijo Hornblower al timonel. A Bush le bastó una mirada; ya había esperado aquella orden. Lentamente, la *Sutherland* empezó a virar para pasar por la popa del navío francés antes de encontrarse a su costado. Mientras Bush gritaba órdenes a los hombres de las brazas y las escotas, del navío francés partió una descarga de llamas y de humo. Un trueno ensordecedor retumbó en el aire, la *Sutherland* se estremeció violentamente al choque, y sobre la cabeza de Hornblower un obenque de mesana se partió, abriéndose un boquete en el parapeto del alcázar, entre un montón de astillas; pero la proa de la *Sutherland* casi tocaba la popa del navío francés y Hornblower podía ver sobre su cubierta un gran ajetreo que se asemejaba mucho al pánico.

—¡Aguanta ahí! —gritó Hornblower al timonel.

Luego, la *Sutherland* cruzó ante la popa del enemigo. Uno tras otro fue disparando sus cañones, produciendo una serie de truenos mortíferos que sembraron la ruina de proa a popa. Gerard llegó de un salto al castillo; había recorrido la cubierta en toda su longitud a medida que se producían los disparos. Se inclinó sobre la carroñada más cercana; con rápido movimiento modificó la elevación y luego aplicó la mecha haciendo un ademán a los artilleros más próximos para que hiciesen lo mismo. Los cañones volvieron a tronar, sembrando de metralla el alcázar enemigo. Hornblower veía a los oficiales correr por cubierta, con movimientos mecánicos de soldaditos de plomo; veía caer las jarcias y vio también caer una gran vela como si fuese un telón que hubiese perdido el apoyo.

—Ahora estarán escarmentados —dijo Bush.

Había sido una descarga de las que deciden un combate. Por lo menos, habría matado y herido a la mitad de la tripulación, además de desmontar media docena de cañones. En un duelo naval individual, en menos de una hora, una nave así destrozada se vería obligada a arriar la bandera. Sin embargo, ésta había seguido hacia delante mientras la *Sutherland* acababa de dar la vuelta, y el navío que seguía (y que ostentaba la insignia de almirante) se le acercaba amenazador. Avanzaba a toda vela y no tardaría en alcanzar a la *Sutherland* y barrerla, del mismo modo que ella lo había hecho con su compañera.

—¡A estribor! ¡A los cañones del costado de babor!

En el silencio que siguió a los cañonazos, su voz adquirió un timbre extrañamente sonoro.

El buque insignia francés adelantaba impertérrito, con todo el aspecto de no desdeñar un duelo costado con costado, pero no intentaba hacer ninguna maniobra; tal vez consideraba a su adversario demasiado ágil y dispuesto, y la maniobra le haría siempre perder un tiempo precioso cuando era urgentísimo ponerse a cubierto en la bahía de Rosas. Los barcos se inclinaban el uno hacia el otro, cada vez más cerca a medida que el francés adelantaba y el rumbo de la *Sutherland* se aproximaba al suyo. Ya estaba tan próximo a la *Sutherland* que desde el puente se oían las órdenes que daban los oficiales franceses, que intentaban contener a sus hombres hasta el momento oportuno.

A pesar de todo no lo consiguieron. Los hombres debían de haberse aturdido, porque las piezas fueron descargadas desordenadamente, una antes que las demás, y luego las otras, y sólo Dios sabía adonde fueron a parar los proyectiles. A una orden de Hornblower, la *Sutherland* viró atrevidamente y se colocó paralela a su adversario. Mientras se colocaba en el nuevo rumbo, Hornblower hizo una seña a Gerard para que abriera fuego. Entre las dos descargas apenas había pasado medio segundo; la *Sutherland*, que se había estremecido con la sacudida de su propia descarga, volvió a estremecerse con el choque de la descarga enemiga, que la hirió a su vez. Entre

espirales de humo acre, el aire se conmovió por el estallido de la madera astillada, y los gritos y las maldiciones indicaron que el flanco había sido alcanzado de lleno.

—¡Valor, muchachos! ¡Disparad a voluntad! —les animaba Gerard.

Todas las horas de entrenamiento dieron entonces su fruto. Las lanadas fueron introducidas en las humeantes bocas de los cañones, y al retirarlas éstos quedaron preparados para recibir la pólvora, la munición y el atacador. Casi simultáneamente rugieron las cureñas, al precipitarse los artilleros a tirar de los cabos de los motones y enfilear los cañones, y al momento sonó la descarga. Esta vez hubo un intervalo perceptible antes de que los franceses respondieran con una contrasalva irregular y entrecortada. El viento era demasiado ligero para disipar el humo que se amontonaba cubriéndolo todo. Hornblower veía a los artilleros que se afanaban sobre cubierta, como vagos fantasmas perdidos en una niebla espesa, mientras que los palos y las velas del navío francés destacaban claramente sobre un cielo color cobalto. La tercera descarga de la *Sutherland* siguió un segundo después a la de su adversario.

—Tres a dos, como siempre —observó Bush, frío.

Una bala que había dado en las bitas de mesana sembró la cubierta de astillas.

—Aún sigue, capitán.

No era fácil mantener la cabeza despejada entre aquel escándalo, en medio del cual la muerte hacía una buena cosecha. El capitán Morris había apostado a sus soldados a lo largo de la pasarela de babor con la orden de disparar sobre todos los que estuviesen a tiro en el puente enemigo. Ambos buques se encontraban ahora a la distancia de tiro de mosquete. Las descargas de la *Sutherland* se sucedían de un modo irregular; los artilleros más expertos disparaban más deprisa que los otros. También los franceses mantenían un fuego más sostenido, en medio del cual las explosiones más sonoras indicaban cuándo habían sido disparadas varias piezas a la vez. Eso daba la rara impresión de un batir estrepitoso de cascos de caballo sobre un empedrado, que resonasen a veces al unísono y luego se fuesen desperdigando.

—Me parece que el fuego de esa gente se debilita, capitán. Y no me asombra nada —dijo Bush.

A juzgar por el número de muertos que tenía en cubierta, la *Sutherland* aún no estaba herida de muerte. Todavía podía resistir un rato.

—¡Mire aquel palo, capitán! —exclamó Bush.

Lentamente y con cierta elegancia, el árbol del palo mayor del adversario se inclinaba hacia delante y aún más francamente el mastelero de juanete. A través del humo se veía el palo mayor tambalearse hacia la popa. Luego todo aspecto de solemnidad desapareció de la altísima pirámide de velas y la arboladura, que durante un momento formó en el aire una gran ese, de repente se desplomó, arrastrando en su caída hasta los mástiles de trinquete y de mesana. Este espectáculo produjo a Hornblower una torva satisfacción. En Rosas sería difícilísimo que pudiesen

procurarse un palo mayor. La tripulación de la *Sutherland* acogió el desastre enemigo con un grito de júbilo y se apresuró a enviar algunos proyectiles más a su desarmado adversario. Unos momentos más tarde cesaban los truenos, el viento deshacía la cortina de humo y un sol deslumbrador iluminaba el indescriptible desorden que reinaba en las cubiertas.

A popa, la *Sutherland* había conseguido inmovilizar al navío adversario, convirtiéndolo en un enorme montón de velas y jarcias que pendían de sus costados; por la proa, el segundo cañón del puente inferior aún apuntaba con un inverosímil ángulo de elevación, demostrando que al menos uno de los cañones estaba desmantelado e inútil. A un cuarto de milla ante ella, el segundo navío (primero sobre el que abrió fuego la *Sutherland*), sin cuidarse de lo que pasaba detrás de su popa, corría a toda vela buscando el refugio de Rosas, donde esperaba ponerse a salvo. En el horizonte se veía el anfiteatro de los ásperos montes de España y los blancos tejados de Rosas, muy visibles sobre la dorada playa. La *Sutherland* no estaba lejos de la ancha entrada de la bahía, y a medio camino entre ella y Rosas, sobre la lisa superficie del mar, dos gigantescos escarabajos venían a su encuentro. Eran dos cañoneras que se disponían a salir a alta mar.

Entretanto, seguían al navío desarmado los otros dos buques franceses: el de triple cubierta, con su insignia de vicealmirante y, detrás, el de doble cubierta.

Era el momento de tomar una decisión.

—¡Vigía! —llamó Hornblower—. ¿No se ve aún a nuestro buque insignia?

—No, capitán. Sólo se ve a la *Cassandra*.

Hornblower podía ya distinguir las velas de la *Cassandra* a simple vista en el horizonte; pero la *Pluto* y la *Calígula* debían de estar aún a veinte millas, por lo menos, y tal vez en una encalmada. Aquel soplo de aire que empujaba a la *Sutherland* hacia la bahía probablemente era una simple virazón; el día era bastante caluroso para poder suponerlo así. Era casi imposible que Leighton llegase a tiempo para poder participar en la batalla. Hornblower podía virar de repente y buscar su salvación en la huida, dejando a distancia a las dos naves enemigas en el caso de que quisieran molestarle, o bien cruzarse en el camino de éstas. Se imponía una decisión rapidísima, pues a cada instante se encontraba más cerca de Rosas. Enzarzándose en una batalla existía la lejanísima esperanza de que Leighton apareciese, por lo menos para recoger a los heridos; pero era una esperanza tan débil que Hornblower ya se había resignado a descontarla.

La *Sutherland* sería destruida, pero sus enemigos se hallarían reducidos a la impotencia y tendrían que permanecer días e incluso semanas en Rosas.

Esto era precisamente lo que Hornblower quería, porque costaría un cierto tiempo hacer los preparativos necesarios para poder atacarlos en su fondeadero, y durante ese tiempo siempre podía darse el caso de que aquéllos (tres por lo menos) huyesen de

Rosas lo mismo que habían huido de Tolón.

Mentalmente, Hornblower calculaba lo que representaría para Inglaterra la pérdida de un buque de setenta y cuatro cañones, ante la perspectiva (muy segura) de que perdiera Francia cuatro buques de línea. De pronto comprendió que sus cavilaciones eran inútiles. Si él se retiraba, durante el resto de su vida se preguntaría si lo había hecho por cobardía, y con impresionante claridad se representaba aquellos años de remordimiento y desazón moral. Daría la batalla aunque no fuese prudente hacerlo, y apenas hubo tomado esta decisión se dio cuenta aliviado de que el rumbo que seguía le llevaba irremediamente a ella. Aún perdió unos segundos en mirar el azul del cielo que tanto amaba y luego, resueltamente, se olvidó de sus emociones.

—Señor Bush, le ruego que vire a babor —dijo.

La dotación volvió a estallar en gritos de júbilo. Estaban contentos, pobres infelices, viendo que volvían de nuevo a enfrentarse a los franceses, aunque aquello seguramente significase la muerte para la mitad de ellos. Hornblower sintió un impulso compasivo (¿o era desprecio?) por aquella gente y su sed de sangre o de gloria. Y Bush, a juzgar por cómo se le iluminó la cara ante la orden que dio Hornblower, no estaba menos loco que los demás. Quería la sangre de los franceses, sólo porque eran franceses, y no le importaba quedarse sin piernas a cambio de la satisfacción de destrozar antes unas cuantas piernas francesas también.

El navío de doble cubierta con la insignia de contralmirante se acercaba dando bordadas; aquel vientecillo virazón se daba el trabajo de empujarlos a todos al interior de la bahía de Rosas, bajo los cañones de la fortaleza. Los hombres que, de mala gana, limpiaban las cubiertas de todos los escombros que las abarrotaban lo abandonaron todo cuando, al levantar la cabeza, se dieron cuenta de que les estaban apuntando los cañones de la nave inglesa. Tres veces los descargó la *Sutherland* sin que los franceses contestaran ni una sola. «Otro medio centenar de franceses muertos por Bush», pensó Hornblower con perversa alegría mientras se apagaba el ruido de los cañonazos y los hombres, silenciosos, esperaban junto a las piezas. Ahora se adelantaba el navío de tres cubiertas, hermosísimo bajo la ingente mole de su velamen y mostrando la horrible mueca de sus bocas de fuego. Incluso en aquel momento, Hornblower, desapasionadamente, admiró la alta entrada, mucho más grande de lo que acostumbraba ser en los buques ingleses.

—Maniobre despacio, señor Bush —dijo Hornblower, resuelto a clavar los dientes en el navío lo mismo que un bulldog.

Y la *Sutherland* viró poco a poco, poco a poco. Hornblower observó que aquella última maniobra que él ordenaba con la *Sutherland* se llevaba a cabo con toda la perfección que se podía desear. La nave se colocó sobre el mismo rumbo del navío de triple cubierta. En el instante en que éste se hallaba delante, los cañones de ambos se dispararon a la vez a un centenar de yardas de distancia, vomitando fuego por todas

sus bocas.

A Hornblower, en todos los anteriores encuentros, le había parecido que el tiempo se eternizaba. Ahora le parecía que volaba. El espantoso rugido de la artillería se sucedía ininterrumpidamente, y las figuras que corrían entre el humo se movían al doble de la velocidad normal.

—Acerquémonos más —dijo Hornblower al timonel, y después de dar esta última orden se abandonó a la loca inconsecuencia de toda aquella aventura. Los proyectiles llovían en torno a él, sobre el puente, abriendo grandes agujeros en el entarimado. Con la claridad con que se ven las cosas en una pesadilla vio caer a Bush. La sangre le salía a chorros por el muñón de la pierna al haberle sido arrancado un pie. Dos ayudantes del cirujano se lo llevaron corriendo.

—Dejadme en cubierta —gruñía él—. Dejadme estar aquí, perros.

—Lleváoslo —dijo Hornblower, y su voz enronquecida concordaba con la locura que le rodeaba; estaba contento de haber podido mandar que se llevasen a Bush a un lugar seguro donde aún podría vivir.

El palo de mesana cayó entre una lluvia de obenques, palos y jarcias; era la muerte, que caía del cielo del mismo modo que surgía del mar. Y Hornblower vivía aún. Vio a Hooker, que, junto con algunos hombres, subía a reparar el palo de la verga de trinquete que había sido roto por la descarga. Por el rabillo del ojo vio llegar, brillando entre una nube de humo, un nuevo buque: era el cuarto navío francés, que avanzaba hacia el flanco aún indemne de la *Sutherland*. Hornblower agitó en el aire el sombrero, gritó alguna cosa absurda a sus marineros, que contestaron con vítores, e inmediatamente se dispusieron los cañones de estribor. El humo se espesaba y los estampidos, cada vez mayores, con todos los cañones en acción, hacían temblar al navío hasta lo más profundo de sus fibras de madera.

Hornblower vio a su lado al pequeño Longley, con la cara pálida, milagrosamente vivo aún después de la caída del palo de mesana.

—¡No, no tengo miedo! ¡No, no tengo miedo! —repetía el muchacho; tenía la chaqueta desgarrada en el pecho y se esforzaba en colocársela bien, con el mismo empeño que ponía en tragarse las lágrimas que se escapaban de sus ojos.

—No, hijo mío; ya sabemos que no tienes miedo —le dijo Hornblower.

Y entonces murió Longley, con las manos y el pecho destrozados, convertidos en sangrienta papilla. Por encima del cuerpo de Longley, Hornblower contemplaba un cañón en cubierta, que no estaba como debía. Ya se disponía a llamar la atención de alguien sobre ello cuando vio que los artilleros habían muerto allí mismo y estaban espantosamente destrozados en torno al cañón. Pronto habría otros cañones inutilizados, sin hombres para su maniobra. La carroñada más cercana no tenía más que tres hombres, lo mismo que la de al lado, y la de más allá. Corrían los marineros sobre cubierta, llevando pólvora y proyectiles; tal vez los hubiese llamado Gerard,

porque ya no quedaban grumetes. ¡Si al menos hubiese pasado aquel estrépito infernal, dejándole un momento de reposo para pensar!

Le pareció que se redoblaba el estruendo. El palo mayor y el de trinquete se derrumbaron con un estrépito que, por un momento, apagó el de los cañones, y las jarcias, en enorme embrollo, cayeron a estribor. Hornblower se precipitó hacia la proa, a donde ya había acudido Hooker con un grupo de hombres armados de hachas, que habían abandonado los cañones para cortar y tirar al mar toda aquella ruina. El palo mayor, grueso en su base como un gran tronco de árbol, al caer había hecho pedazos la armadura de un cañón y aplastado a los hombres que lo manejaban. Por aquel lado, los proyectiles habían matado a algunos hombres, y una humareda que se levantaba entre las caídas velas indicaba que el fuego había prendido en ellas. Hornblower arrancó un hacha de las manos de un marinero muerto y comenzó a dar hachazos junto con los demás. Apenas hubieron cortado la última cuerda y lanzado al mar la informe masa de despojos, se aseguró de que las llamas no se habían propagado. Luego, dirigió una mirada a su alrededor: las cosas se podían ver bajo un nuevo aspecto.

Cadáveres y restos humanos se hallaban esparcidos por toda la cubierta. Ya no tenían timón: los palos, las amuradas estaban rotas, y las propias brazolas de las escotillas estaban indicadas por una hilera de astillas. Pero los cañones que quedaban en su sitio, manejados por algunos hombres, aún no habían cesado de disparar. A uno y otro lado, como vagos fantasmas entre la niebla del humo, se distinguían los navíos enemigos. El de triple cubierta había perdido dos vergas de gavia, y el de dos, el palo de mesana; las velas se caían a pedazos y las jarcias, que pendían como festones, les daban un grotesco aspecto de naves empavesadas. Pero el fuego era más violento que nunca. Hornblower se preguntaba torpemente por qué extraño prodigio habría escapado a la tempestad del fuego, cuando atravesó la cubierta para volver a su lugar en el alcázar.

Alguna ráfaga de viento alteraba las respectivas posiciones de los buques. El de triple cubierta, girando sobre sí mismo, se acercaba a la *Sutherland*.

A Hornblower le parecía tener los pies de plomo. Los marineros franceses estaban ya allí, dispuestos al abordaje, y Hornblower, corriendo, desenvainó la espada.

—¡El enemigo nos aborda! —gritó—. ¡Pronto! ¡Todos a rechazar al enemigo! ¡Hooker, Crystal!

Como en una pesadilla, vio lanzarse sobre su buque al del adversario. En torno a él llovían las balas con estrépito. Hombres armados de picas y espadas estaban a horcajadas en la borda de la nave de triple cubierta y saltaron luego sobre la cubierta de la *Sutherland*. Hornblower se vio arrastrado por un grupo de marineros británicos, desnudos hasta la cintura, negros por el humo y armados con machetes, atacadores, espeques y picas. Era una lucha cuerpo a cuerpo en la que todos golpeaban,

empujaban, caían, se levantaban. La corriente humana llevó a Hornblower ante un pequeño teniente francés, con el sombrero fieramente calado de través. Las apreturas le impedían mover los brazos y el francés intentaba desenfundar una pistola que llevaba al cinto.

—*Rends-toi* —le gritó, consiguiendo por fin apuntarle con el arma, pero Hornblower le dio un rodillazo en el vientre. Con una expresión de agudo dolor, el francés dejó caer la pistola y echó la cabeza hacia atrás.

Empujado por una ráfaga de viento más fuerte que las otras y por los palos con que Hooker, Crystal y sus hombres lo empujaban, el triple cubierta volvía a alejarse. Algunos de los franceses habían saltado a tiempo a su propio navío. Otros se echaron al agua y una docena, que se habían quedado en la nave inglesa, dejaron caer las armas, uno de ellos demasiado tarde para detener la pica que se le hundió en el estómago. La racha de viento continuaba aún y había disipado un tanto la humareda, llevándose a la deriva, lejos de la desarbolada *Sutherland*, la nave de triple cubierta. El sol iluminaba el horrendo espectáculo, empalidecido y como velado por una nube. Casi como por encanto cesó el fragor del cañoneo.

Con la espada en la mano, Hornblower miraba a los prisioneros que sus hombres estaban atando. Al cesar el estruendo, no sintió aquel alivio que tanto había anhelado; al contrario, se sentía entorpecido, embrutecido, cansadísimo, y entre la enorme fatiga que le agobiaba hizo un esfuerzo sobrehumano para pensar con claridad.

En toda la amplitud del horizonte no se veía ni rastro de la *Pluto* ni la *Calígula*; sólo la *Cassandra* había sido testigo del épico encuentro. Los dos navíos franceses, tan malheridos como la *Sutherland*, navegaban a la deriva a poca distancia; por una porta del de triple cubierta goteaba un líquido oscuro: sangre humana. Con mirada alelada, Hornblower contemplaba al doble cubierta: la parte estropeada quedaba al otro lado y al dar la vuelta ofrecía a los ojos de la *Sutherland* primero la popa y luego la parte menos averiada. Una nueva explosión sacudió el aire; una descarga cogió de lleno a la *Sutherland*. Del destrozado muñón del palo trinquete voló una nube de astillas, y el cañón más cercano a Hornblower vibró como una campana bajo el choque de un proyectil.

—¡Oh! ¡Basta! ¡Basta, por el amor de Dios! —murmuró Hornblower.

Algunos hombres que aún estaban sanos se dirigieron penosamente a los cañones. A Gerard no se le veía por ninguna parte, pero Hooker, un valiente muchacho, señalaba a cada hombre el lugar que debía ocupar al lado de los cañones, de modo que hiciesen funcionar alguno por lo menos. Pero los hombres, extenuados, ya no se tenían de pie. La suerte de la *Sutherland* parecía echada. Entretanto, el enemigo le dirigía una nueva descarga. Sordamente, por debajo de todos los otros ruidos, Hornblower percibía un continuo lamento lastimoso; era la voz de los heridos, acurrucados por todas partes. Las dos cañoneras que salieron de la bahía maniobraron

con cautela para colocarse enfrente de la popa de la *Sutherland* y pronto sus morteros de cuarenta y dos libras abrirían fuego. El sol, el mar azul y el azul del cielo, los montes verde grisáceo de España en lontananza, la playa dorada, las blancas casitas de Rosas, todo lo veía Hornblower y, al verlo, se le desgarraba el corazón.

Vio caer a dos hombres, heridos, a los pies de Hooker, chorreando sangre y con las vísceras fuera.

—Rindámonos —dijo en voz alta—. No nos queda más remedio que rendirnos.

Pero la *Sutherland* no tenía ninguna señal que pudiese izar para rendirse, y la entorpecida mente de Hornblower luchaba con este problema. Mientras se dirigía a popa, el mortero de cuarenta y dos libras de una de las cañoneras tronó con fuerza. Hornblower estuvo a punto de caer a causa de la violencia producida por la descarga, que hirió el costado de la nave justamente debajo de sus pies. Encontró a Hooker y a Crystal en el puente de popa junto con Howell, el carpintero.

—Hay cuatro pies de agua en la sentina, capitán, y no tenemos ni una bomba sana —dijo el último.

—Sí —contestó Hornblower con apatía—. Me rendiré.

Leyó la aprobación en las pálidas facciones de sus oficiales, pero ninguno de ellos dijo una palabra. ¡Si al menos la *Sutherland* se hundiese de repente! El problema se resolvería por sí mismo, pero era esperar demasiado. Continuaría embarcando agua y hundiéndose con lentitud a medida que ésta fuese ganando un puente tras otro. Entretanto, continuaba despiadado el cañoneo. Podía estar flotando veinticuatro horas antes de hundirse por completo, y durante ese tiempo, aquel ligero soplo de viento la empujaría inexorablemente bajo los cañones de Rosas. ¿Qué remedio quedaba sino la rendición? Mentalmente se escudó Hornblower en el ejemplo de otros capitanes británicos que también se habían rendido al hallarse en un apuro semejante. Thompson, de la *Leander*, el capitán de la *Swiftsure* y el infortunado que estaba a las órdenes de Saumarez en la bahía de Algeciras. Todos ellos habían arriado su bandera después de una larga pelea en condiciones de aplastante inferioridad.

Una voz gritaba algo desde el navío de doble cubierta. Hornblower no entendía las palabras, pero debía de ser una invitación para rendirse.

—*Oui!* —gritó—. *Oui!*

En contestación le dirigieron una nueva descarga que produjo otros destrozos entre el maderamen, con el acompañamiento de agudos gritos desde abajo.

—¡Dios mío! —exclamó Hooker.

Hornblower comprendió que no había entendido la pregunta y entonces se le ocurrió instantáneamente lo que debía hacer. Corriendo tan deprisa como se lo permitieron sus doloridas piernas, bajó al indescriptible caos en que se había convertido su camarote. Apresuradamente rebuscó entre aquel revoltijo, ante las asombradas miradas de algunos artilleros; finalmente, halló lo que buscaba, y con un

bulto de tela bajo el brazo volvió a subir el puente.

—Aquí está —les dijo a Howell y a Crystal—. Cuélguenla en el costado.

Era la bandera tricolor que él había hecho confeccionar para engañar a la batería de Llançà. Al verla, los hombres de la cañonera se pusieron a remar para acercarse al costado de la *Sutherland*. Con la cabeza desnuda bajo el sol, Hornblower esperaba Le quitarían la espada de honor. La otra espada de honor seguía empeñada en casa de Duddingstone, el proveedor. Ahora que había arruinado su carrera, jamás la podría rescatar. La desarbolada *Sutherland* sería remolcada en triunfo bajo la protección de los cañones de Rosas. ¿Cuánto tiempo habría de pasar aún antes de que la flota del Mediterráneo consiguiese vengarla y recuperarla, quitándosela a los vencedores, o bien incendiarla convirtiéndola en una enorme pira junto con las maltratadas vencedoras de hoy? Y María habría dado a luz un hijo: un hijo al que no vería jamás, durante sus años de cautiverio. Lady Bárbara leería en los periódicos la captura del capitán Hornblower. ¿Qué pensaría de él cuando supiese que se había rendido? Entretanto, el sol le abrasaba el cráneo y experimentaba una indecible fatiga.



C. S. FORESTER (El Cairo, 1899 - Fullerton, California, 1966). Escritor inglés cuyo nombre completo era Cecil Scott Forester. Pese a esto, su verdadero nombre era otro, Cecil Louis Troughton Smith, y lo de Forester era todo un alias. Nació en El Cairo, Egipto donde su padre se encontraba destinado como funcionario del Gobierno británico, cursó estudios de Medicina que dejó inacabados.

Su primera novela *Payment Deferred* (1926), fue llevada al cine, al igual que varios de sus principales títulos posteriores, tales como *Orgullo y pasión* (1933) y *La Reina de África* (1935), clásico de la novela de aventuras contemporánea y estupendo temple narrativo que narra la peripecia de una vieja lancha a través de los rápidos de un río africano, cuando en Europa ha estallado una contienda remota cuya resonancia hermanará, extraña y conmovedoramente, los destinos de dos seres dispares en apariencia y secretamente fraternos y complementarios en lo esencial. Pero C. S. Forester es principalmente conocido por su saga protagonizada por el capitán Horatio Hornblower (1937-1957), un ciclo narrativo escrito a partir del epistolario que se conserva en el National Maritime Museum.

C. S. Forester, cuyas novelas emanaban brío, emotividad y tierna ironía, formó junto a Patrick O'Brian y Alexander Kent, el grupo de autores más reconocido de novela histórica marinera.